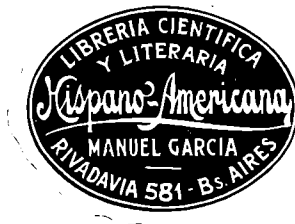


# PANORAMAS DE LA VIDA





PANORAMAS  
DE LA VIDA

POR

JUANA MANUELA GORRITI.

COLECCION DE NOVELAS, FANTASÍAS, LEYENDAS Y DESCRIPCIONES  
AMERICANAS.

TOMO I

BUENOS AIRES

Imprenta y Librerías de MAYO, Moreno 337 y Potosí 189

1876







## PROSPECTO

---

La obra constará de dos volúmenes conteniendo lo siguiente:

PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE—(A las damas de Buenos Aires).

JUEZ Y VERDUGO.

EL POZO DEL YOCCI.

UN DRAMA EN QUINCE MINUTOS—(A la Señorita Ana Soler).

EL POSTRER MANDATO—(A la Señorita Sara Carranza).

UN VIAJE ACIAGO.

UNA QUERELLA.

BELZU.

LOS MELLIZOS DEL ILLIMANI.

UNA VISITA AL MANICOMIO.

UN VIAJE AL PAIS DEL ORO.

### COINCIDENCIAS.

EL EMPAREDADO.

EL FANTASMA DE UN RENCOR.

UNA VISITA INFERNAL.

YERBAS Y ALFILERES.

### VELADAS DE LA INFANCIA.

CAER DE LAS NUBES—(Al niño Washington Carranza).

NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS—(A la niña  
Maria Pelliza).

IMPRESIONES DEL 2 DE MAYO.

GETHSEMANI—(A la señorita Ana Pintos).

EL DIA DE DIFUNTOS.

LA CIUDAD DE LOS CONTRASTES.

ESCENAS DE LIMA.

### PERFILES DIVINOS.

CAMILA O'GORMAN.

FELÍCITAS GERRERO DE ALZAGA.

Esta serie de trabajos de los que el primero, PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE, ha sido escrito durante la permanencia de la autora en Buenos Aires; y los últimos, PERFILES DIVINOS, están ya para terminarse con los nuevos datos por aquella recojidos aquí; es el resúmen de todo cuanto la Señora Gorriti ha producido, despues de darse al público los SUEÑOS Y REALIDADES.

Así pues, aquellas obras editadas por esta casa, forman la primera seccion del catálogo de sus escritos; y es la segunda completa la que se detalla en este prospecto.

Estas compilaciones difieren en su contenido; y en su compuesto, seméjanse á las NOVELAS Y MAS NOVELAS,

de Alarcon. Publicaciones que se integran por la unidad de origen, pero que cada una de por sí es independiente y encuadra en propios contornos.

En este concepto : los que han adquirido « Sueños y Realidades » completarán con « Panoramas de la Vida » las obras de la Señora Gorriti ; y los que solo quieran poseer uno de sus títulos podrán hacerlo á su eleccion.

El editor cree escusado detenerse en elogios ó juicios favorables para prestigiar ante la sociedad bonaerense, esta nueva publicacion de la literata argentina. Las ruidosas manifestaciones de que ha sido objeto la ilustre novelista, tributadas al mérito sobresaliente de sus obras, por un pueblo culto y generoso, hablan con mas elocuencia y espresan mejor cual sea la importancia del libro, que tiene la señalada honra de presentar á los numerosos amigos de aquella y á los constantes favorecedores de esta casa.

Sin embargo, no dejará el editor de llamar muy singularmente la atencion sobre los PERFILES DIVINOS, bajo cuyo rubro se designan los dramáticos é interesantes episodios de Camila O'Gorman y Felicitas Guerrero. La belleza y la desgracia siempre simpáticas, siempre atractivas para los espíritus cultivados, darán ocasion á la distinguida autora, para ofrecernos en esas narraciones un nuevo testimonio de su talento é inimitable gusto para contar, y describir la naturaleza.

C. CASAVALLE.

EDITOR



## PRÓLOGO

---

La Señora Gorriti que con tanto acierto ha ensayado la novela histórica como la sentimental; que desde el lenguaje bíblico hasta el pobre dialecto que se cultiva en las cabañas, reciben nuevos prestigios y galas no conocidas cuando ella escribe; viene ahora á desenvolver una nueva tela, rica de luz y colorido; un esmaltado campo donde á las bellezas naturales que con pluma poética describe, se enlazan las escenas mas dramáticas y palpitantes de la vida humana.

Diversos y muy variados en su argumento son los romances y artículos, ya históricos, ya literarios, que componen esta nueva serie de sus trabajos, tan amena, y si comparar se puede, superior en mérito artístico á la tan popular y conocida bajo el título de « Sueños y Realidades. »

En aquellas primeras obras de la fecunda novelista,

se exhala todo su entusiasmo juvenil; la idea flota envuelta en colores y el pensamiento es mas una flor que un fruto. En estos nuevos escritos el sabor ha reemplazado al perfume; á la fantasía que raciocina con disgusto, que moraliza por una necesidad de complemento, ha sucedido por la evolucion natural y lógica de las funciones del espíritu, un entendimiento cultivado; una razon á que la esperiencia dió su temple y noble fortaleza, permitiéndole mirar la sociedad desde lo alto para descomponerla estudiándola, y con sus elementos dar consistencia á las creaciones de su mente.

Entre los títulos que, bajo el genérico de « Panoramas de la Vida, » completarán los dos volúmenes de esta serie, hay, entre otros, tres que por vez primera van á publicarse. Dos de ellos « Perfiles Divinos » seran esbozos novelescos de accidentes trájicos y luctuosos ocurridos en Buenos Aires. El drama sangriento de Camila O'Gorman, esa vida consagrada al amor y sacrificada á la venganza, es uno de los temas; el otro, no menos interesante, es la muerte alevosa de la jóven viuda de Alzaga.

El que va á continuacion de este prólogo, escrito durante los pocos meses que su autora pasara en esta capital en el invierno de 1875, es el tercero de

los romances no publicados y que constituye una verdadera novedad literaria.

En las brillantes páginas de « Peregrinaciones de una alma triste, » el interés novelesco no es lo que mas subyuga; su principal atractivo reside en la descripción de las localidades; en el panorama del suelo americano desplegado en todo su maravilloso esplendor; en la pintura de las costumbres sencillas y patriarcales de la vida campestre, diseñadas allí con hábil maestría.

Cuánta profunda observación ha dejado consignada la autora, en el paso fujitivo de esta voluntaria romería! jamás las armonías del estilo lucieron con tan humildes atavíos, y el arte del escritor pocas veces fué mejor explotado para fingir la realidad, creando la vida y la acción en medio de la naturaleza solitaria.

Con esta obra la Señora Gorriti ha entrado en la nueva senda por que conducen la novela los primeros escritores de la época presente: el romanticismo con sus amores volcánicos, donde toda la acción se desarrolla en la violencia de las pasiones y en el juego de los afectos llevados á una temperatura sofocante, habia pervertido el gusto, despues de estragar la literatura con sus creaciones inverosímiles y funestas para la quietud y el sosiego doméstico.

Hoy se le pide á la novela algo mas que la pintura de las costumbres y sobre todo, de esas costumbres suntuarias que han llegado al mas completo refinamiento. Esto, por si solo, no es de provecho para los pueblos americanos.

Cuántos espíritus superficiales, á pesar suyo, no han estudiado geografía en las páginas espirituales de « La Vuelta al Mundo, » y cuántos no han seguido verdaderos cursos de Historia Natural en las animadas descripciones del Capitan Mayne Reid.

Si el romance ha de ser una escuela donde se aprenda á conocer el mundo; conviene cultivar esta rama de la literatura relacionándola con la historia ó cualquiera otra faz de la ciencia social ó positiva, y no en la rejion puramente subjetiva de la especulacion intelectual.

Así lo ha comprendido la discreta novelista Salteña, al escribir este nuevo libro, que con mucha propiedad podria llamarse la Odisea del desierto. Si ella no posee el conocimiento de las ciencias de aplicacion que hace una especialidad de Julio Verne, ni atesora el profundo caudal de observaciones acopiadas por el romancista inglés, conoce bastante la naturaleza pintoresca del suelo patrio; sus paisajes sin rival en la zona montuosa, como sus valles cargados de flores y de frutos, perdidos en



las quebradas andinas, cuyos penachos coronados de nieve desatan por sus vertientes los raudales que fertilizan aquellos amenos campos.

El teatro de esta novela carece de los espacios convencionales del arte, y el drama y episodios que la forman exhibense desde la opulenta ciudad de los Reyes hasta las ignoradas selvas del Chaco y del Amazonas.

El Alma Triste es una de esas creaciones impalpables de la fantasía alemana: espíritu indomable colocado en un débil vaso de arcilla; alma ambiciosa de lo grande y sedienta de lo nuevo, de lo desconocido, sometida por dolencias físicas y desgastamiento de los órganos vitales á la parálisis moral, al sueño infecundo de la inteligencia estinguiéndose en el reducido horizonte del hogar.

Pero esa alma rompe los lazos que la sujetan; su espíritu, muy diferente del espíritu de *Maistre*, ordena á la materia que ande, y el cuerpo débil y doliente obedece.

Y ese cuerpo sometido al movimiento, aspira en las auras del desierto nuevos efluvios de vida; y la reconstrucción física, la reacción material se opera sobre las visceras enfermas y disputadas vigorosamente á la tumba.

El Alma Triste, que deserta su lecho de moribunda, se lanza á todos los azares de lo imprevisto; y

las sorpresas que recibe en su incierta peregrinacion se reproducen incesantes cautivando el ánimo del lector.

Con qué diestras pinceladas ha sabido su autora, pintar una pasión sublimada por el martirio! Carmela y Enrique Ariel, forman un grupo lleno de poesía: nada más puro, nada más sencillo y tierno que ese drama enjendrado en una mirada y desvanecido en un sepulcro.

Pero, donde la señora Gorriti ha puesto en relieve su profundo conocimiento del corazón humano, el tacto exquisito con que se apodera de sus secretos sorprendiendo la lucha de las pasiones y de los intereses que gobiernan los acontecimientos, es cuando, en la serie de aventuras á que vive condenada su heroína, nos la exhibe recorriendo las soledades del Chaco, arrastrada en un débil barquichuelo por la corriente del Bermejo.

La destrucción de la Cangallé, es el tema de esa leyenda que tanto impresiona á la peregrina que la oye referir á la luz del fogon, cuyo incierto reflejo permite se destaque por intervalos el abultado contorno de aquellas históricas ruinas.

Cuando el lector conozca ese episodio observará el doble elemento, la dualidad de intereses á que es sacrificada la Villa y sus habitantes: dos ideas, dos

propósitos, dos intenciones corren á un fin, y ese fin en sus consecuencias es doble tambien.

La india, que es la mujer engañada, quiere vengarse de su esposo infiel, arrastrado por los hechizos de una cristiana hasta la morada de los hombres blancos; empero, se reconoce impotente para mover por un interés personal á los guerreros de la tribu de que su esposo es el caudillo; entonces los sorprende haciéndoles creer que su gefe está prisionero entre los cristianos, los incita á marchar para libertarlo y ella se pone al frente de la hueste, brava y celosa aspirando á la venganza.

La tribu se mueve con el noble objeto de salvar á su cacique que considera en peligro.

El odio á los cristianos es el lazo que vincula aquellas dos tempestades, y el protagonista del drama que es el cacique, se encuentra colocado por la fatalidad entre el amor de los suyos que quieren salvarlo y el odio de la esposa engañada que busca su corazon para hundir en él la flecha enherbolada.



Las damas de Buenos Aires, á quienes está dedicada esta bellísima creacion, deben recibir complacidas una de las obras mas bien ejecutadas de nuestra naciente literatura.

Tal es el humilde juicio que nos permitimos consignar á su frente, como un débil tributo que rendimos al esclarecido talento de la autora de « Panoramas de la Vida. »

MARIANO A. PELLIZA.

1º de Mayo de 1876.

---

# PEREGRINACIONES

## DE UNA ALMA TRISTE

---

### I

#### **Una visita inesperada**

Un día, entrando en mi cuarto, encontré una bella jóven que estaba aguardándome, y que al verme se arrojó silenciosa en mis brazos.

La espontánea familiaridad de la acción, á la vez que algo en sus graciosas facciones, me revelaban una persona conocida y amada; pero dónde? cuándo? No podía recordarlo.

—Qué! exclamó ella en vista de mi perplejidad. háme cambiado tanto el sufrimiento que ya no me conoces?

—Laura! Oh! en verdad, querida mia, que estás desconocida; y sin el acento de tu voz . . . .

—¡ Bendito acento de la patria, que me recuerda al corazón olvidadizo de mis amigos!

—Pero si es que te has vuelto muy bella, niña de mi alma. Cómo reconocer á la enferma pálida, demacrada, de busto encorvado y mirada muerta, en la muger que está ahí, delante de mí, fresca, rozagante esbelta como una palma, y con unos ojos que . . . .

—Aduladora! Si fuera á creer tus palabras, me envaneciera.

—Hipócrita! el espejo se las repite cada dia. Pero dime ¿qué fué de tí en aquella repentina desaparicion? y ante todo: ¿cómo has recobrado la salud y la belleza?

—Dando mi vida al espacio, y bebiendo todos los vientos. Es una historia larga . . . . Mas, hé ahí gentes que te buscan, y vienen á interrumpirnos. Adios.

—Adios? No, mi señora, que te confisco, hasta que me hayas referido la historia de tu misterioso eclipse.

—Bah! si, por lo que veo, no tienes una hora tuya. En el dia, entregada á la enseñanza; la noche. . . . .

—Es mia.

—La pasas en ruidosas pláticas.

—Sí, para alejar dolorosos pensamientos.

—Ah! mi relato es triste, y aumentará tus penas.

—Quizá encuentre analogías que las suavicen.

—Imposible! si le has entregado tu alma, y como los borrachos al alcohol, tú atribuyes al dolor toda suerte de virtudes.

—Ya lo ves: he ahí, todavía un motivo para hacerme ese relato.

—Y bien! pues lo deseas, escucha . . . . Pero si olvidaba que ahí te esperan media docena de visitas . . . . Yo tengo sueño; acabo de desembarcar y me ha cansado mucho la última singladura. Te dejo. Adios.

—De ninguna manera. Ya te lo he dicho: estás embargada. No quieres venir conmigo á pasar la velada? Pues he ahí una cama frente á la mia: en ella te acostarás y yo pasaré la noche escuchando la historia de esa faz nebulosa de tu vida.

—Como en « Las Mil y Una Noches »?

—Exactamente, aunque con una pequeña modificacion, enorme para tí, por supuesto: y es que el ofendido sultán está lejos de su enamorada sultana.

Laura dió un profundo suspiro. ¿Era al recuerdo de las sabrosas lecturas de la infancia, ó al del ausente dueño de su destino?

## II

### **La fuga**

—¿Duermes, bella Cheherazada? dije á Laura cuando le hube contado seis horas de sueño. Pues

si estás despierta, refiéreme, te ruego, esa interesante historia.

—Querida Dinarzada, respondió ella bostezando, tú eres una parlanchina, y lo contarás á todo el mundo.

—No, que te prometo ser muda.

—Gracias al abate L'Epée, los mudos saben escribir.

—O bellísima perla del harem, concédeme esta gracia por el amor de tu sultan. ¿Quiéres un epígrafe? Hé aquí el del

## CAPÍTULO PRIMERO

« De cómo Laura moribunda recobró la salud y la hermosura por la ciencia maravillosa de un médico homeópata. »

—No tal : fuí yo que me curé. El doctor era un nulo.

—Que culpable ligereza! Ah! cómo puedes hablar así de un hombre de tan conocido mérito!

—En verdad? Pues conmigo desbarró á mas y mejor. Sin embargo, fué un aviso suyo que me salvó.

Un dia, uno de los peores de mi dolencia, en su interminable charla sobre las exelencias de la homeopatía, recordó la insigne calaverada de un jóven cliente suyo, tísico en tercer grado, que



apartándose del método por él prescrito, impuso á su arruinado pulmon la fatiga de interminables viages.

—Y, estraña aberracion de la naturaleza—añadió —aquel prolongado sacudimiento, aquel largo cansancio, lo salvaron: sanó . . . . Pero son esos, casos aislados, escepcionales, que no pueden reproducirse. Aplíquese el tal remedio aquí, donde ya no hay sugeto: y en la primera etapa todo habrá acabado.

Y con sus manazas de largas uñas levantaba mi estenuado cuerpo, y lo dejaba caer en la cama, causándome intolerables dolores.

—No obstante, niña mia—continnó con una sonrisa enfática—desde hoy comienza usted á tomar para curarse aquello que á otros da la muerte: el arsénico. Arsénico por la mañana, arsénico en la tarde; arsénico en la noche . . . . Horrible! no es cierto? Ah! ah! ah! Ha leído usted Germana?

—Sí, doctor.

—Pues encárnese usted en aquella hermosa niña: dé el alma á la fé, y abandone su cuerpo á la misteriosa accion del terrible específico, veneno activísimo; y por eso mismo, algunas veces, milagroso remedio.

Hablando así, sacó del bolsillo de su chaleco un papel cuidadosamente plegado; vació su contenido en el fondo de una copa, compuso una pócima, y me

mandó beberla. Yo vacilaba, mirando al trasluz la bebida.

—Comprendo! dijo el doctor, viendo mi perplejidad: Esta niña es de las que no comen por que no las vean abrir la boca. Beba usted, pues.

—Y se volvió de espaldas. Yo, entonces, vertiendo rápidamente el líquido en mi pañuelo, exclamé con un jesto de repugnancia: Ya está! oh! doctor, qué remedio tan desabrido!

—Remedio al fin; que aun que sea un néctar, sabe siempre mal al paladar. Mañana doble dosis; triple, pasado mañana: así en seguida, y muy luego, esos ojos apagados ahora, resplandecerán: esos labios pálidos cobrarán su color de grana: esta carne su morvidez, y presto una buena moza mas en el mundo, dirá—Aquí estoy yo!

Miróme sonriendo; acarició mi mejilla con una palmadita que el creyó suave, y se fué restregándose las manos con aire de triunfo.

Aquella noche no pude dormir: pero mi insomnio, aunque fatigoso estuvo poblado de halagüeñas visiones. La imagen del jóven tísico restituido á la salud, merced á largos viajes, pasaba y repasaba delante de mí, sonriendo con una sonrisa llena de vida, y mostrándome con la mano lejanos horizontes de un azul purísimo desde donde me llamaba la esperanza. Y yo me decia—Como en mí, en él

tambien, la dolencia del alma produjo la del cuerpo; y por ello mas razonable que el doctor, que atacaba el mal sin cuidarse de la causa, recurrió al único remedio que podia triunfar de ambos: variedad de escenarios para la vida: variedad de aires para el pulmon.

Hagamos como él: arranquémonos á la tiranía de este Galeno, que quiere abrevarme de tósigos; cambiemos de existencia en todos sus detalles; abandonemos esta hermosa Lima, donde cada palmo de tierra es un doloroso recuerdo; y busquemos en otros espacios el aire que me niega su atmósfera deliciosa y letal. Partamos! . . . .

Partir! Cómo? He ahí esa madre querida que vela á mi lado, y quiere evitarme hasta la menor fatiga; he ahí mis hermanos, que no se apartan de mí, y me llevan en sus brazos para impedirme el cansancio de caminar; he ahí la junta de facultativos, que me declara ya incapaz de soportar el viage á la sierra.

¿Cómo insinuar, siquiera, mi resolucion, sin que la juzguen una insigne locura? . . . . Y sin embargo, me muero, y yo quiero vivir! vivir para mi madre, para mis hermanos, para este mundo tan bello, tan rico de promesas cuando tenemos veinte años! Mis ojos están apagados, y quiero que, como dice el doctor, resplandezcan; que mis labios recobren su

color y mi carne su frescura. Quiero volver á la salud y á la belleza; muy jóven soy todavía para morir. Huyamos!

Y asiéndome á la vida con la fuerza de un anhelo infinito, resolví burlar, á toda costa, la solícita vigilancia que me rodeaba, y partir sin dilacion.

Forjado un plan fingí, esos caprichos inherentes á los enfermos del pecho. Hoy me encerraba en un mutismo absoluto; mañana en profunda oscuridad; al dia siguiente pasaba las veinte y cuatro horas con los ojos cerrados. Y la pobre madre mia lloraba amargamente, porque el doctor decia, moviendo la cabeza, con aire profético: malos síntomas! malos síntomas!

Y yo, con el corazon desgarrado, seguí en aquella ficcion cruel, porque estaba persuadida que empleaba los medios para restituirle su hija.

—Doctor—dije un dia, al médico, ocupado con majistral lentitud en componer mi bebida—sale hoy vapor para el sur?

—Cómo que del mirador de casa acabo de ver humeando su chimenea.

—Pues entonces, no perdamos tiempo: déme usted pronto mi arsénico; por que hoy me pide el deseo encerrarme durante el dia.

—Encerrarse! . . . . Pues no está mal el capricho!

—Ciertamente.

—Encerrarse! . . . . Y ¿qué tiene de comun el encierro con la partida del vapor?

—Quiero recogerme para seguirlo en espíritu, sentada en su honda estela.

—Si? ah! ah! ah! . . . . Desde aquí estoy viendo á la niña hecha toda una gaviota, mecida por el oleaje tumultuoso que tras sí deja el vapor!

—Pues, quisiera en verdad que usted me viese; por que, siempre en espíritu, por supuesto, pienso engalanarme; echar al viento una larga cola; inflar mi flacura con ahuecadas sobrefaldas; ostentar estos rizos que Dios crió, bajo el ala de un coqueto sombrerillo, y calzar unas botitas de altos tacones. Luego, un delicado guante, un saquito de piel de Rusia, un velo, á la vez sombroso y trasparente; sobre una capa de cosmético, otra de polvos de arroz, un poco de esfuerzo para enderezar el cuerpo, y usted con toda su ciencia, no reconoceria á su enferma.

—Si? Pobrecita! . . . . Aunque se ocultara usted bajo la capucha de un cartujo, habia de reconocerla. Que disfraz resistió nunca á mi visual perspicacia . . .

Por lo demás, en las regiones del espíritu, nada tengo que ver. Viage usted cuanto quiera; échese encima la carga descomunal de colas, sobre faldas, lazos y sacos; empínese á su sabor sobre enormes tacos, y dese á correr por esos mundos. Pero en lo que tiene relacion con esta personalidad material de

que yo cuido, ya eso es otra cosa. Quietud, vestidos ligeros, sueltos y abrigados ; ninguna fatiga, ningun afán, mucha obediencia á su médico y nada mas.

Alzó el dedo en señal de cómica amenaza, me sonrió y se fué.

—¿Cómo me la encuentra usted hoy, doctor?— preguntó mi madre, con voz angustiosa, pero tan baja, que solo una tísica podia entenderla.

—Ah! estaba usted escuchando?

—Ay! doctor! no tengo valor para estar presente cuando usted le hace la primera visita, por que me parece un juez que va á pronunciar su sentencia.

—Ya usted lo ha oido : Esos anhelos fantásticos son el drábalo de los síntomas en esta enfermedad . . . .

Pero no hay que alarmarse—añadió, oyendo un sollozo que llegó hasta el fondo de mi corazon— Pues qué! ¿no tenemos á nuestro servicio este milagroso tósigo que hará entrar en ese cuerpecito gracioso, torrentes de salud y de vida? Valor pues, y no dejarse amilanar.

Mientras mi madre se alejaba, hablando con el médico, yo con el dolor en el alma, pero firme en mi propósito alcéme de la cama, corrí á la puerta, le eché el cerrojo, y cayendo de rodillas, elevé el corazon á Dios en una ferviente plegaria. Pedíle que me perdonara las lágrimas de mi madre en

gracia al motivo que de ella me alejaba: y que me permitiera recobrar la salud para indemnizarla, consagrándole mi vida.

Fortalecida mi alma con la oracion. alcéme ya tranquila, y comencé á vestirme con la celeridad que me era posible.

Sin embargo, aunque el espíritu estuviese *pronto*. la carne estaba débil y enferma; y mas de una vez. el clamor desesperado de Violetta—*Non posso!*—estuvo en mi lábio.

Pero en el momento que iba á desfallecer, la doble vision de la muerte y de la vida se alzó ante mí: la muerte con sus fúnebres accesorios de tinieblas. silencio y olvido; la vida con su brillante cortejo de rosadas esperanzas. de aspiraciones infinitas. Entonces, ya no vacilé: hice un supremo esfuerzo que triunfó de mi postracion, y me convenció una vez mas de la omnipotencia de la voluntad humana; pues que no solamente logré vestirme, sino adornar mi desfallecido cuerpo con todas las galas que habia enumerado al doctor. En seguida, eché sobre mi empolvado rostro ese velo á la vez sombroso y trasparente, abrí la puerta. y andando de puntillas, me deslicé como una sombra al través de las habitaciones desiertas á esa hora.

Iba á ganar la escalera, cuando el recuerdo de mi madre, que allí dejaba; de mi madre. á quien.

tal vez no volvería á ver mas, detuvo mis pasos y me hizo retroceder. Acerquéme á la puerta de su cuarto, que estaba entornada, y miré hácia dentro. Mi madre lloraba en silencio. con la frente caida entre sus manos.

A esta vista sentí destrozarse mi corazón; y sin la fe que me llevaba á buscar la salud lejos de ella, sabe Dios que no habria tenido valor para abandonarla.

Así, llamé en mi auxilio el concluyente argumento de que menos doloroso le seria llorar á su hija ausente que llorarla muerta; y arrancando de aquel umbral mis piés paralizados por el dolor, bajé las escaleras, gané la calle, y me dirigí con la rapidez que mi debilidad me permitia á la Estacion del Callao, temblando á la idea de ser reconocida.

Afortunadamente, el tren habia tocado prevencion, y la gente que llenaba las dos veredas, llevaba mi mismo camino, y yo no pude ser vista de frente.

Alentada con esta seguridad, marchaba procurando alejar de la mente los pensamientos sombríos que la invadian: el dolor de mi madre; los peligros á que me arrojaba; el aislamiento, la enfermedad, la muerte . . .

Al pasar por la calle de Boza, divisé en un zaguan el caballo del doctor; y no pude menos de sonreir pensando cuán distante estaba él de imaginar



que su enferma, la de los endiablados síntomas, había dejado la cama y se echaba á viajar por esos mundos de Dios.

De súbito, la sonrisa se heló en mi lábio; las rodillas me flaquearon, y tuve que apoyarme en la pared para no caer. Un hombre, bajando el último peldaño de una escalera, se había parado delante de mí.

Era el doctor.

Quedéme lela; y en mi aturdimiento hice maquinalmente un saludo con la cabeza. La aparición de un vestiglo no me habría, ni con mucho espantado tanto en ese momento, como la del doctor. Un mundo de ideas siniestras se presentaron con él á mi imaginación: mis proyectos frustrados; la fuga imposible, la muerte cercana, el sepulcro abierto para tragar mi juventud con todas sus doradas ilusiones. Sí; por que allí estaba ese hombre que con la autoridad de facultativo iba á estender la mano, coger mi brazo, llevarme en pos suya, arrancándome á mi única esperanza, para encadenarme de nuevo al lecho del dolor, de donde pronto pasaria al ataúd.

Todas estas lúgubres imágenes cruzaron mi espíritu en el espacio de un segundo. Díme por muerta; y cediendo á la fatalidad, alcé los ojos hácia el doctor con una mirada suplicante.

Cual fué mi asombro cuando lo ví contemplándome

con un airecito mas bien de galan que de médico ; y que luego, cuadrándose para darme la vereda, me dijo con voz melosa :

—¡ Paso á la belleza y á la gracia ! No se asuste la hermosa, que yo no soy el *coco*, sino un rendido admirador.

No me habia reconocido !

Todavía rehusaba creerlo, cuando le oí decir á un jóven que lo habia seguido para pagarle la visita :

—La verdad es que he hecho en ella cierta impresion. Buena moza! eh? Y elegante. Precisamente así está soñando vestirse la pobre moribunda de quien acabo de hablar arriba. Mugerres! hasta sobre el lecho de muerte deliran con las galas. En fin, la tísica es jóven y bonita ; y cada una de esas nonadas es para ella un rayo de su aureola ; pero las viejas! las viejas, si señor! ellas tambien! El otro dia ordené un redaño para una sesentona que se hallaba en el último apuro ; y al verlo, cuando se lo iban á aplicar, empapado en emoliente, exclamaba que le habia malogrado su velo de tul *ilusion*.

Yo escuchaba todo esto, porque el doctor habia montado á caballo, y seguia mi camino, hablando con el jóven, que venia algunos pasos detrás de mí.

Indudablemente, si como él decia, su presencia me habia causado impresion, la mia hizo en él muchísima. No quitaba de mí los ojos ; y decia al jóven, viéndome

caminar vacilante y casi desfallecida de miedo :

—Vea usted ! hasta ese andar lánguido la dá una nueva gracia.

Y al entrar en el portal de la estacion, todavia lo oí gritarme :

—Adios, cuerpecito de merengue. Buen viage. y que no te deshagas !

Se habria dicho que me habia reconocido, pero no : aquellas palabras serian solo flores de galanteria que no sé de donde sacaba.

—De dónde? Del abundante repertorio que de ellas tiene todo español.

### III

#### **La partida**

—En fin, tomé boleto y me senté en el sitio menos visible del wagon, que como dia de salida de vapor estaba lleno de gente.

Mientras llegaba el momento de partir, los viajeros derramaban en torno mio curiosas miradas, cambiando saludos y sonrisas.

Temblando de ser reconocida entre tantos despavilados ojos, pensaba ocultarme bajo la doble sombra del velo y del abanico.

Un reo escapado de capilla, no teme tanto la vista

de la justicia, como yo en aquel momento la de un amigo.

Así, ¡cuál me quedaria, cuando no lejos de mí oí cuchichear mi nombre!

Sin volverme, dirigí de soslayo una temerosa ojeada.

Un grupo de señoras que no podía ver en detal, pero cuyas voces me eran conocidas, se ocupaban de mí, señalándome, con esos gestos casi invisibles percibidos solo entre mugeres.

—Es ella!—decia una—ella misma!

—Laura? qué desatino! Si está desahuciada—replicaba otra.

—Cierto!—añadia una tercera—el doctor M., que asistió á la última junta, me dijo que ya no era posible llevarla á la sierra, porque moriría antes de llegar á Matucana; y que no comprendia como su médico no la mandaba preparar.

Aunque yo sabia todo aquello, pues lo habia leido en los tristes ojos de mi madre, y cojido en palabras escuchadas á distancia, proferido ahora con la solemnidad del sigilo y la frialdad de la indiferencia, me hizo estremecer de espanto. Las palabras del doctor—*En la primera etapa todo habrá concluido* resonaron en mi oido como un tañido fúnebre; el malestar producido por mi debilidad me pareció la agonía; el rápido curso del tren, la misteriosa

vorágine que arrebatava el alma en la hora postrera . . . . Hundida, y como sepultada en mi asiento, me habia desmayado.

El brusco movimiento impreso por la máquina al detenerse, me despertó del anonadamiento en que yacía.

Nos hallábamos en frente de Bella-vista; la puerta del wagon estaba abierta, y varias personas habian entrado y tomado asiento.

Un jóven listo y bullicioso que subió el último vino á sentarse cerca de mí, restregándose las manos con aire contento.

—¿Cómo es esto, Alfredo, le dijo al paso uno de los que entraran primero; hace un momento que te dejé tendido en cama, tiritando de terciana, y ahora aquí?

—¿Quién tiene terciana, cuándo hay esta noche concierto? respondió aquel, pálido aun y enjugando en su frente gruesas gotas de sudor.

Estas palabras me hicieron avergonzar de mi cobarde postracion.

—Pues que este ha vencido el mal por la esperanza del placer, por que no lo venceré yo en busca del mayor de los bienes: la salud?

Dije, y enderezándome con denuedo, sacudí la cabeza, para arrojar los postreros restos de

abatimiento, abrí el cristal y aspiré con ánsia la brisa pura de la tarde.

Aquella fué mi última debilidad.

Al llegar al Callao bajé del tren con pié seguro ; y fortalecido el corazón con el pensamiento mismo de mi soledad, me interné fuerte y serena en las bulliciosas calles del puerto.

Tú estarás quizá pensando que, como las doncellas menesterosas del tiempo de la caballería me echaba yo á viajar con la escarcela *desierta* ?

—En efecto, estábame preguntando cómo se compondría aquella princesa errante para atravesar el mundo, en este siglo del oro, sin otro viático que su velo y su abanico.

—Pues, sabe para tu edificación, que yo he tenido siempre el gusto de las alcancías. Había guardado una que tenía ya un peso enorme, como que contaba nada menos que tres años, y se componía solo de monedas de oro. Para librarla de las tentaciones del lujo habíala confiado á mi tío S., antiguo fiel de la aduana. A ella recurrí, y encontré en su seno una fuerte suma que tranquilizó mi espíritu, bastante inquieto por ese accesorio prosáico, aunque vitalmente necesario de la existencia.

En tanto que me embarcaba—continuó Laura, en las altas horas de la siguiente noche—y mientras el bote que me conducía á bordo surcaba las aguas de

la bahía, iba yo pensando. no sin recelo, en ese mal incalificable, terror de los navegantes: el mareo. Habíalo sufrido con síntomas alarmantes cuantas veces me embarqué, aun en las condiciones de una perfecta salud. ¿Cuál se presentaría ahora, en la deplorable situación en que me hallaba?

Pero yo había resuelto cerrar los ojos á todo peligro; y asiendo mi valor á dos manos, puse el pié en la húmeda escalera del vapor; rehusé el brazo que galantemente me ofrecía un oficial de marina, y subí cual había de caminar en adelante: sola y sin apoyo.

Como mi equipage se reducía, cual tú dices, á mi velo y mi abanico, nada tenía que hacer, sinó era contemplar la actividad egoísta con que cada uno preparaba su propio bienestar durante la travesía.

Sentada en un taburete, con los ojos fijos en las arboledas que me ocultaban Lima, y la mente en las regiones fantásticas del porvenir, me abismé en un mundo de pensamientos que en vano procuraba tornar color de rosa.

Allá, tras de esas verdes enramadas que parecen anidar la dicha, está ahora mi madre hundida en el dolor; y yo que la abandono para ir en busca de la salud entre los azares de una larga peregrinación, en castigo de mi temeridad voy, quizá, á encontrar la muerte!

Absorta en mis reflexiones, no advertía que el verde oasis donde estaban fijos mis ojos se alejaba cada vez más, oscureciéndose con las brumas indecisas de la distancia.

Un rumor confuso de lamentos, imprecaciones y gritos de angustia desvaneció mi preocupación.

Era la voz del *mareo*.

A quien no conoce los crueles trances de esa enfermedad tan común y tan extraña, no habría palabras con que pintarle el cuadro que entonces se ofreció á mi vista. Diríase que todos los pasajeros estaban envenenados. La imágen de la muerte estaba impresa en todos los semblantes; y las ruidosas náuseas simulaban bascas de agonía.

Impresionada por los horribles sufrimientos que presenciaba, no pensé en mí misma; y solo después de algunas horas noté que entre tantos mareados, únicamente yo estaba en pié.

Qué causa misteriosa me había preservado?

Dándome á pensar en ello, recordé que de todos los remedios ordenados para mí por el médico, solo usé con perseverancia de una fuerte infusión de cascarilla.

Parecíame increíble lo mismo que estaba sintiendo y pasé largas horas de afanosa expectativa, temiendo ver llegar los primeros síntomas de aquel mortal malestar. Pero cuando me hube convencido de que



me hallaba libre de él, entreguéme á una loca alegría. Rompí el método del doctor, y comí, bebí, corrí, toqué el piano, canté y bailé: todo esto con el anhelo ardiente del cautivo que sale de una larga prision. Parecíame que cada uno de estos ruidosos actos de la vida era una patente de salud; y olvidaba del todo la fiebre, la tos y los sudores, esos siniestros huéspedes de mi pobre cuerpo.

## IV

**Cuán bello es vivir!**

Sinembargo, ¡fenómenos capaces de dar al traste con las teorías del doctor y de todos los médicos del mundo! aquellos desmanes, bastante cada uno de ellos para matarme, parecían hacer en mí un efecto del todo contrario. Por de pronto, me volvieron el apetito y el sueño; y cuando al siguiente día, delante de Pisco, hube chupado el jugo de media docena de naranjas, sentí en mis venas tan suave frescor, que fuí á pedir al médico de á bordo recontara los cien latidos que la víspera habia encontrado á mi pulso. Hízolo, y los halló reducidos á sesenta. El principal agente de mi mal, la fiebre, me habia dejado.

Ese día escribí á Lima dos cartas. La una llevaba al corazon maternal gratas nuevas.

— «Querido doctor», decía la otra: «Este cuerpecito de merengue, lejos de deshacerse, se fortalece cada hora mas. Cuánto agradezco á usted el haberme dado el itinerario de aquel jóven nómade que dejó sus dolencias en las zanjas del camino! Espero encontrarlo por ahí, y darle un millon de gracias por la idea salvadora que á él y á mí nos arrebató á la muerte.

«Comienzo á creer que llegaré á vieja, amable doctor; pero no tema usted que guarde en mi equipaje los frívolos velos de «tul ilusion,» ni otras prendas que el denario, y las venerables tocas de una dueña.»

Al partir de ese dia, no pensé mas en mi enfermedad; y me entregué enteramente al placer de vivir. Qué grata es la existencia, pasado un peligro de muerte! El aire, la luz, las nubes que cruzaban el cielo, los lejanos horizontes, todo me aparecía resplandeciente de belleza. saturado de poesía.

Desembarcaba en todos los puertos, aspirando con delicia los perfumes de la tierra: el aroma de las plantas; el aliento de los rebaños, el humo resinoso de los hogares. Todo lo que veía parecía maravilloso, y yo misma me creía un milagro.

En Islay y Arica completé mi equipage de viagera en todo rigor. Un borno; un sombrero; fresquísima

ropa blanca; una maleta para guardarla, y un libro de nota. A esto añadí un frasco de *florida* de Lemman y otro de *colonia* de Atkinson, por que sin los perfumes no puedo vivir.

Qué contenta arreglaba yo todos estos detalles de mi nueva existencia! De vez en cuando, llevaba la mano al corazon y me preguntaba que habia sido de ese dolor del alma que ocasionó mi enfermedad. Dormía ó había muerto; pero no me hacia sufrir. Ah! él me esperaba despues, en una cruel emboscada!

Hasta entonces, aturdida por el torbellino de sensaciones diversas que en mí se sucedian, no me habia detenido á pensar hácia donde dirigiria mis pasos. Dejábame llevar, surcando las olas, como la gaviota de que hablaba el doctor, sin saber á donde iba; y así habían pasado seis dias. Nos hallábamos en frente de Cobija, y próximos á entrar en su puerto. Era pues tiempo de tomar una resolucion, que yo aplazaba con la muelle pereza de un convaleciente. Mas ahora, fuerza era decidirse y optar entre Chile y el árido país que ante mí se estendia en rojas estepas de arena hasta una inmensidad infinita. La eleccion no era dudosa: ahí estaba Chile con sus verdes riberas, su puro cielo, y su clima de notoria salubridad . . . .

Pero ah! mas allá de ese desierto que desplegaba

á mi vista su monótonas ondulaciones; lejos, y hácia las regiones de la aurora existe un sitio cuyo recuerdo ocupó siempre la mejor parte de mi corazón. En él pasaron para mí esos primeros días de la vida en que están frescas todavía las reminiscencias del cielo. A él volví el pensamiento en todas las penalidades que me deparó el destino, y su encantado mirage ha sido el asilo de mi alma.

Vamos allá!

## V

### **Una ciudad encantada**

Mientras apoyada en la borda hacía yo estas reflexiones, el vapor había echado el ancla en el puerto de Cobija. Una multitud de botes circulaban en torno, y la yola de la prefectura atracada á la escalera, había conducido á varios caballeros, entre los cuales debía hallarse el prefecto.

No me engañé al señalarlo en un joven apuesto, de simpática fisonomía y modales esquisitos, que aun antes de acercarse al capitán, saludó á las señoras y les ofreció sus servicios con una franqueza llena de gracia. Vino hácia mí, y viéndome sola, ocupada en hacer yo misma los preparativos para ir á tierra, me pidió le permitiese ser mi acompañante,

y aceptara la hospitalidad en su casa, donde sería recibida por su hermana, que, añadió con galante cortesía, estaría muy contenta de tener en su destierro tan amable compañera.

Y asiendo de mi maleta, sin querer, por un refinamiento de delicadeza dar este encargo á su ayudante que lo reclamaba, dióme el brazo y me llevó á tierra.

Nunca hubiera aceptado tal servicio de un desconocido; pero las palabras, las miradas, y todo en aquel hombre, revelaba honor y generosidad. Así no vacilé; y me acogí bajo su amparo sin recelo alguno. Su hermana, bella niña, tan amable como él, salió á mi encuentro con tan cariñoso apresuramiento, cual si mediara entre nosotras una larga amistad. Me abrazó con ternura, y ví en sus bellos ojos dos lágrimas que ella procuró ocultar, sin duda por no alarmarme; y llevándome consigo, arregló un cuarto al lado del suyo, y colocó mi cama junto á la pared medianera para despertarme—dijo—llamando en ella al amanecer.

¿Créo que aun no he nombrado al hombre generoso que me dió tan amable hospitalidad?

—No, en verdad—la dije—pero yo sé que fué el general Quevedo.

—Ah!—continuó Laura, con acento conmovido—no solamente yo tuve que bendecir la bondad de

su alma : en el departamento que mandaba era idolatrado. Cuando llegó á Cobija encontró un semillero de ódios políticos que amenazaba hacer de la pequeña ciudad un campo de Agramante. Quevedo, por medio de agradables reuniones en su casa, de partidas de campo, comedias y otras diversiones, logró una fusion completa ; y cuando yo llegué, aquel pueblo asentado entre el mar y el desierto, parecia que encerraba una sola familia. Tal era la fraternidad que reinaba entre sus habitantes.

Nada tan agradable como la tertulia del prefecto en Cobija. A ella asistia el general V., que se hallaba proscrito. Figúrate cuanta sal derramaria con su decir elocuente y gracioso, ya refiriendo una anécdota, ya disertando de política ; ora jugando al ajedrez, ora al rocambor. Yo me divertia en hacer trampas en este juego, tan solo por ver el juicio que de ello él hacía.

Pero el ánsia de partir me devoraba. Había encargado que me llamaran un arriero ; mas la amable hermana de mi huésped los despedia sin que yo lo supiera ; por que deseaba retenerme unos dias mas á su lado.

En fin, un dia concerté mi viaje con uno, como todos los arrieros que trafican en Cobija, vecino de Calama. Pero este arriero tenia diez y siete bestias, sin contar las de silla : y no queria partir hasta

encontrar los viajeros suficientes para ocuparlas; y yo ansiosa de partir, apesar de la fraternal hospitalidad que recibía, no sabía á qué santo pedir el milagro de que los encontrara.

Al cabo de algunos dias de espera, llegó el vapor del sur, y á la mañana siguiente el arriero vino á decirme que íbamos á marchar, porque habia completado su caravana con los viajeros llegados la víspera.

Contenta con la seguridad de partir, salí sola á dar al pueblo un vistazo de despedida.

Próxima á dejarlo, comencé á mirar su conjunto con ojos mas favorables. Sus casas me parecieron pintorescas; su aire suave; risueño el cielo; y el mar, arrojándose contra las rocas de aquella árida costa. imponente y magestuoso.

Sentéme sobre la blanda arena de la playa, y me dí á la contemplacion de ese vaiven eterno de las olas que se alzan, crecen, corren, se estrellan y desaparecen para levantarse de nuevo en sucesion infinita.

Y me decía—He ahí la vida! Nacer, crecer, agitarse, morir . . . . para resucitar . . . . Dónde? . . . . Misterio!

Vagando asi el espíritu y la mirada, el uno en los místicos espacios de la vida moral, la otra en el movimiento tumultuoso del océano, ví surgir

de repente, allá en el confín lejano del horizonte, y tras una roca aislada en medio de las aguas, que semejaba el cabo postrero de algun continente desconocido, una ciudad maravillosa, con sus torres, sus cúpulas resplandecientes, el verde ramaje de sus jardines, y sus murallas, cuyo doble recinto coloreaba á los rayos del sol poniente.

La *Engañosa!* -- La *Engañosa!* -- oí esclamar cerca de mí; y ví un grupo de pescadores que dejando sus barcas, subian á contemplar aquella estraña aparición.

—Engañosa ó nó—dijo con petulancia un jóven batelero—no está léjos la noche en que yó vaya á averiguar los misterios que encierra.

—¡Guárdate de ello Pedro!—esclamó santiguándose una vieja—no te acontezca lo que al pobre Gaubert, un lindo marinerito francés de la *Terrible*, fragata de guerra que estuvo fondeada aquí.

—Pues, qué le sucedió?

—Ah! lo que le sucedió! Apostó con sus camaradas que iria á bailar un *can-can* bajo esas doradas bóvedas; y al mediar de una noche de luna, soltando furtivamente la yola del capitan, embarcó y dirigió la proa hácia el sitio donde la vision se habia ocultado con la última luz de la tarde. Bogó, bogó; y no de allí á mucho divisó un puerto iluminado con luces de mil colores. A él enderezó



la barca, sin que lo arrojara un rumor espantoso que de ese lado le llegaba. Acercóse el temerario, empeñado en ganar la apuesta; atracó en un muelle de plata que se adelantaba rompiendo las olas; pero antes que hubiera puesto el pié en la primera grada del maravilloso embarcadero, los brazos amorosos de cien bailarinas aliadas lo arrebataron, como un torbellino, en los giros caprichosos de una danza fantástica, interminable, al través de calles y plazas flanqueadas de palacios formados de una materia trasparente, donde se agitaba una multitud bulliciosa en contorsiones y saltos semejantes á los que sus estrañas compañeras hacian ejecutar al pobre Gaubert, compeliéndolo con caricias de una infernal ferocidad . . . . .

A la mañana siguiente el cuerpo del lindo marinero fué encontrado playa abajo, contuso y cubierto de voraces mordeduras.

Recogido y llevado á bordo por sus camaradas, murió luego, despues que hubo referido su terrible aventura.

Absorta en la mágia del mirage y del fantástico relato de la vieja, habíame quedado inmóvil, y la vista fija, como el héroe de su cuento, en la roca donde poco antes se alzara la misteriosa aparicion, y que ahora divisaba como un punto negro entre las olas. La noche habia llegado, oscura, pero serena y tibia, ofreciendo su silencio á la meditacion.

Miré en torno, y tuve miedo, por que la playa estaba desierta, y en la tarde había visto no léjos de allí un hombre que oculto tras un peñasco espiaba las ventanas de una casa; y aunque la persiana de una de ellas se alzara de vez en cuando con cierto aire de misterio que trascendía á amores, de una legua, podía aquello ser tambien la telegrafía de dos ladrones.

## VI

**Un drama íntimo**

A este pensamiento, un miedo pueril se apoderó de mí, alcéme presurosa y me dirigí al pueblo, mirando hácia atrás con terror.

De pronto, mi pié chocó con un objeto que rodó, produciendo un ruido metálico. Recojílo, y ví que era una carterita de rusia cerrada con un broche de acero. Parecióme vacía; pero al abrirla, mis dedos palparon un papel finísimo, plegado en cuatro y fuértemente impregnado de verbena . . . .

Aquí, Laura, interrumpiéndose de súbito, alzó la cabeza de la almohada, y se puso á mirarme con aire compungido.

—A qué vienen esos aspavientos? Ya se que lo leiste, incorregible curiosa.

—¡Ah! tomas así mi delito? Pues sí, lo leí; lo leí,

hija; ó mas bien, no pude leerlo entonces, por que era de noche; pero me puse á subir corriendo el repecho que por aquel lado separa la playa del pueblo; y á la entrada de la primera calle, bajo un mal farol, desplegué el papel y eché sobre él una ojeada.

Era una carta escrita con una letra fina y bella; pero marcando en la prolongacion de los perfiles una febril impaciencia.

Aunque veia perfectamente la escritura fuéme, no obstante, imposible leerla, porque la enfermedad habia debilitado mi vista y necesitaba una luz mas inmediata. Guardéla en el pecho, y me dirigí á la prefectura.

La tertulia ordinaria estaba reunida; pero esta vez con un notable aumento de concurrencia. Era la *cacharpaija* ó fiesta del estrivo con que el amable prefecto me hacia la despedida.

El centro de la sala estaba ocupada por una magnífica *lancera* en que revoloteaban las mas bellas jóvenes de Cobija.

—Permítame la heroína de esta fiesta presentarle una pareja—dijo mi huésped, señalando á un jóven alto, moreno, de rizados cabellos y ojos negros de admirable belleza.

—El señor Enrique Ariel, pide el honor de acompañar á usted en esta cuadrilla.

Saludé á mi caballero, tomé su brazo, y fuimos á mezclarnos al torbellino danzante, que en ese momento hacia el wals.

—Amable peregrina—díjome al paso el general, que jugaba al rocambor en un extremo del salon— venga usted á hacer la última *trampa*.

—Allá voy, general; pero no se pique usted, si tambien doy el último *codillo*.

—Juega usted, señora?—preguntó mi apuesto caballero, con una voz dulce y grave, del todo en armonía con su bello personal.

—Sí, pero muy pocas veces. Y usted, señor?

—Jamás.

—No será usted americano.

—Gloríome de serlo: soy cubano.

—Ah! de cierto, cuando yo he llegado, hace cuatro dias, usted no estaba aquí todavía.

—He venido por el último vapor.

Hubo algo de tan recónditamente misterioso en el acento con que fué pronunciada esta sencilla frase, que levantó en mi mente un torbellino de suposiciones á cuál mas fantástica.

Era un contrabandista? era un espia? era un conspirador?

Pero el baile tomó luego un caracter bulliciosamente festivo, y desterró aquellas quimeras.

Aquella noche, al desnudarme, ya sola en mi

cuarto, sentí caer un papel á mis piés. Era la carta de letra fina y prolongados perfiles.

Abríla con culpable curiosidad, lo confieso; y leí en renglones manchados con lágrimas:

« Oculta en el recinto claustral que debe encerrarme, aun á bordo de un vapor, no te veía, pero sentía tu presencia cerca de mí. Nunca, desde el día fatal que nos unió y nos separó para siempre, nunca mas te aproximaste á mí; y sin embargo reconocía tus pasos. Jamás oí el acento de tu voz; y no obstante, el corazón sabía distinguirla entre el rumor de bulliciosas pláticas . . . . mezclado muchas veces á voces alegres de mugeres, cuyas risas llegaban á mí como los ecos de la dicha al fondo de una tumba!

« O tú, á quien debo arrojar del pensamiento, en nombre de la paz eterna, único bien que me es dado ya esperar, cesa de seguirme. Qué me quieres? Tú caminas en la senda radiosa de la vida; yo entre las heladas sombras de la muerte. Aléjate: no turbes mas mi espíritu con las visiones de una felicidad imposible que tienen suspendida mi alma entre el cielo y el abismo. »

¿Por qué, al leer esta misteriosa carta pensé á la vez, y reuniéndolos en una sola personalidad, en el hombre del peñasco, y en mi bello acompañante de cuadrilla?

Encargué á la amable hermana del prefecto la mision de buscar al dueño de la cartera, confiando á su discrecion el secreto del estraño drama que encerraba.

El alba del siguiente dia me encontró de viaje y lista para la marcha. El arriero vino á buscarme con mi caballo ensillado, y quiso cargar conmigo; pero mis huéspedes lo despidieron, asegurándole que ellos me llevarian á darle alcance.

En efecto, despues de un verdadero almuerzo de despedida, esto es: mezclado de sendas copas de cerveza, al que asistió el general V., este, el prefecto y su hermana montaron á caballo para acompañarme.

Cuán doloroso es todo lo que viene del corazon. Bien dijo el poeta que lo llama tambor enlutado que toca redobles fúnebres desde la cuna hasta la tumba. Mi amistad con la bella hermana del prefecto tenia apenas cinco dias de existencia, y ya el dolor de dejarle me hacia derramar lágrimas que caian en la copa que bebia, y hacian decir al general V., cuyo fuerte no es la sensibilidad, que estaba borracha.

Al salir del pueblo vimos venir un ginete corriendo á toda brida, que pasó á nuestro lado como una exhalacion, y se perdió en sus revueltas callejuelas.

—Este es uno de los viajeros que acaban de salir con el arriero de V.—dijo el general V.—Algo grave les habrá sucedido.

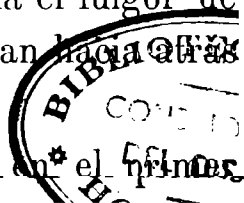
Pero á media hora de marcha los alcanzamos caminando á buen paso y al parecer sin incidente alguno.

Habia llegado el momento de la separacion. Profundamente enternecidatendí la mano al generoso prefecto que tan noble hospitalidad me dió y abracé llorando á su preciosa hermana, cuyas lágrimas se confundieron con las mias.

El general V. pidiendo su parte en la despedida, puso fin á aquella escena.

Quedéme sola entre mis nuevos compañeros de viaje. Eran estos, cuatro hombres y dos señoras. Una de ellas vestia amazona de lustrina plomiza estrechamente abotonada sobre su abultado seno. La otra, esbelta y flexible, envolvíase en una larga túnica de cachemira blanca, cuya amplitud no era bastante á ocultar su gentil apostura. Cubrian su rostro dos velos, uno verde, echado sobre otro blanco que caía como una nube en torno de su cuerpo, y á cuyo trasluz se entreveía el fulgor de dos grandes ojos negros que se volvian hacia atrás con visibles muestras de inquietud.

Intimidada por la frialdad natural de el



encuentro de personas estrañas entre sí, me refugié al lado del arriero.

—Señor Ledesma—le dije—V. que es el director de la caravana, ¿por qué no me ha presentado á mis compañeros de viaje?

—Eh! niña—respondió, con una risa estúpida—qué se yó de todas esas *ceremonias*? Ni para qué? Las gentes se dicen —Buenos días,—y andando!

El galope de un caballo interrumpió á Ledesma en su curso de urbanidad.

La jóven de la larga túnica blanca volvió vivamente la cabeza, á tiempo que desembocando de una encrucijada, el ginete que poco antes corria hácia el puerto, se plantó en medio del grupo.

Era un hombre de cincuenta años, alto, delgado, tieso, con un largo bigote gris que pregonaba el militarismo, parlante por demás en toda su persona.

—Qué tal!—esclamó con aire de triunfo, enseñando un reloj que llevaba abierto en la mano—¡qué tal, doctor! Tres cuartos de hora me han bastado para ir y volver del puerto con esta prenda olvidada. Señores, añadió, paseando una mirada en torno,—¿he ganado ó nó, al doctor Mendoza su petaca de habanos?... Ah! . . . . exclamó, reparando en mí de pronto—nuestra compañera de viaje! . . . . Señora, permítame V. el honor de presentarle á Fernando Villanueva, su servidor.



Y tendiendo la mano hácia las señoras:—Doña Eulalia Vera, mi esposa, *sor* Carmela, mi hija.

Y á este último nombre, su acento ligero y petulante se tornó sombrío y doloroso.

Saludé á mi vez; pero en tanto que hacia cumplidos á la una, mis ojos no se apartaban de la otra; y mientras don Fernando Villanueva, continuando su presentacion, decia :

—El señor Vargas, gobernador de Calama; los señores Eduardo y Manuel, sus hijos; el doctor Mendoza, una de las mas luminosas antorchas de la ciencia—yo apenas lo escuchaba.

—*Sor!*—murmuraban mis lábios, contemplando á la misteriosa jóven que marchaba á mi lado, envuelta en su vaporosa túnica, *sor!* una monja!

Y la luz que al través del doble velo irradiaban aquellos ojos negros parecia alumbrar en mi mente las ardientes palabras de la carta que habia leído la víspera; y siempre la imágen del bello cubano venia á mezclarse á la romántica leyenda que forjaba mi fantasía.

Laura se interrumpió de repente.

—Ves ese rayo blanco que dá á las cortinas de la ventana la apariencia de un fantasma ?

—Sí.

—Qué es ?

—El dia.

—Ya ves que me has tratado con mas crueldad que el sultan de marras: no me dejas una hora de sueño . . . . Pero yo me la tomaré —añadió arrebozándose en la sábana—hasta mañana!

Y se quedó profundamente dormida.

—Peregrina del desierto de Atacama—dije á Laura al mediar de la siguiente noche—pues que el afan del ánimo te impide dormir, prosigue tu narracion, y háblame de esa hechicera sor Carmela que está preocupando mi mente.

—Caminaba silenciosa la bella monja, mientras su padre, expansivo hasta la indiscrecion, me referia su historia.

Era chileno, y uno de los veteranos de la independencia, en cuyos ejércitos habia combatido siendo aún muy jóven. Retirado del servicio, habíase establecido en Santiago donde se casó, y logró hacer fortuna.

—Cuán feliz era yo!—dijo, ahogando un suspiro —Fuéralo siempre—añadió en voz baja—si aquella horrible catástrofe que el ocho de diciembre enlutó á Chile, no me hubiese arrebatado el mayor de los bienes, mi hija!

—Qué—le dije—pereció allí alguna hija de V.?

—No; pero murió para mí—respondió, señalando á Carmela.

Ella y su madre se encontraban en el templo

cuando estalló el voraz incendio. Una mano desconocida las arrebató á la vorágine de fuego que las envolvía; y mis brazos, que pugnaban por abrir paso en aquel oceano de llamas, las recibieron sanas é ilesas, sin que me fuera posible descubrir al salvador generoso que las arrancó á la muerte.

Juzgue V. cuál seria mi gozo, al estrecharlas otra vez en mi seno!

Pero este gozo se cambió luego en amargo pesar.

Mi hija, cuyo carácter era vivo, alegre, apasionado, tornóse desde aquel dia silenciosa y triste. Con frecuencia sorprendía lágrimas en sus ojos; y poco despues me declaró que deseaba abandonar el mundo para consagrarse á Dios.

Vanos fueron nuestros ruegos: lloraba con nosotros, y persistía siempre en su resolucion.

Entró, en fin, al convento y tomó el velo.

Tuve esperanza de que desistiera durante el noviciado, en el que parecia entregada á una profunda melancolía; pero me engañaba: pasado este, profesó.

Desde entónces, mi casa, la ciudad, el mundo, me parecieron un desierto. Cobré ódio á mi país; y cuando un pariente lejano, residente en la provincia de Salta me dejó sus bienes con la precisa condicion de ir á establecerme allí, aproveché con gusto esta

circunstancia para abandonar sitios que me recordaban mi perdida ventura.

Pio IX, á quien tuve ocasion de conocer y tratar durante su permanencia en Chile, me concedió una bula de traslacion, para que mi hija pasara de su convento al de las Bernardas de Salta, á fin de que, si bien separados para siempre, podamos al menos respirar el mismo aire, y vivir bajo el mismo cielo. Héla ahí, todavia entre nosotros, remedando para mí la dicha del pasado. Por eso estoy tan contento! Este simulacro de mi vida de otro tiempo es para mí una ráfaga de felicidad.

Mientras don Fernando me refería la historia de sus penas, habíamos llegado á Colupo, donde debíamos pasar la noche.

Don Fernando ayudó á su señora á desmontar del caballo; y al prestar igual servicio á su hija, estrechóla entre sus brazos con doloroso enternecimiento.

La gentil religiosa besó furtivamente á su padre en la mejilla, y recatándose bajo sus velos, fué á sentarse en el rincon mas apartado del *tambo*. Su madre, dejó caer el embozo, y me mostró un rostro hermoso, aun que profundamente triste. Sentada cerca de su hija, con las bellas manos cruzadas sobre su pecho y los ojos fijos en esta, parecia la *Mater Dolorosa* al pié de la cruz.

El miserable *tambo* que nos alojaba contaba apenas tres cuartos. En el primero colocaron sus camas don Fernando y su esposa; ocuparon el segundo el doctor Mendoza, el gobernador y sus hijos: sor Carmela y yo nos encerramos en el último.

Fuéme dado entónces contemplar de cerca el rostro de la monja, cuya belleza me deslumbró. Nunca ví ojos tan bellos, ni boca tan graciosa, ni espresion tan seductora. En aquellos ojos ardía la pasion: y aquella boca parecia mas bien entreabrirse á los besos que á los *oremus*.

—¡Calla. profana! En tus peregrinaciones has aprendido un language por demás inconveniente.

—En verdad?

—Sí; pero prosigue.

—Carmela guardó de pronto conmigo una tímida reserva; pero es imposible que dos jóvenes esten una hora juntas sin que la confianza se establezca entre ellas. Yo hice los primeros avances, que encontraron un corazon ansioso de expansiones; y muy luego habríase dicho que nuestra intimidad databa de años.

—Ah!—díjele aquella noche, viéndole desnudarse, y que al quitar su toca dejó caer sobre sus hombros un raudal de bucles negros—¿porqué, bellísima Carmela, has arrebatado al mundo tantos inestimables tesoros? Qué te pudo inspirar el lúgubre

pensamiento de encerrarte viva en una tumba?

—Un voto!—respondió la monja con sombrío acento—un voto fórmulado en lo íntimo del alma, á una hora suprema, entre los horrores de la muerte.

—Oh! Dios!

—Escucha . . . . Vas á saber lo que oculté siempre á los míos por no agravar su pena: el motivo que me llevó al cláustro en el momento en que la vida me abría sus dorados horizontes, poblados de ardientes ilusiones . . . .

Orábamos en el templo mi madre y yo una noche de fiesta. La anchurosa nave apenas podía contener en su seno la inmensa multitud que había reunido allí el culto sagrado de María. El aire estaba saturado de incienso; el órgano hacía oír su voz magestuosa en deliciosas melodías.

De repente, á la luz azulada de los cirios sucedió la rojiza luz del incendio, que se extendió con voraz actividad, envolviéndolo todo en un océano de llamas. Un grito espantoso, exhalado por millares de voces resonó en las inflamadas naves; y la multitud, loca de terror, se arremolinó en tumultuosas oleadas, obstruyendo todas las puertas, inutilizando todo medio de salvación.

Arrebatadas por la apiñada muchedumbre que se agitaba en un vaiven formidable, abrasadas por

el calor, asfixiadas por el humo, mi madre y yo nos teníamos estrechamente enlazadas. Y el fuego acrecía; y los inflamados artesones de la bóveda comenzaron á caer, formando piras gigantescas de donde se exhalaba un olor sofocante.

En ese momento extremo, viendo á mi madre próxima á perecer entre las torturas de una muerte horrible, mi alma, elevándose á Dios en una aspiracion de fe infinita, dejó al pié de su trono una promesa que él acogió en su misericordia . . . .

—El resto lo dijo una mirada de amor inmenso que los bellos ojos de la monja enviaron á lo lejos al traves del espacio.

Hé ahí—continuó—el voto que me ha arrebatado á todas las afecciones del mundo; he ahí por qué en la aurora de la vida, á la edad de los dorados ensueños he arrancado á mi frente su blanca guirnalda de rosas para cubrirla con el sudario de la muerte . . . .

Sor Carmela se interrumpió, y ocultó el rostro bajo los pliegues de su velo, quizá para llorar . . . . talvez para blasfemar!

Todo me lo habia dicho, ménos la historia de su amor; de su amor, del que tenia yo ahora una entera conviccion.

Picóme aquella reserva extemporánea en una hora de expansion.

• —Ah!—dije, cediendo mas que á un movimiento

de conmiseracion, á un arranque de impaciencia — cuando sacrificabas así, juventud, belleza, libertad, ¿no pensaste que hundías tambien un alma en la desesperacion?

—La mia!—articuló la religiosa con trémulo acento.

—La de aquel que te libró de las llamas.

Carmela se estremeció, y sus ojos brillaron al través de su velo con una mirada inefable de amor.

Vaciló todavia: pero luego inclinando su velada frente cual si se encontrara á los piés de un confesor:

—Ah!—esclamó—esa hora terrible fué para mí la hora del destino. En el momento en que me consagraba á Dios para siempre, un hombre á quien no habia visto sino en un desvarío ideal del pensamiento, apareció de repente ante mí. Vilo surgir de entre los torbellinos de llamas; y cuando creyéndolo el fantasma de mis sueños, cerraba los ojos para llevar su recuerdo como el último perfume de la tierra, sentíme arrebatado entre sus brazos al través del incendio, sobre los montones de cadáveres y las cabezas apiñadas de la multitud . . . .

Al despertar de un largo desmayo encontréme recostada en el seno de mi madre. Nuestro salvador habia desaparecido; pero yo hallé su imagen en



mi corazon . . . . en este corazon que acababa de consagrarte para siempre, Dios mio ! . . . .

Ah!—continuó sor Carmela, elevando al cielo sus magníficos ojos negros—tú sabes que he combatido. Señor ! tú sabes que he combatido no solo mi amor sino el suyo: tú sabes que he vencido ; pero, tú que me diste la fuerza ¿por qué no me das la paz ? la paz, el único bien que se pide para los que hemos muerto para la vida !

Carmela pasó la noche sentada, inmóvil y la frente apoyada en las manos.

Pero al amanecer, sintiendo los pasos de su madre que venia á buscarla, alzóse presurosa; rechazó el dolor al fondo del corazon, dió á su semblante un aire festivo, y salió á recibirla con los brazos abiertos y la sonrisa en los lábios.

Aquella alma heroica quería sufrir sola !

Dos dias despues de nuestra partida de Cobija, al acabar una calorosa jornada, comenzamos á ver elevarse en el horizonte las verdes arboledas de Calama, fresco y refrigerante oasis en aquel árido desierto.

Llegamos al pueblo muy contentos de respirar los frescos aromas de la vegetacion, que tanto necesitaban nuestros pulmones sofocados por la ardiente atmósfera de los arenales.

Pero heahí que en el momento que desmontábamos

en el patio de la casa de postas, sor Carmela, exhaló un grito, y cayó desmayada en mis brazos.

Sus padres se alarmaron con aquel accidente que no sabían á qué atribuir: no así yo, que detrás un grupo de árboles que sombreaba el patio había visto cruzar un hombre cuya silueta, á pesar de la oscuridad del crepúsculo, me recordó la figura arrogante de Enrique Ariel.

En efecto, á la mañana siguiente, el bello cubano se presentó á nosotros anunciándose como un compañero de viaje para ir—añadió, mucho mas léjos; pues se dirigia á Buenos Aires.

Al verlo, sor Carmela estrechó convulsivamente mi mano, y en sus bellos ojos se pintaron á la vez el gozo y el terror.

Desde ese dia el viaje se tornó para la joven religiosa en una série de emociones dulces y terribles, que, como lo decia su misteriosa carta al explicar su situacion, tenían suspendida su alma entre el cielo y el infierno.

Y yo, paso á paso y trance á trance iba siguiendo aquella romántica odisea que bajo las apariencias del mas severo alejamiento se desarrollaba desapercibida para los otros, en esas dos almas enamoradas, teniendo por escenario el desierto con sus ardientes estepas, sus verdes oasis y su imponente soledad.

Cuántas veces, con el corazon destrozado, todavia,

por las penas de un amor sin ventura, me sorprendí no obstante, envidiando esa felicidad misteriosa y sublimada por el martirio! . . . .

Y así pasaron los días y las leguas de aquel largo camino al través de los abrasados arenales de Atacama y los nevados picos que se elevan sobre la Quebrada del Toro.

## VII

### **La patria!**

En fin, las montañas comenzaron á perfilarse en curvas mas suaves, cambiando su gris monótono en verdes gramadales donde pacian innumerables rebaños, unos luciendo sus blancos toisones, otros su pelage lustroso y abigarrado. El espacio se poblaba de alegres rumores, una brisa tibia nos traía, en ráfagas intermitentes, perfumes que hacian estremecer de gozo mi corazon . . . .

Una tarde, cuando el sol comenzaba á declinar, llegamos á un parage donde aquellos herbosos cerros, abriéndose en vasto anfiteatro, dejaron á nuestra vista un valle cubierto de vergeles bajo cuya fronda blanqueaban las azoteas de una multitud de casas, de donde sus habitantes nos llamaban, agitando en el aire chales y pañuelos. Benévolas

invitaciones que conmovieron á mis compañeras.

Aquel delicioso lugar era el valle de la Silleta.

El deseo de adelantar camino hácia el término de nuestro viage, nos impidió aceptar la graciosa hospitalidad de aquellas amables gentes; y alumbrados por los últimos reflejos del crepúsculo, seguimos la marcha por aquellos poéticos senderos cubiertos de perfumada fronda, que parecían delirios de la fantasía á quien no conociese el esplendor de aquella hermosa naturaleza.

Era ya noche. Habíamos dejado atrás, hacía largo rato, los blancos caseríos de la Silleta, con sus floridos vergeles, y caminábamos bajo un bosque de árboles seculares, que enlazando sus ramas, formaban sobre nuestras cabezas una bóveda sombría, fresca, embalsamada, llena de misteriosos rumores.

Profundo silencio reinaba entre nosotros.

Parecíamos entregados á la contemplacion de aquel nocturno paisaje; pero en realidad callábamos por que nos absorbían nuestras propias emociones.

El arriero guiaba; seguíalo don Fernando con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza inclinada. Cerca de él iba su esposa recatando sus lágrimas. Tras de mí venia la jóven monja, envuelta en su largo velo, blanca y vaporosa como una vision fantástica. Favorecido por la oscuridad,

Enrique se habia acercado á ella, y caminaba á su lado.

El doctor Mendieta venia el último, silencioso tambien; pero su meditacion era de distinto linaje. Cerníase en las serenas regiones de la ciencia; y si bajaba á la tierra, era para buscar en el acre perfume de la fronda el olor de las plantas cuyas maravillosas propiedades conocía.

Así pasaron las horas; horas que no contamos, absorbidos en honda preocupacion.

De repente comenzó á clarear el ramaje; y el espléndido cielo de aquellas regiones apareció tachonado de estrellas.

Habíamos entrado en un terreno que descendía en suave declive, flanqueado por setas de rosales que cercaban innumerables vergeles. El suelo estaba cubierto de yerbas y menudas florecillas cuyo aroma subia á nosotros en el aura tibia de la noche. Una multitud de luciérnagas cruzaban el aire, cual meteoros errantes; los grillos, las cigarras y las langostas verdes chillaban entre los gramadales; los *quirquinchos*, las viscachas, las iguanas y los zorros atravesaban el camino enredándose en los piés de nuestros caballos; y á lo lejos, las vacas mugian en torno á los corrales al reclamo de sus crias.

En aquella naturaleza exuberante, la savia de la

vida rebosaba en rumores aun entre el silencio de la noche.

En fin, al dejar atrás la estensa zona de huertos, entramos en una llanura cercada de ondulosas colinas y cortada al fondo por el cauce de un rio que blanqueaba como una cinta de plata á la dudosa claridad de las estrellas. Mas allá, una masa confusa de luces y sombras agrupábase al pié de un cerro cuya silueta inolvidable se dibujaba en la azul lontananza del horizonte.

Aquel cerro, y aquel hacinamiento de luces y sombras eran el San Bernardo y nuestra bella ciudad! . . . .

Sí, bella, á pesar de tu risa impía; bella con sus casas antiguas, pero pobladas de recuerdos; con sus azoteas moriscas y sus jardines incultos, pero sombreros y perfumados; con sus fiestas religiosas, sus procesiones y sus cantos populares . . . .

¡ Oh! hermosa patria, ¡ cuántos años de vida diera por contemplarte, aun que solo fuera un momento, y como entonces te apareciste á mí, lejana, y velada por la noche, y cuántos daría esa alma desolada que rie por no llorar!

En cuanto á mí, una mezcla estraña de gozo inmenso y de inmensa pena invadió mi corazon. Allí, entre aquellos muros, bajo esas blancas cúpulas, habia dejado, diez años antes, con las fantasías

maravillosas de la infancia, los primeros ensueños de la juventud, rosados mirages en cuya busca venia ahora para refrescar mi alma dolorida. ¿Volvería á encontrarlos?

Fijos los ojos en la encantada vision, no podia hablar por que mi voz estaba llena de lágrimas.

El anciano, deteniéndose de pronto, tendió el brazo en aquella direccion y exclamó: ¡Salta!

Y aplicando media docena de latigazos á sus fatigadas mulas, echó á andar con ellas hácia la pendiente formada por un sendero tortuoso que serpeaba hasta la orilla del rio.

—¡Hemos llegado!—exclamó don Fernando, con acento doloroso.

La pobre madre ahogó un gemido: Pensaba en la hora llegada ya, de la separacion.

—¿Qué hacer, amiga querida?— le dijo su marido —qué hacer, sinó conformarnos con lo irrevocable! Al menos, nuestra hija descansará de las fatigas de este penoso viaje.

—¡En la tumba!—murmuró Carmela.

—¡No!—replicó Ariel, que á favor de la oscuridad permanecia á su lado—no, amada mia; por qué entre tí y esa tumba que te aguarda está mi amor. El voto que nos separa es un voto sacrílego que Dios no acepta: en él le consagrabas una alma que era ya mia; y al entrar en el santuario del amor divino

llevabas el corazón destrozado por los dolores de un amor humano. ¿Crees tú que Dios apruebe ese estéril sacrificio, que sin darte á él condena dos seres que se aman á una eterna desesperación? . . . .  
 ¡Carmela! Carmela! hé ahí esos negros muros que van á robarte á mi vista para siempre! ¡Ah! déjame arrebatarte en mis brazos, como en aquella noche terrible, para llevarte lejos de un país de fanáticas preocupaciones, á otro donde reinan el derecho y la libertad! . . . .

—¡Cesa!—interrumpió la jóven religiosa con triste pero firme acento—cesa de fascinar mi espíritu con los mirages de la dicha, celestes resplandores que oscurecen mas las tinieblas que me cercan. Mas fuerte que la religion hay otro poder que eleva entre nosotros su inflexible ley: el honor! La ley del honor es el deber. Yo me debo al cláustro: No estoy consagrada á Dios? Tú te debes á tu patria: ¿No eres uno de sus *Laborantes*? ¿no recorres la tierra buscando simpatías para su santa causa? ¡Oh, Enrique! sigamos el camino que el deber nos traza; y, como ha dicho mi padre, inclinémonos ante lo irrevocable. Mira ese cielo, que en cada una de sus estrellas nos guarda una promesa de amor inmortal: Allí te espero! . . . .

Y temiendo sin duda, su propia debilidad, la pobre



Carmela se apartó de su amante y fué á colocarse al lado de su madre.

Entretanto, la masa de sombra, que divisamos en lontananza, se aproximaba; de su seno surgían muros, torres, cúpulas. Muy luego el tañido de las campanas llegó á mi oído como el eco de voces amadas que me llamarán.

Atravesamos el rio, ese poético rio de Arias, de bulliciosa corriente. Poblábanlo multitud de hermosas nadadoras que, envueltas en sus largas cabelleras tomaban el último baño á la luz de las estrellas.

¡Qué dulces y dolorosos recuerdos! Cuántas de esas bellas jóvenes que triscaban entre las ondas, serian mis antiguas compañeras de juegos en ese mismo rio, que yo atravesaba ahora desalentado el ánimo y el corazon dolorido!

Vadeado el rio, no fuí ya dueña de mi emocion. Pagué al arriero, tomé mi saco de noche, y dando un adios rápido á mis compañeros, subí corriendo hácia la ciudad cuyas calles divisaba ya, anchas, rectas y tristemente alumbradas por la luz roja del petróleo.

Admiróme cuanto en tan pocos años se habia estendido la poblacion por aquel lado. Encontré barrios enteramente nuevos, en cuyas revueltas me estravié.

## VIII

**La vuelta al hogar**

Hacia una hora que estaba atravesando las calles sin reconocerlas. Todas sus antiguas casas habían desaparecido, y en su lugar se alzaban otras de un nuevo orden de arquitectura.

El imborrable recuerdo de su topografía pudo solo guiarme en el interior de la ciudad, y orientándome de este modo, llegué á la plaza de la Merced, y me encontré delante de la vetusta morada de mis abuelos, habitada ahora solo por mis dos tias, solteronas casi tan viejas como ella.

Con el corazón palpitante de una alegría dolorosa, atravesé aquel umbral que diez años antes pasara para alejarme, llena el alma de rosadas ilusiones, de dorados ensueños que el viento de la vida había disipado . . . .

Una luz moribunda alumbraba el antiguo salón cuyo mobiliario se componía de grandes sillones de cuero adornados con clavos de metal ; seis espejos de cornucopia, y en el fondo un estrado cubierto de una mullida alfombra y media docena de sillitas pequeñas colocadas en forma de diván.

Al centro del estrado, sentadas sobre cojines de damasco carmesí al rededor de una mesita baja,

apetitosamente servida, mis tias se preparaban á cenar.

Una bujía puesta en una palmatoria de plata y colocada entre las dos señoras, formaba en torno de ellas una zona luminosa, dejando en tinieblas el resto del salon.

Mis tias, cuya vista y oido se habian debilitado mucho, no me vieron ni sintieron mis pasos, sino al momento en que llegaba deshalada á echarme en sus brazos, exclamando:

—¡Tias! tias mias!—asustándolas de suerte, que me rechazaron con un grito de espanto.

Luego, reponiéndose, y como avergonzada—¡Oh! señorita, exclamó mi tia Ursula, disimulando apenas su disgusto—nos ha hecho V. un miedo horrible! . . . Pero . . . siéntese V., siéntese . . . En ¿qué podemos servirla?

—Cómo:—díjelas, con las lágrimas en los ojos, resentida y apesarada por aquella acogida tan fria—Tias mias, ¿no me reconocen V V. ya? no reconocen á Laura?

—¡Laura!—esclamaron á la vez las dos señoras, en el colmo de una profunda admiracion.

—¡Bah!—añadió mi tia Ascencion—Sin duda quiere V. burlarse de nosotras . . . .

—¡Pero, en nombre del cielo! no me parezco ya á esa Laura que partió hace diez años de esta

casa un día nueve de enero, llorada por sus tias, para ir á reunirse con su madre en Lima?

—¡ Ah! si se trata de una semejanza ya eso es otra cosa—repuso la misma tia Ursula; porque la otra estaba contemplándome silenciosa, y con un airecillo entre burlon y desdeñoso, como pasmada de mi audacia.

—Pero en fin—añadió la otra—usted es forastera, y acaba de llegar, á juzgar por el trage que lleva. Siéntese V., hija mia . . . . aquí, á mi lado, en el cojin.

¿ Viene V. del Perú? ha conocido allá á Laura? Háblenos V. de aquella querida niña del alma!

La obstinacion de mis tias en desconocerme, me apesadumbró mucho mas de lo que se hubiera podido pensar. Tanto me habia desfigurado la enfermedad que ya nada quedaba de mí misma? ¡ Oh! cuán fea me habia puesto, que mis tias, aun habituadas á sus rostros devastados por la edad me miraban con tan despreciativa conmiseracion!

Absorbida por estas amargas reflexiones, no sé qué respondí á mi tia; y me senté á su lado muda, abatida, inmóvil.

Aprovechando de mi abstraccion—¡ Ay! niña!—dijo mi tia Ursula al oído á su hermana. Solo que, como estaba sorda, hablaba en voz alta creyendo hecerlo en secreto—¡ ay! lo que es el amor propio!

Mira á esta flacucha que quiere hacerse pasar por aquella perla de belleza y de frescura. ¡Me gusta su desvergüenza!

—Calla, Ursulita—replicó la tia Ascension—que en materia de vanidad, nadie te igualó jamás. Recuerda, aunque esto está ya á mil leguas de distancia, que tú tambien te creias parecida á la hermosa Cármen Puch, y la parodiabas en todo, hasta en aquel gracioso momito que hacia contrayendo los labios, que sea dicho de paso, si en ella estaba bien, porque su boca aunque bella era grande, y podia manejarla, á tí, con la tuya pequeña y fruncida te daba el aire de una perlática. ¡Ay! Ursulita! Ursulita! veo con pena que la envidia no envejece.

—Eso no puedes decirlo por mí, que siempre me hice justicia.

—¡Hum! porqué no podias hacer otra cosa.

—¿Lo crees? dilo!

—Yo sí.

—Pues yo te digo que si lo hubiera querido, cuando estuviste tan enfarolada por el doctor Concuera . . . .

Mama Anselma, una negra, antigua criada de mi abuela, entró en ese momento trayendo la cena, y puso fin á la disputa de las señoras, sobre su antigua belleza.

Persuadidas de haber hablado en voz baja, se volvieron hácia mí y me invitaron á ponerme con ellas á la mesa, sonriendo la una á la otra como si nada hubiese pasado de desagradable entre ambas.

Mama Anselma fijó en mí una larga mirada; pero no pudo reconocer á la niña que en otro tiempo llevaba siempre en sus brazos.

Sin embargo, cuando resignándome á pasar todavía por una estraña, dí las gracias á mis tias por su invitacion, mama Anselma hizo un ademan de sorpresa, y acercándose á mi tia Ursula, gritóle al oído.

—Señora, si tiene la misma voz de la niña Laura.

—¿Quién? muger!

—Esta señorita.

—¡Dale! . . . . Y van dos!

Mama Anselma habia destapado los platos y servídonos la cena, compuesta de jigote, un trozo de carne asada, y aquel nacional y delicioso *api* mezclado con crema de leche cocida.

Mientras cenábamos, un mulatillo listo y avisado entró saltando detrás de mama Anselma.

Era Andres su nieto, que diez años antes habia yo dejado en la cuna.

El chico me dió una ojeada indiferente, y sentándose en el suelo, sacó del bolsillo una *trompa*, y sugetándola entre los dientes, púsose á tocar

con la lengua aires que yó habia tocado tambien en ella, cuando en otro tiempo habitaba aquella casa con mi abuela.

Los perfumes y la música son el mirage del recuerdo. A la voz doliente de esa trompa, al aroma familiar de aquellos manjares, el pasado entero, con las rientes escenas de la infancia, con los primeros ensueños de la juventud, surgió en mi mente, vivo, palpitante, poblado de imágenes queridas.

Volví á verme en aquel mismo salon, sobre aquel mismo estrado, sentada en esos cojines, apoyada la cabeza en el regazo de mi abuela, dormitando al arrullo de sus canciones, ó bien revoloteando alegre entre esas dos tias que ahora no podian reconocerme; y los sonidos melodiosos de la trompa me parecian ecos de voces amadas que me llamaban desde las nebulosas lontananzas de la eternidad . . . .

—Señora, si esa niña se ha quedado dormida—oí que decia mama Anselma—Vea su merced que ha soltado el cubierto y ha dejado caer los brazos.

—¡Calla! dices verdad, muger!

—¡No seria mejor, señora, prepararle la cama? Estará cansada; y mas bien le hará dormir que cenar.

—Tienes razon. Pero ¿dónde la acomodaremos?

—Aunque me pesa que alguien duerma ahí,

pero como no hay otro propósito, en el cuarto de Laura.

Absorta en mis pensamientos, había escuchado este diálogo sin comprenderlo. Mi nombre pronunciado por mi tía Ascencion, me despertó del profundo enagenamiento en que yacía.

—¡Tias mias!—esclamé—querida mama Anselma! es posible que os obstineis todavía en desconocerme? Soy Laura, Laura misma, que atacada de una enfermedad mortal, ha perdido la frescura y la belleza que echais de menos en ella. Miradme bien, miradme!

Y arrojando el sombrero y el boroz, les mostré mi rostro, mi talle, mis cabellos.

Las tres ancianas arrojaron un grito de gozo y de dolor y me enlazaron con sus brazos, riendo y llorando; haciéndome mil preguntas sin aguardar la respuesta.

Aquella escena en el estado de debilidad en que me encontraba, me hizo daño, y me desmayé.

Cuando volví en mí halléme en mi cuarto, acostada en mi propia cama, rodeada de mis tias y de mama Anselma, que arrodillada á mi lado, me frotaba los piés con un cepillo . . . .

Se habría dicho que el tiempo había retrocedido el espacio de diez años: de tal modo nada había



cambiado en aquel pequeño recinto desde la víspera del día que lo dejé para marchar al Perú.

Con gran trabajo logré escapar de la camiseta, las medias de lana y las frotaciones de sebo con ceniza que mis tías querían imponerme; primero, absorbiéndolas en el relato de mi fuga de Lima con todos los incidentes de mi viaje hasta la hora en que llegué cerca de ellas; y concluí por finjirme dormida.

Mis tres queridas viejas me abrigaron; arreglaron los cobertores entorno á mi cuello, y cerrando las cortinas, retiráronse sin hacer ruido.

Al encontrarme sola entreabrí las cortinas y dí una mirada entorno.

Mi cuarto se hallaba tal como lo dejé hacia diez años. Allí estaba la cómoda en que guardaba mi ropa; mas allá el tocador con su espejito ovalado, donde ensayé la primera coquetería; donde coloqué en mi profusa cabellera de quince años la primera flor de juventud. Al centro el sillón y la canasta de labor parecían esperar la hora del trabajo; aquí mi cama, en la que solo habían cambiado la colcha; pero en cuyas cortinas azules estaban en su mismo sitio las imágenes de santos que yo tenía prendidas con alfileres. Solo un cuadro de la *Inmaculada*, que adornaba el fondo había sido reemplazado por otro de la *Mater Dolorosa*, á cuyos piés estaban clavadas

dos candelajas con velas de cera, y el denario de mi abuela.

Mis ojos, errando, arrasados de lágrimas sobre todos esos accesorios de aquella edad dorada de la vida, encontraron un objeto á cuya vista salté de la cama con la loca alegría de una niña.

Aquel objeto era la casa de mis muñecas. Corrí á ella; y sin curarme del mal estado de mi salud, sentéme en el suelo y pasé revista á la fantástica familia.

Allí estaban todas esas creaciones maravillosas de mi mente infantil: Estela, Clarisa, Emilia, Lavinia, Arabela; engalanadas con los suntuosos arreos que mi amor les prodigaba. Solo que aquellas bellísimas señoras se hallaban lastimosamente atrasadas en la moda. Sus galas oían á moho, y el orin del pasado habia empañado su brillo.

El alba me sorprendió sin haber cerrado los ojos y mama Anselma se santiguó, cuando entrando en el cuarto con el mate sacramental de la mañana, me encontró en camisa, sentada delante de la casa de las muñecas.

—¡Criatura de Dios!—esclamó— ¿qué haces ahí?

—Estoy visitando á estas pobres chicas que tú me dejabas en un lamentable abandono. Yo esperaba de tí otra cosa; creia que siquiera habias de mudarles ropa.

—¡ Ay! hija! si solo de ver tu cuarto se me partia el corazon. Desde que te fuiste, las señoras han querido que aquí se rece el rosario; y yo, forzada así á entrar, cerraba los ojos para no ver tu cama, ni tu cómoda, ni tu sillón. ¿Cómo habria de tener valor para contemplar tus muñecas? Mucho he llorado, niña mia! mucho he llorado por tí! . . . . Ultimamente me dijeron que te habias casado con un príncipe. Entonces me dije—Ya no la veré mas!—Y cuando me mandaste aquellos pendientes de oro con perlas, me parecieron florones de tu corona; y pensaba que hallándote ya en tanta opulencia en aquellas hermosas ciudades, olvidarías del todo á Salta y á tu pobre mama Anselma . . . . Pero, niña mia, ¿por qué estás llorando?

—Nada, nada, querida mia; tonterías y nada mas —díjela riendo para ahogar mi llanto—Pero, dime, que peroles son esos que suenan á lo léjos?

—¡Cómo! ¿no reconoces ya las campanas del colegio donde te educaste? Están llamando el tercer repique de la misa de ocho y media.

—¡Es verdad! Hoy es domingo, y esta es la segunda misa. Quiero asistir á ella. Anselma, vé á buscarme una alfombra: la de felpa verde que usaba mi abuela; porque mis pobres rodillas están muy descarnadas para resistir la luenga misa de aquel bendito capellan.

Anselma fué á buscar lo que le pedia, y yo, mirándome en mi ovalado espejito, me peiné y vestí con el esmero de quien desea agradar. Quería presentarme á mis antiguas compañeras en aquel colegio donde tantas lágrimas derramara echando de menos el regazo maternal, y donde comenzaron á sonreirme los primeros ensueños de la juventud; esa encantada edad de las perfumadas guirnaldas, de los blancos cendales y las rosadas ilusiones. ¡Cuán diferente me encontraba, mirándome á la luz de aquellos recuerdos. Alumbrábame entonces el radiante sol de la esperanza; hoy . . . hoy las sombras del desengaño oscurecían mi frente!

—¡Jesús! qué elegante está mi niña!—esclamó Anselma, que venía trayendo en una mano la alfombra, en la otra el libro de misa—¡Qué lujo! Vás á deslumbrar á mas de cuatro presumidas . . . Pero ¡ay! ¿qué se hizo el tiempo en que con tu vestido de gaza y un boton de rosa en los cabellos estabas tan linda!

—Ese tiempo, mama Anselma, se fué para no volver. Olvida á la Laura de entonces, y acompaña á la de ahora al templo para pedir á Dios la salud, fuente de toda belleza.

—Y la recobrarás, niña mia. Sin contar con nuestros cuidados, te bastaría solamente respirar el aire de esta tierra bendita de Dios. Dime, criatura

¿has visto algun pais tan hermoso como el nuestro?

—El mundo es ancho, mama Anselma, y encierra comarcas encantadoras; pero la patria es un iman de atraccion irresistible; y la savia de la tierra natal, el mas poderoso agente de vida.

Qué dia tan bello! qué aire tan puro! que transparencia en el azul del cielo!—decia yo, aspirando con ansia la brisa de la mañana, mientras que, seguida de Anselma atravesaba las calles de la ciudad.

—Ah! . . . . de dónde vienen estas ráfagas de perfume, que embalsaman el ambiente? Se diria la triple mezcla del clavel, el jazmin y la violeta.

—De los balcones, niña mia. Las jóvenes han dado en la manía de convertirlos en jardines. Mira esas macetas de jazmin del Cabo, que dejan caer sus ramilletes casi al alcance de la mano. Como ahora las niñas están enteramente dadas al language de las flores! . . . . Qué, hija, si todo el dia es una conversacion de ventanas á veredas; y no se oye sino: *amor ardiente, indiferencia, simpatía, traicion, olvido, cita, espera*, y otras palabras que yo no habia oído en mi vida; y que me parecen cosa de brujería.

—Calla, mama Anselma, que, con algunas variantes, tú las dirias tambien, hace diez lustros . . . . Pero . . . . ¿no es éste el sitio que ocupaba

la vetusta casa donde estuvo mi escuela? . . . .  
Sí, lo reconozco . . . . entre Sanmillan y Ojeda.  
Ah! ¿qué desalmado echó abajo sus derruidas  
paredes para reemplazarlas con esta casa, que,  
aunque muy bella, no vale el tesoro de recuerdos  
que aquellas encerraban!

—Cierto que encontró uno magnífico el gallego  
Hernando al desbaratarlas; pero no fué de recuerdos  
sino de oro y valiosas joyas, en un ángulo del  
salon donde se hacian las clases, en el sitio mismo  
que ocupaba la maestra, cuando tejiendo sus blondas  
vijilaba á las niñas.

—Horrible sarcasmo de la suerte! exclamé,  
entanto que mi pobre maestra, forzada al trabajo  
por la dura ley de la miseria, se entregaba á la  
tarea ingrata de la enseñanza, y á la mas ingrata aun  
de las labores de mano, que dan pan á sus hijos,  
el ciego destino escondía bajo sus piés un tesoro  
para entregarlo á la codicia de un avaro sin hijos, sin  
familia, y peor que esto, sin entrañas.

Y la historia de aquella desventurada señora  
despojada y proscrita de su patria por la injusticia  
de una política brutal, vino á mi mente, con todas  
sus dolientes peripecias: la muerte de su esposo, su  
aislamiento y orfandad en la tierra estrangera.  
Vila sentada en el rincon oscuro de aquel salon  
destartalado, vestida de luto y los ojos bajos sobre

su labor, siempre meditabunda, y derramando á veces lágrimas silenciosas que rociaban las flores de su bordado.

—Pero, niña mia, piensas quedarte ahí toda la mañana delante la casa de ese maldito usurero que la compró por nada, y con el oro que encontró la ha puesto así? Mira que ya ha *dejado* la misa y nos costará sabe Dios qué entrar á la iglesia, que estará atestada de gente.

Y me echó delante de ella con la autoridad que usaba conmigo cuando yo tenía cinco años, y me llevaba á paseo.

Al entrar en la plaza de armas, dejóme pasmada la trasformacion que se habia operado en ella. Rodeábanle dos hileras de álamos alternados con frondosos sauces que formaban una calle sombrosa, fresca, tapizada de césped y flanqueada de asientos rústicos. El resto de la plaza era un vasto jardin con bosquecillos de rosas, y enramadas donde serpeaban entrelazados, el jazmin, la clemátida y la madreselva. Al centro elevábase un bellissimo obelisco cerrado por una verja de hierro, donde se retorcían los robustos pámpanos de una vid.

—¿Dónde vés, niña mia? Sigue por la izquierda. Has olvidado ya el camino del colegio?

—No; pero quiero dar una vuelta en torno á esta hermosa alameda que me está convidando con todos

los aromas de que estoy privada, hace tanto tiempo.

—Criatura! ¿y la misa? Cuando lleguemos, habrá ya pasado.

—Siempre llegaremos á tiempo. Acaso no conozco yo las costumbres de aquella casa? La madre sacristana llama á misa para despertar al capellan que se suelta con las sábanas.

—Eso era en tiempo de Marina, que era un pelmazo; pero este otro es una pólvora, que se reviste en dos patadas, y se arranca la sobrepelliz de un *jalon*.

Mientras Anselma hablaba, caminaba yo con delicia sobre la menuda grama salpicada de anémonas rojas que tapizaba el suelo.

Una multitud de jóvenes madrugadoras, venidas como yo á respirar el aire embalsamado de la mañana, ocupaban los bancos, ó bien, *polqueaban*, deslizándose rápidas sobre el césped, estrechamente abrazadas, sonriendo con el confiado abandono de esa hora matinal en que los hombres duermen, y el mundo parece únicamente habitado por mugeres.

Entre ellas reconocí á muchas de mis antiguas compañeras. Habíanse formado y embellecido todas á punto de avergonzarme á la idea de presentarles mi demacrada persona. Así, recojí sobre mi rostro los pliegues del velo, y pasé delante de ellas fingiendo la indiferencia de una estraña.



Mas parece que mis arreos fueron muy de su gusto; pues me miraron con una mezcla de curiosidad y complacencia que no tenia derecho á esperar mi marchita belleza.

Al salir de la calle Angosta, divisé la fachada del colegio con su pobre campanario rematado por una cruz de hierro pintada de negro . . . . Qué dulces y dolorosas emociones sentí á la vista de esa casa, donde se deslizaron los años de mi infancia entre penosos estudios y alegres juegos. Entonces deseaba crecer, dejar de ser niña y volverme una jóven. Ahora deseaba que aquellos dias volvieran para no pasar jamás.

Como Anselma lo habia previsto, la misa estaba comenzada y el reducido templo lleno de gente.

Pero yo habia aprendido en Lima la manera de abrirme paso entre la multitud y con pasmo de Anselma, nos encontramos ambas al pié del presbiterio, á tiempo que el capellan decia el *Sanctus*.

Un mundo de recuerdos invadió mi mente, cuando arrodillada y las manos juntas, levanté los ojos sobre aquel altar cubierto de flores, cuyo aroma me traia en ondas embalsamadas las rientes imágenes del pasado; de aquel tiempo en que vestida de blancos cendales y la frente coronada de rosas,

llevaba el solo, á causa de mi exelente contralto, en los cánticos sagrados.

Y de ilusion en ilusion, y de recuerdo en recuerdo, caí en un desvarío profundo que arrebató mi alma hácia las encontradas regiones del pasado.

El largo espacio que de él me separaba se borró enteramente; volví á ser la devota niña de aquel hermoso tiempo de piedad, de esperanza y de fe. Un santo entusiasmo se apoderó de mi alma; y cuando, al instante de la *elevacion*, las notas del piano preludiaron un acompañamiento, sin conciencia de lo que hacia, arrastrada por una fuerza irresistible, entoné el himno de *adoracion* con una voz poderosa, llena de uncion, que resonó en las bóvedas y en el corazon de los oyentes.

Un murmullo semejante al de las hojas de los árboles agitadas por el viento recorrió el templo; y cuando el coro entonó la segunda estrofa, escuché mi nombre mezclado á las sagradas palabras. Y *abandonéme* al encanto de aquellas melodías que transportaron mi alma á espacios infinitos . . . .

¡Me habia desmayado!

Cuando volví en mí encontréme en el perfumado cláustro del colegio, bajo los naranjos en flor. en brazos de mis antiguas compañeras, que me prodigaban cuidados y caricias. Entorno á ellas,

turbulentas y curiosas, agrupábanse sus *chicas* . . . .

Recuerdas esa piadosa costumbre del colegio?

—Ah! nunca olvidaré la dulce solicitud de mi *grande*, la angelical Anastasia F. Eramos ocho sus chicas; y otras tantas las de la bella y perversa Patricia T., su mortal enemiga . . . .

—Háblame, por Dios, de esa historia, que á lo que parece, hizo época en el colegio.

—Fué una enemistad implacable de parte de la una; una bondad y paciencia incansables de parte de la otra. ¿Porqué la aborrecía? Anastasia no era ni bella ni rica para escitar la envidia en aquel corazon depravado. Mas, lo que Patricia no podia perdonarla era el respeto, la admiracion, el amor que inspiraba.

En efecto, la una era el ídolo de la casa; la otra su terror.

Anastasia era el recurso en todas las necesidades, el alivio de todos los dolores, no solo para sus chicas sino para todas las niñas del colegio. Llamábanla *Consolatrix afflictorum*; porque siempre tenia en los labios una palabra de consuelo, de promesa ó de esperanza. No era devota, pero era una santa. Reía de los ayunos, de las disciplinas y de las largas plegarias; pero su alma, toda fe y amor, vivia en una perpétua aspiracion hácia Dios.

Querida Anastasia! Paréceme verla todavía con

sus largos cabellos rubios, su rostro dulce y pálido, y aquella sonrisa bondadosa y triste que adormía sus ojos azules, dándoles una espresion angelical.

Patricia era una beldad soberbia en toda la esplendente acepcion de la palabra. Imposible sería imaginar ojos tan bellos como los suyos, ni cabellos rizados tan undosos y brillantes, ni cuerpo tan esbelto, ni voz tan suave y vibrante, ni lisonja tan irresistible como la que se deslizaba de su rosada boca.

Pero aquella hechicera figura encerraba un alma de demonio llena de odio y de crueldad: Ay! de aquellos á quienes ella aborrecía! y ay! tambien de los que amaba! Unos y otros eran sus víctimas.

—En mi tiempo existian todavia en el salon de dibujo dos retratos de ellas hechos por tu hermana. La una vestía las galas del mundo; la otra el hábito de religiosa. Aunque hacia largo tiempo que ellas no lo habitaban ya, en el colegio su memoria estaba aun viva; y en las veladas de las noches de luna bajo los naranjos del patio, las monjas cuchicheaban no sé que misteriosa conseja respecto á esas dos jóvenes pensionistas, que escitaba grandemente mi curiosidad, á causa del sigilo mismo con que de ello hablaban.

Un dia fuí á preguntarlo á Sebastiana, aquella chola jorobada, antigua cocinera del colegio.

—Nada te importa eso, niña—me respondió atizando su fuego—Ve á estudiar tu leccion y pide á Dios que te libre de tener una enemiga.

Estas palabras no eran á propósito para desvanecer mi curiosidad; pero, por mas que pregunté, insinué, y me dí á escuchar las pláticas de las grandes y de las monjas, nunca pude recojer mas que frases sueltas, como—odio, venganza, abandono, castigo del cielo, y otras así, incoherentes . . . . Que fué ello?

—Ah! una triste historia! un drama que comenzó en los apacibles cláustros del colegio, y acabó con un desenlace trájico entre las tempestades de la vida mundana.

Anastasia no queria creer en el odio que Patricia la habia jurado. Reía de las hostilidades de su enemiga, no con desden, sino con dulzura; y las llamaba: las locuras de Patricia. Reñía á sus chicas y únicamente en esas ocasiones con severidad, cuando mas prácticas que ella en los senderos del mal, vengábamos los ultrajes sangrientos que la infería su antagonista, á quien, por acaso providencial, tenia siempre ocasion de devolverle en bien todo el mal que ella le deseaba.

Acercábase la fiesta de la Asuncion, brillante solemnidad celebrada con banquetes, refrescos procesiones, premios, y un panegírico en honor de

la Santa Patrona del colegio, pronunciado por una de sus párvulas, de lo alto de la cátedra, y ante un inmenso auditorio.

Las grandes codiciaban para sus chicas aquella ocasion de lucir sus dotes intelectuales; y habia candidaturas oficiales y populares; *meetings* y acalorados debates.

Pero allí se empleaba un procedimiento digno de ser estudiado por nuestros congresos constitucionales y muy superior á la teórica prueba de los programas. Las chicas aprendian de memoria el panegírico y lo recitaban ante un comité municipal, que acordaba sus votos á aquella que mas gracia ostentaba en la declamacion.

La bella Dolores del *Sagrado Corazon*, vice rectora del colegio, y cuya favorita era Patricia, se declaró por una de las chicas de esta: ensayóla para ello, y la presentó al comité, que presidía como directora de estudios, si no recomendándola, insinuándose al ménos de un modo explícito en favor suyo.

—Ah! — exclamó, Laura, interrumpiéndome— recuerdas á esa altiva beldad? En mi tiempo era ya rectora; y la llamábamos—*Rosas segundo*— por su magistral despotismo. Qué inmenso rol habria representado en el mundo esa muger que reunía en sí todos los encantos que pueden fascinar

la mente y cautivar el corazón; una belleza seductora; una gracia irresistible; y bajo la sombra de su velo, mezclada á desdenoso orgullo, la más refinada coquetería. ¿Oíste jamás una voz tan hechicera como la suya? Cuando se elevaba en los cánticos sagrados enlazada con los melodiosos acordes del órgano, había en su acento una expresión tal de voluptuosidad y de terrestre pasión, que me hacía apartar los ojos de la imagen de Jesús, para buscar en los oscuros ángulos del templo el ser humano á quien se dirigía.

Nada tan decisivo como su tiránica voluntad, que se imponía como una ley del destino.

Antes de oírte lo decía, sé ya que en la ocasión de que hablas, triunfó en su propósito.

—No. Como pocas veces sucede en el mundo, triunfó la justicia.

Anastasia no tenía protectores, ni los buscaba. Ensayó concienzudamente á sus chicas, sin preferencia por ninguna; pero había entre ellas una morenilla de diez años tan linda, graciosa y despabilada, que en el ensayo jeneral se llevó todos los votos á pesar del influjo y de la presencia misma de la orgullosa vice-rectora.

Nunca olvidaré la mirada fulminante con que sus magníficos ojos envolvieron á la pobre Anastasia y á su victoriosa chica; ni la amarga sonrisa que

les dirigió Patricia, ni el pícaro momito de ingenioso desden con que los infantiles lábios de la niña acogieron aquella doble amenaza.

Anastasia tenia bajos sus modestos párpados, y no vió esos relámpagos de la tempestad que se cernía sobre su cabeza.

Esta escena tuvo lugar la víspera de la fiesta.

Radiante de gozo por el triunfo de su chica, Anastasia se entregó á la tarea, grata para ella, de engalanarnos. Cuántas papillotas hizo aquella noche! Estábamos ya dormidas, y ella tenia todavia nuestras cabezas entre sus manos.

Al dia siguiente, millares de rizos, negros y blondos flotaban bajo nuestros velos, que Anastasia arregló con gusto esquisito, prendiendo sobre ellos graciosas coronas de rosas blancas.

La fiesta fué celebrada aquel año con inusitado esplendor. El templo y el prado que le sirve de átrio estaban sembrados de flores; doscientas niñas vestidas con el blanco uniforme de gala, rodeaban el trono de la Santa Patrona, á cuyo lado, adornada de ramilletes y de vaporosas nubes de tul, alzábase una cátedra. Sobre sus diez gradas habian estendido un tapiz de felpa carmesí del mas solemne efecto; pero que no intimidó á la linda oradora, que subió con paso firme y sereno ademan; dirigió un tierno saludo á la Vírgen, y volviéndose al numeroso



auditorio que llenaba el prado, pronunció el panegírico, dando á su voz inflexiones tan armoniosas y á su fisonomía tal encanto, que arrebató de entusiasmo á sus oyentes.

Estasiada al escucharla, Anastasia estaba, si no bella, encantadora, bajo el blanco velo que tan bien se hermanaba con su tez de nieve, sus grandes ojos azules, y los dorados bucles que ornaban su frente purísima y serena.

Arrodillada al pié del trono de María, llevando un pebetero de aromas en la mano, y absorta en piadosa meditacion, contemplaba maquinalmente las ondas de humo que saturaban el aire con el místico perfume del incienso . . . .

De repente sus ojos, encontraron una mirada que hizo descender su alma de las alturas donde se cernía con Dios . . . .

Patricia, que estaba cerca, y la espiaba, interceptó aquella mirada . . . .

Anastasia salió del templo pensativa y triste.

Patricia con aire de triunfo, y en los lábios una cruel sonrisa.

Desde aquel dia, Anastasia, tan contraída al estudio, pasaba largas horas con el libro abierto sobre sus rodillas, inmóvil, y la mirada fija, al parecer en la contemplacion de un objeto invisible. Hondos suspiros se escapaban de su pecho ; y con frecuencia

la veíamos elevar los ojos—para mirar al cielo—decía ella; pero en efecto, para hacer retroceder lágrimas, que se agolpaban en ellos.

A la plácida indulgencia con que recibía las ofensas de su enemiga sucedió una resignación triste y silenciosa. No la miraba ya con serenidad: mirábala con terror.

Nosotros observábamos este cambio con dolorosa admiración; y nos preguntábamos, que podía arrancar esa alma á su beatífica tranquilidad.

Un día Patricia dejó el colegio. Sus chicas fueron encargadas á otra grande, que ocupó también su puesto en el dormitorio, el comedor y el templo.

Esta ausencia que libertaba á Anastasia de una mortal enemiga, pareció aumentar, sin embargo, la tristeza que se había apoderado de su alma. En las horas de recreo, en vez de rodearse de sus chicas cual antes acostumbraba para repartirnos dulces, ó contarnos cuentos, alejábanos de su lado, y sola, silenciosa y sombría, paseábase á lentos pasos en los sitios más retirados del jardín; ó bien sentada al pie de un árbol, quedábase inmóvil, oculto el rostro entre las manos, hasta que la campana de clases la llamaba.

Un día que, reunidas en torno suyo, dábamos á nuestra lección el último repaso, que ella corregía con esmero, así en el acento como en la dicción,

trajéronla un ramillete magnífico, formado con flores características y atado con un lazo blanco de moaré, del que pendía una ancha tarjeta con dos nombres en relieve. Nosotras no leímos los nombres; pero sí el significado del ramillete, cuyas flores decían :

—Odio satisfecho—Deliciosa venganza—Amor desdeñado—Deseos cumplidos.

Anastasia tomó en sus manos el ramillete, y contempló largo tiempo, inmóvil y pálida, los nombres y las flores que contenía. Cerró nuestros libros, nos abrazó á todas, condujónos á clase y desapareció.

Cuando, acabadas las clases, entramos á la iglesia para la plegaria que precedía á la cena, vimos el misterioso ramillete á los piés de la Vírgen; y como nos encontrásemes solas y preguntáramos por Anastasia, se nos dijo que estaba en retiro para tomar al dia siguiente el velo de novicia.

Como á las chicas de Patricia, diéronnos tambien otra grande, que nos pareció una madrastra, y á quien como á tal tratamos, llorando amargamente, cuando á lo léjos devisábamos bajo su blanco velo, el dulce rostro de Anastasia que nos enviaba una sonrisa triste.

Poco despues, la bella voz de Anastasia no resonó ya entre los sagrados coros; y su reclinatorio quedó vacío al fondo de la nave. Estaba enferma y no

podía dejar el cuarto. Los médicos declararon que se hallaba atacada de una enfermedad pulmonar, y la ordenaron ir á respirar el aire de los campos.

Vecina al pintoresco pueblo de Cerrillos, poseía el colegio una pequeña heredad, solitaria y agreste, cuya entrada se abría sobre una cañada desierta, y daba paso á un edificio situado entre un jardín y un huerto que se extendía hasta las primeras casas del pueblo.

Allí fué á encerrarse Anastasia con su mortal dolencia y el oculto pesar que parecía roer su alma.

Corrían entonces los días de la primavera, la más bella época del año en aquel hermoso país, que se cubre de flores desde la cima de los bosques hasta la menuda yerba de los campos.

Pero ni la embalsamada fronda de las selvas, ni el alegre canto de las aves, ni el murmurio de las fuentes, ni el verdor florido de los prados, ni las lontananzas azuladas del horizonte, nada era fuerte á distraer la misteriosa tristeza que se había apoderado del alma de Anastasia, y minaba sordamente su existencia.

Huía de toda compañía, de todo ruido; ocultábase de todas las miradas; y solo al caer la tarde se le veía pasear lentamente, á lo lejos, entre las arboledas desiertas, pálida y silenciosa como una sombra.

Los días de carnaval llegaron, y con ellos un

mundo de alegres huéspedes al lindo pueblo de Cerrillos. Los anchos corredores de sus casas se convirtieron en salones de baile; y sus huertas, que separadas solo por setas de rosales forman una vasta fronda, resonaron con músicas y cánticos.

Anastasia, cuya tristeza creció con la alegría que zumbaba en torno suyo, retrájose aun mas en su aislamiento, y no osó ya poner el pié fuera del recinto de la casa, sino á la hora de las sombras, cuando el juego y el sarao convidaban á los presentes con los ardientes placeres de la *cuadrilla* y del *monte*.

Entonces despreciando los consejos de los médicos, que le prohibian los paseos nocturnos, envolvíase en su velo y vagaba en las tinieblas de la desierta campiña, hasta que el aura húmeda del alba mojaba sus cabellos y helaba su cuerpo.

Una noche que habia llevado sus pasos hácia el lado del pueblo, Anastasia, fatigada en el cuerpo y en el espíritu, sentóse en un paraje ameno, plantado de moreras y de floridos arbustos.

Profundo silencio reinaba entorno, interrumpido solo por el arrullo de las tórtolas animadas en la fronda, y por los lejanos rumores de la fiesta, que el viento traía en perezosas bocanadas al oído de la religiosa, como écos de otro mundo, de un mundo

perdido para ella, pero hácia el cual volaba siempre su alma en álas del recuerdo.

El murmullo de dos voces que hablando quedo se acercaban, arrancó de súbito á Anastasia de su profunda abstraccion.

La anchurosa falda de raso de una muger que pasó á su lado sin percibirla, rozó el blanco hábito de la novicia.

Anastasia se estremeció: un sudor frio bañó sus sienes.

Aquella muger era Patricia.

Apoyábase en el brazo de un hombre, y la mirada de sus ojos, tan irónica y altiva, fijábase en él, sumisa y apasionada.

Anastasia levantó con timidez la suya para mirar á aquel hombre; y por vez primera en su vida, una sonrisa amarga contrajo sus dulces lábios.

Pero esta sonrisa se cambió en una sorda exclamacion de espanto, cuando de trás de un árbol surgió de repente ante la enamorada pareja un hombre ceñudo, sombrío, terrible, armado de dos pistolas, que arrojando una á los piés del compañero de Patricia—Defiéndete, infame—le dijo—Tengo el derecho de matar como á un ladron al que bajo la fe de la amistad me ha robado la honra; pero quiero concederte el combate. Arma tu brazo, y muestra al menos que no eres cobarde al frente de

un enemigo, como lo has sido ante las leyes del honor.

A esta sangrienta provocacion, el desafiado ruió de cólera y se precipitó sobre la pistola.

Patricia se arrojó entre ambos contendientes.

—Mátame á mí—esclamó volviéndose al otro— Yo lo amo; y si alguno de nosotros debe morir, ese soy yo!

Pero el inexorable adversario la apartó con un ademan de desprecio, y preparando el arma, mudo y severo, esperó.

Patricia cayó postrada en tierra, exclamando:

—Luis! no te dejes matar!

Sonó una doble detonacion, y uno de aquellos hombres cayó bañado en su sangre.

Patricia exhaló un grito y se desmayó.

El vencedor tomó en sus brazos á Patricia desmayada y se alejó.

Anastasia, vuelta en sí del terror que la habia tenido inmóvil entre la sombra, arrojóse sobre el cuerpo inerte del herido. Con una mano restañó la sangre que salia á borbotones de su pecho; con la otra arrancó un tallo de yerba mojado de rocío, y humedeció su frente.

El moribundo abrió los ojos, y su mirada encontró, inclinado sobre él, el rostro pálido de Anastasia.

—Angel del cielo!—esclamó—vienes á tomar mi alma como aquel dia . . . . entre nubes de incienso . . . . al pié del altar? . . . . Ah! . . . . un demonio la estravió de su beatífico vuelo hácia tí . . . .

Su mano, ya fria, buscó la mano que cerraba su herida, y la llevó á sus lábios, que en vez de un beso, dejaron en ella un suspiro.

Era el último.

La luz del dia encontró á Anastasia de rodillas al lado de un cadáver . . . .

Patricia desapareció, sin que las investigaciones que se hicieron para descubrir su huella, tuvieran otro resultado que datos inciertos. Hubo uno vago, pero terrible :

Una silla de posta habia sido asaltada por los indios en las solitarias etapas de la Pampa. En ella iban un hombre y una muger. Los salvages mataron á aquel y se llevaron á esta.

El postillon, que habia logrado escaparse, nada sabia de los viajeros que llevaba, sino que la muger, jóven y bella, respondía al nombre de Patricia.

Poco despues del drama que tuvo lugar en Cerrillos; la iglesia del colegio, enlutada, aunque sembrado de flores su pavimento, resonaba con los fúnebres versículos de Exequias.

Al centro de la nave, entre cuatro cirios, habia



un ataúd cubierto con un velo blanco, sobre el que se ostentaban una palma y una corona de rosas.

Anastasia habia dejado á sus compañeras para ir á morar entre los ángeles . . . .

Ahora, perdon, hermosa desmayada! Atraída por el recuerdo hácia los encantados mirages del pasado, olvidé que te dejaba en una situacion azas comprometida, entre los cuidados de las grandes y los alfileres de las chicas, que desearian saber á qué atenerse de la verdad de tu accidente.

—Recuerda que ya volví en mí, cuando partiste á la region de los recuerdos.

Encontréme, como ya he dicho, rodeada de mis antiguas compañeras, trasformadas, casi todas, en bellísimas jóvenes, unas de ojos negros, y largas cabelleras; otras de azuladas pupilas y de rizos blondos.

Forzoso me es confesar, si he de ser sincera, que me sentí humillada ante aquellas beldades frescas y risueñas, cuyas rosadas bocas besaban mi enflaquecida mejilla.

Pero ellas, por esa innata propension del corazon humano á desear aquello que nos falta, envidiaron mi palidez y la lánguida espresion de mi semblante que decian—daba un nuevo encanto á mi fisonomía.

El dia se pasó para mí como un soplo, recorriendo los cláustros, los salones, el vergel, escuchando á

mis compañeras presentes, demandando el destino de las ausentes; refiriéndoles, para satisfacer su curiosidad aquello que de mi historia podía decir sin contristar su ánimo; pero sobre todo, hablando del pasado, de esa región luminosa, poblada de celestes visiones.

Evocado así, en su propio escenario, aquel tiempo desvanecido, alzábase, al calor prestigioso de la memoria, vivo, palpitante; y sin conciencia de ello, reíamos y saltábamos, cantando los alegres aires de la infancia, enteramente olvidadas del espacio que de ella nos separaba.

La voz de Anselma, que me recordaba la hora, disipó aquellos dorados nimbos, volviéndonos, á la realidad.

No quiero darte envidia, detallando la historia de esos encantados días arrebatados á la muerte, y transcurridos bajo el bello cielo de la patria, acariciada por las calurosas afecciones de la amistad y de la familia. Mi vida era una continuada fiesta.

Hoy era un banquete; mañana una cabalgata entorno á las pintorescas chacarillas que rodean la ciudad; ora un baile campestre bajo las frondas de las huertas, ora una romería al poético santuario del Sumalao.

Un día proyectamos una ascension al San Bernardo. El programa era : merendar en su cima,

bailar allí una cuadrilla, y contemplar la puesta del sol.

En efecto, al caer la tarde, mas de veinte jóvenes, llevando en el brazo canastillos de provisiones, escalábamos aquel bellissimo cerro cubierto de árboles y de olorosas yerbas. Nuestra algazara podia oirse á lo léjos. Todas hablábamos y reíamos á un tiempo. Aquí, un grito de gozo á la vista de una flor; allí, otro de terror á la aparicion de un zorro; mas allá, una exclamacion de entusiasmo ante el inmenso horizonte.

Para dar mas expansion á nuestra alegría, habiamos escludo á los hombres, cuya presencia nos habria sido inoportuna en aquel paseo, que era mas bien una reminiscencia de la niñez; del tiempo en que íbamos con las nodrizas á merendar empanadas en las orillas del Husi.

—Yo—decia una—He ocultado nuestra excursion á papá, que la hubiera encontrado temeraria.

—No así el mio, que la ha aplaudido con entusiasmo—replicaba otra.

—Y tus tres hermanos, Carolina? Por cierto, que la habrán desaprobado.

—En lo absoluto, alma mia; y me prohibieron venir, á menos que, el gracioso comité organizador del programa los llamara á ellos para servirnos de escolta.

—Qué insolente pretension! Como si nosotras no bastáramos á nuestra propia defensa!

Y aquella que así hablaba, abriendo su canastillo, exhibió con denuedo, la tercera pieza de su cubierto.

Las otras la imitaron; y veinte cuchillos de punta redonda salieron á relucir, empuñados por las manos mas bellas del mundo.

Una carcajada general sazonó aquella escena.

Charlando y riendo así, llegamos, como al tercio de nuestra ascension, á una plataforma tapizada de grama, donde brotaba un manantial entre matas floridas de amancaes.

Seducidas por la belleza del sitio, resolvimos desviarnos del programa, y sentar allí nuestros reales.

Mientras que algunas tocaban alegres danzas en el organito que debia servirnos de orquesta, y otras arreglaban en servilletas sobre la yerba los primores de la merienda, habíame yo sentado en una piedra, y contemplaba con delicia el magnífico panorama que se extendía á mis piés.

Al frente, redondeábanse en suaves ondulaciones las verdes colinas de Castañares, cubiertas de pintados rebaños; á mi derecha el Campo de la Cruz atraía la mirada con su manto de verdura y sus gloriosas memorias; á mi izquierda entre el follaje de los huertos, el rio, que teñido con los rayos del sol

poniente, semejaba una cinta de fuego ; y al centro, en medio al encantado paisaje que le servia de marco, la ciudad, con sus torres, sus blancas azoteas y sus rojos tejados, se agrupaba, como un tablero de ajedrez, al pié del *San Bernardo*. Desde el paraje elevado en que me hallaba, casi á vuelo de ave, veíase distintamente el interior de las casas y el movimiento de sus moradores. Sus edificios monumentales se destacaban fantásticos sobre un océano de vegetacion.

La Viña, entre los vergeles de la Banda; la catedral, con sus cipreses piramidales; la plaza, con su obelisco y sus románticos jardines; el convento suntuoso de Propaganda; y mas cerca, casi bajo mis ojos, donde antes era la Congregacion de Belermitanos, el monasterio de las Bernardas.

A su vista, la imágen de Carmela me apareció derepente; y un amargo remordimiento oprimió mi corazon.

Entregada á la egoista alegría del regreso á la patria, me paseaba con mis amigas de infancia, olvidando á aquella que me habia confiado las penas de un amor infortunado; y que encerrada en esos muros, estrangera y sola, carecía de una compañera en cuyo seno pudiera llorarlo.

Mis ojos, arrasados de lágrimas, buscaban entre

las sombrías arcadas del cláustro, la gentil figura de la monja.

—Qué—exclamó, corriendo hácia mí, una de nuestras jóvenes—¿se viene aquí á contemplar musarañas, ó á danzar y merendar?

Y procuraba arrastrarme consigo al torbellino de una *lancera*, que en ese momento ejecutaba el wals; un wals desenfrenado, en que los piés volaban con los acordes precipitados del organillo.

Pero yo estaba muy dolorosamente conmovida para mezclarme al gozo turbulento de las otras. Pretesté cansancio; y la bailarina, notando mi tristeza, dejóme y se fué en busca de otra pareja.

Quedéme sola, sentada sobre el rápido declive de la montaña, al abrigo de un matorral que me ocultaba á la vista de mis compañeras.

Y pensaba en Carmela, en el bello cubano y en sus misteriosos amores al través de las soledades del desierto; y me preguntaba cuál seria el destino de ese sentimiento divinizado por el dolor, y encadenado á un imposible . . . .

Un grito inmenso de terror me arrancó á mi profunda abstraccion.

Volvíme para mirar hácia donde estaban mis amigas, creyendo que fuera alguna nueva locura; pero el espectáculo que encontraron mis ojos, me dejó helada de espanto.

El órgano se había escapado de las manos que lo tocaban ; y el personal de la cuadrilla reunido en un grupo compacto y petrificado, tenía fijos los ojos en una docena de horribles salteadores de miradas torvas, largas é incultas barbas, desgreñados cabellos, sombreros cónicos que cubiertos con el chiripá rojo de los montoneros, y los piés calzados con tamangos de potro, armados de rifles, rewolvers y puñales, las cercaban, estrechando cada vez mas un círculo en torno de ellas.

Cosa estraña! en aquellos rostros patibularios, los ojos eran idénticos ; horribles ojos ! de párpados llagados y sangrientos que dilatados como los lábios de una úlcera daban á sus miradas una espresion indecible de ferocidad.

—Hola ! hola !—exclamó el capataz de la banda, un hombron descomunal de erizada cabellera.

—¡Bienvenidas las bellas chicas, con su música y su riquísima merienda ! ¡ Qué me ahorquen si esto no se llama miel sobre buñuelos ! Bailaremos y merendaremos juntitos ; y luego, en santa union y compañía iremos á reposar en nuestra caverna. Yá vereis !

— ¡ Misericordia ! — exclamaron mis pobres compañeras, pálidas de terror, cayendo á los piés del bandido—¡ Por el amor de Dios !—decía una.

—¡ Tenga V. piedad de nosotros !—clamaba otra.

Y simultáneamente—Hé aquí mi dinero!—Hé aquí mis joyas!—Hé aquí mi chal de cachemir!—Tómelo V. todo, pero déjenos partir.

—Partir! qué locura! Ah! no sabeis cuán bella es la vida á salto de mata! Venid á probarla, con vuestro dinero, y vuestras joyas, y vuestros cachemires, que no nos vendrán mal en el triste estado en que yace nuestra bolsa.

—Ah! si quereis oro, enviad un mensajero pidiendo á nuestros padres el precio de nuestro rescate; ellos darán cuanto exijais; pero en nombre del cielo! no nos lleveis de aquí!

—Bah! nos creis, acaso, ladrones italianos? No, señoritas: somos bandidos argentinos, demasiado galantes para recibir dinero por precio de la beldad. ¡Vender lo inapreciable! . . . . Pero, estamos perdiendo el tiempo en preludios. Al avío! Hemos interrumpido vuestra danza, y es necesario volver á comenzar. Há de la orquesta!

Pero la pobre organista mas muerta que viva no se encontraba en estado de ejercer sus funciones.

—La artista nos rehusa su ayuda? Pues que por eso no falte. *Traga diablos!* házte cargo de esa chirimía y espétanos una habanera, que no haya mas que pedir!

—No será sino el *Huracan*—dijo el que respondía al terrible apodo. Y apoderándose del organillo, tocó



un verdadero huracan, un wals de una velocidad vertiginosa, que los otros acojieron con hurras de gozo; y arrebatando á mis aterradas compañeras entre sus brazos, comenzaron una danza de demonios.

Hasta entónces, el miedo me habia tenido inmóvil acurrucada entre el matorral y la piedra que me sirvió de asiento, conteniendo la respiracion por temor de ser descubierta, por mas que deseaba escaparme, descolgándome, como una *galga* por la rápida pendiente para ir á la ciudad en busca de auxilio para mis desventuradas amigas.

Cuando los bandidos, arrastrándolas consigo, comenzaron su espantosa ronda, parecióme la ocasion propicia; pero el terror habia de tal manera relajado mis articulaciones, que me fué imposible alzarme del suelo, ni hacer el menor movimiento.

Quedéme, pues, agazapada bajo el matorral, fija la fascinada vista en la danza infernal de aquellos hombres, que pasaban y repasaban delante de mí, en rápidas vueltas, llevando entre sus brazos semimuertas y desmelenadas á esas hermosas jóvenes, poco antes tan alegres y valientes.

—Por los dientes de Earrabás! á la mesa! y basta de piruetas!— exclamó de repente *Traga Diablos*, arrojando lejos de sí el organillo.

Detenidos á la mitad de un compás, los bandidos tomaron del brazo á sus parejas y se dirijieron al

sitio donde sobre blancas servilletas se ostentaban los apetitosos prodijios de la merienda.

—¡Alto ahí! por vida de Belcebú!—gritó el capataz —Os atraveséis á sentaros al lado de señoras tan elegantes y primorosas en esta desastrada facha? ¡Vamos! aquí todo bicho! . . . . Ahora, una mano de tocador! . . . . A la una! á las dos! á las tres!

A estas palabras, vióse caer en tierra una lluvia de barbas, de narices, de parches y lobanillos. Los bandidos pasaron la mano sobre sus párpados sanguinolentos, que perdieron instantáneamente su repugnante aspecto, cubriéndose de largas pestañas, á cuya sombra, las jóvenes vieron atónitas, ojos bellos y benévolos, que las contemplaran con amor.

—Alfredo!

—Eduardo!

—Cárlos!

—Enrique!

—Mis hermanos!

—Papá! — exclamaron simultáneamente mis compañeras, arrojándose en los brazos de esos hombres que un momento antes les inspiraban tanto terror.

—Oh! Alfredo! y dice V. que me ama, y quiere ser mi esposo . . . . y me espone á morir de espanto!

—Ah! nunca se lo perdonaré á V., Eduardo.

—Ni yo á V., Cárlos!

—Enrique desea enviudar ; y como sabe que soy nerviosa, quiso darme este susto mortal.

—Y tú tambien, papá! En verdad que algunos padres tienen una sangre fria que . . . .

—Perdon, querida Anita! Quise solo probar tu arrojo—respondió el capataz, convertido ahora en un venerable anciano—pero ¡ay! hija mia, me he convencido de que en punto á valentía, eres una miseria!

—Nosotros,—dijo Alfredo— que no concebimos dicha posible sin Vds., deseamos vengarnos un poco del desden con que habíamos sido excluidos de tan agradable excursion.

—Es que nosotras queríamos jugar como niñas.

—Nosotros habríamos tambien jugado como niños, cazando torcazas, persiguiendo mariposas, asaltando nidos y lechiguanas.

—Pues, pelillos á la mar! que el sol se pone y la merienda nos espera.

—Pero ¿cómo hicieron Vds., por Dios, para tornar sus ojos tan horribles?

—Recuerdos del colegio: Nos pusimos los párpados al revés.

—Qué es de Laura?

—Habrá huido ó se ha ocultado tras de alguna mata?

—Vamos á buscarla. Pobrecita! Lo cierto es que ha habido motivo de sobra para morirse de espanto.

El temor de ser sorprendida en el ridículo estado á que el terror me habia reducido; hízome sacudir mi postracion, y ponerme en pié mas que de prisa.

—Miedo!—esclamé, saliendo de mi escondite—bah! Túvelo solo, queridas mias de ver morir á Vds. de susto en los brazos de sus bailarines . . . . Pero no se hable mas de ello—añadí, temiendo que notaran mi palidez—Pido perdon para estos señores; y como decia, no ha mucho *Traga Diablos*, basta de piruetas y vamos á la mesa.

Sentámonos sobre la fresca yerba; y los bandidos poco antes tan espantosos, tornáronse unos comensales amabilísimos; dijeron tales chistes, inventaron tales locuras, que nos hicieron olvidar el horrible susto que nos dieran.

Era ya noche cuando llegamos á la falda del cerro. De allí á las primeras casas de la ciudad se estiende en suaves ondulaciones, una pradera cubierta de yerba y de plantas balsámicas, que exhalaban bajo nuestros pasos un perfume delicioso.

A la derecha, bajo el ramaje de un sauce, divisábamos el Yocci de temerosa memoria; á la izquierda los muros del monasterio de las Bernardas,

destacaban su negra silueta en el azul estrellado de la noche.

Al acercarnos á la muda facha de un hombre que se hallaba allí inmóvil, apoyado en una columna, este se alejó con aire meditabundo.

A pesar de la oscuridad que ocultaban sus facciones, creí reconocer en aquel hombre á Enrique Ariel.

Y pensé otra vez en Carmela, y otra vez vituperé mi olvido egoísta y culpable.

Pero cuando al siguiente día fuí al monasterio y me anuncié á ella, en vez de verla llegar recibí una carta suya.

—«Doloroso es—decía, negarme el consuelo de abrazarte. Habríame hecho tanto bien!

«Pero tus palabras, tus miradas, el acento de tu voz serian otras tantas reminiscencias del pasado, ráfagas de un recuerdo que es preciso desterrar del corazón, mirages de esos días del desierto que han dejado en mi existencia un surco de fuego.

«Adios! Vuelve á los esplendores de la vida, y no quieras acercar su luz á las tinieblas del sepulcro.»

Esta carta me entristeció profundamente.

Habia guardado la esperanza de que Carmela cediera á la voz del amor, y sobreponiéndose á fanáticas preocupaciones, recobrará su libertad.

Es tan fácil relajar un voto arrancado por el terror!

Pero Carmela no se sacrificaba á la religion: sacrificábase al punto de honor.

Alejéme llorando de aquella tumba de vivos, donde tantos corazones jóvenes víctimas de falsas ilusiones, van á sepultar en la aurora de la vida, el amor y la felicidad.

Mis amigas, que me vieron pensativa y triste, proyectaron un paseo á las colinas encantadas de Baquero, en cuyas quiebras maduran los purpúreos racimos de la zarzamora, delicia de las salteñas.

Tú conoces esos parages, cuyo suelo tapizan las mas bellas flores, donde abre, entre los rosales, su gracioso parasol la refrescante quirusilla, que tanto brillo da á los dientes de las jóvenes que la trituran con voluptuoso deleite!

Solo quien ha visitado esos lugares, puede formarse una idea de su pintoresca belleza, y de la infantil alegría que se apodera del alma al recorrerla.

Pasamos allí dos dias vestidas de pastoras, coronadas de lirios, calzadas con el coturno de las hijas de Arcadia, comiendo al borde gramoso de los manantiales la tierna *cuajada*, el mantecoso *quesillo* con la dulce *lechiguana*.

En la mañana del tercer dia regresamos, trayendo con nosotras jigantescos ramilletes de fresas que

en la noche pusimos en lotería, para socorrer á una pobre viuda paralítica que nos habia cedido su cabaña . . . .

Oh! Dios mio!—exclamó de pronto Laura, dirijiendo una mirada á la ventana por la que penetraba un blanco rayo de luz—cuánto he charlado! Si ya es de dia!

—Bah! ¿qué importa?

—Para mí, que duermo hasta las doce, nada; mas para tí, desventurada, que te levantas á las seis!

—Me levantaré á las siete.

—Una hora de sueño! . . . . En fin, algo es!

Y poniendo la cabeza bajo la almohada, quedóse dormida.

---

—Ah!—dije á Laura, cuando el silencio de las altas horas de la noche nos hubo reunido—todo el dia he pensado con envidia en esa ojeada al hermoso panorama de la patria. Dichoso quien puede ir á buscar, en los grandes dolores del alma, aquel oasis bendito!

—Sin embargo—replicó ella—á medida que el tiempo transcurría, las gozosas impresiones del regreso á la patria se desvanecian; y las sombras de una tristeza insuperable comenzaban á oscurecer

mi alma. Los recuerdos de la infancia, que fueron siempre mi refugio contra el dolor, evocados allí, en su propio escenario, destrozaban mi corazón con una pena imponderable. ¡Qué diferencia de aquel tiempo á este! Cobijábame entonces el ala protectora de dos seres tutelares: mi padre y mi abuela, aquella dos veces madre que vivía de mi vida. Ahora . . . . ahora ellos dormían en la tumba; y yo allí, en la casa paterna, al lado de mi cuna, encontrábame sola; sola, porque el amor de mis tías, viejas solteras, resentíase asaz de egoísmo y decrepitud. Aquellos corazones desecados por el aislamiento del alma, lejos de reverdecer al contacto de mi joven existencia, habrían querido encerrarla en el radio estrecho de la suya, pálida y destruida. Pesábanles las horas que pasaba con mis compañeras, bailando ó paseando; y exigían de mí que consagrara mis veladas á escucharlas hablar de Chiclana, de Belgrano y Pueyrredon, héroes legendarios ciertamente, pero que maldita gracia me hacían en la actual situación de mi ánimo.

Quedábame el cariño incansable de Anselma; pero la pobre vieja vivía en el pasado; y sus recuerdos, empapados en la amargura de las comparaciones aumentaban mis penas.

Qué diré? Los goces mismos que en los primeros días de mi llegada saboreaba con embriaguez,



comenzaron á parecerme tristes. Buscaba en ellos la radiante alegría de otro tiempo, sin pensar que la habia dejado, como el toison de los rebaños, en las zarzas del camino.

Por vez primera en mi vida, ví venir el tédio, esa estraña dolencia, mezcla confusa de tristeza, enfado y desaliento; de hastío de sí propio y de los otros, dolencia mortal para las almas entusiastas. Mi salud comenzó á sentir la influencia de aquel estado moral y decaía visiblemente.

Seducida por los encantos de la patria, habia olvidado las nómades prescripciones del jóven tísico; pero la tos vino luego á recordármelas con su fúnebre tañido.

Como en Lima—Huyamos—díjeme—busquemos otros aires, y sobretodo, horizontes desconocidos, que no despierten ningun recuerdo.

Pero ay! al visitar mi bolsillo, encontrélo vacío: el contenido de la famosa alcancía habia desaparecido.

Era que, en medio á las alegrías del regreso, me eché á gastar como una princesa rusa; y con gran disgusto de Anselma, y á pesar de sus sermones, mi exíguo tesoro habia ido á parar en manos de las antiguas criadas de casa, de las pobres de mi abuela, y de los vendedores de *patai*, de *quirucillas* y *lachiuanas*.

Qué hacer?—me preguntaba yo, sin poder

solucionar esta difícil cuestión. Y cada día sentíame más abatida y enferma; y lo peor era que mis amigas rehusaban creerlo, y me arrastraban consigo á bailes, banquetes y largas veladas que agravaban mi mal, sin que me fuera posible sustraerme á aquellas exigencias, desprovista, como estaba de ese móvil indispensable de locomoción: el dinero.

En uno de mis más angustiosos días, cuando sentía ya llegar la fiebre, y que el ahogo oprimía mi pecho, preséntanse de repente dos hombres montados en magníficos caballos, trayendo otros iguales del diestro.

Una carta que me entregaron me instruyó de que eran enviados por un hermano que yo no conocía, y que me invitaba á que fuera á pasar algún tiempo en la hacienda donde vivía retirado con su esposa y sus hijos.

Ví el cielo abierto! no solo por la dicha de abrazar á aquel hermano querido; sino por el deseo de morar en una soledad agreste, extraviándome en los bosques, aspirando la atmósfera de los inmensos espacios.

Y luego, esos parajes que iba á visitar éranme enteramente desconocidos; mi existencia allí sería del todo nueva, y sin relación alguna con la anterior.

Aquella solución de continuidad entre el presente

y el pasado, placía al estado de mi alma : parecíame un abismo que iba á separarme de mis penas.

Dí á mis conductores la lista de los objetos necesarios para el viaje ; y ellos lo arreglaron todo en menos de doce horas.

Debíamos marchar al amanecer del siguiente dia ; y yo aguardaba esa hora para instruir á mis tias de mi resolucion. Anselma lo sabia ; pero convencida de que aquel viaje era necesario á mi salud, y no pudiendo seguirme, no tan solo por sus años, sino por la falta que haria á mis tias, reducíase á llorar en silencio. El alma de la pobre negra era toda abnegacion.

Preocupada con la idea del dolor que mi ausencia iba á derramar en aquella casa donde poco antes trajera la alegría, dormíme esa noche con un sueño triste y poblado de pesadillas. Escuchaba gritos, llantos, rumores de armas y de instrumentos bélicos que me despertaron.

Salté de la cama y corrí á abrir una ventana para disipar mis terrores. Pero el espectáculo que se ofreció á mi primera mirada, me hizo creer que mi sueño continuaba todavia.

Laura se interrumpió de pronto ; y dirigiendo una mirada al espacio tenebroso que se estendía bajo las enramadas del jardin al otro lado de la ventana :

—Ah!—exclamó—la noche está muy oscura para

atravesar el lago de sangre en que flotará mi narracion. Tengo miedo!

Y cerrando las cortinas, agazapóse entre las sábanas y guardó silencio.

—Permíteme que te aplique la frase del supuesto bandido de tu historia:—dije á Laura, cuando las altas horas de la noche siguiente nos hubieron reunido. *En materia de valiente eres una miseria!* Te arredra la oscuridad?

Pues he ahí nuestra lámpara con su pantalla color de rosa para nacarar tu relato. Qué mas quiéres? Qué cierre ésta ventana de dónde se divisan las profundidades sombrosas del platanal?

Ya está! Prosigue, pues, la historia. La primera mirada que dirijiste á las calles de nuestra ciudad te hizo creer que tu pesadilla continuaba.

—Apenas alumbradas por el primer destello del alba—continuó Laura—estaban llenas de gente, y cortadas por fuertes barricadas. Guarnecíánlas ciudadanos armados de rifles, carabinas, fusiles, escopetas, trabucos, y de cuanta arma de fuego ha producido la mecánica.

Aquellos hombres, casi todos jóvenes, elegantes, primorosos, habituados á las pacíficas transacciones del comercio y á la dulce sociedad de los salones, estaban desconocidos, transfigurados. El arma al brazo, la voz breve, el ceño adusto, parecían antiguos

soldados, avezados al duro oficio de la guerra.

Recordé entónces que desde muchos dias antes pesaba sobre nosotros una terrible amenaza.

Un bandido feroz, uno de esos monstruos que produce con frecuencia la falda oriental de los Andes, habia enarbolado la bandera fatídica de la Mazhorca; y á la cabeza de un ejército formado de la hez de los criminales, se dirijia á las provincias del Norte, dejando en pos de sí el pillaje, el incendio y el asesinato.

Ya habrás adivinado que hablo de Varela.

Su solo nombre llenaba de indignacion á los hombres y de espanto á las mugeres; por que sabido era que aquel malvado arrastraba consigo, estenuadas, moribundas de fatiga, de miedo y de vergüenza, una falange de hermosas vírgenes, arrebatadas de sus hogares, de entre los brazos de sus madres, y hasta del recinto sagrado del cláustro.

Las fuerzas de línea que guarnecian la ciudad habian salido á su encuentro; mas él lo eludió tomando la vía de las alturas; y una vez libre su camino, descendió con la rapidez de un torrente, atravesó el valle á favor de la noche, y cayó de súbito sobre la ciudad indefensa.

Pero sus hijos, mas que pueblo alguno, poseen la ciencia de la guerra. Arrullados con la historia

de los gloriosos hechos de sus padres en la grandiosa epopeya de la independencia, son soldados desde la cuna; y el mas asicalado *dandy* puede dirigir un ataque ó sostener una defensa con la estratèjia de un veterano.

Así, desde el negociante hasta el dependiente de mostrador, desde el abogado hasta el amanuense; los profesores y los alumnos, los amos y los criados, todos, á la aparicion repentina del enemigo, alzàronse como un solo hombre, y armándose de la manera que les fué posible, corrieron á defender sus hogares.

Era verdaderamente admirable la energíá, el denuedo con que aquellos hombres en el corto número de noventa, repartidos en ocho débiles barricadas, rechazaban las cargas de esos vándalos de horrible aspecto que cabalgando en poderosos caballos avezados al combate, armados de rifles de largo alcance, se precipitaban en masa contra aquellas improvisadas fortificaciones, acribillándolas con un nutrido fuego.

Ellos los dejaban acercar hasta que los cascos de sus corceles tocáran el borde del foso. Entónces de cada barricada partían nueve balas certeras que derribaban otros tantos ginetes.

Los invasores, detenidos por aquel débil obstáculo rugian de rabia; pero veíanse forzados á retroceder,

por que de lo alto de las azoteas, manos invisibles arrojaban sobre ellos una lluvia de piedras que sembró las calles de cadáveres.

Antes que el combate se empeñara, habíame yo refugiado en el convento de las Bernardas. Quise reunirme á Carmela ; pero la portera me dijo que la comunidad se hallaba en el templo ante el Santuario descubierto, cantando el *miserere*.

El cláustro estaba lleno de señoras que como yó, se habian asilado allí y separadas en grupos, postradas en tierra, oraban, trémulas de espanto.

En cuanto á mí, demasiado turbado estaba mi espíritu para poder elevarse á Dios. Inquieta por la suerte del combate, arrepentíame ya de haberme encerrado en aquel recinto amurallado sin vista exterior, cuando pensé en la torre del convento, observatorio magnífico donde podia mirar sin riesgo de ser vista.

Un momento despues, encontrábame sentada en un andamio de su último piso, junto al nido de una lechuza, que al verme se voló dando siniestros grasnidos.

Horrible fué el espectáculo que se ofreció á mis ojos desde aquella altura que dominaba todas las barricadas.

Sus defensores, despues de seis horas de heroica resistencia, reducidos al tercio de su número.

agotadas sus municiones, no se desanimaron por eso: Quemado su último cartucho, empuñaron sus fusiles por el cañon, y esperaron á pié firme.

Pero los asaltantes, alentados por el silencio de las barricadas, cayeron en masa sobre ellas, las forzaron, sacrificando á los bravos que las guardaban y se derramaron en la ciudad como fieras hambrientas matando, robando, destruyendo.

Cuántas escenas de horror contemplé desde el escondite aéreo en que me hallaba agazapada y temblando de miedo, porque veia acercarse á aquellos bárbaros lanza en ristre y los fusiles humeantes, vociferando, no con acento humano, sino con feroces aullidos.

De repente, el grito de—Al convento! resonó entre ellos; y como una bandada de aves de rapiña sobre su presa, arrojáronse sobre el santo asilo de las vírgenes cuyos cantos llegaban á su oido repetidos por las bóvedas sagradas.

Helada de terror, volví los ojos con angustia hácia la puerta del convento.

De pié en el umbral, y armados de revolvers, dos hombres la guardaban.

La posicion vertical en que me hallaba respecto á ellos, no me permitia ver el rostro de aquellos hombres; pero sí la varonil apostura de ambos, y su actitud enérgica y resuelta. Apoyada una mano en



el postigo y tendiendo con la otra hácia los agresores el cañon mortífero de su arma, parecian, mas que seres humanos, evocaciones fantásticas de una leyenda osiánica.

Sin embargo, los bandidos, fiados en su número, y animados por toda suerte de codicias, ensangrentados, horribles, blandiendo sus lanzas, echaron pié á tierra y se avalanzaron á la puerta con feroz algazara.

Pero doce balas certeras derribaron en un momento á otros tantos de aquellos malvados.

A pesar de su arrojo, la horda salvaje retrocedió. No atreviéndose á acercarse, ni aun al alcance de sus lanzas, á los denonados defensores del convento, echaron mano á los rifles é hicieron sobre ellos una descarga.

Uno de aquellos héroes quedó en pié, el otro cayó exclamando :

—Sálvela usted, coronel! . . . . ó mátelas, sino puede salvarla! . . . .

Al éco de aquella voz mi corazon se estremeció: Habia reconocido á Enrique Ariel.

El sobreviviente se arrojó delante de su exánime compañero, abarcando con los brazos estendidos el ámbito de la puerta, ceñudo, terrible, impreso en su semblante una resolucion desesperada.

Pero en ese momento, gritos prolongados de

terror resonaron por todas partes, repitiendo el nombre de Novaro.

El grupo de asesinos, poseido de un repentino miedo, volvió cara, y se dió á una precipitada fuga.

Apresuráme á bajar para ir en auxilio del que yacía en la puerta, inmóvil, y al parecer sin vida.

En el cláustro encontré dos religiosas.

—Laura!—exclamó una de ellas, levantando su velo.

Era Carmela.

—A dónde vas?—preguntéle estrechándola en mis brazos, profundamente inquieta por la direccion que llevaba.

—La superiora nos envía en socorro del héroe que en defensa nuestra ha caido bajo las balas de los profanadores del santuario — contestó ella siguiendo de prisa su camino.

—Oh! Dios!—exclamé procurando detenerla—sabes tú quien es?

Carmela palideció; fijó en mi una mirada suprema y exhalando un grito, escapóse de mis manos, y se lanzó á la puerta.

Cuando su compañera y yo llegamos á ella, Carmela, arrodillada, sostenia en sus brazos el cuerpo inerte del bello cubano, cuyo pálido rostro estaba reclinado en su seno.

En ese momento, el doctor Mendieta llegaba conducido por el coronel.

—Héle ahí, doctor! — dijóle este — Hay alguna esperanza?

El médico se inclinó sobre el cuerpo de Ariel, y puso la mano en su cuello.

—Vive todavía; pero . . . .

Y el facultativo movió la cabeza con desaliento.

—Doctor! mi fortuna por su salud—exclamó el coronel.

—Doctor!—murmuró Carmela—mi vida por la suya.

Estas palabras despertaron un éco en el corazón del moribundo, que abrió los ojos, fijándolos en Carmela con una espresion inefable de amor.

—Angel del cielo!—exclamó—si no es un sueño esta hora venturosa que realiza todos mis votos, bendita sea! . . . . Así queria vivir! . . . . así . . . . deseaba morir.

Su mano desfallecida buscó la mano de Carmela; llevóla sobre el corazón, y espiró.

En el momento que Ariel daba ese adios á la vida, las puertas del templo se abrieron, y la abadesa seguida de su comunidad se adelantó hácia nosotros.

Esta muger, cuyas canas y hundidos ojos mostraban que habia vivido y sufrido, adivinó con

una mirada el drama que yo sola conocía; y las palabras que los otros creyeron un delirio de la agonía, tuvieron para ella su verdadero sentido. Grave y triste arrodillóse al lado del cadáver, hizo sobre él el signo de la cruz, y volviéndose hácia el doctor y el coronel:

—Los restos del héroe que ha muerto en defensa nuestra—les dijo—nos pertenecen y deben reposar entre nosotras.

Un rayo de gozo brilló en la pálida frente de Carmela, que juntando las manos, elevó al cielo sus ojos con espresion de gratitud.

A una seña de la abadesa, las filas se abrieron, dando paso á cuatro religiosas que conducian un féretro.

Carmela, con el valor estoico de una mártir, colocó sobre su último lecho el cuerpo inanimado de su amante; bajó su velo, cruzó los brazos, é inclinada la cabeza, fué á tomar su puesto en la fúnebre procesion que desapareció entre las sombras del templo, cuyas puertas se cerraron, quedando solos ante el umbral ensangrentado, el coronel, el doctor y yo, como sonámbulos bajo la influencia de una pesadilla.

Así acabó la amorosa odisea del desierto de Atacama, contemplada por mí, unas veces con piedad, otras con envidia.

¡Pobre Carmela! Ese dolor inmenso, el mas terrible que puede sentir el alma humana, era la única felicidad posible para su amor sin esperanza. La vida ponía una barrera insuperable entre ella y su amante: la muerte se lo daba.

Una oleada de jente que salía del convento invadió el atrio, separándome del doctor y del coronel.

Eran las familias refugiadas en el convento, que á la noticia de la repentina fuga del enemigo, corrían en busca de sus padres, hijos y esposos muertos quizá en el combate.

Impelida por la multitud, bajé aquella calle regada de sangre y sembrada de cadáveres.

El aire estaba poblado de gemidos. Aquí, una madre encontraba el cuerpo mutilado de su hijo; allí, una esposa caía sobre los restos ensangrentados de su marido; mas allá, un anciano, acribillado de heridas, espiraba en los brazos de la hija que quisiera defender.

Y tambien, cuántas exclamaciones de gozo!

Se llamaban, se encontraban, se reconocían y se abrazaban.

—Vives!

—¡Te has salvado!

—Vuelvo á verte! qué dicha! . . . . Estás herido?  
. . . . No! Gracias! Dios mio.

Y sobre los escombros de los mobiliarios destruidos, llevaban en triunfo á esos seres amados al seno de sus hogares.

Cuando llegué á casa, encontré á mama Anselma llorando, sentada en el umbral de la puerta. La pobre vieja créame degollada por los anchos cuchillos que habia visto relucir en manos de aquellos bandidos.

Mis tias, levantadas desde el alba, como acostumbraban hacerlo siempre, lavadas, peinadas y vestidas, platicaban tranquilas en el estrado, muy ajenas á lo que pasaba; pues Anselma, en su afectuosa solicitud, nada les habia dicho de ello; y como eran sordas no oyeron las detonaciones del combate; y en tanto que en torno suyo corrian torrentes de sangre, las buenas señoras reian y hablaban de sus mocedades, admirándose solamente de la estraña preocupacion de Anselma, que entraba y salia, sin acordarse de servirles el almuerzo.

Pero cuando yo les referí los horrores de aquella mañana; el pillage, el asesinato y las violencias de que la ciudad fuera teatro durante dos horas, pensaron morir de terror, y acusaron á Anselma de haberlas espuesto con su silencio, á ser la presa de aquellos bárbaros.

—¿Para qué habia de alarmar á sus mercedes— decia cándidamente Anselma—¿qué podia sucedernos?

Los años son nuestros mejores guardianes en casos semejantes.

Afortunadamente, mis tias no podian oír esta heregía, que jamás habrian perdonado á la pobre Anselma; pues en su calidad de solteronas no querian ser viejas.

En tanto, y mientras las tropas auxiliares perseguian á los invasores, que huían despavoridos, la devastada ciudad se entregaba al duelo por sus hijos muertos en defensa suya.

Un inmenso lamento se alzaba por todas partes, mezclado al lúgubre tañido de las campanas. Grupos de mugeres llorosas, desmelenadas, recorrian las calles, invocando nombres queridos, con todos los gritos del dolor, y durante cuatro dias, los templos, convertidos en capillas ardientes, resonaron con los fúnebres cantos de Job y de Exequías.

Hube de retardar mi partida para acompañar á mis amigas en aquellas dolorosas ceremonias; pero una vez cumplido este deber, díme prisa á dejar la ciudad, cuya tristeza pesaba sobre mi corazon de un modo imponderable.

¡ Mis conductores, contentos de llevar á sus hogares toda una iliada de sangrientos relatos, presentáronse una mañana ginetes en magníficos caballos chapeados de plata.

Eran dos mocetones fronterizos de arrogante

apostura; y el pintoresco *chiripá* que vestían les daba un aspecto oriental, de tal manera esplendoroso, que me avergoncé de entregar mi pobre equipaje á tan lujosos personajes.

Pero ellos, con esa sencillez, mezcla de benevolencia y dignidad característica en los gauchos, lo arreglaron todo en un instante. Ensillaron un lindo caballito negro que me había enviado mi hermano; trezaronle la crin, no sin dirigirle picantes felicitaciones, y con el sombrero en la mano presentáronme el estrivo.

Mis tías dormían todavía. Dejéles una carta de adios; y abrazando á Anselma, que lloraba amargamente, por mas que la prometiera regresar luego, puse el pié en la mano que uno de mis conductores me ofreció con graciosa galantería; monté, y partí entre aquellos dos primorosos escuderos.

Al dejar á Salta, llevaba en el corazón un recuerdo tierno y doloroso: Carmela! Aunque ella rehusara verme, apesarábame la idea de alejarme sin dejarle un adios.

Así reflexionando, guiaba maquinalmente en dirección al monasterio.

Mis compañeros notaron sin duda este desvío del camino que llevábamos; pero callaron por discreción, y me siguieron en silencio.



Eché pié á tierra, y rogándoles que me aguardáran á la puerta, alleguéme al torno, pregunté por sor Carmela, y le escribí dos líneas de afectuosa despedida.

Cuál fué mi gozo, cuando me dijeron que iba á recibirme en el locutorio. Esperaba hacía algunos momentos cuando la ví venir á mí, levantando el velo y caminando con lentos pasos.

Cuánto habia cambiado! Carmela no era ya una muger: su voluptuosa hermosura terrestre habíase trasformado en la belleza ideal é impalpable de los ángeles, y las tempestades de su alma en esa mística serenidad, primer albor de la bienaventuranza.

—Háblame de él—me dijo—no temas que su recuerdo turbe la paz de mi espíritu. El mundo me ha dado cuanto podia yo pedirle: las cenizas de mi esposo. Prosternada al lado de esas sagradas reliquias, espero tranquila la hora bendita en que mi alma vaya á unirse con la suya en la mansion del amor eterno.

Hablando así, elevados al cielo sus bellos ojos y las manos de diáfana blancura, Carmela semejaba á un ángel, pronto á remontar el vuelo hácia su celeste patria.

Largo rato platicamos, inclinada la una hácia la otra, al través de la doble reja que dividia el

locutorio en dos zonas, una luminosa, otra sombría.

Parecíamos dos almas comunicándose entre la vida y la eternidad.

Mis conductores esperaban—Adios!—me dijo Carmela, dejando caer sobre su rostro el velo para ocultar una lágrima — adios, querida Laura! Probable es que no volvamos á vernos mas en este mundo ; pero acuérdate que Ariel y yó te esperamos en el cielo . . . .

Y nos separamos.

Laura se interrumpió de repente. El ahogo, resto de su cruel enfermedad, anudó la voz en su garganta, y le ocasionó un síncope que duró algunos minutos.

Prodiguéle socorros, y logré reanimarla.

—Pero, hija mia,—la dije—esto es horrible, y preciso es llamar al doctor P.

—Quiéres que vuelva á caer en ese pozo de arsénico ?

—Ha sanado á tantos con ese remedio !

—El mio es el del Judío Errante—Anda! anda!

—Partir! No te cansa ese eterno viajar?

—Es necesario ; pues que solo así puedo vivir.

—Pero, desdichada, ¿y nuestras conferencias?

—Las escribiré en todas las etapas de mi camino, y te llegarán por entregas, como las novelas que vende Miló de la Roca.

—Bah! duermes; que mañana pensarás de otro modo.

Sin embargo, Laura tenía tal horror á su dolencia, que al siguiente día, arrancábase llorando de mis brazos y se embarcó para Chile. Pero fiel á su promesa, á la vuelta de vapor, recibí la continuación de su relato, escrito en la forma ofrecida por ella.

—Encuéntrome—decía—bajo las verdes arboledas de la Serena, en este bello Chile de azulado cielo y pintorescos paisajes.

Desde el sitio donde te escribo descúbrese perspectivas encantadoras, de aquellas que según Alejandro Dumas hacen palidecer la inspiración. Así, no busques flores en mi relato, y acógelo como vá.

## I

### **Un drama y un idilio**

Carmela y yó nos separamos.

Ella absorta en celestes esperanzas, abismada yó en terrestres dolores.

Mis compañeros viéndome profundamente conmovida, guardaron largo tiempo silencio, respetando el mio; deferencia inapreciable en los hombres de su raza; porque el gaucho tiene

constante necesidad de expansion; y cuando no habla, canta.

Asi pasamos delante del cementerio, donde en aquel momento estaban sepultando á los que en el combate murieron; y atravesamos el Portezuelo, especie de abra entre las vertientes del San Bernardo, desde donde se divisa la ciudad, y se la pierde de vista al dejarla.

Allí quedaba Salta con mis alegrías del presente y los recuerdos del pasado. Detrás de esa abra, alzabase un horizonte desconocido: ¿Qué habia mas allá de sus azules lontananzas? . . . .

El ruido seco de un eslabon, chocando contra el pedernal, me despertó de la abstraccion en que yacía.

Uno de mis compañeros hacía fuego y encendía su cigarro. El otro lo imitó.

—Oh! señores—exclamé—perdon por la enfadosa compañía que vengo haciendo á ustedes, pues ¿no estoy embargada en lúgubres meditaciones en vez de extasiarme ante este hermoso paisaje, animado por la dorada luz de esta bella alborada? Pero toda falta tiene enmienda; y para rescatar la mia, voy á obsequiar á Vdes. un trozo de música que será de su agrado.

Y preocupada todavia por la memoria del infortunado amante de Carmela, canté « *¡O bell'alma innamorata!* »—dando el pesar á mi voz un acento

lastimero que arrancó lágrimas á los ojos de mis acompañantes.

—Ah! qué *lástima*—exclamó uno de ellos—cantar tan bien y en *lengua!*

—Un gemido puede espresar todo linage de penas.

—Sí, pero yo deseára saber si esa pena es del linage de la mia.

—Pues bien, hé aquí cómo un gran poeta argentino confía la suya á las ondas del Plata.

Y canté—« Una lágrima de amor ».

Ellos tambien cantaron, ambos con magnífica voz, el uno « La Calandria »; el otro, la doliente endecha de Güemes—« Dónde estás astro del cielo ».

Nuestros cantos, mezclándose al coro melodioso de las aves, al susurro de la fronda, á las ondas de perfume que la brisa traía de los floridos campos, formaban un concierto de delicias que arrobó mis sentidos y elevó mi alma á Dios. Arrebatada de un santo entusiasmo, y bañados en lágrimas los ojos, entoné el himno de los tres profetas :

— ¡Alabado el Señor! — ¡Alabado el Señor! — ¡Alabado el Señor! —  
— ¡Alabado el Señor! — ¡Alabado el Señor! — ¡Alabado el Señor! —  
— ¡Alabado el Señor! — ¡Alabado el Señor! — ¡Alabado el Señor! —

Mis compañeros se descubrieron, y con la cabeza inclinada, cruzados los brazos sobre el pecho, escucharon con silencioso recogimiento.

Esos hijos de la naturaleza llevan el sentimiento religioso profundamente grabado en su alma.

Cantando, meditando y departiendo así, habíamos dejado atrás Lagunilla, Cobos, con sus huertos de naranjos y sus bosques de *Yuchanes*, y llegamos al lugar donde se bifurca el camino carretero, formando los ramales del Pasage y de las Cuestas, que debíamos nosotros seguir.

Era tarde; el sol habíase ocultado y nos detuvimos en el *Puesto* de Rioblanco.

El puestero nos recibió muy afable y me ofreció su rancho. Habitábanlo él, su muger y tres niños. Uno de ellos tenía los cabellos blondos, azules los ojos y era bello como un serafín.

—Qué lindos niños!—dije á la puestera—¿Son de usted, amiga mia?

—Estos dos, sí, señora.

—Y este rubito?—insistí, acariciando los dorados cabellos de la preciosa cabecita.

—Ay! señora, el rubio es una historia tristísima—respondió la puestera en voz baja. Y volviéndose á los niños—Vaya, *guaguas*,—les dijo—á recoger leña, hijos, y encender el fuego, que voy á hacer la merienda.

Los niños corrieron hácia los tuscales vecinos.

—Y bien—dije á la puestera—¿qué hay respecto á ese angelito?

—Ah! señora—poco sé del pobrecito, pero todo ello es muy lastimoso.

Hace tres años, cuando estábamos recién establecidos en este puesto, un día que estaba yo haciendo la comida en ese fogón que usted vé bajo el algarrobo, vi llegar un hombre flaco y pálido en un caballo *despeado*. Traía en sus brazos á un niño flaco y pálido como él, pero lindo como un Jesús. Era el rubio, que entonces tendría dos años.

El hombre me pidió permiso para descansar un rato, y se sentó con el niño al lado del fuego. Entonces advertí que estaban muy fatigados y hambrientos porque ambos tenían los labios secos, y al niño se le iban los ojos dentro de mis ollas con un aire tan triste que me partió el corazón.

Apresuráme á darles de comer y el pobre chiquito, con el último bocado se me quedó dormido en los brazos.

El hombre estaba inquieto y casi no comió.

Como la diferencia del color estaba diciendo que el niño no era su hijo, preguntéle por qué incidente se encontraba en poder suyo.

—El destino! señora respondió—*cosas del destino*. Volviendo de un viaje que hice á San Luis, al entrar en la frontera de Córdoba, pasé por un lugar que acababan de asaltar los indios. Las casas

estaban ardiendo, los cadáveres sembrados por todas partes.

Iba ya á alejarme de aquellos horrores, cuando en el fondo de una zanja que salté para evitar el calor de las llamas, ví acurrucado al pobre niño, que comenzó á llorar asustado.

Alcélo en mis brazos, lo besé, y envolviéndolo en el poncho, llevéme conmigo este compañero que Dios me enviaba—Lo criaremos mi hermana y yo— dije y me dirigí al pago donde vivíamos solos despues de la muerte de nuestros padres.

Y anduve tres dias, durmiendo y *sesteando* en las estancias para conseguir leche con que alimentar á la pobre criatura, que todavía no podia comer.

Llegaba ya á mi casa que divisaba en la falda de una loma, á distancia de dos leguas, cuando sentí detrás tropel de caballos y un ¡alto! imperioso que me mandaba detener.

Era un oficial seguido de ocho soldados, que dándome alcance, ordenóme echar pié á tierra y entregarle mi caballo, porque el suyo estaba cansado.

Por supuesto que yo habia de negarme á obedecer. Entonces se avalanzó á mí para cogermé por el cuello, y mandó á sus soldados que se apoderáran del caballo, mi pobre *gateao* que yó crié desde potrillo.



Como el niño llorara de miedo, el oficial le dió un bofeton que yó contesté con una puñalada; y clavando las espuelas á mi caballo salté sobre los soldados y logré escaparme de sus manos, á pesar de las descargas con que me persiguieron.

El fugitivo calló; aguzó el oído, dió una mirada recelosa hácia el lado del camino y prosigió. Desde entonces, que ya vá un mes, ando errante, sin poder trabajar ni volver á mi pago; porque el oficial habia muerto en el sitio donde cayó; y como parece que era un gefe de gran valer, tras de mí vinieron requisitorias á los comandantes de partido para que me aprehendieran. He atravesado Santiago y Tucuman, flanqueando los caminos por la ceja de los bosques, temiendo que me reconocieran por la filiacion, y me tomáran.

Y contemplando al niño dormido sobre mis rodillas—Pobrecito!—exclamó—qué vida de infierno trae conmigo, durmiendo en el duro suelo, alimentándose de algarrobas y bebiendo el agua cenagoza de los charcos! De mí poco me importa; pero sí de él, que es inocente, y recien ha venido á este mundo.

Déjemelo V.—la dije—lo criaré con mis hijos, que partirán con él mis cuidados y mi amor.

—¡Dios se lo pague! señora—exclamó el fugitivo

—Yo iba á pedirle ese favor . . . . por que todavia no lo sabe V. todo . . . .

—Pues qué hay aún ?

—Ay ! señora, cuando las desgracias vienen sobre un pobre, le toman amor, y ya no quieren dejarlo.

Ayer llegamos al Pasage muriendo de sed, porque no habíamos probado agua desde el Rosario. Hice beber al niño, y cuando estaba apretando las cinchas para vadear el rio, un hombre que bajó detrás de mí acompañado de cuatro peones, se me puso por delante y se quedó mirándome con tanta desvergüenza, que le pregunté si encontraba en mí algo de extraño.

—Y lo pregunta el ladronazo !—exclamó con una risa de desprecio—lo pregunta el bribon, y acaba de tomar mi *gateao* de la madrina, casi á mis propios ojos ! Mira ! ya puedes soltar ese caballo y largarte con tu recado en la cabeza, que no quiero entregarte á la justicia.

—¿ Quiéres ser tú quién se largue?—grité encolerizado con aquel infame que, como el otro, queria tambien quitarme mi caballo, el único bien que poseo. Pero él, asiólo del freno y á mi de los cabellos ; y llamó á sus peones, que me rodearon empuñando sus cuchillos.

Cegóme de tal manera la rábia al verme tan inícuamente atacado por aquel hombre, que lo desasí

de mí con una puñalada; y cogiendo en brazos al niño, y saltando á caballo, me arrojé al rio y gané la opuesta orilla.

Uno de los peones acudió en auxilio del herido; los otros me persiguieron.

Logré penetrar en el bosque, me hice perder de vista, y he pasado la noche caminando; pero . . . .

El fugitivo se interrumpió, tendió el oído en ademán de escuchar, y alzándose derepente, corrió á tomar su caballo, montó de un salto, echó á correr y desapareció á tiempo que tres ginetes, saliendo detrás aquel recodo del camino lo siguieron á toda brida, guiados por la polvareda que el caballo del pobre perseguido levantaba en su rápida carrera. Llevaban dos carabinas que, mientras corrian, iban preparando.

Quedéme helada de espanto, porque adiviné que aquellos hombres eran los compeñeros del agresor que habia asaltado al infeliz fugitivo en las orillas del Pasage; y púseme á orar por él rogando á Dios no permitiera que lo alcanzasen.

Pero ay! que como habia dicho él hacia poco, cuando la desgracia viene sobre un hombre, no lo deja ya. Media hora despues lo pasaron por allí, en frente, muerto, tendido sobre aquel caballo, causa de su desventura, y que ahora iba bañado en la sangre de su dueño.

—¡Qué horror!—exclamé—Pero querida mía ¿no dió V. parte á la autoridad de ese atroz homicidio?

—Ay! señora, ¿á qué fin? Para un pobre no hay justicia. Bien lo sabemos mi marido y yó; y callamos por que lo único que hubiéramos obtenido habria sido el ódio de los mismos jueces, que se hubiesen puesto de parte del agresor.

Lloramos al infeliz que habia venido á descansar un momento bajo nuestro techo, y á quien sus asesinos enterraron, como un perro entre las barrancas de *Carnacera*, sobre el camino carril. Para impedir que las bestias pisotearan la pobre sepultura, mi marido puso en ella una tala seca y una cruz. V. la verá mañana, al pasar por ese parage.

El rubito quedóse con nosotros; y primero la compasion, despues el cariño ha hecho de él, para mi marido y para mí un hijo; para mis niños un hermano. El pobrecito es tan bueno y amable que cada dia lo queremos mas. Ah! si llegara á parecer su madre, no sé qué seria de mí. Desde luego, tendria que quedarse aquí, porque yo no podria separarme ya de mi rubio.

Departiendo así, sentadas bajo el algarrobo al lado del fuego, la puestera acabó de asar en una brocha de madera un trozo de vaca; vació en una fuente de palo santo el tradicional *apí*; molió en el mortero, rociándolos con crema de leche, algunos puñados de

*mistol*, y hé ahí hecha la mas esquisita cena que habia gustado en mi vida, y que ella sirvió sobre un cuero de novillo estendido al lado de la lumbre. En seguida fué á llamar á su marido y á mis conductores, que platicaban sentados al sol poniente; y acomodados, como pudimos, en torno de la improvisada mesa, hicimos una comida deliciosa; sazónada con la inocente alegría de los niños y los chistes espiritualísimos de los dos elegantes gauchos.

El huerfanito se hallaba entre la puestera y yo. Aunque la buena muger lo miraba con la misma ternura que á sus hijos, habia en la actitud del pobre niño cierto encogimiento, y en la mirada que alzaba hácia su bienhechora, una triste sonrisa.

La algarabía de los niños y el alegre canto de las charatas me despertaron al amanecer del siguiente dia.

Mis compañeros tomaban mate sentados al lado de una gran fogata, en tanto que se asaba sobre las brasas el inmenso churrasco que habia de servir para su almuerzo.

Nuestros caballos ensillados pero libres del freno, pastaban la grama salpicada de rocío, que crecía en torno de la casa.

La puestera coció una torta debajo del rescoldo; ordeñó á dos vacas, y me dió una taza de apoyo

con sopas, desayuno esquisito que no habia probado yo, hacía mucho tiempo.

Eran apenas las siete de la mañana, y ya aquella excelente madre de familia habia barrido su casa, arreglado los cuartos, lavado y vestido á sus niños, molido el maiz, puesto las ollas al fuego, regado la sementera y sentándose al telar.

Nada tan plácido como la vida doméstica entre estos sencillos hijos de la naturaleza, para quienes la felicidad es tan fácil de conquistar.

Un mancebo y una muchacha se aman? Unense luego en matrimonio, sin preocuparse de si ella no tiene sino una muda de ropa y él su *apero* y su *chiripá*.

¿Qué importa? La jóven novia lleva en dote manos diestras y un corazon animoso.

Danzado el postrer cielito de la boda y apurada la última copa de aloja, el novio deja la casa de sus suegros llevando á la desposada en la grupa de su caballo y va á buscar al abrigo de alguna colina y en la ceja de un bosque el sitio de su morada.

Los vecinos acuden. Las mugeres ayudan á la esposa á confeccionar la comida, los hombres al marido á cortar madera en la selva.

Unos plantan los horcones, otros pican paja; estos hacen barro; aquellos atan las vigas con lazos de cuero fresco que cubren con cañas y barro

preparado, echándole encima una capa de juncos.

Y hé ahí la casa pronta para recibir á la nueva familia.

Los vecinos se retiran dejando prestado á él un par de bueyes, y una hacha; á ella dos ollas, dos platos y dos cucharas.

El marido corta tuscas en las cañadas inmediatas; las trae á la rastra y forma con ellas el cerco del rastrojo; ara la tierra y siembra maiz. Ella siembra en torno al cerco algodón, azafran, zapallos, melones y sandías. Toma luego arcilla negra, la amasa y hace cántaros, ollas, artezas y platos. Sécalos al sol, los apila en pirámide cubriéndolos de combustibles, los quema; y hé ahí la vajilla de la casa.

La sementera ha crecido; las flores se han convertido en choclos, maiz, zapallos, sandías y melones.

Hé ahí el alimento que consumen y venden para comprar tabaco, yerba, azúcar, velas, y el peine de un telar.

El algodón y el azafran maduran; abre el uno sus blancas bellotas, el otro las suyas color de oro. La nueva madre de familia los cosecha. Su lijera rueca confecciona con el uno, desde el grueso pábilo hasta la finísima trama del cendal, que ella teje para sus vestidos de fiesta; de la estofa con que arregla

los de su marido, desde la bordada camisa hasta el elegante chiripá teñido color de rosa con las flores del azafran.

Diciembre llega; y con el cálido sol de este mes la dulcísima algarroba, y el almibarado mistol, que la hija de los campos convierte en patay, pastas esquisitas, que quien las ha gustado, prefíerelas á toda la repostería de los confiteros europeos.

De todo esto vende lo que le sobra; con ese producto compra dos terneros *guachos*, y plantea con ellos la cria de ganado vacuno. Poco despues, merced á las mismas economías, adquiere un par de corderitos; la base de una majada, con que mas tarde llena sus zarzos de quesos y su rueca de blanca lana, á la que da luego por medio de tintes extraidos de las ricas maderas de nuestros bosques, los brillantes colores de la púrpura, azul y gualda que mezcla en la urdimbre de *ponchos* y cobertores.

Y cuando el trabajo de la jornada ha concluido, llegado la noche, y que la luna desliza sus rayos al través de la fronda de los algarrobos del patio, la hacendosa muger tórnase una amartelada zagala y sentada en las sinuosas raices del árbol protector, su esposo al lado y entre los brazos la guitarra, cántale tiernas endechas de amor.

—¡Qué feliz existencia!—pensaba yo, alejándome de aquella poética morada.



—Tal fuera mi suerte, si antes que despertara el corazón, no me hubiesen arrancado al suelo de la patria. Unida á uno de sus hijos con el triple vínculo de las ideas, las costumbres y el amor, mis días habrían corrido tranquilos como ese arroyuelo que susurra entre la grama.

Y volviendo una mirada al tormentoso pasado, mi labio murmuraba la doliente exclamación de Atala—felices los que no vieron nunca el humo de las fiestas del extranjero! . . . .

## II

**El desheredado**

Un ginete que sentó su caballo al lado mio desvió el curso de aquellas amargas reflexiones.

Era un hombre al parecer de treinta años, de estatura elevada y fuerte musculatura. El color bronceado de su rostro contrastaba de un modo extraño con sus ojos azules y el blondo ardiente de sus rizados cabellos.

Saludóme con una triste sonrisa; y como en ese momento llegáramos al parage en que la cruz y la rama de tala señalaban la tumba del fugitivo, detúveme para elevar por él á Dios una plegaria.

—Ah! señora—exclamó el incógnito, viéndome

enjugar una lágrima — dad algo de esa tierna sensibilidad para aquella otra sepultura sin cruz ni sufragio en la que yace olvidada una infeliz muger víctima del amor maternal.

Y su mano tendida hácia el barranco de Carnaseras, me mostró un montículo de tierra en el fondo de la honda sima al lado del camino.

—Oh! Dios! ¿Un asesinato?

—No: una desgracia . . . . Además, ello ocurrió hace muchos años, y . . . . lo que pasa se olvida.

Sonrió con amargo sarcasmo, y haciéndonos un saludo, desvióse del camino y echó pié á tierra, quitó el freno á su caballo y se puso á hacerlo beber en un charco.

—Ese hombre va á bajar al zanjón, dijo uno de mis compañeros.

—¿En qué lo conoces?—preguntó el otro.

—No ves que lleva al agua el caballo á esta hora? Claro es que quiere engañarnos.

En ese momento encontrando la bifurcacion del camino que se divide en los dos ramales de las Cuestas y del Pasage, tomamos el primero, y perdimos de vista al desconocido caminante.

La ruta que llevábamos, llamada de las Cuestas, estiéndose encajonada entre cerros de aspecto agreste y pintoresco. Raudales de límpida corriente descenden de sus laderas y riegan cañadas cubiertas

de arbustos floridos y olorosas plantas cuyo perfume subía hasta nosotros en tibias y embriagantes ráfagas. La mas rica paleta no sería bastante para reproducir la esplendente variedad de colores que aquella vegetación ostentaba, desde el verde tierno de los sauces hasta el sombrío de los añosos algarrobos. Y en las sinuosidades de las peñas, en los huecos de los troncos y en las copas de los árboles, anidaba un mundo alado que poblaba el aire de cantos melodiosos.

Hacia la tarde llegamos á una estancia, fin de nuestra etapa, y donde habíamos de pasar la noche. Sorprendióme oír su nombre—Ebron.

Era una propiedad de mi abuelo materno, y pertenecía ahora á uno de mis tíos, que hallándose ausente, representábalo su administrador, un nieto del antiguo capataz que la dirigía en tiempo de su primer dueño.

Al oír mi nombre, el joven administrador vino á mí, me saludó muy comedido, abrió la sala de recibo y me hizo servir en ella una excelente cena, á la que yo lo invité.

Cenamos alegremente, él, mis compañeros y yó, departiendo sobre la belleza de aquel lugar, la riqueza de sus pastos, y la variedad de sus innumerables rebaños que hacía cincuenta años eran comprados con preferencia á los de las otras

estancias; y en cuyas ventas, decia el administrador, habia el padre del actual propietario realizado inmensas sumas.

Sin embargo, cosa estraña—añadió—á su muerte, que fué súbita, no se encontró en sus arcas sino unas cuantas monedas de plata.

Supúsose que las grandes cantidades de oro en que se apresuraba á convertir el dinero que recibia, las habria él enterrado.

Y en esta esperanza sus hijos removieron los pavimentos, y buscaron en todos sentidos; pero todo inútilmente. El anciano señor, si ocultó su caudal, escondiólo sin duda fuera de la casa.

V. vá á dormir esta noche en su cuarto, y verá las señales de aquellas vanas investigaciones.

En efecto, los ladrillos del pavimento rotos y los hundimientos que en él habia por todas partes indicaban las escavaciones practicadas en busca del codiciado tesoro.

Habíanme arreglado el antiguo lecho, enorme monumento de cedro con cariátides esculpidas en los cuatro ángulos, figuras feísimas que me quitaron el sueño y me obligaron al fin á apagar por no verlas, la bugía que me alumbraba.

Comenzaba á adormecerme cuando me desveló un ruido ténue que parecia venir de una ventana que el calor me obligó á dejar entreabierta. Como

esta daba al campo, creí que aquel ruido sería uno de los infinitos rumores de la noche.

De repente sentí caer un objeto que sonó en el suelo, y casi al mismo tiempo, la ventana se abrió, y un hombre penetró en el cuarto.

Quise saltar de la cama, gritar, pero el temor había paralizado mis miembros y ahogado la voz en mi garganta.

Quedéme inmóvil, muda, yerta de espanto cerrando los ojos y aguardando cuando menos una puñalada.

En vez de esto oí sonar un fósforo.

Cuál sería mi asombro, cuando al abrir de nuevo los ojos encontré delante de mí al viajero que dejáramos dando agua á su caballo en las barrancas de Carnaceras.

No fué menor su sorpresa, al encontrarse conmigo; pero reponiéndose luego, encendió la bujía y volviéndose á mí:

—Ruego á V. señora—me dijo—que se tranquilice. Mi intencion al introducirme en este cuarto está muy léjos de ser hostil para V. ni para nadie. Vengo solamente, haciendo uso de un legítimo derecho, á tomar lo que me pertenece. Y para que V. se persuada de ello y no me juzgue un ladron, dígnese escuchar la historia que voy á referirla.

No sé si la suave voz de aquel hombre ó la espresion de sinceridad que caracterizaba su fisonomía: uno y

otro quizá, desterraron de mi ánimo todo temor.

Indiquéle un asiento cerca de la cama, y me preparé á escucharlo.

### III

#### **Las miserias de una madre**

—El antiguo propietario de estas tierras—comenzó él despues que hubo cerrado la ventana, y para mayor precaucion apagado la luz—era un hombre rico, pero avaro y perverso . . . .

—Permítame V. decirle—interrumpí—que ese hombre de quien habla fué mi abuelo, y que me es doloroso oirle á V. maltratar su memoria.

—Cuando me haya V. escuchado hasta el fin, juzgará si me excedo en esos calificativos—respondió mi interlocutor con sereno acento, y prosiguió.

—Aquel hombre tenia cinco hijos, séres desventurados, que nunca recibieron una caricia ni oyeron una palabra de benevolencia. Él no los amaba, por que el ánsia de allegar riquezas ocupaba solo su corazon.

Un dia, sinembargo, una fantasía de tirano cruzó su mente.

Entre veinte esclavas que látigo en mano hacia él trabajar en rudas labores, una jóven negra fijó su atencion.

Amábale con amor correspondido un mancebo esclavo como ella. Pero, qué importaba? Él fué vendido, y ella llevada al tálamo del dueño.

Un año despues, Maria enjugaba sus lágrimas en los pañales de su hijo.

Pero el amo aborrecia al niño por que se parecia á él; y la pobre madre temblaba por la vida de la pobre criatura que no osaba apartar de sus brazos.

En una cacería de fieras, el amo cogió un cachorro de tigre, que trajo consigo á la casa.

—Maria—dijo á la madre, que, acabadas las faenas del dia, daba el pecho á su hijo—desde hoy destetas á ese chico para criar este animalito. Mañana la muger del puestero llevará á tu hijo para que tú puedas consagrarte á tus deberes de nodriza.

Un relámpago sombrío fulguró en los ojos de la esclava, que miró á su amo, y no respondió.

Él tomó aquel silencio por una rendida sumision á su voluntad, y entregándole el tigre retiróse muy contento de arrebatarse á aquel pobre niño, hijo suyo, el alimento y los cuidados maternales.

Al mediar de aquella noche, cuando todo dormia en Ebron, y que el silencio reinaba en torno, la puerta de la casa, abierta por una mano cautelosa, dió salida á una muger, que llevando entre los brazos un niño dormido, se alejó con paso rápido y desapareció en las sinuosidades de la cañada.

Era la pobre madre que huía de su tirano.

La voz que hablaba tornábase de mas en mas sombría. Yo la escuchaba aterrada, adivinando las peripecias de un horrible drama.

—La pobre fugitiva—continuó el invisible narrador—caminó largo tiempo sin detenerse, insensible al cansancio y á los terrores de la noche. Un solo sentimiento la preocupaba, y aguijoneaba sus pasos como la lanza de un enemigo: el temor de volver otra vez al poder de su amo.

Hácia el amanecer, y cuando abrumada de fatiga, buscaba con la vista algun hueco de peña ó un matorral donde agazaparse y descansar, el lijero chirrido de una tropa de carretas llegó á su oído, y la advirtió que el camino real no estaba léjos.

La infeliz cobró ánimo y se dirigió hácia el lado de donde el ruido venia.

En efecto, poco despues divisó la tropa, que cargada de efectos de ultramar, dirigíase á Salta.

La fugitiva fué á caer á los piés del capataz; le refirió sus infortunios, y le pidió por el amor de Dios que la amparase dándole un asilo.

Dióselo aquel buen hombre compadecido de la desgraciada madre, y la ocultó con su niño en el fondo de una carreta, de donde quitado un cajon dejaron un espacio con aire y luz provenientes de



la claraboya practicada siempre en la testera de los carros.

Y pasaron las horas, y la desdichada creíase ya libre, y lloraba de gozo sobre la frente de su hijo, que dormía, pegada la boca á su seno.

Pero la tropa llega al desfiladero de Carnaceras, ese paso estrecho que corre entre una barranca y un despeñadero.

La tropa lo pasó sin dificultad; pero uno de los bueyes que conducían la última, aquella en que iba oculta la esclava, aguijoneado con demasiada viveza por el conductor, cejó de un lado, arrastró consigo á los otros, y precipitó la carreta en el fondo del barranco.

—Dios mio, Señor—exclamé llorando—y los pobres fugitivos? . . . .

—La madre, sintiendo caer sobre ellos todo el cargamento de la carreta, en la esperanza de salvar á su hijo, lo arrojó por la claraboya, y ella pereció bajo el peso de veinte grandes cajas llenas de efectos, que amontonándose sobre su cuerpo, lo mutilaron.

—Y el pobrecito niño?

—Cayó sobre el camino sin hacerse gran daño. El capataz, dolido de su orfandad llevólo consigo despues que hubo enterrado á la madre cerca del sitio de la catástrofe.

—Aquella tumba que se divisa de lo alto del camino . . . .

—Es la suya. Tumba ignorada que no escuchó jamás una plegaria, y donde sepultóse con la pobre esclava la historia de sus desventuras.

Largo silencio siguió á esta triste narracion. Oyóse un profundo suspiro y la voz prosiguió:

—El capataz llevó al niño á Tucuman, y lo entregó á su esposa, piadosa muger, que acabó de criarlo á sus propios pechos, y así como su marido lo amó como á un hijo. El niño creíalos sus padres, y durante treinta años dióles este dulce nombre.

No ha mucho el anciano capataz moria abrumado por la edad en los brazos de aquel que lo llamaba padre.

—Pablo—dijo el moribundo, sintiendo acercarse su postrera hora—mi deber y tu propio interés me obligan á revelarte un secreto doloroso para tí y para mí. Ten ánimo y escuchálo—Yo no soy tu padre. Fuélo un hombre acaudalado pero inícuo y sin corazon, cuyos inmensos bienes á su muerte, súbita, se repartieron sus hijos.

—Aquí refirióle la triste historia de la esclava, y añadió:

—Tú fuiste el desheredado; pero Dios no permite

que tales iniquidades se consumen sin grandes castigos ó grandes reparaciones . . . .

Cuando la infeliz madre aguardando la hora de su fuga, espiaba, pegados los ojos á la cerradura de la puerta, el momento en que su tirano se entregara al sueño, vióle destornillar la columna de su lecho, que representaban cuatro figuras de madera, y las relleno de oro, vaciando en ellas su arca.

La esclava no vió mas, y huyó, llevando consigo el secreto de aquel tesoro.

Despues de su muerte, acaecida pocas horas despues que me hubo referido su lastimosa historia, temiendo la fragilidad de la memoria consigné por escrito este hecho en un papel que guardé en el escapulario, esta reliquia que llevo siempre conmigo. Héla aquí: consévalo en memoria mia, y haz uso para tomar tu herencia, del itinerario que encierra.

Pocos momentos despues, el viejo capataz espiró en los brazos de su hijo adoptivo que lo lloró con lágrimas filiales.

Cuando hubo cerrado sus ojos y sepultado su cuerpo al lado de la esposa que lo aguardaba en el cementerio, el hijo de la esclava, solo ya en la tierra, cerró la morada hospitalaria que albergara su infancia, y vino á esta comarca desconocida para él, á cumplir una mision mas sagrada todavía.

Llegó al sitio fatal donde la madre pereció y el niño cayera abandonado y huérfano sobre el camino. Descendió al fondo del despeñadero, y allí oculto en el recodo de una peña, fijos los ojos en la pobre sepultura visible solo por el hundimiento del terreno, aguardó un momento en que la soledad del camino le permitiera extraer los queridos restos allí guardados; y robados á la tierra helada del despeñadero, estrechados piadosamente entre sus brazos los ha traído hasta la puerta de esta casa donde lo esperan, en tanto que él de cima á la obra de reparacion que aquí lo conduce.

#### IV

##### **El Tesoro**

A estas palabras encendió la bugía, y á su luz ví al viajero de la mañana pálido, pero sereno, levantarse de la silla en que estaba sentado, y acercándose al lecho, destornillar una á una las cabezas de los cuatro cariatides que formaban sus columnas, hundiendo el brazo en el hueco que dejaban.

Un ruido metálico sonó en aquella cavidad; y el viajero retiró su mano llena de oro, que dejó sobre la cama para hundirla de nuevo.

Cuando hubo vaciado el contenido de las cuatro cariátides, sobre el cobertor de damasco carmesí, brillaba un monton de relucientes onzas que llevaban la efigie de los Borbones.

—Pues qué el destino ha reunido aquí á dos herederos de este oro acumulado por un impío,— dijo con voz grave el hijo de la esclava—cúmplase la voluntad del cielo.

Y dividiendo en dos porciones el monton de onzas llenó con la una su cinto y los bolsillos de su ropa; apagó la bugía, saltó de la ventana al campo y desapareció.

#### IV

##### **El voto de exilacion**

Quedéme yerta de asombro, casi de espanto, sin osar moverme; porque el sonido de aquel oro que pesaba sobre mí me daba miedo: parecíame el lamento de un alma en pena que gemía entre las tinieblas.

Sinembargo, aquella misma inmovilidad, y el cansancio de una larga jornada adormeciéronme poco á poco, hasta que caí en un sueño profundo que duró hasta el dia.

Cuando desperté, por la ventana entreabierta como la dejara en la noche á causa del calor, un alegre

rayo de sol penetraba en el cuarto, mostrándome todo en el mismo estado que se encontraba la víspera; todo desde las cariátides con sus cabezas coronadas de acanto hasta la reja de la ventana, guarnecida con todos sus fuertes barrotes de madera.

La aparición del nocturno visitante, su lastimera historia, el tesoro descubierto, el terror que me inspirára, todo esto me pareció el desvarío de una pesadilla.

Pero al incorporarme en la cama, la vista del áureo monton de monedas que brillaban sobre el cobertor carmesí, volviómé á la realidad, convenciéndome que era cierto cuanto habia visto, y que aquel pariente caído de las nubes acababa de darme parte en su herencia.

La vista del oro es deliciosa, por mas que calumnien llamándolo funesto, á ese precioso metal.

—Funesto!—me decia yo, haciendo bailar las onzas sobre el rojo tapiz—Ah! eso depende de las manos en que cae. Pues yo me propongo hacerlo servir para las cosas mas buenas del mundo.

Y me echaba á imaginar cuantos magníficos regalos haría á mi madre y mis hermanos.

Y oleadas de brillantes, de esmeraldas, de tul, razo y cachemiras, cruzaban mi mente trasformados en collares, piochas, anillos, chales, túnicas, velos y

manteletas primorosamente llevadas en saraos y fiestas.

De súbito el espléndido menaje desvaneci6se ante este l6gubre pensamiento :

Ese oro estaba regado con las l6grimas de los desgraciados esclavos sacrificados 6 un rudo trabajo por la avaricia de mi abuelo.

—Pues bien ! redimamos su cr6men—exclam6.

Y cayendo de rodillas, jur6 por Dios emplearlo todo en el alivio de los infelices.

La maleta inglesa en que guardaba mi equipaje tenia un compartimiento secreto que se abria por medio de un resorte. Ocult6 en 6l aquel tesoro sagrado, muy contento del piadoso destino que le habia dado.

Llam6 6 mis compa6eros, ensillamos los caballos, y partimos.

Ebron est6 situado en la falda occidental de una pintoresca serran6a que nos era necesario atravesar costeando profundas quebradas cubiertas de bosques seculares, donde cantaban las aves y rujian las fieras. Mas de una vez, al paso de los arroyos, la huella del tigre, impresa en la h6meda arena espantaba 6 nuestros caballos, que se detenian, exhalando bufidos de terror.

Traspuesto aquel cordon de monta6as, entramos en una bell6sima comarca regada por cristalinos

raudales que fertilizaban interminables praderas, cubiertas de ganado y sombreadas por grupos de árboles bajo cuya fronda se cobijaban pintorescas chozas cubiertas de dorada paja y alumbradas por la alegre llama del hogar.

Qué dulce y apacible existencia forjaba mi mente en esas humildes moradas del pobre! Tenia envidia á esas mugeres que hilaban sentadas al lado del fuego; á los niños que jugaban entre la maleza bajo los rayos calurosos del sol.

Y abandonando el idilio, el pensamiento se engolfaba en el suntuoso mirage de las innumerables ciudades, que el porvenir haria surgir en las ricas y dilatadas comarcas que se estendian á mi vista, en un inmenso horizonte; unidas por líneas de ferro-carriles, donde el silvido del vapor surcaba los aires y la poderosa locomotora, cruzando los espacios llevaba la riqueza y la civilizacion á las mas apartadas regiones.

En aquel éxtasis de profética alucinacion pasé tres largas jornadas, dejando atrás las verdes llanuras del Ceibal y las antiguas tradiciones jesuíticas de San Ignacio y Valbuena, con sus derruidos muros y sus vergeles abandonados, donde el árbol frutal cruza sus ramas con el árbol de la selvas, y la vid se enlaza á las agrestes lianas.



## V

**La vida campestre**

Al mediar del cuarto día después de nuestra partida de Ebron, entramos en una vasta llanura cubierta de oloroso trébol y pastales gigantescos. Alzábanse acá y allá coposos algarrobos cubiertos de blancas flores, y en cuyos troncos chillaba un mundo de cigarras en medio al silencio producido por el calor de esa hora.

Hacia rato que nuestros caballos como poseídos de febril impaciencia exhalaban alegres relinchos y corrían como desbocados, sin obedecer á la brida.

El que yo montaba comenzaba á inquietarme; pero mis compañeros, riendo de mi temor lo desvanecieron diciéndome que aquella rebelión era la proximidad de la querencia.

De súbito llamó mi atención un rumor semejante al lejano oleaje del mar.

Miré á mis compañeros para demandarles la causa, y los ví, tan gozosos como nuestros caballos, empuñar el rollo de sus lazos y echar á correr camino adelante.

Seguíalos yo, cada instante mas curiosa de aquel enigma; por que cada instante también el misterioso

rumor acrecía, y de él salían como rugidos de leon mezclados al zumbido del granizo.

De pronto, á la vuelta de una encrucijada, divisé un campo rodeado de bosques y enteramente cubierto de ganado cuyos mugidos formaban el temeroso rumor que desde léjos veníamos escuchando.

Era un *rodeo*.

Aquellos ganados pertenecian á mi hermano. Repuntábanlos sus peones, y él mismo estaba entre ellos.

La presencia de aquel hermano que veía por vez primera produjo en mí un doloroso enternecimiento. Arrojéme en sus brazos llorando; y él tambien, hondamente conmovido, me estrechó contra su pecho enjugando furtivamente una lágrima.

Llevóme en seguida á su casa, fresca y aseada habitacion situada sobre aquel campo en la falda de una colina.

Presentóme á su esposa, que era una graciosa y sencilla jóven paraguaya de esbelto talle y ojos negros como su larga cabellera.

Irene puso sucesivamente en mis brazos cinco niños, cuyo primogénito contaba apenas seis años, lozanos todos, bellos y aseados, como todo lo que encerraba aquella morada, semejante en su primor

á un chalet suizo, rodeada de árboles frondosos y de verdes sementeras.

· No habia pasado un dia entero en la casa de mi hermano, y ya estaba yo tan acostumbrada á ella como si la hubiera habitado toda la vida: tan agradable era todo allí, tan plácido, tan sencillo.

Levantábame al amanecer, y corría á los corrales para ayudar á las queseras en la faena de ordeñar; hacia el desayuno para los niños, compuesto de bollos y crema de leche.

Luego, ensillaba un caballo, echábale un costal al anca, y me iba en busca de algarroba, mistol y sandías silvestres.

No pocas veces encontré entre la espesura de los poleares hermosas lechiguanas que conquisté, á pesar del enfurecido enjambre; y las llevaba en triunfo á los niños; y amasándola con su panal, hacia un delicioso postre que comiamos con quesillos de crema.

Y en la noche, cuando acabados los trabajos de la jornada y reunidos en torno á una sola mesa, peones y señores cenábamos á la luz de velas de perfumada cera, á falta de piano, tomaba la vihuela que me enseñára á puntear un gaucho de Gualiana, y acompañándome con su plañidera voz, cantaba los trozos mas sentimentales de Verdi y de Bellini, que

por vez primera resonaban en aquellas apartadas regiones.

Irene estaba triste durante estas dulces veladas; pero el motivo de su pena estaba léjos: era el triste estado de su país, aniquilado por la guerra.

## VI

### **Las riberas del Bermejo**

—¡Lloras alma mia!—oí que mi hermano decia á su muger, una noche que sentados á la luz de la luna cantaba yo el doliente Salmo del Cautiverio—¡Lloras y me callas la causa de tu pena!

—Pienso en mi pueblo—respondió Irene con un sollozo—pienso en los míos, que, cual los cautivos de Babilonia, andan errantes de selva en selva y de llanura en llanura, desnudos y hambrientos, arrastrados por la despótica arbitrariedad de un tirano.

—Yo iré en su busca. Penetraré en ese país devorado por la guerra; los hallaré, los reuniré y traerélos conmigo á nuestro pacífico retiro.

—No sin mí—exclamó Irene.

—Ni sin mí—añadí yo.

—¿Y quién se quedará con los niños?—objetó mi hermano.

Irene y yo nos miramos.

—Tú—dijo ella.

—Tú, repuse yo.

—Tú los amas.

—Tú eres su madre.

—Echemos suertes.

—Sea!

La suerte me favoreció á mí. Irene hubo de resignarse.

En dos dias nuestros preparativos estuvieron concluidos, y partimos.

Partimos hácia el Este para embarcarnos en el Bermejo y bajarlo hasta Corrientes.

Nada tan bello como los perfumados campos que atravesábamos cubiertos de trebol y elevadas palmeras. Las leguas se deslizaban bajo mis piés, y un sol de fuego despeñaba sus rayos sobre mi cabeza, sin que yo sintiera calor ni cansancio, absorta en la contemplacion de aquella hermosa naturaleza.

En *Esquina-grande* mi hermano contrató dos canoas, una para nosotros, otra para nuestros bagajes. Pero la *baja* del agua nos impidió embarcarnos allí, y fuénos preciso descender hasta *Colonia Rivadavia* para tomar la corriente del Teuco.

Celebrábase aquel día en ese pueblo la fiesta del *Rosario*.

El templo estaba abierto, y el cura preparaba una procesion.

Mezclada á los fieles, oraba yo tambien al pié del altar; pero viendo á la Vírgen en unas andas desmanteladas, y alumbrada con círios amarillentos, colocados en candeleros de tierra cocida, corrí á los campos; hice una cosecha de flores y verdes retoños, y cargada de ramilletes y guirnaldas regresé á la iglesia, y adorné con ellas el dosel de la Santa Imágen, cubriendo de follage círios y candeleros.

Las mugeres del pueblo me abrazaron llorando de gratitud; y la esposa del juez, mayordoma de la fiesta, me obsequió un avío esquisito de fiambres y dulces que fué un gran recurso en la navegacion que emprendimos, esa misma tarde, en las rojas aguas del Teuco, engrosadas por dicha nuestra con la lluvia de una terrible tormenta que oímos tronar hácia el norte la mayor parte del día.

Ayudados por la creciente, nuestras canoas se deslizaban rápidas sobre aquel río cuyas encantadas orillas parecen un sueño del Eden.

Al anochecer desembarcábamos, y amarradas las canoas á los troncos de los árboles; los remeros encendian grandes fogatas para alejar á las fieras, y preparaban la cena, que tomábamos sentados en

torno á la lumbre, escuchando las sabrosas pláticas de nuestros compañeros.

Habia entre ellos un viejo de barba lacia y cana, de vivos ojos y aspecto venerable, á quien cedian siempre la palabra.

Y á fé que tenian razon; por que Veron, era la crónica personificada, la leyenda hecha hombre.

—Qué árbol tan frondoso, decia alguno?

—Es una ceiba, respondía Veron —De sus ramas se ahorcó un rico hacendado á cuya novia se robaron los tobas. No pudiendo rescatarla, desesperado se dió la muerte á vista de la ingrata que *hallada* y contenta entre los salvajes, lo miraba de la otra orilla.

—Ño Veron, ¿qué linda enredadera es la de flores rojas que cubre aquella antigua palmera?

—Blancas fueron hasta que las tiñó con su sangre la bella Talipa, india conversa á quien mataron los suyos á flechazos colgada en las ramas de la palmera.

Desembarquemos para dormir en este recodo, que oculta un limonero cargado de fruto maduro. Servirá para sazonar nuestro asado. Aquí herborizaron tres dias Bonpland y Soria cuando surcaron este rio en su viaje al Paraguay. Yo los acompañé como práctico; y por cierto que de ellos aprendí cosas que

parecen imposibles, y me fueron muy útiles en mi errante existencia.

Cuatro días hacía que navegábamos aquel río encerrado entre frondosas arboledas.

Era la última hora de la tarde; y el sofocante calor de la jornada comenzaba á ceder á las ráfagas de una brisa fresca y perfumada. Bandadas de aves, cruzando el espacio, abatían el vuelo sobre el ramaje en busca de sus nidos. Al silencio apacible del crepúsculo, mezclábanse misteriosos rumores, que remedaban suspiros y recatadas risas.

De súbito en la márgen derecha divisamos las almenas de un elevado campanario y aquí y allá lienzos de paredes derruidas que surgían entre las copas de los árboles.

Encantado de aquel romántico paraje, mi hermano dió la voz de alto.

—La Cangallé!—exclamó el viejo Veron, y en vez de obedecer, levantó el remo, y ayudando á la corriente vogó con furor.

—Deténte, bárbaro—gritó mi hermano—¿Porqué rehusas desembarcar en este sitio tan ameno y propio para pasar la noche?

—¡Válgame Dios, patron, con su antojo! ¿No vé qué ese lugar es la Cangallé?

—Y qué viene á ser la Cangallé, que tanto miedo te causa?



—No hay que mentarla mucho, si no quiere que nos suceda algo malo. Deje que lleguemos á aquella ensenadita; atracaremos, y encendida la fogata, no diré que no. Con luz todo se puede contar.

Desembarcamos, en efecto, y sentamos nuestros reales en un gramadal sembrado de anémonas, bajo un grupo de palmeras.

La noche era magnífica, tibia y estrellada.

Al manso murmullo del rio, mezclábanse el susurro armonioso de la fronda, y el soñoliento piar de los pajarillos que dormitaban en sus nidos.

Los remeros, dirigidos por Veron prepararon el asado, los fiambres, el café; y la cena comenzó, rociada con sendos tragos de aloja de algarroba que traíamos encerrada en grandes chifles, y que caía espumosa en nuestros vasos, como la mejor cerveza.

Todos reían y charlaban alegres; solo yo callaba. Las misteriosas palabras del viejo, habíanme impresionado; y sin saber por qué sentí miedo, y me refugié bajo la capa de mi hermano.

—Veron—dijo este, volviéndose al anciano—Hé aquí un fogon capaz de alejar toda suerte de terrores. Háblanos pues, de la Cangallé. Es alguna guarida de fieras?

—No, señor, que fué una populosa villa y la mas importante reduccion que los jesuitas tuvieron en

las misiones. Poseía mas de doscientas canoas, y mantenía activo comercio con todas las poblaciones ribereñas. Hoy sería una ciudad floreciente, sin la belleza fatal de una muger, que fué causa de su ruina.

A la aparición de una muger, y bella además, en el relato de Veron, el interés del auditorio acreció. Mis compañeros estrechando el círculo en torno al viejo remero escucharon con avidez.

## VII

### **Una venganza**

Habia entre las hijas de la Cangallé una doncella hermosísima. Muy niña todavía, robáronla un día los mocobies, mientras dormía en la cuna. Su madre hizo muchas escursiones al Chaco en busca suya, sin lograr encontrarla.

Hallóla al fin, y la arrancó de manos de los salvajes por medio de un rescate.

Pero restituida á su pueblo y al comercio de los suyos, Inés echaba de menos el aduar y la vida errante de las tolderías en las pintorescas llanuras del desierto.

Ni el tiempo, ni el paso de la niñez á la juventud, ni los halagos que rendían á su belleza, nada era parte á borrar aquel recuerdo.

Inés lloraba en secreto; y cuando podía escapar á la vigilancia maternal, corria á la márgen del rio; y allí permanecía horas enteras contemplando con los ojos bañados en lágrimas la opuesta orilla.

Un dia que apoyada al tronco de una palmera y la mente absorta en amadas reminiscencias, contemplaba con envidia las bandadas de aves que volaban hácia el deseado horizonte, Inés vió de repente caer á sus piés una flecha. Llevaba atravesada una yagtala de pétalos rojos, flor simbólica de estremada belleza, cuyo nombre mocobí significaba—*Te amo!*

Las miradas de Inés registraron la fronda de la otra ribera; pero nada descubrieron, si no era algunas gamas que corrian en busca de su guarida.

Y sin embargo, el corazon de Inés latió con violencia; y la jóven tomando la flor con mano trémula de emocion, besóla, y la guardó en su pecho.

Aquella noche Inés no durmió; y cuando hácia el alba cerrarónse al fin sus ojos, á los sueños de nómada libertad que con frecuencia la visitaban, mezcláronse sueños de amor.

Al siguiente dia, el mismo mensagero, la roja flor de yagtala, al impulso de una flecha vino á caer á sus piés.

Inés alzó los ojos y vió á un jóven guerrero indio con el carcax á la espalda, de pié y apoyado en un venablo, contemplándola con amor.

Era alto, esbelto y de altivo ademán; su solo aspecto anunciara un jefe de tribu, si no lo indicara la pluma de garza prendida en la banda roja que ornaba su frente.

Inés besó la flor.

El guerrero aspiró aquel beso en el aura inflamada de la tarde.

Y ambos quedaron inmóviles, mirándose en apasionada contemplación.

Y en tanto que ardientes efluvios se cruzaban en alas de la brisa, bajo la sombra de un matorral, dos ojos acechaban, airados, fulgurantes, amenazadores:

Los ojos de una muger.

Inés, tronchando el tallo de un jirasol, mostró al guerrero aquella dorada flor, que en lengua mocobí se llama—magnamí—*Ven!*

El indio respondió disparando al aire una flecha que significa—*Volaré hacia tí.*

Pero cuando alejándose no sin volver mil veces para mirarse todavía, el guerrero y la joven hubieron desaparecido, alzóse de trás el matorral una muger pálida, desmelenada, terrible. Con una mano golpeó su bello pecho desnudo; con la otra envió hácia la opuesta orilla una señal de horrible amenaza.

Después, mesando sus cabellos en un arranque

de rabia desesperada, perdióse entre el espeso follage . . . . .

Los cautivos que refirieron esta historia, contaban que una noche el jóven y bello cacique de los mocobíes, renombrados en las tribus del Chaco por su valor y apostura, hallábase recostado en una piel de guanaco al lado del fuego, bajo su toldo de hojas de palmera. Vestía un traje pintoresco, y sus armas, el carcax y el arco colgaban de un venablo hincado en tierra al alcance de su mano. Los guerreros de la tribu rodeábanlo sentados en torno suyo, y su esposa, la hermosísima Uladina estaba á sus piés.

Inmóvil, silencioso, medio cerrados los ojos, y los lábios entreabiertos el jóven cacique parecia entregado á un delicioso desvarío.

Uladina lo miraba; y los guerreros preguntábanse si los relámpagos sombríos que de vez en cuando resplandecian en los ojos de la bella india y coloreaban su pálida frente, eran los reflejos de la hoguera ó las ráfagas de alguna oculta cólera.

Y no osaban interrumpir el dulce éxtasis del uno; la contemplacion siniestra del otro.

—Jefe—dijo en fin el guerrero mas anciano de la tribu—hé aquí realizado el objeto de nuestra expedicion á las orillas del *rio de fuego*.<sup>1</sup> Las

1. El Bermejo.

ardientes arenas de esta playa han secado nuestra pesca; los gamos han dejado en nuestras manos su piel suavísima; las abejas su miel, las palmeras su fruto. Qué nos detiene ya en estos parajes que muy luego visitará la peste? Huyamos! Nuestras selvas nos aguardan con sus saludables sombras y sus embalsamadas auras.

Uladina fijó en su esposo una intensa mirada. Toda su alma parecía suspensa de sus lábios.

El cacique abrió perezosamente los ojos, y sonriendo con desprecio—¿Desde cuándo—dijo— los guerreros mocobies tienen miedo á las dolencias del cuerpo? Dejemos á las mugeres ese vergonzoso temor: son débiles, y el dolor las espanta . . .

Mas si quereis partir, si ya nada os detiene en estas playas, id á preparar á la tribu para marchar mañana con las primeras luces del alba.

Y ahora, retiraos. Que se apaguen los fuegos, y que el campo entre en reposo.

Los guerreros batieron las manos en señal de gozo, y fueron á comunicar á la tribu tan fausta nueva.

El cacique volvió á su meditabunda actitud.

De vez en cuando, una sonrisa de misterioso deleite vagaba en sus lábios.

Uladina, silenciosa y sombría, recostóse en una

piel de tigre á los piés de su esposo, quedó inmóvil, y fingió dormir.

Pero el sueño habia huido de aquella nómada morada; y sus huéspedes velaban: el uno aguardando con el corazon palpitante de anhelosa impaciencia; el otro acechando con ojos airados, amenazadores como los que espiaban bajo el matorral, y como ellos, fulgurantes de una luz siniestra:

Los celos!

Y así pasaron las horas. El fuego habíase consumido, las tinieblas invadian el toldo de hojas de palmera, y el silencio reinaba en el campo.

—Uladina!—articuló á media voz el cacique, incorporándose en su lecho de pieles.

Silencio: ninguna respuesta: nada sino la respiracion ténue y suavísima de la india.

—Duerme!—murmuró él—; Espíritus de la noche! derramad sobre ella la urna del sueño eterno.

Y alzándose cautelosamente, terció á su espalda el carcax, empuñó el arco, y se alejó, perdiéndose luego entre las sombras.

Uladina se levantó impetuosa, pálida, desencajado el semblante y ardiendo en sus ojos la llama de una cólera inmensa; armóse de una saeta envenenada, y siguió de cerca al cacique.

El guerrero atravesó el campo, cruzó la selva,

y llegado á la orilla del rio, dirigió una mirada á la opuesta ribera.

La oscuridad era profunda; pero los ojos del jóven divisaron una forma blanca en el fondo tenebroso de la noche.

Un grito de gozo se exhaló de su pecho—¡Héla ahí!—exclamó—héla ahí que me aguarda como siempre, pero ahora para ser mia, para seguirme al desierto.

Y saltando en una canoa oculta entre los juncos, cortó el nudo de liana que la sujetaba al tronco de un árbol, y bogó cortando con violencia la corriente.

Casi al mismo tiempo, Uladina se arrojaba al agua y seguía el curso de la canoa, tan furtiva y oculta bajo la onda, que solo se veía su larga cabellera. Apenas la canoa tocó la orilla, el cacique se arrojó á tierra y corrió á estrechar en sus brazos á aquella que lo esperaba.

Inés dió un paso atrás.

El guerrero cayó á sus piés.

—Las matronas de tu tribu han enseñado el pudor á la doncella cristiana—dijo la jóven en lengua mocobí—Rumalí sabe que el cuerpo de las vírgenes es sagrado, y que solo es dado tocarlo á los lábios del esposo.

—Hija del cielo!—exclamó el cacique—hé aquí



tu cautivo : ordena ¿qué debe hacer para elevarse á tí?

—Sígueme al altar del Dios de los cristianos, su sacerdote nos aguarda para derramar sobre tu frente el agua de la gracia, y sobre nuestro amor la bendición que nos una en un lazo eterno.

Entonces seré tuya, y huiré contigo para tornar en tus brazos á la vida libre del desierto. Lo quieres? Ven!

—O vírgen mas hermosa que la estrella de la tarde, exclamó el cacique, realiza esa vision de inmensa felicidad, aun que me llesves al fondo de un abismo!

Y la jóven arrastró en pos suyo al guerrero, y el cacique la siguió entre los muros de la Cangallé.

Al mismo tiempo, una sombra, saliendo de trás el tronco de un árbol perdióse en el negro cauce del rio.

Era Uladina, que cortando con fuerza la impetuosa corriente, ganó la opuesta orilla. La india, pálida y los largos cabellos cayendo desordenados en torno á su cuerpo, volvióse con ademan siniestro; y alzando la mano en señal de amenaza—Traidor!—exclamó—invocabas la muerte para aquella que te dió su amor, por que has dado el tuyo á la cristiana. Ah! ya sabreis, ella y tú cómo se venga una india!

Y con rápido paso, silenciosa, ceñuda, rígida,

encaminóse al campo, y lanzó el grito de guerra de los mocobíes, clamor formidable, cargado de imprecaciones.

Al escucharlo, la tribu entera se alzó en pié, pronta al combate.

Uladina, ornada la frente con la pluma de garza signo de mando, y llevando siempre en la mano la saeta envenenada—Guerreros—exclamó—el gefe que elegisteis bajo el yatay sagrado, aquel á quien confiarais el destino de la tribu, el bravo Rumalí, víctima de los hechizos maléficos de los cristianos, atraído por los conjuros de sus sacerdotes, encuéntrase en poder suyo.

Un grito de horror se elevó entre la multitud.

—Escuchad!—prosiguió la india.

—No ha mucho, en tanto que el cacique dormía, desvelada por un siniestro presentimiento, vijilaba yo, con el oído atento y palpitante el corazón á impulso de un extraño terror.

De súbito ví á Rumalí alzarse de su lecho, tomar sus armas y prepararse á partir.

¿Por qué abandona el jefe su morada—le dije—á la hora en que los espíritus vagan derramando el mal en los senderos del hombre?

Ninguna respuesta salió de los lábios del cacique; y mudo, cerrados sus ojos, y cual si obedeciera á la influencia de una pesadilla, con el paso rápido y

callado de un fantasma, salió del toldo, abandonó el campo, y siguió el camino que conduce al río.

Presa el alma de mortal angustia, corrí en pos suyo, y vílo, llegado que hubo á la orilla, saltar en su canoa, surcar las ondas y caer en manos de los cristianos, que lo arrastraron á su aduar.

A la hora que hablo, en este momento que pierdo yo en vanas palabras, el valiente jefe de los mocobíes, subyugado por el irresistible *qualicho* de los blancos, unirás á ellos, para venir contra nosotros, y esterminarnos! . . . .

La tribu respondió con un solo grito:

—Venganza!

—Sí!—rugió la india — venganza! pronta! despiadada! terrible! Salvemos al cacique! yo os guiaré. Crucemos el río tan silenciosos, que no nos sientan ni aun los peces que nadan en su seno; y acometiendo de súbito á los cristianos, llevémoslo todo á sangre y fuego; y que de ellos no quede ni uno solo para contar su desastre. Seguidme!

Y Uladina arrastró consigo á la multitud que cual una legion de espíritus, avanzó callada entre las tinieblas.

Mientras la vengativa esposa sublevaba la cólera de los suyos contra los cristianos, el cacique y su amada penetraban en el templo de la Cangallé, que los misioneros, prevenidos de aquella conversion

producida por el amor, habian preparado con el fausto que la Iglesia ostenta en sus augustas ceremonias. El pueblo llenaba la nave, y la voz del órgano resonaba en las sagradas bóvedas.

Los dos amantes fueron á prosternarse al pié del altar, y la jóven pidió para su prometido el agua santa del bautismo.

Pero en el momento que el sacerdote pronunciaba sobre la cabeza del neófito las palabras sacramentales, oyóse de repente un clamor inmenso, mezclado de aullidos espantosos; las rojas llamas del incendio hicieron palidecer la luz de los cirios, y una multitud furiosa, desgredada, feroz, se precipitó en el santuario.

Eran los mocobíes, que guiados por Uladina habian puesto fuego á la poblacion y caían sobre sus habitantes, haciendo en ellos una atroz matanza.

Los ojos fulminantes de la india descubrieron á Inés desmayada sobre el pecho de Rumalí, en tanto que este estrechándola con su brazo, blandía con el otro un venablo.

Verlos, lanzarse á ellos y hundir en el pecho de la jóven la saeta envenenada con que iba armada, todo esto fué tan rápido que el cacique no tuvo tiempo de preveerlo.

Rumalí exhaló un grito de rabia.

La india respondió con una feroz carcajada.

El cacique le arrojó su venablo y la tendió muerta á sus piés.

Entónces, estrechando entre sus brazos el cuerpo inanimado de Inés, lanzóse en medio al incendio, y se perdió entre los torbellinos de fuego que hicieron luego de aquella hermosa villa una inmensa hoguera, cuyas llamas devoraron los bosques circunvecinos en una grande estension.

Desde entonces la Cangallé es un monton de ruinas solitarias durante el dia: pobladas en la noche, de fantasmas.

El alma de Uladina vaga entre los escombros, llamando á Rumalí con lúgubres aullidos. Los ojos llameantes de la india buscan todavia á la jóven cristiana que la robó el amor del cacique.

—Misericordia!—exclamé yo, abrazándome de mi hermano—Y tú querías que durmiéramos en aquel paraje!

—Si tal acontece, la niña no habría podido contar el cuento—observó sentenciosamente el viejo—Mas de una jóven que se ha acercado á esas ruinas, ha sido devorada.

—Por algun tigre—replicó mi hermano—Estás chocheando, Veron. Apura tu vaso y véte á dormir. Y tú, chica, has otro tanto y no temas, que aquí está mi rifle, exorcismo poderoso contra las almas en pena.

Y riendo como un descreído, besóme y se fué á acostar.

## VIII

### **Desastres**

Sinembargo, á mí me fué imposible conciliar el sueño. La leyenda del viejo me tenía helada de temor; y veía los ojos flamígeros de la india en cada luciérnaga que cruzaba volando sobre mi hamaca.

Así pasé la noche; pero los nevados tintes de una espléndida alborada, disiparon mis terrores. Reí de ellos; y saltando del aéreo lecho, díme á correr con las mariposas entre las flores de la ribera.

Y seguimos nuestro viaje, extasiándonos ante los encantados paisajes que se desarrollaban á cada revuelta del río; deplorando su soledad y los peligros que los roban á la admiración y á la morada del hombre.

Nada mas bello que la confluencia del Bermejo y el Paraguay, que ruedan largo trecho juntos sin mezclar sus aguas.

Allí está Corrientes recostada perezosamente en un lecho de flores á orillas del Paraná.

En esta ciudad debía mi hermano transar un negocio importante; y por esto adelantámos hasta allá nuestro camino, para volver despues, tomando

uno de los vapores que subian con destino á la Asuncion.

Despedímonos del viejo Veron, cuya compañía tan útil y agradable nos habia sido.

Pocas horas despues nos embarcábamos de nuevo en un vapor cargado de turistas bonaerenses, ansiosos de contemplar la tierra heroica que acababan de conquistar.

Eran artistas, poétas, ó simplemente curiosos de las maravillas de aquel país original, cuya capital figurábase entregada á los regocijos de la libertad, tras largos años de despotismo.

Pero cuán dolorosa fué su decepcion al llegar, encontrándola desierta, asolada, abandonadas sus casas al saco y la violencia ejercidas por los brasileros á la luz del dia y á vista de sus jefes, quienes lejos de castigarlos, tomaron parte en aquellas infamias.

El sol se habia puesto, hacia largo tiempo, y la luna comenzaba á alzarse sobre la fronda de los bosques, cuando entrábamos en las solitarias calles de la Asuncion.

Imposible es imaginar el lúgubre aspecto de aquella ciudad devastada, cuyo silencio interrumpian solo los gritos de la embriaguez. Era Jerusalem en el primer dia del cautiverio, cuando los asirios,

arrastrando en pos suyo á su pueblo, dejáronla solitaria.

Escombros humeantes, muebles destrozados montones de ricas telas, vestiduras y vasos sagrados, yacían por tierra obstruyendo las veredas, mezclados con cadáveres en putrefaccion.

En busca de la familia de su esposa, guiábame mi hermano al través de aquellos horrores que cambiaban el aspecto de las calles, y le impedían reconocer aquella donde estaba situada la antigua morada de Irene.

En fin, mas allá del destruido palacio de la infeliz Elisa Lynch, mi hermano, exhalando una dolorosa exclamacion, detúvose delante de una casa cuyas puertas rotas por el hacha habían caído separadas de sus goznes, dejando ver su interior abierto, oscuro y solitario.

En el umbral, y estrechados el uno al otro, estaban sentados, un niño de ocho años, y una niña de seis, pálidos, demacrados, haraposos.

Maria! Enrique!—esclamó mi hermano, y quiso estrecharlos en sus brazos; pero ellos huyeron espantados, gritando—Los *camhá!* los *camhá!*

Eran los hermanos de Irene.

Arrastrados con sus padres en pos del ejército paraguayo habíanlos visto perecer con su familia. Ellos mismos, abandonados en un bosque, debieron



la vida á las raíces silvestres y al agua de los charcos. Solos, desorientados, sin rumbo, guiados por el acaso llegaron á la ciudad y acurrucados en el umbral de su morada, tenían miedo de penetrar en ella.

Con ruegos y caricias logró mi hermano atraerlos y se llevó consigo aquel último resto de una numerosa familia.

Partamos!—esclamó mi hermano—La destrucción de este país, el sacrificio de su pueblo, pesan sobre mi corazón como un remordimiento. Partamos.

Y acompañados de los dos huérfanos, dejamos aquellas hermosas riberas, sobre cuyo cielo azul cerníase la muerte.

## IX

### **Dolencia del corazón**

Regresamos á Corrientes, donde debíamos quedar dos días antes de proseguir hasta el Rosario; pero esperábame allí una de esas sorpresas que cambian todas nuestras resoluciones, y trastornan el curso de la existencia.

Gracias al cielo, escribo esta confesión á setecientas millas de distancia, y no puedo oír la andanada

de reproches que me habria valido, hecha de viva voz . . . .

Yo lo amaba! . . . .

Amaba á ese bello hijo de la Hungría, cuya sangre á la vez maggiar y eslava, derrama en él la gracia, el espiritualismo y la seduccion.

Amaba á ese esposo fugaz, que me apareció un dia cual una vision del cielo; dióme, aunque breves horas de una felicidad suprema, y desapareció de repente, dejando desierta mi vida. Lo amaba! . . . . ¿Qué digo? Lo amo, y lo amaré mientras aliente mi vida.

Tú sabes mis desgracias; sabes que unida á ese hombre idolatrado víme de él indignamente abandonada por el amor de otra muger; sabes que el dolor casi me llevó á la tumba; pero ignoras, porque no podrias comprenderlo, cuán digno de ser amado es aquel traidor. Sus mas sangrientas ofensas, al lado de las relevantes cualidades de su espíritu, desvanécense como las sombras ante los rosados rayos de la aurora.

Así, amábalo á pesar de todo, de todos y aun de mí misma. Aquel amor reprobado, oculto en el fondo del alma, gemía, llamando en vano al ingrato cuyo nombre nunca salia de mis labios, porque tenia vergüenza de pronunciarlo, por mas que el corazon lo repitiera sin cesar.

Pero hé aquí que entre muchas cartas que en Corrientes me aguardaban, la vista de una arrancóme un grito de gozo y de terror.

Era suya! Hé ahí esos caracteres firmes y acentuados que solo puede trazar una mano leal!

—Perdóname!—decía—Te amo! ámote como á la luz que me alumbra; como al aire que respiro. Así te he amado siempre; así te espero en una deliciosa soledad que he formado para los dos en las encantadas orillas del Amazonas. Ven!

Y yo, olvidada de sus ofensas, de su ingrato abandono; de mi dolor; . . del universo entero, separéme de mi hermano; renuncié á la tranquila existencia que me ofrecía al lado suyo, y solo pensé en correr á reunirme con mi esposo, allá en aquella mansion escondida entre las selvas, donde habia de comenzar de nuevo aquella felicidad de la que solo gozara tan breves horas.

Mi hermano sintió hondamente mi separacion. Habia hecho para su campestre hogar un dulce programa, en el que contaba conmigo, pero léjos de reprocharme la ingrata resolucion que de él me apartaba, abrazóme con tierna conmiseracion, deplorando solo el motivo fatal que nos llevaba léjos cuando habíamos pasado juntos tan dulces horas.

—¡Querido Felipe! él no conocia la ciencia del mundo, ni habia estudiado el corazon humano; pero

era indulgente con sus debilidades, y sabía compadecerlas!

—Vé—me dijo—cumple tu destino; pero si un día tienes necesidad, de reposo, acuérdate del retiro pacífico donde tu hermano te espera.

Reembarquéme aquel mismo día para Buenos Aires, sin tener en cuenta que en el pequeño vapor no había un camarote desocupado, tomados todos por señoras, venidas unas de la Asunción, embarcadas otras en Humaitá y Corrientes.

Una de estas, viendo á mi hermano perplejo, sin saber donde acomodarme, ofrecióme graciosamente una cama en el suyo.

Tomélo entero—dijo—para aislarme; pero no puedo consentir que una señora se quede en la cámara, ni aún hasta el Rosario, donde probablemente desembarcarán muchos de nuestros pasajeros. Además la compañía de usted me place.

Y abreviando los adioses de mi hermano, llevóme consigo.

Era yo tan feliz en aquella hora, que nada me importaba el sitio donde pudiera quedarme, absorta en el pensamiento de mi dicha, hasta el término de aquel delicioso viaje.

Mi compañera contemplaba mi radioso semblante, sonriendo con melancolía.

Era una muger jóven y bella, aunque lánguida

y demacrada por alguna dolencia, cuya sombra se reflejaba en sus ojos azules de suave y dulcísima mirada.

La espresion de aquellos ojos traíame un recuerdo que cruzaba mi mente y se borraba, por mas que yo hacía para fijarlo en mi memoria.

Mi compañera notó mi preocupacion.

—No se moleste usted por mí—me dijo—haga como si se hallase sola, lea, duerma, ó vaya á pasearse sobre cubierta. Yo me quedaré encerrada aquí, hasta que lleguemos al Rosario.

En efecto, mi compañera no dejó el camarote ni se acostó durante el trayecto que hicimos juntas. Absorbida por algun doloroso pensamiento, permanecía horas enteras con la vista fija en un punto invisible, ó bien cerrados los ojos y la frente entre las manos, muda, inmóvil, abstraída de todo lo que pasaba en torno suyo.

—Que insípida compañía ha tenido usted en mí, señora—díjome cuando llegados al Rosario, iba á dejarme para desembarcar en aquel puerto—Ay! despues de años de febril actividad en busca de mi hijo perdido, desesperada de encontrarlo, he caido en esta horrible apatía que, jóven aun, me da el entumecimiento y la debilidad de la vejez. Ah! es que tengo remordimiento de vivir, en tanto

que mi hijo está padeciendo quizá en manos estrañas!

Hablando así, los bellos ojos de mi compañera ilumináronse con una mirada que me recordó los del hermoso niño rubio que guardaba la puestera de *Rioblanco*. Habia en ellos la misma celeste transparencia; la misma triste dulzura.

Sin embargo, temí ceder á esa casi convicción.

—Ah! señora—la dije—usted sufría, y yo estaba á su lado, y no me daba usted una parte de su pena! ¿Pero como pudo suceder esta terrible desgracia? Perder á su hijo! . . . . un bello niño blondo y de azules ojos! . . . .

En el semblante de la madre brilló un relámpago de gozo.

—¿No es verdad?—exclamó—no es cierto que era bello como los ángeles? . . . . Ah! el dolor me extravía: hablo á usted de él cual si lo hubiera conocido! . . . . No obstante, usted lo ha adivinado: bello era el hijo mio; y nunca tanto como el dia que lo perdí . . . .

Lloró largo rato y despues continuó:

—Mi esposo habia muerto, y yo habitaba con mi Rafael una estancia situada en la frontera de Córdoba.

Era el dia del Santo Arcangel, y mi hijo cumplía dos años.

En aquella propiedad, hereditaria de mi familia, existía una costumbre original.

Cuando un niño llegaba á esa edad, fundaba un puesto con doscientas cabezas de ganado vacuno y caballar.

Para mejor representar aquel simulacro de independencia, los padres no lo presenciaban; y el niño iba solo con los peones y su familia á efectuar la ceremonia, que terminaba siempre en una fiesta.

Mi niño partió en brazos de su madrina, linda jóven, hija de un propietario vecino.

El sitio destinado era un caserío situado á la orilla de un arroyo.

Aquel día era la vez primera que mi hijo se apartaba de mí fuera del radio que abarcaba mi vista; y á ello atribuí la estraña inquietud que se apoderó de mi ánimo cuando la alegre cabalgata que lo llevaba hubo desaparecido detrás un grupo de arboledas.

Y pasaron las horas, y crecía mi afan, ansiando el fin de aquella fiesta que debía durar todo el día.

Cuando se puso el sol, buscando tranquilidad en el movimiento, salí al encuentro de mi hijo y adelanté gran trecho en el camino del puesto. Pero nadie venía y el día había acabado, y las sombras comenzaban á oscurecer la campiña.

De repente, y al volver un recodo que el camino hacía sobre la ceja de un bosque, un espectáculo horroroso apareció á mis ojos.

Era la zona inflamada de un incendio que se estendia roja en el horizonte.

—Hijo mio! mi hijo!—exclamé, corriendo hácia aquel lado, desatentada, loca, lanzando gritos de dolor que atrajeron á los moradores de los ranchos vecinos, quienes me siguieron, espantados como yó de aquel siniestro resplandor que acusaba la presencia de los indios.

Cuando llegamos al sitio donde estaba situado el caserío encontramos los ranchos ardiendo en medio del solitario paisaje.

Un silencio sepulcral reinaba en torno, interrumpido solo por el chasquido de las llamas que se elevaban en torbellinos, alumbrando el espacio en una ancha estension.

A esa vista habria sucumbido al dolor, si el pensamiento de mi hijo no me hubiera dado fuerzas para arrojarme en busca suya á las llamas, revolviendo los candentes escombros, y llamando á mi hijo con desesperados gritos.

En el fondo de una zanja fué encontrado el puestero, acribillado de heridas y casi espirante.

Prodiguéle cuanto pude imaginar para reanimarlo, transmitirle mi vida para darle el aliento y la palabra.



Mi hijo! ¿dónde está mi hijo?—gritaba á su oído, sin atender al estado, en que se hallaba aquel desgraciado, que murió pocos minutos despues, pero dejándome una luz de esperanza que ha sustentado mi vida durante estos tres años corridos para mí como siglos, en busca de mi hijo.

Díjome que cuando desangrado y exánime, yacía en lo hondo del foso, y en tanto que los salvajes se entregaban al saqueo, vió á la jóven madrina de mi niño trayéndolo en brazos, inclinarse sobre la zanja, tomar al niño por el largo cinturón que ceñia sus vestidos y deslizarlo hasta el fondo cubierto de altas malezas. Vió tambien que en ese momento, dos salvajes, apoderándose de ella se la llevaron.

Corrí á la zanja; registréla en todos sentidos. ¡Ay! nada encontré, sino sangre y cadáveres; mi hijo habia desaparecido! . . . .

—Pero V. no me escucha! . . . . Perdon! La espresion de un largo dolor vuélvese monótona, y fastidia.

Sin responderla, escribia yo en mi cartera el itinerario desde el puerto en que nos hallábamos hasta el puesto de Rio Blanco. Y poniéndolo en su mano:

—¡Bendito sea Dios!—exclamé—que me permite pagar á V. su generosa hospitalidad, restituyéndola su hijo!

Es imposible pintar la espresion de gozo inmenso, casi salvaje, con que la madre se arrojó sobre mí para asir el papel que la presentaba. Tomolo con mano trémula, lo recorrió azorada; á la vez llorando y riendo. Exhaló un grito, y sin dirijirme una palabra ni mirarme siquiera, apartóse de mí; saltó en un bote y ganó el puerto.

Aquel afortunado incidente aumentó si posible era mi felicidad. Parecióme de buen agüero aquel azar del destino que me deparaba la santa mision de restituir un hijo perdido á los brazos de su madre.

Confiada, llena la mente de rientes pensamientos, el alma de dulces esperanzas, surqué las aguas de los rios mas bellos que encierra nuestro planeta; y una tarde al caer de las primeras sombras desembarqué en Buenos Aires, la bella capital argentina.

Habria querido, con impresiones menos tumultuosas que las que agitaban mi alma, contemplar la inmensa metrópoli de resplandeciente cúpula, que entreví desde el mirador del hotel de la Paz la sola noche que pasé en su amado recinto, la sola, por que al siguiente dia me embarcaba de nuevo para Montevideo, donde tomé un vapor que marchaba á Rio Janeiro.

Cinco dias despues teniamos delante la magnífica

bahía donde se asienta la ciudad imperial, como el nido de una ave, entre huertas y jardines.

La dulce preocupacion que me embargaba hubo de ceder ante el grandioso espectáculo que se presentaba á mis ojos. Nada tan bello como aquel anfiteatro de montañas, bosques, vergeles y palacios que, descendiendo de las nubes, mojaba sus piés en las olas del océano.

Sin embargo, mi entusiasmo se enfrió algun tanto, cuando al entrar en la ciudad, ví sus calles angostas y sucias llenas de un pueblo miserable, sugeto á los horrores de la esclavitud.

Yo habia nacido en el país donde se practica el sistema republicano en su mas pura forma; el aura de la libertad meció mi cuna; y la vista de aquellas miserias me hizo daño.

En un vapor de guerra que trajimos á la vista, llegaron casi á la misma hora dos cuerpos del ejército brasilero que regresaban en relevo del Paraguay. El desembarcadero se cubrió de sus bagajes, cuya mayor parte se componia de los despojos de aquel país heroico y desventurado.

## X

### **La esclava**

Sola y perdida como un átomo entre aquella multitud caminaba yo, buscando donde alojarme.

Muchos hoteles ostentaban á mi paso, sus insinuantes y pomposos nombres; pero invadíalos la hambrienta oficialidad de aquellas tropas, que se precipitaba en sus puertas con bulliciosa turbulencia, espantándome á mí, que me alejaba, no juzgando conveniente á mi desamparo, aquella marcial vecindad.

Al pasar delante de un mercado, llamó mi atención una negra que salía cargada con un enorme canasto de provisiones, agoviado enteramente su cuerpo demacrado, aun que de fuerte musculatura.

—Pobrecita!—exclamé, presentándole una peseta.  
—Toma, y paga á un hombre que te lleve esa carga de mulo, cuyo peso destrozaré tus pulmones.

—Ah!—dijo ella, en mal español, besando mi mano y la moneda—¡Dios pague la caridad á *vostra* señoría! pero los esclavos somos aquí para eso, desde que nacemos hasta que morimos. Qué quiere *vostra* señoría! ¿para qué habian de traernos de tan léjos, sino para servirlos como bestias?

Y luego, fijando en mí sus ojos con una mirada dulce y triste—La señora es castellana—dijo—castellana como mi pobre ama. Cuánto tiempo hacía que no oía hablar su bella lengua! Ama mia! ama!

—Pues qué, no estás ya con ella?

—Ah! bien quisiera estarlo . . . allá, en el

cementerio. Pero qué quiere vostra señoría! no se muere uno cuando quiere!

—¿Y en cuyo poder estás ahora, amiga mia? continúe preguntándole; pues, interesada por aquella esclava, seguía la maquinalmente.

—Ay! respondió ella—El amo volvió á casarse; pero esta vez con una brasilera como él; y murió dejándome esclava suya.

—Pero ¿no lo eras antes tambien?

—Ah! el ama de ahora no es como la otra, que gustaba de vivir tranquila en su casa, rodeada de todos nosotros, rezando y cantando en el piano como un ángel.

Esta solo piensa en ganar dinero. Ha hecho del apacible retiro de la finada, una casa de huéspedes, y un tiboli del jardin silencioso donde la santa criatura se paseaba sola, meditando en el cielo! . . . Oh! ella tráfica con todo! . . . Ah!

—Parece que eso te apesara.

La negra sacudió la cabeza, y secó en silencio una lágrima.

Luego deteniéndose delante de una linda casa de planta baja, llena de luz y frescura—Hé aquí—dijo—esa morada de paz que ahora habitan cincuenta extranjeros.

—¿Quiéres, amiga mia, qué conmigo sean cincuenta y uno?

—La señora necesita un alojamiento? Pues aquí lo tendrá muy bueno, y yo el gusto de servirla. Ya verá vostra señoría si sé cuidar á una dama.

Mi pobre finada solia decir: Para mimar á su ama, no hay como Francisca. Qué tiempo feliz aquel! Ahora! . . . .

Y bien, querida Francisca, me mimarás á mí en los pocos dias que debo permanecer aquí; y en verdad harás una obra de caridad, porque estoy sola en el mundo.

—Oh! sí: ya verá vostra señoría, ya verá . . . .

Y ahora, entre vostra señoría, que está en su casa, y todo en ella está á sus órdenes—añadió la pobre esclava, haciéndome rutinalmente los honores de recepcion.

La señora del establecimiento vino á mi encuentro para señalar mi habitacion.

Era una muger hermosa, pero cuya mirada fria y dura, justificaba muy mucho los dolorosos puntos suspensivos con que la pobre negra salpicara su plática.

Aquella tarde fuí á averiguar en el puerto si habria, pronto á partir, algun buque con destino al Amazonas; y supe con gozo, que un vapor mercante completaba su carga para marchar por esa via hasta Iquitos.

Al tomar pasage en él, dijéronme que pertenecía á mi huésped.

Aquella mujer, como lo habia dicho su esclava, traficaba con todo.

De regreso á la posada, encontré mi cuarto coquetamente arreglado por Francisca con frescas y perfumadas flores que habia furtivamente cortado en el jardin, y traído ocultas en su delantal.

Por mas que se denigre á esa raza desventurada, cuán noble y agradecida es el alma de los negros.

Para llenar el tiempo, y sustraerme á mi impaciencia, pasaba el dia recorriendo los alrededores de la ciudad, que son deliciosos, así en su parte agreste como en la cultivada.

Encontraba algunas veces perspectivas tan bellas que para contemplarlas de mas cerca alejábame insensiblemente de la ciudad á pesar de las recomendaciones de las gentes de la posada, que vituperaban mi imprudente confianza en aquellos parajes donde los negros cimarrones se ocultan y asaltan á los paseantes.

Yo los habia encontrado muchas veces en aquellas escursiones; pero léjos de mostrármeme hostiles, habíanme tendido suplicantes las manos, pidiéndome limosna y silencio.

## XI

**La cautiva**

Un día que me hube adelantado mas que nunca en aquellos paseos solitarios, descubrí, casi oculto entre dos colinas rocallosas un estenso y sombrero parque en cuyo centro se alzaba un palacio.

Rodeaba aquella hermosa residencia, una verja de hierro alta y fuerte. Su puerta, flanqueada de dos columnas de bronce, abríase bajo la sombra de un árbol secular que se elevaba al lado exterior tendiendo sus ramas en una grande circunferencia.

Al través de las doradas alas de grifo que formaban las hojas de aquella puerta, aspiraba yo las ráfagas de perfume que me enviaban las enramadas de rosas, de jazmines y madreselva que crecían entre alamedas de bananos y palmeras.

El sol iba á ocultarse, y yo olvidaba la hora, absorbida en la contemplacion de aquel delicioso paraje.

Un movimiento de mi mano hizóme ver que la puerta estaba sin llave.

Gozosa con este descubrimiento, empujé el postigo, que se abrió en discreto silencio.

—Que dicha!—un paseo en este Eden!



—¡Cuidado, señora—oí que decía detrás de mi una voz cascada—El conserje es una fiera; y si vé á *vostra* señoría . . . .

Volvíme asustada, y buscando en torno mio, divisé, sentado y casi oculto en un hueco que formaba la enorme raíz de uno de los dos árboles á un negro anciano paralítico.

—Una fiera—exclamé—Un tigre acaso?

—No, señora: un portugues mas malo que el demonio. De algunos dias á esta parte hásele metido en la cabeza el capricho de no dejar entrar á nadie; si no es el amo, que ha llegado del Paraguay . . . .

—Bah!—repuse yo—un portugues! ¡que me importa él!

Y sin escuchar al negro, cerré tras de mí la reja y me interné en aquel dédalo de jardines, fuentes, rocas y cascadas; retiro delicioso; pero solitario y mudo como un cementerio. Vagando como una mariposa entre aquella inmensidad de flores, habíame acercado insensiblemente al palacio, que desierto y silencioso tambien, ostentaba en la soledad su bella arquitectura.

Delante cada una de las ventanas de la planta baja del edificio, cerradas todas con rejas doradas, agrupábanse grandes macetas de porcelana donde crecían mezclados jazmines del Cabo, rosas y azucenas

silvestres, que yo aspiraba al paso, inclinándome sobre sus perfumados cálices.

De súbito, por entre la reja de una de aquellas ventanas, una mano asió mi brazo.

Volvíme sobrecojida de espanto; pero cesó este, cuando en vez de un bandido, ví á una mujer, que atrayéndome á sí, con voz angustiosa—¡ Por el amor de Dios!—exclamó—quien quiera que seas, ayúdame á salir de esta prision, donde muero de rabia y de terror!

Miréla sorprendida, no solo por su presencia en aquel palacio desierto; sino por su extraordinaria belleza.

El blanco *tipoy* paraguayo cubria su esbelto cuerpo; y sobre él derramábase en negras ondas su negra cabellera.

—Qué debo hacer para libertarte, hermosa criatura?—díjela, estrechando sus manos—Habla . . . . Pero dime, antes, cómo es que te encuentras aquí, secuestrada en este sitio, que no es ciertamente una prision, sino un palacio de recreo.

—El tiempo apremia—respondió ella—pueden encontrarte aquí, hablando conmigo; y en ese caso tu muerte es cierta. Ya lo sabes. Ahora, quiéres oírme?

—Sí, habla.

—Mi historia es corta: héla aquí.

## XII

**Los frutos de la guerra**

Dormía yo en mi hamaca bajo la fronda de los naranjos del patio, en nuestra bella aldea, no lejos de Humaitá, á las orillas del sagrado rio paraguayo.

Mi novio, el valiente Martel, combatía en las filas de los bravos sobre las murallas del fuerte.

En aquel momento, soñando con él, veíalo acercarse triunfante y tenderme los brazos.

Iba á echarme en ellos, cuando el horrible estampido del cañon me despertó despavorida.

Los enemigos ametrallaban nuestra aldea, que desapareció luego con mi cabaña entre torbellinos de humo y de llamas.

Cuando volví en mí de aquella horrorosa pesadilla encontréme en un recinto oscuro, estrecho y cerrado.

Buscando á tientas una salida, tropecé con un objeto frio que hirió mi mano.

Era un puñal. Recogílo y lo guardé en mi pecho, regocijándome instintivamente de poseer aquella arma.

No de allí á mucho, la blanca luz del alba, penetrando por una claraboya, alumbró el sitio en que me hallaba.

Era un camarote.

Rompí el vidrio de la claraboya y quise arrojarme al rio, cuya ribera divisaba á la ténue claridad de la aurora.

Pero en el momento que ponía en acción mi designio, echando el cuerpo fuera de la claraboya, un hombre que entraba al tiempo mismo en el camarote, asió de mí, y me impidió lo que deseaba:

Morir!

Aquel hombre era un gefe brasilerero; conocido por su color cetrino, y lo miré con horror.

Pero él, sin tenerlo en cuenta, hízome saber que yo era su prisionera, que debía seguirlo á su país donde regresaba conduciendo fuerzas de relevo. Y concluyó declarándome que me amaba, y que debía ser suya.

—Tuya! infame *campá* 1—exclamé—Jamás!

El se rió de mi indignacion, y me dejó al cuidado de un esclavo que veló haciendo cerca de mí constante centinela!

Al llegar aquí ocultáronme en el fondo de la bodega; y en la noche me desembarcaron en un paraje solitario de la bahía, conduciéndome en seguida á este encierro, donde el infame que me tiene aprisionada viene cada dia á amenazarme con su amor.

1. Apodo con que los paraguayos injurian á los brasileros.

—Yo te libertaré de él—exclamé, estrechando las manos de la pobre cautiva; en este momento voy á delatarlo á la justicia.

—Guárdate de ello. En este país de déspotas y esclavos, espondrias tu vida sin lograr salvarme . . . . Pero, gracias al cielo, añadió con una fiera sonrisa, conmigo llevo una segura defensa . . . . y en último caso, . . . . el fin de todos mis males.

Y entreabriendo los pliegues de su tipoi, mostróme sobre su pecho el mango de un puñal.

--No!—díjela, horrorizada de aquella lúgubre resolucion—nada agresivo, nada homicida, en estas lindas manitas, que yo armaré de una lima y una llave, discretos instrumentos que franquean sin ruido, puertas, rejas y cerrojos.

—¡Bendita seas!—exclamó la bella paraguaya, besándome con fervor—Ah! ¿con que es posible que yo salga viva de este antro? . . . . que vuelva á la libertad, á la patria, al amado de mi corazon?

Vé, oh mi angel tutelar! vé á realizar ese ensueño de dicha; pero no tardes! Mi alma comenzaba á hundirse en los abismos de la desesperacion: tú la has hecho entrever la esperanza. ¡Piensa, pues, cuán horrible será el suplicio de aguardar! . . .

La cautiva se interrumpió de repente; y estrechando mi mano con espanto—En nombre del cielo! exclamó—huye! . . . . que alguien se acerca

y puede sorprendernos . . . . Huye! pero vuelve pronto!

Huí, en efecto; y ocultándome entre los floridos matorrales, gané la puerta del parque, cuyo postigo habia yo cerrado.

Al verme salir el negro paralítico se santiguó con terror.

—No lo vuelva á hacer vostra señoría—díjome con aire misterioso—Muy poca cosa es el gusto de pasear un jardin, para comprarlo con la vida.

—¿Pues tantos peligros encierra este amenísimo paraje?

—Qué si los encierra! Ah! ¡lo que han visto mis ojos, en los veinte años que hace me guarezco bajo las raices de este árbol!

Fijéme entonces en la enorme raiz que ya antes llamara mi atencion y reparé en un agujero que la carcoma le habia hecho, formando una especie de horno que servia de albergue al pobre inválido.

—Y ¿porqué vives en este paraje solitario, y con tan mala vecindad?

—Porque es el camino del santuario que está á la espalda de aquel cerro, y los peregrinos me dan, al paso, una limosna.

Entanto que el viejo negro hablaba, habia yo tomado lodo de una acequia que corria al pié del

árbol; y mezclándolo con tierra, amasaba entre mis manos una pasta.

Cuando estuvo esta bien consistente, alcéme de la estera donde estaba sentada al lado del mendigo, y fingiendo dar una última ojeada al jardín, acerquéme á la puerta y procurando ocultarlo á la mirada de aquel, imprimí la cerradura en mi pasta de tierra, que reprodujo perfectamente su forma.

Contentísima con aquel triunfo que aseguraba la libertad á la pobre cautiva, dí una moneda al negro, y me alejé ofreciéndole volver y traerle tabaco y aguardiente.

Aquella noche híceme acompañar por Francisca al taller de un cerrajero, y mandé forjar la llave que debía dar libertad á la jóven paraguaya.

Al siguiente dia, provista de una botella de aguardiente, una libra de tabaco, y en el bolsillo un paquetito conteniendo lima y llave, salia yo de la casa de huéspedes en direccion al aislado palacio.

Al atravesar el vestíbulo, el amo de la casa vino hácia mi para anunciarme que el vapor zarpaba aquella noche, y que era necesario embarcarse al oscurecer.

Apesar de que aquel aviso colmaba mi deseo, contrarióme sin embargo, á causa de la desventurada á quien debía libertar esa noche, y que sin mí,

se encontraba sola y sin amparo en un país desconocido.

Agitada por estos tristes pensamientos, llegué á la puerta del parque.

El negro recibió gozoso mis presentes; y les hizo grande honor.

Mientras él empinaba su botella, acerquéme á la puerta y probé la llave, que abrió inmediatamente la cerradura.

El sol iba á ponerse, cuando yo, ocultándome entre las enramadas de jazmines, llegué al pié de la ventana donde suponía que la cautiva me esperaba anhelante.

La ventana estaba cerrada, asi como todas las demás, en aquella ala del edificio.

Un presentimiento siniestro oprimió mi corazón.

Aguardé; aventuréme á llamar discretamente en los postigos.

El silencio solo respondió.

Suceda lo que Dios quiera!—díjeme; y dejando el paquetito que encerraba la lima y la llave, apresuréme á abandonar aquellos sitios y volver á la ciudad, pues comenzaba á oscurecer, y yo debía embarcarme luego.

Amigo mio—dije al negro—toma esta bolsa: contiene bastante oro para tí, y para que cumplas,



una mision sagrada que voy á dejarte. Escúchame, y que Dios te dé acierto para cumplirla.

—Hable vostra señoría—respondió él con cariñoso apresuramiento—¿qué debo hacer que le sea grato?

—Y bien, en el curso de esta noche, ó en la de mañana, una jóven hermosa, de largos cabellos negros y vestida con una túnica blanca, saldrá furtivamente por esta puerta.

Es una estrangera; y al huir de ese palacio donde la condujo la violencia, encontraráse sola en un país desconocido, y, lo que es mas, entre las tinieblas.

Ampárala tú: ocúltala en tu choza de raices, y dala una mitad de este oro, con el que podrá volver á su patria. Lo harás?

—Oh! sí! no solo por vostra señoría, sino, por esa pobre forastera. ¿Acaso no sé yo lo que es hallarse solo en el mundo?

Yo la ocultaré; le daré su oro, y confiaré su situacion al padre José, un bueno y santo ermitaño que mora en lo alto del cerro, orando por los desgraciados, y socorriéndolos con sus consejos y sus limosnas. Él proveerá á todo.

—Dios te lo pague, amigo! Y ahora, adios! que dentro de algunas horas debo partir.

## XIII

**La nueva Hécuba**

De regreso á la posada, encontré mi equipaje alistado por Francisca; y á esta, que sentada en el suelo, me aguardaba llorando.

—¿Qué tienes, querida mia?—la pregunté conmovida—¿Por qué ese llanto?

—¡Y me lo pregunta vostra señoría! y me vé arreglando sus bagajes para que se marche de aquí, y que la pobre Francisca no vuelva á verla mas!

—Fácil es, amiga mia, que sigas viéndome siempre—díjela, pensando en el tesoro que yo habia hecho voto de emplear rescatando los crímenes de mi abuelo.

—Ah!—exclamó ella—¿sería vostra señoría tan buena que se quedara por amor de esta negra?

—No, hija mia; pero hay otro medio para no separarnos jamás.

—Ah! dígalo vostra señoría, y no me engañe despues de darme esa hermosa esperanza!

—Pues bien! Si tú quisieras buscar otro amo ¿en cuánto te apreciaría tu señora?

—En el inventario que de los bienes del amo se hizo despues de su muerte, fuí yo tasada en doscientos patacones.

—Hé aquí en oro algo mas de esa suma—dijela presentándole una veintena de onzas—Vé á comprar tu libertad y ven conmigo al Perú.

Los brazos de la pobre esclava, que estrechaban mis rodillas, cayeron inertes.

—Ay! de mí! exclamó—guarde vostra señoría su dinero para otra menos desdichada que la pobre Francisca.

—Qué! ¿será posible que rehuses la libertad?

—Ah! es que por mucho que ame á vostra señoría, no puedo dejar, para seguirla, esta ciudad, donde mis siete hijos, vendidos uno á uno, están repartidos como perros.

—Qué horror—exclamé indignada.

Francisca sollozó amargamente.

—¿No habia yo dicho á vostra señoría que mi nueva ama trafica con todo?

—Hasta con la carne humana! ¡Y lo sufrís, vosotros, desventurados! ¡y no alzais la mano contra vuestros tiranos!

Hablando así, bañados los ojos en lágrimas de indignacion, abria mi baul, y buscaba en el secreto de su fondo el tesoro de mi abuelo.

—Seca el llanto, triste madre—dije á la esclava, que sentada en tierra apoyaba la frente en sus rodillas—Este oro representa tres mil patacones. Tómallo, y corre á libertar á tus hijos.

Francisca levantó la cabeza y se quedó mirándome embebecida.

Y como en este momento vinieran á decirme que era hora de embarcarse, aproveché aquella especie de pasmo para substraerme á su ruidosa gratitud, y corrí al puerto.

Cerraba la noche, y las primeras estrellas comenzaban á brillar en el cielo.

A su vista, el recuerdo de la cautiva cruzó mi mente como una sombra.

A esa hora, quizá, contemplándolas, y á la luz de sus dulces rayos, limaba ella los cerrojos de su prision, y recobraba la libertad . . . . ó bien, sorprendida en el momento de alcanzarla, sus carceleros la enterraban viva en el fondo de un calabozo . . . . ó, tal vez, aun, por huir de una violencia, por dar fin á sus miserias, aquel puñal ! . .

A ese pensamiento, sentíme helada de terror ; y elevando el corazon á Dios, dirijíle, por ella una ferviente plegaria.

El silbato del vapor, que enviaba un sonido prolongado, llamando á los pasajeros, llevóme á otro linaje de pensamientos.

Pensamientos dulcísimos, que volando en alas del deseo, iban á detenerse todos en aquel encantado retiro, eden prometido á mi alma sedienta de

amor; deliciosa cita á que acudía yo de tan lejos, llena la mente de ardientes ensueños.

Apoyada en la borda y mis cabellos mecidos por el viento de la noche, nada veía; nada oía en torno mio, fijos los ojos y el pensamiento en un encantado miraje de donde me llamaba tendiéndome los brazos, aquel que era el aliento de mi vida, el anhelo de mi corazón.

La luz del día me encontró así, entregada á ese grato desvarío que duró todo el tiempo de aquel viaje, el mas bello que haya hecho nadie jamás; llevando un eden ante la mirada y en perspectiva la felicidad.

Colocábala yo en cada uno de los deliciosos parajes que se desarrollaban á mi vista en aquellas poéticas riberas.

—En aquel florido otero—me decía—pasearíamos juntos; mi brazo sobre el suyo; entre su mano mi mano—Bajo ese grupo de naranjos descansaría, reclinada mi cabeza en sus rodillas—A la sombra de esta roca tapizada de lianas, sentados el uno al lado del otro, escuchando el rumor cadencioso de las olas, contemplaríamos el oceano, infinito como nuestro amor.

—El Amazonas! . . . .

Oí gritar una mañana que, fatigada por largas

vigilias, habíame quedado dormida en un banco sobre cubierta.

Alcéme, palpitante el corazón, y ví la ribera del caudoloso río estenderse con su verdifranja de selvas hasta perderse en las profundidades del oeste.

A la vista de aquel raudal á cuyas orillas divisaba la dicha, un sentimiento extraño, mezcla de gozo y de terror, se apoderó de mi alma.

Próxima á realizar el voto mas ardiente del corazón, sentía miedo, cual si me acercara á un abismo.

Habría deseado retroceder!

Pero el vapor se deslizaba veloz, remontando la corriente del magestuoso río, cuyas márgenes, estrechándose, estendian sobre él la sombra misteriosa de sus selvas, solitarias en apariencia, pero donde rebulle la vida bajo mil diversas formas.

Bandadas de aves de brillantes plumages cruzaban de una á otra margen esparciendo en el aire variados y melodiosos cantos; millares de monos chillaban encaramados sobre la copa de los árboles; y de vez en cuando el rugido del tigre se elevaba de lo hondo del bosque.

## XIV

**Decepcion**

Una mañana, en fin, Iquitos amaneció á la vista; y poco despues, mi pié tocaba aquella tierra prometida.

Pregunto, me informo, y corro hácia ese encantado retiro donde me esperaban los brazos de mi esposo.

Acércome; llego!

Una verja de madera pintada de verde encierra un paraiso de flores y bellísimos árboles que crecen mezclados, formando una masa de verduras.

A su sombra, blanca, fresca y conqueta, escondíase una linda casita, verdadero nido de amor, por cuya puerta, discretamente entreabierta me precipité con los brazos abiertos pronunciando un nombre.

El silencio respondió solo á ese amoroso reclamo. La casa, primorosamente decorada y mostrando recientes vestigios de la presencia de sus habitantes, hallábase desierta.

A mis voces, al ruido de mis pasos, acudió un hombre que trabajaba en el fondo del jardin.

—La señora es sin duda una parienta que el señor conde aguardaba antes de partir?—dijo, haciéndome una cortesía.

—Ha partido! — exclamé — ¿ha partido, has dicho tú?

—Sí, señora, partió para Europa con su esposa, que vino á buscarlo; y ambos deben hallarse á estas horas en Viena, donde se dirijian, segun les oí decir . . . .

Pero ¿que tiene la señora? ¿Se siente enferma?

Yo no lo escuchaba. Habia caido en tierra, casi exánime, pálida, helada, secos los ojos y el corazon henchido de sollozos.

Cuando pude darme cuenta de lo que sucedía en torno mio, ví que aquel hombre, ocupado en socorrerme, rociaba mis sienes con vinagre, y procuraba consolarme como podia.

—No se aflija la señora—estaba diciéndome— Aquí estoy yo para servirla, y nada le faltará; como que la casa encierra cuanto puede necesitar una dama tan mimada como la esposa del conde.

Pero—añadió—él lo dirá á la señora en una carta que me encargó de entregarle.

Y yendo á buscarla en un tarjetero del salon, presentómela en una bandeja de plata.

Toméla con avidez y la abrí.

—Te amo!—habia escrito una mano agitada— te amo, Laura mia. Tú eres mi solo, mi único amor, si es verdad que este sentimiento sea una mezcla de ternura infinita y de fervorosa adoracion.



« Pero ay! una influencia fatal se interpone siempre entre nosotros, y me arrastra lejos de tí, en el momento mismo que nuestras almas, atraídas por el amor tan puro como inmenso, van á unirse para siempre.

« Es un ángel ó un demonio el ser estraño que se ha colocado entre nosotros?

« El siniestro ascendiente que ejerce en nuestro destino, viene del cielo ó del abismo?

« No lo sé; pero su poder sobre el desventurado que te adora es incontrastable, invencible.

« Libértame de él, Laura mia! Esta alma es tuya, sálvala! rompe el lazo infernal que encadena mi cuerpo, y vuélveme á tu amor! »

La lectura de esta carta serenó un tanto mi espíritu y si no mitigó mi dolor, quitóle, al menos, todo cuanto en él habia de cólera y despecho.

Me amaba! la mas noble porcion de su ser me pertenecia. Si otra mujer fascinaba sus sentidos, su alma era mia.

Pensando así, daba á mi esposo los nombres mas tiernos, y lo bendecia.

Desde ahora veo tu sonrisa desdeñosa, al leer estas líneas.

Ah! es que tu alma, forjada en un yunque de granito no comprende la mia, blanda y misericordiosa,

hecha, mas para las lágrimas que para las imprecaciones.

Así soy, y quiero ser así.

## XV

### **Los bárbaros del siglo XIX**

Habíame resignado. Abarcando con una mirada mi situación, víla clara, y la definí.

Aquel solitario retiro era el hogar conyugal: allí debía quedarme, y aguardar, armada con la santidad de mi derecho, la ocasión de atacar y vencer esa influencia maléfica que pretendía robármelo.

Mas, debiendo, ante todo, salvar la dignidad de aquel cuyo honor estaba unido al mio, juzgué forzoso apoyar una odiosa mentira.

—En efecto,—dije, volviéndome risueña al criado para extraviar la suspicacia de su mirada—como lo ha usted previsto, mi hermano me manda esperar aquí su regreso.

—Oh!—repuso él—yo estaba seguro de que ese era su deseo; aunque, y quizá por esto mismo, guardábase de hablar de ello en presencia de su esposa.

Ah! con perdon de la señora; pero es necesario convenir en que las mugeres son egoistas; y

quieren monopolizar todos los afectos; ella, sobre todas, tan engreida y exigente, que pide cuenta al señor conde, hasta de sus pensamientos.

Y aquel hombre, sin saber que destrozaba mi corazón, charló hasta lo infinito, sobre el amor de su amo para aquella que él llamaba su esposa.

Y todo esto, yendo y viniendo, y arreglándolo todo para hospedarme; con la volubilidad y ligereza de un francés que era.

Sirvióme un delicado desayuno al que no toqué, abrumada por tantas dolorosas emociones.

Como notara mi abatimiento—Si la señora quiere reposar—dijo, haciendo una reverencia—su cuarto está listo.

Y me condujo á un precioso gabinete cuyas ventanas se abrían al oriente, á dos piés de altura sobre un pradito de donde se divisaba el camino.

Delante de la reja, se habían detenido algunos hombres que al verme asomar, me saludaron con ademanes de una familiaridad casi ofensiva.

—Son los señorones del lugar,} díjome el criado, con acento desdeñoso; la mejor parte de ellos, altos empleados del gobierno; pero ah! yo, que no soy sino un pobre sirviente, sin mas nombre que Juan á secas, podia sin embargo darles lecciones de cortesía; y mas que todo, de respeto á las señoras.

Y cerró, con muestras de disgusto la ventana de donde habíame yo retirado.

Dormía aquella noche, tras largo insomnio, un sueño fatigoso, cuando me despertaron asustada fuertes golpes dados en la puerta de la casa.

Poco despues, Juan, llamando, á la de mi cuarto, pedíame permiso para entrar.

—¿Qué sucede, por Dios?—exclamé, arrojándome de la cama.

—Que esos hombres han roto la verja, invadido el jardin, y están ahí, en la puerta, amenazando romperla si no se les abre para llegar hasta la señora.

—¿Y quiénes son esos hombres?

—Los que hoy dirigian á la señora indecorosos gestos.

—Y que quieren á esta hora? Despídalos usted.

—Ah! la señora no sabe que en este país hay dos clases de salvajes: los agrestes y los civilizados.

Estos últimos, los mas temibles, son los que intentan asaltar esta casa y arrebatár de ella á la señora.

—A mí! Dios mio! en donde estoy?

—En una tierra bárbara, donde no alcanza la accion de las leyes; donde se ejerce el mas escandaloso vandalismo.

En ese momento, un terrible golpe asestado á la

puerta y seguido del crujir siniestro de maderas rotas, interrumpió de súbito á Juan, quien armándose de un revolver corrió afuera.

—Ampáreme V., por Dios!—grité aterrada.

—Confíe en mí la señora—respondió él—Voy al encuentro de esos desalmados que para llegar á ella pasarán primero sobre mi cadáver.

Y lo cumplió el valiente francés.

A oscuras, sin conocer las localidades, ni saber donde dirigir mis pasos, guiada solo por el terror, arrojéme por la ventana, crucé el jardín y gané el campo saliendo por la fractura que los salteadores acababan de hacer en la verja.

Perdida entre las tinieblas en un paisaje desconocido, vagué la noche entera transida de frío y de miedo, procurando en el temor de ser descubierta ocultarme caminando á la vera de los bosques, fatigada, casi exánime, mojados mis cabellos y mis ropas por el rocío de la noche.

Multitud de aves nocturnas cruzaban sobre mi cabeza, rozándome al paso con sus grandes alas; bajo mis piés sentía arrastrarse los reptiles, y no lejos escuchaba rugir al jaguar.

Pero todos esos horrores parecíanme nada, ante el inmenso terror que me inspiraban los seres humanos de quienes iba huyendo; y al zumbido del viento, al rumor de las hojas, estremecíame de

espanto creyendo percibir en ellos el ruido de sus pasos.

Al día siguiente, una mujer que recogía plátanos en el bosque, me encontró media muerta al pié de un árbol.

Movida de compasion, ayudóme á levantar, y me llevó á su choza, situada no léjos de allí.

Mientras su marido encendia fuego para secar mis vestidos, ocupábase ella en prepararme una bebida refrigerante.

Un tanto restablecida, quise volver á la casa donde la noche anterior dejara al valiente Juan combatiendo en mi defensa.

Mis caritativos huéspedes se ofrecieron á acompañarme. Ellos conocian el camino, que yo no habria podido encontrar.

Quedéme asombrada de las fragosidades casi insuperables que habia recorrido sin sentir las, en alas del miedo.

Un espectáculo horrible se nos presentó al entrar en la casa, entonces desierta y silenciosa.

El cadáver de Juan yacía en un lago de sangre, atravezado el pecho de un balazo; y no léjos de allí, una mesa cargada con los restos de un festin, acusaba la orgía á que los asesinos se entregaran despues de su crimen.

Lloré el fin prematuro de aquel valiente jóven,

que, solo contra muchos, habia perecido por defenderme.

Mi huéspedea lo envolvió piadosamente en una sábana, y su marido cavó una fosa en el jardin y lo sepultó.

Los bandidos, frustrado su criminal intento, habíanse contentado con un asalto á los vinos y licores de la repostería, dejando intacto el resto de la casa.

Tomé mi dinero, algunas ropas, y huí de aquel sitio, mas atemorizada, aun, que la víspera, á causa de los espantosos relatos que, de los crímenes cometidos diaria é impunemente en el país, habíanme hecho mis huéspedes.

Comuniquéles el proyecto que habia formado de evadirme, huyendo por la vía de tierra.

Ellos procuraron disuadirme, presentándome los innumerables peligros de aquel largo y penoso viaje entre selvas plagadas de fieras, con numerosas jornadas á pié al través de torrentes, pantanos y precipicios.

Pero esos peligros eran menos temibles que aquellos á que yo queria substraerme.

Además, en el estado actual de mi alma, agradábame la perspectiva de este viaje entre las grandes escenas de la naturaleza ; y la presencia misma de los peligros que habian de rodearme, tenia un encanto melancólico que me halagaba.

Viéndome decidida á partir, aquellas buenas gentes no insistieron mas; y se ocuparon de preparar mi marcha.

Contrataron á un vecino suyo, patron de una hermosa canoa tripulada por cuatro hombres, que, mediante una corta suma debia conducirme á Balsapuerto, donde me daría cargadores que me llevarian en hombros hasta Moyobamba.

Concluidos estos arreglos, al anochecer de aquel dia, acompañáronme hasta un recodo solitario del rio, donde la canoa me aguardaba.

Despedíme con lágrimas de aquellos amigos que Dios habia enviado á mi desamparo, y que se quedaron llorando tambien, y enviándome sus bendiciones.

Por consejo suyo vestíme de hombre, evitando así las dificultades infinitas que las faldas encuentran en todo, esencialmente en un viaje.

Un pantalon de tela rayada; una blusa de lienzo azul, y un gorro de vicuña que encerraba mi cabellera, transformáronme de manera que nadie habria reconocido á una muger en el muchachon que, empuñando un remo, bogaba entre los hombres de la canoa.

Una hermosa luna alumbraba nuestra ruta, derramando sus blancos rayos sobre las olas del rio, como una estela de plata.



Al mediar de la noche desembarcamos, para dormir, en una de esas playitas buscadas de los viajeros, y raras en ese río, como todos los de aquella comarca, invadida por las selvas.

Mientras cenábamos, los tigres, atraídos por el olor de la carne, acercábanse rugiendo; pero espantados de las llamas de nuestra fogata, se detenían á la ceja del bosque, en cuya sombra veíamos centellear sus ojos.

¡Qué de misterios en aquella vasta zona de exuberante vegetación, de maravillosas producciones, poblado de seres míticos, desde el flamígero carbunco hasta el alado dragón.

Sin las dolorosas preocupaciones de mi ánimo, cuánto habría gozado en la contemplación de aquellas esplendorosas regiones.

## XVI

### **Costumbres primitivas**

Después de una larga navegación, remontando el curso de ríos, ora de mansa, ora de impetuosa corriente, llegamos en fin, á Balsapuerto, de donde era necesario emprender en hombros de indios un trayecto de cinco días hasta Moyobamba.

Causóme tal terror la idea de escalar y descender los precipicios de aquella extraña manera, que,

arrostrando la fatiga, el fango y los reptiles, preferí marchar á pié.

Sin embargo, yo superé valientemente esos obstáculos; y léjos de sentir cansancio, encontrábame ligera y fuerte.

Tan cierto es que el dolor del alma preserva al cuerpo y lo hace invulnerable.

El subprefecto de Moyobamba y su jóven esposa, me hicieron la mas benévola acogida. Encantados de ver á una persona con quien poder hablar del mundo en aquel apartado rincon, apoderáronse de mí y me retuvieron muchos dias en su compañía.

Para dejarme mas á mi gusto, hospedáronme en una graciosa casita sombreada por grandes árboles, y pusieron á mi servicio á una linda muchacha, que se me presentó llevando por solo vestido un largo camison.

Desde mi paso por las costas del Brasil habíanse ya habituado mis ojos á esa parvedad de ropas, que por lo demas favorecia muy mucho á Catalina.

Mi nueva criada me preparó un baño en un recipiente formado por el tronco ahuecado de un cedro.

Mientras lo tomaba, víla ocuparse en arreglar mis vestidos, sustituyendo á los arreos masculinos un elegante peplum azul con falda de gasa.

Como la preguntara con qué motivo sacaba á luz esas magnificencias, díjome que el subprefecto daba aquella noche un baile en obsequio mio; al que debiendo asistir, no habia de ir ciertamente disfrazada de hombre, sino vestida de aquel primoroso traje.

Y lo preparaba añadiéndole detalles de refinado buen gusto, inspirados por una coquetería instintiva.

Escuchando el aviso de Catalina, creía comprender mal sus palabras: tan estraña me parecia la idea de un sarao en aquellos andurriales. Pero yo olvidaba que es, precisamente, en esos lugares, donde mas se baila.

El origen de la danza es salvaje.

No de allí á mucho llegó el prefecto á buscarme para llevarme á su casa, en cuyo salon tenia lugar la fiesta.

—Acuéstate, hija mia, y no te molestes esperándome —dije, al salir, á la linda Catalina, que me miró con estrañeza.

El baile estaba muy concurrido, y Moyobamba magníficamente representado en multitud de jóvenes cuya belleza habría lucido en los mas elegantes salones.

Su tocado mismo, asaz estrambótico prestábala una nueva gracia.

En agradecimiento al amable obsequio del

subprefecto hube de aceptar su invitacion para bailar con él la primera cuadrilla, ejecutada por una arpa y dos violines.

Componíanla los empleados de la subprefectura, y varias preciosas jóvenes, entre las que una llamó mi atencion no solo por su belleza, sino por una estrema semejanza con alguien que yo no recordaba.

—¿Quién es ésta hermosa niña de la cabellera suelta y sembrada de rosas?—pregunté á la esposa del subprefecto.

—Cómo!—respondió esta—¿no reconoce V. á Catalina?

—Mi sirvienta!—exclamé, asombrada.

—Oh, si—replicó ella—Aquí nos hallamos muy léjos de los centros civilizados, para imponernos sus preocupaciones; y vivimos bajo un sistema de igualdad patriarcal, dando á nuestros criados su porcion en nuestros goces, como parte integrante de la familia.

¿Ve V. aquella buena moza del vestido mordoré? Es nuestra cocinera. Ha dejado en un remanso del rio los tisnes del fogon; y engalanada con esa rama de madre-selva que la perfuma y embellece, entrégase al placer de la danza, sin que nada en ella haga sospechar que hoy se ha ocupado en freir ajos y cebollas.

Encantada de aquella democrática costumbre, regresé á casa dando el brazo á Catalina.

Mi corta morada entre los buenos habitantes de Moyobamba, hízome mucho bien.

Tranquilizó mi espíritu, fortaleció mi alma, y desterró de mi mente los negros pensamientos que me asediaban.

Así, cuando llegué cerca de tí, me encontraste bella, fresca, y enteramente distinta de aquella que partió moribunda, llevando en su rostro pálido y demacrado el anuncio de un próximo fin.

Tu ejemplo dióme aliento para aplicar remedios heróicos á las heridas de mi corazón; y hoy, escondida en este sombroso retiro, entre los Andes y el océano, adormézcome en la paz, no del olvido, sino de la resignacion.



Laura interrumpió derepente su correspondencia, y pasaron muchos dias sin noticias tuyas.

Cuando aquel silencio comenzaba á inquietarme, creyendo que se encontrara enferma, recibí una carta con el timbre de Rio Janeiro.

Era de ella.

« Como todo lo que invoco, la paz huyó de mí » — decia, en caracteres que la mano habia escrito con febril impaciencia.

« Tanto mejor! Hoy la esperanza, esa luz fugaz y encantadora, me sonrío de nuevo, y me llama con deliciosas promesas, encerradas todos en los pocos renglones de esta lúgubre carta recibida en uno de mi mas tranquilos dias. »

—« Gracias al cielo! »—decia en ella aquel con cuyo recuerdo vive mi alma—gracias al cielo, Laura mia, roto está el lazo satánico que dividia dos existencias unidas por el amor y la religion.

« El ser infernal que encadenaba mi destino, abandonó su odiosa posesion en el umbral del calabozo donde me sepultara su perfidia.

« Es una sombría historia.

« Un dia, amada mia, recordé que por mis venas corría la heroica sangre de Estéban Tekeli; y ayudado de un puñado de bravos, quise libertar mi patria, y restituir á la Hungria su lugar entre las naciones.

« Todo estaba pronto, y nuestros hermanos apercebidos para la lucha; pero vendidos por la traicion de una mujer comprada con oro austriaco, fuimos aprehendidos y condenados: mis compañeros á la deportacion; yo á prision perpétua en este castillo de Spielberg, situado entre áridas llanuras.

« ¿Lo creerás, amada mia? Oh! sí! creelo, yo te lo ruego! En esta miserable situacion, soy feliz, por que puedo consagrar mi alma y mi vida á tu recuerdo. Aquí vivo contigo; y tu adorada imágen

ilumina con una luz dulcísima las negras paredes de este encierro.

« Perdóname ! Cuando mis errores te hagan execrar mi memoria, acuérdate que te amo ; y que el amor es un crisol sublime que todo lo purifica. »

« Despues de la lectura de esta carta solo tuve un pensamiento ; un anhelo solo :

« Reunirme á mi esposo ; partir con él los horrores de su condena.

« Desde luego, púseme inmediatamente en camino por la vía del Estrecho de Magallanes.

« Durante la navegacion, pensando en las dificultades que encontraria para que se me permitiese tomar mi parte en el cautiverio de mi esposo, pensé en un sábio aleman amigo mio, y residente en Buenos Aires, muy estimado del emperador de Austria, y que mantenía con él una correspondencia científica.

« A él resolví, pues, recurrir en demanda de una recomendacion.

« Así, á mi llegada á Montevideo, tomé pasage en un vapor del rio, y llegué todavia una vez á ese bella ciudad de la patria, que por una estraña coincidencia solo me era dado entrever, cual la fantástica aparicion de un sueño.

« El personage á quien iba á buscar hallábase en Belgrano, lindo pueblecito situado en los arrabales de la ciudad.

« Tomé asiento en un *tren-way* y fuí á verlo allí.

« Era un domingo.

« Al atravesar la plaza del Retiro, sitio de reunion para la sociedad bonaerense en tales dias, un lujoso carruaje se detuvo delante de la verja, y tres niños elegantemente vestidos descendieron enviando besos á dos señoras que se quedaron en el coche.

« Apesar de la rapidez del *tren-way*, reconocílos con grande asombro mio.

« Eran aquellos niños los hijos de la puestera del Rio Blanco, en compañía del lindo rubito; una de las señoras, aquella buena mujer, y la otra, mi amable compañera de camarote en la travesía de Corrientes al Rosario.

« Y no eran ellos solos: el puestero ocupaba el pescante.

« A esa vista, elevé el corazon á Dios, y le dí gracias por haberme hecho instrumento de su misericordia. .

.....

« Héme aquí todavía de paso en esta encantadora bahía de Rio Janeiro, como la otra vez, llevando en perspectiva una esperanza, halagüeña entonces, hoy sombría; pero siempre una esperanza.

« Antes de abandonar estas riberas, y en las horas que tenemos delante, voy á cumplir un anhelo del corazon :

« Averiguar la suerte de la pobre cautiva que



viérame precisada á abandonar en la hora del peligro . . . . .

« Desembarqué, con el corazon palpitante de ansiedad por llegar al solitario palacio.

« Mas á los primeros pasos que dí en las inmediaciones del muelle, sentíme de súbito estrechamente abrazada por la espalda.

« Volvíme, sorprendida, y ví á una negra de notable gordura que me contemplaba llorando de gozo.

« —Cómo!—exclamó, con una voz que reconocí al momento —¿No se acuerda ya vostra señoría de su negra?

« Era Francisca; pero no triste y demacrada, como yo la dejé, sinó robusta y luciente.

« —Ahora sí que estará vostra señoría bien alojada en mi casa, donde vivo con mis siete hijos, libres como yo, gracias á vostra señoría.

« Y llamando á gritos una turba de nombres, víme luego rodeada por cuatro mocetones y tres muchachas alegres y rollizas, que me abrazaron, rogándome que entrara en su casa.

« Escuséme con la premura del tiempo y ofreciéndoles volver, corrí al palacio.

« Poco despues descubrí sus bóvedas y balcones; sus jardines y alamedas; los grandes árboles que

sombreadaban su puerta, y al negro paralítico sentado

« — ¡Oh! sí; pero, es que vuestra señoría ha cambiado

mucho; y los ojos del pobre negro se oscurecen mas

cada dia.

« — ¿Recuerdas la mision que te encargué aquel dia, próxima á partir?

« — Oh! sí, que la recuerdo.

« — Y bien! . . . . aquella hermosa jóven de túnica blanca y largos cabellos negros, . . . . salió aquella noche?

« — No; . . . . pero al mediar de ella, conducido por dos esclavos, salió un ataud. . . . .

« Ah! tambien así, un dia saldrá otro del castillo de Spielberg!

## JUEZ Y VERDUGO

---

Una tarde, en los primeros días del verano, Enriqueta, su madre, Augusto, yo y varias otras personas que nos eran desconocidas, estábamos sentados bajo un parrado en la rápida pendiente del Barranco, á espaldas del hospicio.

Sin que nuestras pláticas se mezclaran, reinaba, sin embargo, entre nosotros y las gentes allí reunidas, esa correlacion tácita que establece el campo entre personas estrañas, y que se manifiesta en los mas triviales incidentes. Por ejemplo: teníamos delante el mar, y nos dimos de repente el placer de apostrofarlo.

— Imponente elemento!—exclamó uno con acento enfático.

—Elemento pérfido—añadió otro—quién fia en tu bonanza?

—Despiadado elemento, que te llevas tan léjos lo que ama el corazon!—exclamó Augusto, á quien dos dias ántes, el vapor del norte le arrebatara cierta viudita de ultramar.

—Elemento imponente como el infinito, pérfido como la fortuna, despiadado como el destino, y destructor en la naturaleza, como las pasiones en el alma!—concluyó sentenciosamente un profesor de filosofía.

—Y yo ¿porqué he de quedarme atrás?—dijo Enriqueta; y con la espiritual prontitud de travesura que la caracteriza, abrió un libro que llevaba en la mano, y leyó ó fingió leer.

—¿Cuál de las pasiones que devastan el corazon humano es la que mas estragos hace en él?

—Los celos!—respondió de tras una cepa, un anciano cuyos ojos ardientes, y las arrugas que surcaban su frente estaban diciendo que hablaba por esperiencia.

Todas las miradas se volvieron hácia él, la suya se fijó en mí.

—Sí—continuó—pasion fatal! Ella inspira todos los malos pensamientos, todas las acciones infames, desde la villanía hasta el crimen. La biblia compara esa pasion con el infierno, porque encierra todos los tormentos de la mansion de los réprobos; y el alma que ella asalta es una alma perdida! . . . .

—Qué espresiva mirada fijó en ti el filólogo de esta tarde, cuando hablaba de los celos—díjome Enriqueta, con picarezca seriedad acercándose á la mesa de rocambor—señores, ¿no la vieron ustedes?

—Yo sí.

—Y yo.

—Yo tambien. Se habria dicho que encerraba una acusacion, así, algo de un misterioso pasado.

—O bien, que como á novelista, pensaba ofrecerte un argumento.

Yo apenas escuchaba: amenazábame un codillo, y me absorvia la defensa.

Pero Enriqueta habia acertado, ó mas bien aquel diablillo profetizaba á sabiendas; porque al llegar á mi cama, acabada la *soirée*, vi sobre mi almohada un manuscrito. Encabezábalo este epígrafe aterrador—Juez y verdugo.

En la márgen leíanse recientemente escritas estas palabras.

—Callad los nombres: publicad el drama.

La lectura del manuscrito, como verá quien recorra sus líneas, hacia inútil esta recomendacion. Nadie conocerá á sus protagonistas; pero hé ahí el drama en toda su terrible verdad.

## I

**Las Lomas de Tambo**

Los primeros rayos de un sol de mayo comenzaban á orear el rocío en los gramadales sembrados de anémonas que tapizan este valle, visitado en la estacion florida por numerosas caravanas en busca de la salud y del placer. Una brisa tibia, saturada del doble aroma de los prados y del mar, llevaba á lo lejos, en perezosas bocanadas el rumor cadencioso de las olas, que mezclado al mugido de las vacas, al balar de los corderos, al canto de las aves y al murmullo de las hojas entre los grupos de olivos completaba con su armonía la agreste belleza de aquel paisaje.

## II

**Ojeada al fondo del alma**

Dos hombres vestidos con el traje mixto del viajero y del cazador, salieron de Tara, bonita poblacion situada en la boca del rio, y se internaron en las sinuosidades de la quebrada.

Llevando dos ricos fusiles á la bandolera, y un par de habanos encendidos, marchaban lado á lado, arrojando al aire bocanadas de humo, que dejaban en pos suyo una estela embalsamada.

De estatura y formas idénticas, aquellos hombres diferían, sin embargo, inmensamente en el color, las facciones y la espresion de su semblante.

El uno tenia los cabellos negros, la rizada barba del mismo color, y negros tambien sus ojos de mirada abierta y profunda.

Blondos como el oro eran los bucles que ornaban la frente del otro, así como el bigote finísimo, retorcido graciosamente sobre su labio rojo; y sus azules ojos, sombreados de oscuras pestañas rebosaban ternura y melancolía.

Por lo demas, ambos eran apuestos, y en toda su persona revelaban al hombre de alta posicion social.

—Qué dulces sensaciones se absorben con esta aura perfumada!—exclamó el de los cabellos rubios, entreabriendo sus rosados lábios al ambiente de la mañana—No es una esperanza, no es un deseo: es la reunion de estos dos sentimientos, es . . . .

—El beso de la primavera del año á la primavera de la vida—repuso el otro.—Aspíralos, querido Luis. Tú has nacido para los dulces goces de la existencia: abandónate á ellos, que para tí correrán apacibles

como la ola de un río al derramarse en una pradera.

Al escuchar esas palabras, el joven ahogó un suspiro, y sus azules ojos sonrieron con amarga expresión.

—¿Y tú, Enrique—replicó—tú que cuál yo, cuentas apenas veinte y cuatro años, tú, el león de los salones de Lima, bello, espiritual, rico, ¿por qué te excluyes de esa halagüeña invitación? Si alguien tiene derecho para entregarse confiado á todas las promesas de la dicha, ese eres tú.

Los negros ojos del joven moreno brillaron con un resplandor sombrío.

—¡Ah!—dijo—pluguiese al cielo que así fuera!... pero ¿sabes tú lo que son las almas vehementes cuando carecen de la ductilidad que neutraliza su rudeza? Llevan consigo una eterna borrasca. Inflexibles en todo, usan del bien y del mal con igual violencia. En ellas, los nobles sentimientos, las pasiones generosas, como puñales de dos filos, hieren al que los siente y al que los inspira. Luis, esas almas son *almas en pena*; y su paso en la tierra es doloroso y maléfico.

Hé ahí, porque cierro mi corazón á los sentimientos profundos; hé ahí porque huyo del amor como de un escollo. . . . Y—añadió, llamando á su labio una sonrisa—hé ahí porque, en el temor del peligroso encanto que envuelve esta atmósfera impregnada de



deleite, voy á desvanecerlo con el humo de la pólvora.

Y descargó al aire su fusil, cuya detonacion repitió mil veces el eco de las montañas.

—Ha! de los cazadores!—gritó á lo lejos una voz vibrante.

—Inés!—Mi hermana!—dijeron ambos viajeros, deteniéndose, á tiempo que en la cima de una de las ondulaciones del terreno aparecia una jóven. Esta, al divisarlos, envióles con el pañuelo un saludo, y bajó corriendo á su alcance.

Era alta y esbelta, vestia una polonesa negra con un sombrerito del mismo color, adornado de una larga pluma blanca de rizado extremo, que ondeaba al viento de la mañana; y llevaba en las manos una rama de salvia, y un nido de tórtola, en cuyo fondo piaban tristemente dos polluelos.

Era bella con la hermosura severa de aquel que la habia llamado hermana; mas, carecia de la espresion franca de este, y en sus negros ojos brillaba una chispa de irónica altanería que borraba del todo aquella semejanza.

—*Soberbia como la mar y brava como una borrasca!*—esclamó, viéndola acercarse, el de los cabellos negros.

—Ah!—murmuró el otro—¿por qué no es dado añadir con el poeta: *Pero buena y generosa como un ánjel!*

—Soberbia y *brava*.—Y sin embargo, la amo: la amo con los dulces recuerdos de la infancia, y como el único lazo de familia que me resta sobre la tierra.

—Y yo también! dijose Luis, yo la amo, porque. . . . porque soy un desdichado que carece de fuerza para arrojar del corazón al monstruo que lo posee!—

Al llegar cerca de ellos, la joven les dirigió, al uno una sonrisa, al otro una mirada de reconvención.

—¿Que significa vuestra conducta, desleales caballeros?—exclamó, con un énfasis cómico, al parecer habitual en ella—Abandonar su dama á los horrores de la soledad en medio al sueño! Confesad que no habria hecho tal felonía ni el mismísimo Teseo.

—Perdona, querida hermana. Yo te habria despertado, pero Luis me hizo ver la inconveniencia de turbar tu sueño. Además, dormias tan tranquilamente. . . . .

—No habia cerrado los ojos en toda la noche, con el jimir de esos animalitos que ayer robé de una rama de aquel sauce. Iba ahora á torcerles el cuello, porque no quieren comer; pero Bruno dice que cubriendo el nido con las plumas de la madre es fácil domesticarlas, y vengo, señores míos, á solicitar de vuestra galantería el don de *un coup de feu*.

El joven rubio fijó en ella una severa mirada, que Inés no tuvo tiempo de notar, porque añadió, volviéndose á su hermano:

—Veo que vas á preguntarme quien es Bruno. Acerté?

—Deseo, en efecto—respondió aquel—saber quien es el canibal que da tales recetas.

—Bah! no lo maltrates, hermano; que en ello solo quiso complacerme. Bruno es un guapo jóven que encuentro siempre en mis correrías desde que llegamos aquí. Es hijo del corregidor del pueblo, y anda fugitivo á causa de una querella.

—Un héroe de novela, hermana?

—Sí; y aunque un tanto metalizado, pues ama el oro, y emplea su vida en la busca de tesoros ocultos de los que posee mas de veinte itinerarios; tiene, sin embargo, llena la mente de un ideal misterioso que expresa con extrañas reticencias. Cierto que si no fuera yo tan valiente mas de una vez me habria aterrado el fuego sombrío de su mirada.

—Hum! Cuidado!

—Con mi corazon? Ah! ah!

—No: con tu reló!

—Silencio!—esclamó de pronto Inés, señalando la rama de un sauce donde una tórtola, con las plumas erizadas, se habia asentado jimiendo.

—Pronto, pronto, Enrique, de tí reclamo este servicio; porque Luis está casi llorando.

— Aféctalo la idea de matar una ave, como si no hubiese venido á matar ciento.

Aquí, hermano : este matorral nos oculta.

Apoya tu fusil en mi hombro, y envíale tu seguro tiro.

Una exclamacion de dolor detuvo á Enrique, en el momento que apuntaba á la avècilla ; y los cazadores vieron de pié bajo del sauce á una bella joven vestida de una túnica blanca sujeta á la cintura con una echarpa azul. Caidos los brazos y las manos entrelazadas, miraba tristemente la despojada rama.

—Mi nido! mi lindo nido de tortolitas!—decia suspirando—¡Maldita sea la mano impía que lo robó!

Enrique arrebató el nido de las manos de su hermana, salió de tras el matorral y se adelantó hácia la jóven, para restituírsele. Pero ella, viendo aparecer de súbito á un desconocido, dió un grito, y huyó espantada.

Si aquella escena hubiese tenido un testigo, habria este adivinado los preliminares de un sombrío drama en la mirada profunda que los dos cazadores fijaron en la jóven de la blanca túnica ; en la diabólica mirada que Inés posó en cada uno de ellos, y mas allá, entre la fronda de los olivos, á la vuelta de un peñasco, en la mirada sombría, apasionada, mortal, de dos ojos que la acechaban.

## III

**El mirage del pasado**

## AURA Á ROSA

Hé aquí separadas, quien sabe por cuanto tiempo, dos existencias que hizo de una sola el lazo de un entrañable afecto, y que Lima individualizó con el poético nombre de Rosaura.

Hé aquí á la triste Aura léjos de Rosa, preguntándose cómo podrá vivir esta nueva vida de vacío y soledad.

Soledad y vacío es el sitio donde tú no estás.

Vacío y soledad es para tí tambien, lo sé, el lugar donde no estoy yo.

Y nos quejábamos de la suerte! y nos creíamos desgraciadas, porque la política separaba á nuestros padres, y nos forzaba á hacer de nuestro cariño un misterio, misterio que tanto encanto derramaba en las horas que nos era dado pasar juntas.

Ah! qué hermosas y rientes lontananzas dejamos en pos! regiones de oro y grana, que hemos atravesado indiferentes, mirándolas sin verlas, y que ahora diviso en la memoria, llorando sobre el papel en que te escribo, como el proscrito á la vista lejana de la patria.

Embebecidas en la espera anhelante del porvenir, dejábamos alejarse, sin pensar en ellos, esos venturosos días de la infancia, rosados celages que alumbran el alma hasta en la noche de la vida.

¿Recuerdas nuestros turbulentos juegos, en aquellos furtivos paseos de las nodrizas en la sombrasa alameda de Descalzos, y sobre el cerro de las Ramas? ¿Recuerdas las trazas empleadas para correr á la puerta, donde la una aguardaba á la otra, en la esperanza de cambiar un beso y un caramelo?

Y nuestra morada en Belen, santuario de paz y fraternidad, donde podíamos amarnos sin temor? Y el día beatífico de nuestra primera comunión? Qué inefables emociones al acercarnos á la sagrada mesa, al gustar el pan divino, al tender nuestras inocentes manos sobre el santo libro para hacer el juramento de ser buenas y virtuosas!

Tu madre lloraba de gozo . . . . Ay! la mía estaba ya en el cielo; pero yo la veía entre los coros de ángeles que poblaban el templo, velados con sus alas ante la magestad de Dios. Y cuando cumplida la augusta ceremonia, prosternadas ante el altar, prometimos amarnos mas allá de la muerte, víla, sonriéndonos con amor, recoger ese voto en su seno.

Evocando estos recuerdos, vuelvo á esos tiempos

de sin igual ventura, en que asidas de la mano, caminábamos, alegres y confiadas en la senda de la vida, fijos los ojos en la estrella del porvenir . . . .

Así llegamos á los umbrales del colegio, donde nos esperaban, de un lado la madre prelada con su maternal abrazo; del otro el mundo con sus halagüeñas promesas.

Dolor y alegría.

Dolor de romper los apacibles hábitos de esa dulce vida de plácida intimidad: alegría de trocar el sombrío uniforme azul y negro, con las brillantes galas de la juventud.

Qué días tan deliciosos siguieron á ese en que dejamos las clases por la charla de los salones, y los libros de estudio para hojear el prestigioso libro de la sociedad!

Separadas por el odio de partido que la política arrojara entre tu padre y el mio, nuestro afecto hallaba medios para salvar ese abismo.

Con qué graciosa audacia te deslizabas detras de la primera persona de estatura elevada que entraba á casa; atravesabas de un salto la bifurcacion de mármol, te colabas en el callejon, un sillón antiguo te servia para escalar la ventana de mi cuarto y caías en mis brazos.

Qué gozo! Dios mio! . . . . Reíamos, llorábamos; nuestras preguntas y respuestas se atropellaban,

se mezclaban y no tenían fin. Saltábamos, bailábamos; y quien nos hubiera visto habríanos creído locas.

Pero cuando, después de echar á la puerta doble cerrojo, nos sentábamos al piano y tocábamos á cuatro manos algun nocturno anónimo, hijo de tu inspiracion, entónces nos volvíamos sublimes; el salon me aplaudia, y yo recogia sola los laureles de tu gloria . . . . Sola? no, que mi padre, radiante de orgullo, recibia entusiastas felicitaciones.

¿Recuerdas el terrible susto que nos dió el atolondrado M. en aquel brillante baile dado por el Congreso al Presidente, en el patio de la Universidad? Tu padre era el jefe de la oposicion: el mio era Ministro de la guerra.

Coronel!—dijo á este aquel loco, en el momento que, figurando en una cuadrilla llegábamos cerca de ellos—cuánta envidia habrán tenido á V. los que oyeron anoche á esa doble Rosaura cantar á duo una *salve* en el coro del Sagrario! . . . . ¡Y ese empecinado Velasquez!—añadió, buscando á tu padre, con una mirada en torno—Oh! aquello valia una solemne reconciliacion.

—Bah!—replicó el mio—entre enfadado y festivo ¿qué sarta de disparates está enjaretando este truhan? Me dirás que significa eso de doble Rosaura y de salves á duo en el coro del Sagrario?



—Cómo!—¿ignora usted qué—empezaba á decir el calavera? Tu mirada suplicante lo detuvo. Te sonrió con aire de inteligencia, esquivó la respuesta, y corrió hácia otra parte, fingiendo que lo llamaban. Pero nosotras temiendo un nuevo arranque de ligereza, la una despues de la otra, dejamos el baile, seguidas de nuestros padres, que se fueron, el uno al círculo tenebroso del club; el otro al no menos tenebroso del gabinete.

¡Qué larga reminiscencia! Escribiéndola vuelvo á sentir el dulce sabor de esas horas de dicha que tan poco duraron.

Muy luego, el cielo de nuestra felicidad comenzó á nublarse. Caí enferma. Mi padre profundamente alarmado, llamó á los médicos, que me desterraron de Lima y me impusieron la vida de los campos.

No era ya posible vernos: mi padre no se apartaba de mi lado. Así forzoso me fué partir sin despedirme de tí. Sin embargo, alejábame tranquila, casi contenta; porque esperaba, creia, que habias de seguirme; y abordo del vapor, tendia en torno furtivas miradas pensando que ibas encerrada en algun camarote. La imaginacion de una jóven es, como los libros de caballería, un mundo de prodigios, que no cuenta con los infinitos obstáculos que median entre la voluntad humana, y el objeto que se propone alcanzar.

¡Qué dolorosa inquietud, cuando llegamos á Islay, y desembarcados los pasajeros, faltabas tú! No podia resolverme á dejar el buque, hasta que mi padre me preguntó si echaba de ménos algo en mi equipaje.

Fué necesario bajar al bote para atravesar el agitado oleage que se estrella contra las rocas donde se asienta como un nido de águilas, el puerto de Islay.

El aspecto pintoresco de este pueblo, cuando se le mira desde el mar, es una ilusion que se desvanece desde que, subida la pendiente escalera del embarcadero, se entra en sus calles estrechas y polvorosas.

En un tendejoncillo, su mejor almacen, compré un frasco de perfume que te envié allá, á la tierra de los perfumes, como la reina Pomaré enviaba un compás á su favorito. Partimos para Arequipa al cerrar de la siguiente noche, montados en magníficos caballos, y en larga caravana al través de los borrados senderos de un desierto de arena. Alumbrábanos una hermosa luna llena, cuya luz prestigiosa derramaba en torno nuestro, estrañas alucinaciones que para cada uno revestian diversa forma. Montañas, lagos, campamentos, ciudades, surjían y desaparecian á nuestros ojos en sucesion infinita, hasta que la luz del alba desvaneci6 el

encanto, y nos descubrió el risueño panorama en cuyo fondo, imponente y sombría, álzase el Misti.

Y en esa noche de extraños mirages; y en esa alborada de rientes panoramas, me decia yo, suspirando—Si ella estuviera aquí al lado mio, y que marcháramos juntas, asidas de la mano, bajo este cielo estrellado, envueltas en el diáfano claro-oscuro que la luna derrama sobre el desierto, cuán poéticas creaciones añadiría nuestra imaginación á la mágica fantasmagoría que esta hermosa noche! cuán bellos ángeles divisaría entre las doradas nubecillas de esta rosada aurora.

Arequipa es una ciudad oriental, trasplantada de las riberas de la Siria al pié de los Andes. Nada le falta, si no es el turbante y el caftan; porque allí se alzan las blancas cúpulas y los rojos minaretes; y entre las celosías de sus ventanas, divísanse ojos dignos del paraíso de Mahoma.

Sin embargo, la ciudad comienza á despoblarse, para hacer la mas bella peregrinación que puedes imaginarte: el paseo á Lomas: es decir á los valles flanqueados de colinas cubiertas de pastos, de flores y de rebaños, y vecinas al mar. Dicen que nada hay igual á su poética belleza y que la vida allí es un mirage de la Arcadia.

Mi padre tiene una hacienda en el mas pintoresco de esos parages, en el valle de Tambo. Cuánto

deseara ir allí. Nada de ello habla mi padre. Quizá cree que el aire volcánico de Arequipa me conviene mas que la húmeda atmósfera de la costa.

Nombré á mi padre, y hélo ahí . . . . Oculto mi carta y cierro mi carpeta para ir á darle un beso . . . . Querido papá! Ah! ¿por qué me es forzoso esconder á su mirada la mas hermosa parte de mi corazon: la que ocupa tu imágen? Y sin embargo no siento remordimientos; por que amándote redimo el único pecado de que puede acusarse á esa noble alma, el de proscribir el santo afecto que nos une . . . . .

Continúo mi carta, ¿sabes en dónde? En las *Lomas de Tambo*, sentada bajo un bosque de olivos, á la vera de un cañaverál.

Alguien habló á mi padre de la salubridad de aquellos sitios, y una palabra mia lo decidió.

Un mundo de alegres peregrinas se ha derramado en tolderías y campamentos que hacen del valle una inmensa feria. Las alboradas son deliciosas, regadas por una lluvia de vapores casi liquidados que se cuaja sobre las flores en luminosos brillantes.

Yo me he formado en la linda casa de la hacienda un confortable aposento compuesto de un salon, una alcoba y un retrete, donde me visto, leo y almuerzo con mi padre. Gusto de pasearme sola; y los turistas me llaman *la dama del Lago*, sin duda por

mi aislamiento y el color blanco de mi vestido. En casa he organizado un círculo formado por algunas familias relacionadas con mi padre y un piano cascado, pero de buenas voces, ameniza las veladas. Se canta, se baila y se cena.

Hé ahí mis noches. Mis días son enteramente consagrados á paseos solitarios, acompañados de tu recuerdo . . . .

Alguien se acerca: guardo mi carta para continuarla mañana.

Si vieras que lindo nido de tortolitas he descubierto, oculto entre la fronda de un sauce! La madre tiene en su luciente pluma el sombrío tornasolado del crepúsculo. Y los polluelos! Ellos no tienen plumas todavía; pero ya saben gemir! Horas enteras permanezco inmóvil, para no espantar á la avecilla, encantada en la contemplación de esta alada familia.

#### IV

##### **El despertar del corazón**

##### AURA Á ROSA

Estoy profundamente inquieta, oh hermosa reina de las flores! No sé como enviarte mis cartas: ignoro como llegarán á mí las tuyas.

¿Quién no había de creer en la existencia de

un correo entre las elegantes tolderías que pueblan estos prados y la estafeta de Arequipa?

Nada! Esta gente solo piensa en divertirse.

Mi padre envía á aquella ciudad cada dos dias un espreso, portador de su correspondencia; y muchas personas aprovechando esta oportunidad, le traen sus cartas para Lima . . . . Ah! que no pueda yo confiarle la mia! . . . . Y todo por el espíritu de partido, ese númen funesto, que divide con su emponzoñado soplo almas que se asemejan en nobleza, lealtad y abnegacion!

Una idea! . . . . Sí, . . . . y magnífica! . . . . Voy á apostarme en el camino, oculta entre las ramas de un matorral; y cuando pase el improvisado correo, dóile mi carta con el encargo de ponerla en el buzón, y regreso muy contenta de mi feliz expediente . . . . ¡Oigo la voz de mi padre que pide una bujía para sellar sus pliegos; y yo corro á esconderme en el matorral del camino!

Oh! Dios mio! cuántas maldades se hacen á la faz del mundo en tanto que yo tengo que ocultarme como un criminal para enviar á un ser amado, la espresion fraternal de mi afecto.

Héme aquí, de vuelta, triste y desalentada, trayendo conmigo la carta que no me fué dado entregar al mensajero, porque mi padre montó á

caballo y lo acompañó, haciéndole varios encargos hasta mas allá de mi escondite.

No importa! yo tomaré mis medidas, y la carta partirá.

Entretanto, voy á abrirla para continuar escribiéndote.

El sol se ha puesto, y su último rayo colorea de rosa la cima de las montañas; el valle comienza á cubrirse de sombra, y en el murmullo de los árboles, en el canto de las aves, y en la voz humana, percíbese esa tristeza vaga, indefinible, que precede á la noche.

Que inefable encanto ha tenido siempre para mí esta hora melancólica! Era la única en que me alejaba de tí. Sentada en un rincon solitario del claústro, inmóvil y muda, pensaba en los que han abandonado la vida y duermen en el sepulcro: mi abuelo, mis tias, mi nodriza, mi madre! Ah! el tiempo ha velado su imágen en mi mente, pero no en mi corazon; y su rostro angelical me aparecía, ora en la luz plateada de la luna, ora en los rayos de la primera estrella.

Un dulce enternecimiento invadia mi alma, y lloraba lágrimas silenciosas, y oraba en mentales plegarias.

Tú venías siempre á desvanecer este místico arrobamiento con tu alegre charla; como ahora,

los acordes del piano y la presencia de nuestros huéspedes, ahuyentan mis meditaciones, y me llaman al salón.

¡Gran novedad! Una ansiosa expectativa saturada de dulces esperanzas, absorbe el ánimo de las bellas peregrinas de este valle, que preparan sus armas para disputarse la conquista del mas bello viajero que ha pisado la grama de estas praderas. Es aquel brillante Enrique R. de quien tanto se hablaba en los salones, y que se marchó á Europa cuando nosotras dejábamos el colegio. Ha regresado y se encuentra aquí, invitado á la fiesta de Tara, que reúne á las orillas del mar á toda la gente de Lomas. Mi padre que es de los convidados, quiere que yo lo acompañe, y á mí no me pesará ello; porque yo tambien deseo conocer, aunque no con las miras hostiles de estas señoritas, á ese acariciado ensueño de las hermosas.

Dicen que viene acompañado de un amigo, y de su hermana, trigueña beldad que, segun las revistas de los salones parisienses, ha hecho gran sensacion en la corta temporada que los frecuentó, al lado de su hermano.

Te escribo en medio á los esplendores de una hermosa alborada. El sol comienza á levantarse y dora con sus primeros rayos el inmenso paisaje que se estiende matizado en degradaciones infinitas



hasta perderse en el azul cerúleo del oceano. Una brisa perfumada se cuele en suaves ráfagas por la ventana, y viene á jugar con el papel en que trazo estas líneas.

No puedo resistir al deseo de ir á aspirarla allá entre los bosquecillos de heliotropos blancos que desde aquí diviso, en el fondo del valle.

Dejo la pluma para volver á tomarla de nuevo; al regresar de mi paseo. . . . .  
Un incidente! . . . . Oh! qué miedo he tenido! Nada semejante me aconteció jamás. Estoy pensativa, confusa, amedrentada. Qué se yo! . . .

Vagando de arbusto en arbusto, de flor en flor, llegué al grupo de sauces en cuya fronda se ocultaba mi nido de tórtolas . . . .

La pobre madre gemía sola en lo alto de una rama: su nido habia desaparecido.

—Maldita sea la mano que lo robó!—exclamé, con dolorosa indignacion.

En el mismo instante ví surgir detrás del ramage de un matorral un hombre de fisonomía estraña, diria mejor, siniestra. Tenia en una mano el nido de tórtola; con la otra empuñaba el cañon reluciente de un fusil.

Espantada, creyendo que iba á castigar mi maldicion con un balazo, dí un grito, y huí de una sola carrera hasta la puerta de casa.

Pensándolo bien, debo reír de mi terror, mas á pesar de mis reflexiones, la imágen de ese hombre y su luciente fusil no se apartan de mi mente.

Sin embargo, inquietábame la suerte de la pobre tortolilla solitaria; y no queriendo por nada en el mundo volver sola al sitio de la temible aparicion, guié por ese lado mi caballo al pasearme con mi padre.

Oh! prodigio! el nido se hallaba allí, sobre su misma rama; y los polluelos piaban engreidos bajo el ála de la madre, que los arrullaba con amor.

Si estuvieras á mi lado, querida mia, habia de preguntarte qué pensabas de esto. Ciertamente, es singular! Ese hombre que tanto miedo me causara, léjos de desear hacerme mal háme dejado una prueba de esquisita galantería.

Es tarde, y te dejo para tomar algunas horas de reposo á fin de estar lista mañana á la primera voz de mi padre, que no gusta esperar, para ir á la fiesta de Tara, que es un lindo pueblecito situado entre el mar y la boca del rio. Habrá misa y procesion; toros, banquetes, y un pintoresco sarao en un salon de lona tapizado de esteras de junco verde sobre la blanda arena de la playa; y formarán la orquesta dos violines y el órgano de la iglesia, cedido galantemente por el anciano cura, en gracia

de la devota concurrencia de tantas bellas á la funcion religiosa. Si á ello se añade la patriarcal familiaridad y la sencilla confianza adoptada por la sociedad aquí reunida, nuestra fiesta será espléndida.

Pero ah! estas rientes perspectivas, lejos de tí, pierden á mis ojos todo su encanto; y mañana, en medio á la alegría general, yo sola estaré triste; y mi padre, que tanto me ama preguntará qué me falta, porque ay! no comprende, ni yo puedo decirle que me falta la mas querida mitad de mí misma.

El dia ha amenecido magnífico de luz y serenidad. Una gozosa animacion circula en las tolderías; numerosas cabalgatas recorren los senderos del valle en direccion de Tara, y óyense, traídas de lejos por la brisa, alegres exclamaciones, risas y cantos.

Mi padre hace ensillar nuestros caballos; yo me visto, lo creerás? . . . . con cierta coquetería pretenciosa. ¿Será que tambien quiera deslumbrar al bello huesped de la fiesta? Bah! qué me importa él, con toda su brillante nombradía!

Mi padre me llama, y vamos á partir.

Adios, hasta la noche; llevo los cabellos en rizos bajo un sombrerito de paja adornado con una guirnalda de rosas que sujeta un velo de tul ilusion.

Mi vestido de gasa blanca lleva una larga cola que hace veces de amazona y me liberta de tener que endosar este odioso traje.

Doy una mirada mas al espejo. Estoy linda! ¿Seré la mas bella de las que hoy atraigan las miradas de Enrique R? Qué locura! Adios . . .

.....  
 .....

Rosa! el hombre del matorral, el ladron del nido de tórtolas, el que tanto temor me causara con su amenazante fusil, era él! era Enrique R., que fascinó mis ojos y sojuzgó mi espíritu con un sentimiento que yo llamé terror, y que era . . . . ah! qué diré . . . . Escucha! De hoy mas, entre los dos nombres que formaban el de Rosaura ha venido á interponerse otro; mas no para separarlos sino para unirlos con un lazo mas estrecho.

## V

### **Angel y demonio**

#### AURA Á ROSA

Anoche, demasiado turbada para ordenar mis ideas, te arrojé una noticia que, recibida, así, exabrupto, sin ninguna explicacion, habríate causado profunda inquietud.

Por dicha, nuestro correo, despachado al amanecer, recibió contraórden, y solo partirá mañana. Así, puedo recojer mi carta, y continuarla con el relato de los incidentes de ayer, embrollados hasta ahora en mi mente, y que tienen todo el sabor de una novela.

Aunque partimos temprano de Arcorí, nombre de esta finca que recién se me ocurre poner á tus órdenes; y aunque el trayecto fuera de media hora, mi padre perdió tres, recordando con un veterano de la independendencia, que nos dió alcance en el camino, cierto combate de antaño, en que ambos tuvieron parte. Y tanto se engolfaron en aquellas caras memorias; y tantas veces se detuvieron para mirar los puntos extratécnicos que elijieran entonces, que cuando llegamos á Tara, misa, procesion y toros, habian pasado ya; y los convidados se hallaban en pleno sarao.

Echamos pié á tierra en casa del cura, cuya hermana, una amable viejecita, me prestó su tocador para arreglar mi peinado, que, como mis rizos son naturales, nada habian sufrido con el aire del camino. Deshice algunos pliegues que la silla habia impreso en mis faldas, eché hácia atrás á guisa de pluma el velo de mi sombrerito, dí el brazo á mi padre y nos dirigimos al baile.

El salon presentaba un golpe de vista magnífico.

Descubierto del lado del mar, en forma de galería, sosteníanlo columnas cubiertas de follage y de flores silvestres. Un inmenso divan improvisado con bancos, sillas, taburetes y poltronas, estaba ocupado por una multitud de lindísimas jóvenes, adornadas con pintoresca sencillez. Llevaban todas como yo, cruzadas en banda, echarpas de gasa azules ó rosadas; y las colas de sus faldas regazadas en torno con alfileres.

Delante de ellas, los hombres formaban grupos, y al centro agitábase la ardiente ronda de wals á los acordes de « El último pensamiento de Weber, » ejecutado por el órgano, á duo con el murmullo de las olas.

Apénas tuve tiempo para abarcar todo esto con una ojeada, porque no bien hube puesto el pié en la verde estera del salon, ví venir á mí un jóven rubio, bello como un arcángel, que inclinándose ante mi padre, pidióle el permiso de bailar conmigo.

Mi padre puso mi mano en la suya, y muy luego, enlazados con ese abrazo impúdicamente estrecho que constituye la danza moderna, valsábamos, mezclados á aquel torbellino de gasas, de rizos y de flores.

Los rasgados ojos azules de mi compañero fijáronse en mí con espresion apasionada. Sin embargo, yo no sentia ningun linaje de turbacion. Habia tanta

dulzura en sus miradas, que me recordó la figura ideal del ángel de la guarda, guiando una alma hácia Dios; y el brazo que me sostenía parecíame el ála protectora, y sonriendo gozosa, abandonábame al encanto de aquel voltegeo, á la vez rápido y cadencioso, que remedaba el vuelo de un espíritu.

—Luis! pide para mí á tu bella compañera el resto de este vals—dijo, de pronto, á mi lado, una voz dulce y vibrante, que me hizo volver vivamente la cabeza.

Los sonidos del órgano, llenando el espacio, ahogaron el grito que se escapó de mis lábios, al reconocer en el que pedia bailar conmigo, al hombre del matorral.

En el semblante de mi caballero se pintó una visible contrariedad; pero, reponiéndose luego, y sonriendo con dulcísima sonrisa—Lo habeis oído—me dijo—la amistad exige de mí un sacrificio; y las leyes de familiaridad establecida, un don que vos no podeis rehusar.

Y así hablando dejóme en los brazos de aquel hombre, que ciñendo en ellos mi cuerpo, fijó en sus ojos los míos con la poderosa fascinacion de su mirada, como el águila á la pobre avecita, absorta en la luz de su pupila.

Pude ver entonces, entre el rápido cambio de claridad y de sombra producido por el baile la

magestad de una frente griega á la que servian de marco los lucientes bucles de una cabellera oscura; lábios como los de Byron, sensuales y desdeñosos; y sobre todo, unos ojos de mirada profunda, intensa, dominadora, cuyo fulgor me iluminó hasta el fondo del alma, revelándome tesoros de ventura que jamás soñó la mente, ni adivinó el corazón, y que ahora leía en esos ojos que se posaban en mi frente como una caricia.

Qué diré? Breve: en el corto espacio de ese vals, nuestro destino se fijó para siempre: yo supe que él me amaba; él, que era dueño de mi alma.

—Ves ese océano?—díjome señalando la azul inmensidad—Así es el corazón que te doy, profundo y tempestuoso.

Y en sus ojos brilló algo que se parecía al acero de su fusil en la visión del matorral.

En ese momento su amigo, mi blondo caballero del vals, vino hacia nosotros dando el brazo á una bellísima jóven, morena como una árabe, alta, esbelta, flexible, con una cabellera rizada y negra, frente ancha y baja, cejas finas, casi reunidas, orlando unos ojos negros rasgados, y adormidos hasta la impertinencia.

En tanto que yo la contemplaba con admiración, ella, saludándome con un elegante movimiento de cabeza, mezcla de cortesía y desden—Enrique—dijo



á mi compañero—vengo á felicitaros, á tí y á Luis por el vals que esta bella señorita ha repartido con tanto donaire entre ambos.

En los ojos de este brilló una chispa de cólera.

—*Esta bella señorita*, Inés, respondió, tomando mi mano entre las suyas,—es mi esposa : es tu hermana.

No sé cual de los tres se tornó mas pálido, al escuchar estas palabras ; creo que fuí yo, que sentí afluir toda mi sangre al corazon, y me desmayé.

Al volver en mí, encontréme recostada en el hombro de mi padre, que hablaba con Enrique cual si fuera un antiguo conocimiento. En efecto, habian contraído amistad, viajando juntos.

Hemos dejado la fiesta y regresado á casa, no solos ; por que Enrique, su hermana y Luis nos acompañan.

¡Qué dirás, querida mia, cuando lleguen á tí estas inesperadas nuevas ! Ah ! yo misma apenas doy crédito á lo que siento. Ayer no habia otra imágen que la tuya en mi corazon, otro afecto que el que nos une. Hoy, ah ! perdóname ! hoy tu imágen palidece en la irradiacion de otra imágen, y tu amor se ha fundido al fuego de otro amor !

¿Es completa mi felicidad ? No : Luis está triste, y esta bella Inés tiene algo contra mí en el corazon, algo amargo que yo siento en sus sonrisas, en

sus caricias mismas, á pesar del disimulo que vela sus adormidos ojos.

Algunas veces creo que aborrece á Luis; otras que lo ama; pero de cierto, hay ódio en ese amor, ó amor en ese ódio . . . . .

Inés me preocupa. Qué de misterios hay en el alma de esta mujer! Anoche creía escuchar un ruido en el salon cual si abrieran la puerta que da al campo. Tuve miedo, porque eran las dos de la mañana, mas por ello mismo quise averiguar la causa. Dejé la cama, y avanzando á tientas llegué á la puerta de mi cuarto que abre sobre el salon. Profundo silencio : nada se movia. Quise comunicar lo ocurrido á Inés, y siempre á tientas, dirigíme á la alcoba que ocupa. Entro y me dirijo á su cama.

La cama estaba vacía.

## VI

### **Flores y abismos**

#### AURA Á ROSA

Inés se habia levantado; el lecho vacío, guardaba todavia el calor de su cuerpo. Sorprendióme tanto mas su ausencia en aquella hora avanzada de la

noche, cuanto que no hacia mucho, despues de una larga velada de baile, canto y dulces pláticas, habíala yo acompañado á su cuarto, donde la ví acostarse quejándose de un gran cansancio. ¿Por qué habia dejado la cama? á dónde habia ido? La casa, aislada entre vergeles y cañaverales, no tenia vecindad cercana; y las noches en esta húmeda estacion, tienen demasiado rocío para hacer agradable un paseo á la luz de las estrellas.

Reflexionando así habíame sentado al borde de la cama, preocupada, inquieta, procurando encerrar en un rádio imposible mis pensamientos respecto de aquel estraño incidente.

Y pasó una hora, y pasaron dos; y el reloj del salon habia dado las cuatro, sin que Inés volviera.

Sentí miedo, viéndome sola entre las tinieblas, en la expectativa de un misterio, y permanecí allí, inmóvil, envuelta en mi peinador, los piés desnudos, y temblando de frio.

A las cuatro y media, una ráfaga de aire húmedo y el roce de la orla mojada de un vestido, me revelaron la presencia de Inés, que entró con la cautela de un salvaje.

Levantéme con igual precaucion para evitar su encuentro, y apegándome á la pared, gané la puerta, donde me detuve todavia, tendiendo el

oído, en la esperanza de escuchar algo que viniera á explicarme la extraña conducta de Inés.

Pero ni el mas ténue ruido se hacia oír en el cuarto, donde mas que un ser viviente, parecia que hubiese entrado un espíritu.

A esta idea, poseida de terror, huí hasta el fondo de mi cama, y oculté la cabeza entre las sábanas. Pero el sueño se alejó de mis párpados; y cuando vino, fué acompañado de pesadillas.

Un alegre rayo de sol me despertó esta mañana; y su hermosa luz ahuyentó mis terrores, dejando solo en mi mente el enigma inexplicable de la nocturna excursion de Inés.

Sin hablarle de ella, propúseme averiguarlo en sus maneras y en la expresion de su semblante. Con esta idea corrí á su cuarto.

Inés dormia con apacible sueño; y sus ropas dobladas con esmero, cual se lo ví hacer anoche, estaban en la misma silla donde las colocara.

—Yo he soñado—me dije—Es imposible hacer todo eso sin ser sentida; y sobre todo, dormir con tal tranquilidad, sin tenerla en la conciencia.

Pensando así, de pié ante Inés dormida, divisé, colgado ante una percha su vestido, cuya orla mojada habia rozado mi pié desnudo.

La falda de gaza azul, estaba húmeda hasta la altura de la yerba de los campos . . . .

Volví á mirar el rostro de Inés, que dormía siempre, sonrosada, casi sonriendo, apoyada en la mano su fresca mejilla.

Y me pregunté qué tenebroso secreto se ocultaba tras de aquel semblante bello y sereno.

Dejéla dormida, y me alejé triste y disgustada de mis propios pensamientos, que todos condenaban á Inés.

Pero luego llegó Enrique y su mirada disipó las nubes de mi alma. . . . .

Mis dias son tan felices que me dan una idea de la beatitud eterna.

Rosa, nuestras almas dormitaban en una vida latente, sin idea de los espacios de luz, poblados de celestes visiones, en que ahora se cierne la mia.

Qué insípida y descolorida se me representa mi anterior existencia! Paréceme no haber vivido sino desde el dia que Enrique fijó por primera vez en mí su mirada.

*Fiat Lux!* . . . . .  
 . . . . . , , . . .  
 . . . . . Cuán bueno, sensible y cariñoso, es Luis! Esa mirada apasionada que yo me atribuía con tanta fatuidad, es la expresion habitual de sus ojos, bellos y dulces como los de un ángel.

Está triste; pero su tristeza, como el perfume suave de la violeta, se siente sin saber de donde viene; porque no se muestra ni en sus palabras ni en su semblante, y vaga en aquellas y en este como una sombra misteriosa, que realza el encanto esparcido en toda su persona.

Pláceme el abandonar mi corazón al sentimiento de fraternal ternura que me inspira este bello jóven, amado de Enrique cual un hermano; y con frecuencia, olvidando la reserva de mi sexo respecto al suyo, abrázolo, y beso su blanca frente con la misma confiada familiaridad que besaba la tuya.

Sin embargo, ayer durante el paseo riendo de un chiste de mi padre, apoyé mi mano en el hombro de Luis, que iba á mi lado. Por casualidad, en ese momento mis ojos encontraron los de Inés, que fijaron en mí una mirada . . . Dios mio! qué mirada! Habríasela creído una llama del infierno!

Mas, al instante, y por una transición peculiar á la raza felina, aquella mirada feroz cambióse en una dulcísima, que me enviaron sus adormidos ojos envuelta en una hechicera sonrisa.

No me queda ya duda: ama á Luis y mi fraternal cariño le hace sombra. Qué locura!

No obstante, y por mas que me esfuerce á desechar

estos pensamientos y amar á Inés, su presencia entre Enrique y yo pesa en mi corazón cual un funesto ensueño . . . .

Rosa, en este momento, y en tanto que de Inés te hablo, el ruido de la puerta del salón ha llegado á mi oído, aunque esta vez, leve como el paso de la brisa . . . .

Es ella!

Apagué mi lámpara y abriendo la ventana he tendido una mirada en torno.

La noche, aunque sin luna, tiene esa claridad ténue y diáfana que derraman las estrellas.

Primero, nada ví, sino los grandes grupos de árboles, negros como fantasmas; mas pasado el deslumbramiento producido en mis ojos por la luz artificial, divisé una forma blanca, deslizándose á lo lejos bajo los troncos de un olivar. Era Inés.

Qué vá á buscar, así sola, ella, desconocida en estos parages, y entre los peligros de la noche?

Este misterio me aterra como una amenaza á . . . . al honor de Enrique, desde luego; y á pesar del miedo que me causa la idea solo de mi empresa, voy á realizarla. Quiero seguir á Inés y develar su secreto. . . . .

## VII

**Un Pária**

La forma blanca que Aura divisó deslizándose entre los troncos de un olivar, costeó con paso rápido el seto del vergel, descendió luego al fondo de una hondonada sembrada de matorrales, y deteniéndose á la sombra de un peñasco, sacó del seno una llave, aplicóla á los labios y envió al aire un silvido.

Pocos instantes despues un hombre se arrojaba á sus piés.

Ella le tendió una mano que él besó con salvaje pasión.

Si el peñasco no proyectara en torno una ancha zona de tinieblas, aquel hombre habria visto la mano que besaba frotada con asco ; y en el semblante que ansiaba contemplar, una sonrisa de repugnancia.

Pero la oscuridad era densa; y él con el arranque apasionado de Romeo—¡Por la luz de tus ojos, estrella de mi vida—exclamó—déjame un momento la dicha de mirarte !



## VIII

**Al través del espacio**

—Silencio! . . . . Insensato! es así como cumples mi voluntad? ¿No debemos ser: tú mi siervo y yo tu dueño, hasta el día en que merezcas tu galardón?

Y la forma blanca salió de la sombra; y el hombre que estaba á sus piés contempló extasiado unos ojos negros, rasgados, á la vez adormidos y resplandecientes, que derramaron sobre él la mágica fascinación de su mirada.

—Ordena! manda! he aquí tu esclavo—Exclamó él, doblando de nuevo la rodilla—Debo matar? he aquí mi puñal. Debo morir? dí á Bruno que ha vivido bastante, y lo verás caer muerto á tus piés.

Y ella, dando á su voz el hechizo de su mirada. —Loco!—respondió—¿quién habla de la muerte ante la perspectiva de la dicha? No! ni matar ni morir! quiero, solo, por medio de ese poder sobrenatural que has descubierto y perfeccionado en mí, encontrar el tesoro que buscas, y que te elevará hasta mi esfera. ¿Adivinas qué dorado horizonte en esa altura divisarás?

—Tu amor! Oh! apresura ese momento!

precipítame en el infierno, amontona sobre mí todas las pruebas, todos los tormentos, pero llévame, aunque solo sea por un instante á ese cielo que me prometen tus ojos! . . . .

El que así hablaba, tuvo apenas tiempo de besar un lindo pié, mojado con el rocío de la noche.

De súbito, el bello rostro que le sonreía, tornóse grave, y el mirar voluptuoso de aquellos adormidos ojos tomó una espresion severa, despótica, que lo hizo estremecer, y lo dejó inmóvil, hincada una rodilla, caido los brazos, y los párpados pesadamente cerrados. Sus cerrados ojos orlábanse de largas pestañas, que sombreaban sus mejillas; y los brazos colgando inertes, mostraban una fuerte musculatura.

Ante él, de pié, y erguido el esbelto talle, una mujer tenia fija en él su mirada.

De vez en cuando el dormido se estremecía; sus párpados se movian convulsos; y luego recobraba su inmovilidad. La mujer levantó con ademan imperioso una manita blanca y fina que parecia formada solo para los besos y las caricias; y en medio al silencio, oyóse, pronunciada con acento solemne, esta palabra:

—Duerme!

Si algun ser viviente, además de las aves dormidas en sus nidos hubiese, como ellas, encontrádose oculto entre los matorrales de aquella tenebrosa

hondonada, habria escuchado con asombro, quizá, con terror, este fantástico diálogo :

—Bruno ! duermes ?

El jóven se estremeció, y sus labios se ajitaron pronunciando con esfuerzo :

—Sí !

—Duermes el sueño magnético. ¿ Puedes elevarte al lúcido ? Anoche dijiste que empezabas á *ver*.

—Sí : pero hay algo que me atrae, me retiene y me deslumbra.

—Qué es, pues ?

—El fulgor de una mirada.

—Una densa nube me envuelve. Ves ahora ?

—Veo delante de mí una nube sombría ; y oígo el éco de tu voz, que me llega distinto, aunque debilitado por la vaporosa atmósfera.

La mujer sonrió con aire de triunfo.

—Bien ! Esa vision me prueba que estás de un modo absoluto, bajo la accion de mi voluntad.

—Ah !—articuló el jóven con un suspiro que se parecia á un sollozo.

La blanca manita se alzó con ademan soberano. El dormido calló.

La manita se paseó, entreabiertos los finos dedos, delante de los cerrados ojos del jóven. Hubo un momento de silencio. La manita blanca tenia una compañera ; y ambas se alzaron tendidas sobre

la morena cabeza del jóven dormido, y el diálogo continuó.

—Bruno, me escuchas?

—Oh! sí.

—Conoces la hacienda de Arcori?

—De paso; pero nunca estuve en ella!

—Pues yo te ordeno ir allí, y recorrer la casa en mi memoria.

—Estoy viéndola, y recorro sus habitaciones. A oscuras están todas ménos una, donde arde una lámpara.

—¿Quién se halla en ese cuarto?

—Nadie.

—Nadie! Mira bien.

—Está desierto.

La mujer frunció el entrecejo.

—Si fuera posible! murmuró, alzando la voz:

—Mira la habitacion que está en el lado derecho de la galería: ¿que ves?

—Un hombre dormido, con una mano sobre el corazon, y torvo el ceño. Está bajo la accion de una pesadilla.

—Mira ahora hácia el cuarto del lado izquierdo.

—Un hombre, también; pero este no duerme . . . . Ah! . . . . ¡el jóven blondo! . . . . que tú amas! . . . .

Ella elevó las manos sobre la cabeza del joven que se detuvo; pero continuó luego, haciendo esfuerzos para substraerse á la influencia que lo subyugaba.

—Déjame! ah! déjame el placer amargo de contemplar al hombre que me roba tu amor! déjame henchir mi corazón de odio, y . . . .

Un ademán imperioso ahogó su voz. Calló; y gruesas gotas de sudor cubrieron su frente.

—Bruno! mira impasible á ese hombre, y lee en su corazón.

—No te ama ya . . . . otra posee su amor.

—Conócesla tú?

—Estoy mirándola — Preparábase á seguirte. Llegó á la puerta; encontróla con llave; y regresando á su cuarto, acecha tu regreso desde una ventana.

La mujer se estremeció; pero serenándose luego:

—Bruno—dijo—acércate á aquella que me acecha; mírala y descubre por qué, magnetizándola sin que se aperciba de ello, no puedo sin embargo plegar su voluntad á la mia.

—Por que te aborrece.

Un relámpago de odio iluminó los negros ojos de aquella mujer, y en su labio vagó una cruel sonrisa.

—Y tú?—replicó—¿tendrias poder sobre ella?

—Sí!

—Obedecería á tu voz? descubriría los secretos de su alma?

—Como yo obedezco á la tuya.

—Y cuando te encuentres en tu estado normal, cuando no seas mi sonámbulo sino Bruno, Bruno mi amante, cumplirás tambien mi voluntad?

—No ha mucho te dije—¿Es necesario matar? he aquí mi puñal—¿Es necesario morir? dí á Bruno que muera, y morirá.

La magnetizadora se inclinó sobre el sonámbulo, y sopló en su frente pálida y bañada de sudor.

Bruno abrió los ojos . . . .

## IX

### Confidencias

#### AURA Á ROSA

Quien dijo—Piensa mal y acertarás,—es un villano, un malvado que merece todas las execraciones, querida Rosa.

Héme aquí destrozado de remordimientos el corazon por el pecado de juzgar las apariencias.

Anoche embozada en mi bornós salí en pos de Inés, á quien ví desaparecer entre la fronda de los olivares. Dejé mi cuarto, atravesé el salon y me dirigí á la puerta.

Estaba cerrada con llave!

Esta circunstancia que venia á corroborar mis sospechas, acabó de convencerme de la culpabilidad de Inés.

Volví á mi cuarto, y me propuse esperar sentada delante de una rendija de la ventana el regreso de aquella á quien condenaba en nombre del honor ultrajado.

Pasaban las horas, y el frio comenzaba á apoderarse de mi cuerpo.

De repente ví á Inés, saliendo de entre la sombra del olivar, dirigirse á la ventana tras la cual estaba yo espiándola.

Acercóse; dió tres golpes en el postigo, y dijo á media voz—Aura!

—Aura!—repitió Inés, á tiempo que yo abria el postigo y me asomaba á la ventana.

—Eras tú—exclamé, fingiendo el mayor asombro.

Pero ella, con la alegría infantil de un muchacho escapado de la escuela:

—¿Qué te parece mi nocturna escursion?—díjome riendo.

—Una insigne imprudencia!

—Calla! hipócrita . . . ! y estarás envidiándola, taimada!

—Envidiar! Si de solo pensar en ello me estremezco!

—Así se cura el miedo, sentimiento mezquino, que es necesario combatir. ¿Creés tú que es esta mi primera campaña contra el pánico? Bah! Desde que estoy en el valle, todas las noches, á la hora de las fantasmas, recorro el sombrío paisaje, poblado de bellezas misteriosas que los paseantes diurnos no pueden siquiera imaginar. Como el dia, la noche tiene tambien su corte: corte de estrellas, de meteoros, de murciélagos, de buhos, de culebras.

—Y de peligros desconocidos, que muchas veces alcanzan á los temerarios que van á desafiarlos.

—Querida mia, el momento no es oportuno para sermones. Tengo frio! Entre los peligros que has enumerado olvidaste el rocío que me cala hasta los huesos. Toma esta llave, que me está helando la mano, y abre la puerta del salon; pues mis dedos están yertos, y no pueden valerme.

—Y ¿por qué nos dejaste encerradas?—preguntéle con un resto de desconfianza.

—Por no dejaros vendidas. Yo habia quitado el cerrojo á la puerta, y no habia quien lo echara por dentro . . . . Pero vamos, bella mia, que estoy tiritando.

Y corrió á la puerta que yo me apresuré á abrir.

Al entrar, Inés me recomendó el secreto de su



escapada, pagando anticipadamente mi discrecion con un abrazo y un beso.

Rosa, vitupérame; llámame injusta, mala, perversa! pero ese abrazo me hizo estremecer, cual si una de las culebras de que Inés hablaba, hubiese enroscado sus frios anillos en mi cuello.

¿Qué estraño alejamiento me inspira esta jóven tan bella, tan espiritual, tan digna de simpatía? Haráme sombra el cariño que Enrique la profesa? No; pues que este ama á Luis con igual afecto, y yo quiero tanto á Luis.

En fin, la verdad es que este sentimiento de repulsion renace siempre, apesar de los esfuerzos que hago para ahogarlo en mi alma.

De vez en cuando, negros vapores cruzan el esplendoroso cielo de mi dicha.

Por ejemplo, Enrique, ayer radiante de gozo, hoy está tétrico y sombrío.

—Qué pasa en él?—preguntábame, sin osar apenas mirarlo.

Hay en mi amor algo de pavor; asi como en la mirada de Enrique, tan dulce y apasionada, hay algo que de súbito relampaguea, terrible, fulminante, cual los lampos del Sinaí . . . .

Esta tarde paseábamos, Inés y yo, cogidas al brazo de Enrique. Yo estaba inquieta, porque la nube que oscurecia su frente, no se habia disipado todavia.

Cosa estraña! Inés, mirando el demudado semblante de su hermano, tenia un aire de triunfo. ¿Se alegrará el verlo sufrir? . . . . Rosa mia, si estuvieras á mi lado habia de pedirte que con tu varita de maga me sacudas una paliza para desterrar mis injustas aprehensiones.

—Creés tú en sueños?—díjome de pronto Enrique, deteniéndose para mirarme.

—Son mi terror y mi delicia—respondí, contenta de poder obtener una esplicacion.

—Yo he tenido uno horrible!

—La muger de un soldado, una india de la tribu de las Hurus, me enseñó á descifrar los sueños, en su sentido simbólico. ¿Quiéres que interprete el tuyo?

—Es horrible!—repitió—Una pasion feroz habia invadido mi corazon, y bañado mis manos en una sangre querida, á cuya vista, en vez de horror, sentia placer, porque el espíritu del mal habíase apoderado de mi alma, y moraba en mí.

En tanto que Enrique hablaba, miré casualmenté á Inés.

Esta vez no era, no, una aprehension mia, en su semblante habia una espresion de gozo que me hizo daño.

Pero disimulando mis penosas impresiones, dije á Enrique en son de broma, y afectando el solemne acento de una sibila:—Mi bello señor! no apesare

vuestro ánimo la medrosa apariencia de ese ensueño, cuyo significado es mas bien venturoso que siniestro. Serenad ya el rostro, llamad la paz al corazon y escuchad al númen profético que os habla en mi voz.

El color rojo de la sangre que teñía vuestras manos significa un suceso notable, ruidoso, próximo . . . .

—Qué suceso mas notable y ruidoso que una boda? —interrumpió mi padre, que venia siguiéndonos sin que lo viéramos.

Yo callé avergonzada; Enrique se echó á reir, y la profecía se quedó en el tintero.

Hasta hoy, mecida por las ondas de una dicha inmensa, no habia pensado mucho en su complemento obligado: el matrimonio. Como el discípulo en el Tabor, habria deseado morar eternamente entre sus celestes visiones, arrullada por los himnos de un amor etéreo.

La palabra *boda* me hizo caer de las nubes á los accesorios groseros que esa palabra encierra. El notario; la curia; garrapateos en papel sellado; dejar de llamarme su amada, su ensueño, y convertirme en muger! su muger!

Qué frase tan brutal!

¿Recuerdas « Los Amores de los Angeles » de Tomás Moore? Yo habia dado á Enrique las azuladas

álas de esos mensajeros celestiales. El cura vá á cortarlas de un hisopazo para hacerlo mi marido! Dejará de ser el bello y terrible Azael, para tornarse un padre de familia, hacendado en este valle y fabricante de azúcar! . . . . .  
 . . . . .  
 . . . . . Esposa mia!—díjome Enrique, mirándome de lo alto de su soberbia mirada. Y todas mis románticas teorías se volaron con los ángeles de Moore dejando el campo á la poética Esposa de los Cantares.

De todo te hablo; de todo, menos de mi salud. Los síntomas alarmantes han desaparecido, y los colores de la juventud y de la dicha brillan en mis mejillas; pero un fenómeno estraño del que no sé darme cuenta, ha comenzado á manifestarse en mí y me dá sérios temores.

Figúrate que de repente siento mis miembros paralizados; pesado el cerebro, embrollado el pensamiento. Mis párpados comienzan á cerrarse, mal grado de mis esfuerzos, y . . . . qué se yo . . . .!

Despierto, bañadas las sienes de un sudor frio, el cuerpo debilitado por estraño cansancio. La hora me dice que ese estado de enagenacion ha durado mucho tiempo, aun que Inés se empeña en probarme lo contrario, quizá por no alarmarme. Despues, y por muchas horas, quédome en un extremo

aniquilamiento, y afectada de una susceptibilidad nerviosa que hasta ahora me era desconocida. Inés ríe, y dice que ese es el achaque de todas las novias.

Cuán triste está Luis! No hay duda: Inés es la causa de su pena. Ella lo ama, sin embargo. Qué doloroso misterio media entre esos dos seres jóvenes, bellos, y que podían, por tanto, amarse y comprenderse!

Luis tiene con ella una cortesía irreprochable, pero helada, que la exaspera; y ambos usan en sociedad un lenguaje hostilmente parabólico desapercibido de los otros, menos de mí, que lo siento, sin comprenderlo. . . . .

Esta noche, al despedirse la tertulia, Luis ha anunciado su próxima partida para Europa donde, cumplido el tiempo de una licencia, vuelve á desempeñar su destino de secretario en la legación peruana en Francia.

Aunque profundamente contristada por la separación de Luis, quise ver el efecto que hacía en Inés.

Habíase tornado pálida como una muerta.

## X

**Un Esfinge**

## A U R A   Á   R O S A

Que tenebroso enigma es para mí esta muger, Rosa mia! Encuéntrome respecto á ella fluctuante siempre entre el terror y el remordimiento. Ora la condeno, ora la admiro; ora me parece un ángel; ora un demonio.

Esta noche la he visto palidecer y fijar en Luis una mirada sombría.

Pero aquello fué un relámpago. En el mismo instante víla sonreir con su hechicera sonrisa, abrazar á las señoras, tender la mano á los hombres; lisonjear á unos, bromear con otros y encantar á todos con el aticismo de su inimitable chiste.

Cuando hubimos quedado solas, sentóse al piano y cantó el « Ave Maria » con una voz tan suave, con tan mística unción, que yo caí de rodillas á sus piés.

Ella ha reido de mi entusiasmo, levantándose estrechada en sus brazos . . . .

Ah! siempre la misma terrífica impresion en ese abrazo al parecer tan cordial!

Inés ha venido á ser para mí una obsesion.

No de otro modo sentiránse agitados aquellos á quienes atormentan con su presencia los espíritus infernales.

Inés volvió al piano y se dió á caprichosas improvisaciones, chispeantes unas de picaresca alegría, otras impregnadas de sombría tristeza.

Yo la escuchaba meditabunda, y llena la mente de las ideas fantásticas que me inspira. Contemplando su bello rostro impassible al gozo, como al dolor que la música espresaba; y el extraño reposo de sus adormidos ojos, pensaba en ese mónstruo mitológico, á la vez muger y leon, que encierra en el granito de sus flancos los misterios del pasado y las amenazas del porvenir.

He tenido miedo; y alejándome de Inés, vengo á refugiarme en tu recuerdo. Es un santuario donde cesan mis temores; un oasis donde descansa mi alma.

¡Estraña situación! Encuéntrome colocada entre un amor inmenso—Enrique, y un inmenso recelo—Inés. Y todo esto, sin poder confiar á nadie mis aprehensiones. Hablar de ello á mi padre? No me comprendiera, y reiría de mí. A Enrique? ¡Ah! él, tan severo! Una palabra perdería á Inés en su ánimo. A Luis? . . . . Temo mucho que él nada tenga ya que saber.

Estoy divagando! La noche, querida mia,

aumenta esa predisposicion al terror, que, hace tiempo, ha comenzado á manifestarse en mí, sobre todo, desde que sufro esos estraños síncope, cuya letal accion enerva mis fuerzas.

Es cosa resuelta: no volveré á escribirte en estas horas de medroso prestigio, sino bajo la dorada luz del sol, que empieza á brillar espléndido en un cielo de azul purísimo, ahuyentando las nieblas de la lluviosa estacion.

El piano ha callado. Interrumpo mi carta; la encierro, y voy á esconder la llave de la carpeta; porque siento venir á Inés, y temo ese inesplicable enagenamiento acaecido siempre en su presencia y que me deja largo tiempo á merced suya. . . . .

.....

He despertado sobresaltada.

El sol, entrando á plenos rayos por la ventana, se reflejaba, produciendo cascadas de matizados fulgores, en una multitud de piedras preciosas, que, colocadas en ricos estuches, llenaban la mesa de mi cuarto. Los muebles desaparecian bajo las ricas telas que, como en un bazar oriental, habian acumulado en ellos. Blondas, gasas de lino y de seda, recamadas de oro y plata; el gro, el raso y el terciopelo, representados por todos los colores; lazos, mantillas, capas; deliciosos sombreritos; juegos de esquisitas flores, guantes, coturnos de raso



blanco, abotonados con gruesos brillantes, pañuelos que parecen bordados por hadas; batas de cachemira y batista; pantuflas con arabescos de oro, guarnecidas de blondas y armiño; perfumes en frascos de cristal de roca encerrados en redes de oro; abanicos de admirable primor en todas las materias posibles: oro, nacar, carey, marfil.

Pendiente de una columna de la *Psiché*, un magnífico vestido de tul Chantilly sobre fondo de *moiré*, ostentaba su larga cola, semejante á una catarata de nieve, llevando sobrepuestos, un velo de Malinas, y una guirnalda de azahares, que dejaba caer sus festones hasta la fimbria de la falda. Cerca de este fantasma de una novia habian colocado, sobre el respaldo de mi reclinatorio, un devocionario encuadernado entre dos láminas de oro, ricamente cinceladas, y cerrándose con dos broches en forma de cruces, y adornados de brillantes.

Una vision delumbradora, capaz de desvanecer las mas medrosas aprehensiones, y hacer saltar de gozo á una muchacha.

Pero, yo me preguntaba ¿cómo arreglaron todo esto sin turbar mi sueño de ave?

Y al hacer esta reflexion, quedéme helada de espanto; porque no recordaba cuando me puse en la cama. Y sin embargo, encontrábame desnuda, puesta la camisa de noche y acostada.

En ese momento entró Inés.

—Dormilona!—díjome, riendo á carcajadas.

Esta vez he acabado de convencerme de que el sueño que de tí se apodera es muy natural; y además, tan profundo, que no queriendo interrumpirlo ni dejarte sola sentada en una sala, á riesgo de dar una caída me resolví á desnudarte . . . . ¿Qué tal, tu camarera? ¿No es verdad que he arreglado con gusto las piezas de tu lindo *trousseau*? Enrique y el coronel me encargaron la misión de esta sorpresa, que tan bien ha favorecido tu sueño.

Pero sabes, querida mia, que es intolerable y por demás descortés, el dormirse dejando plantado á su interlocutor en plena conversacion? Oh! si por vengarme hablara de ello á tu padre ó á mi hermano, cuánto reirian de tí . . . .

Pero, levántese la perezosa: dé un vistazo á todo esto, y venga conmigo á reunirse con su amado, que la espera en el comedor, al parecer con mucha hambre. Y tenga entendido la bella desposada que al marido jamás le haga aguardar en la mesa.

Yo la dejaba hablar, encantada de aquella charla alegre y lijera, que disipaba poco á poco las sombrías fluctuaciones de mi espíritu.

Y bien! Inés afirma que aquello que yo creo un síncope es un sueño natural; y quizá tiene razón.

A diez y seis años, la convalecencia de una enfermedad cuyo síntoma principal es el insomnio, debe traer una reaccion: el sueño profundo y prolongado que tanto me preocupa, y que á tí tambien te habrá llevado dolorosas inquietudes . . . .

Héme aquí tranquila, peinando mis cabellos con esmerada coquetería, revisando, admirando, riendo, y últimamente, probando este suntuoso vestido de novia, que la muger sueña en la cuna, ensaya en su muñeca, y reviste en fin, como yo ahora, ruborosa, trémula, anhelante, y la mirada perdida en las doradas lontananzas del porvenir . . . .

Los bellos ojos de Inés, cuando no se les mira; tórnanse duros y amenazantes. Acabo de hacer esta observacion mientras que prendia sobre mi cabeza la corona de azahares delante del espejo . . . .

Bah! en qué reflexiones tan nimias me entretengo! En tanto que escribo estas líneas, Inés me espera. Quise cambiar de traje pero ella quiere que así ataviada me presente en el comedor.

Te dejo un momento, y la sigo para venir luego á partir contigo los últimos dias de esta vida mística, azulado nimbo al que no es dado volver . . . .!

## XI

**De sorpresa en sorpresa**

## AURA Á ROSA

Estoy aturdida, absorta, estasiada. Por las líneas desviadas de esta carta conocerás cuán trémula está mi mano.

En tanto que, no ha mucho, estaba escribiéndote, Inés había corrido á su cuarto, cambiado de traje y vuelto á mi lado sin que yo de ello me apercibiese...

Estaba bellísima, con un sencillo y elegante vestido de gró blanco, un lazo del mismo color bordado de avalorios sobre sus negros cabellos, y en el pecho un ramillete de violetas.

—Dios mio! qué bella estas!—exclamé—Pero qué significa todo esto?

—Soy tu dama de honor, y cumplo el ceremonial—respondió Inés con un airecillo entre risueño y solemne, descorriendo las cortinas que cerraban la puerta.

Quedé asombrada, ante el aspecto que presentaba el salon.

Recojido un tabique de madera á goznes que lo separaba del oratorio habíase trasformado en un

espacioso templo. El altar resplandecía de luces, y el pavimento estaba cubierto con una alfombra de flores.

El venerable cura de Tara, revestido de alba y estola, aguardaba de pié, y puesta la mano en el ritual abierto sobre un atril de plata.

Un brillante cortejo de señoras y caballeros, en hábitos de fiesta, y llevando ramilletes iguales al de Inés, ocupaban dos filas de reclinatorios improvisados con las sillas y sillones del salon. Mi padre en uniforme de gala, Enrique y Luis rodeaban al sacerdote.

Una asamblea imponente, querida mia, á cuya vista inesperada me detuve, ocultando mi confusion con una desgarbada reverencia. Inés tomó mi mano con la graciosa dignidad de una castellana; y atravesando el templo, llevóme al lado de Enrique.

—¿Me perdonas, amada mia, esta sorpresa?— díjome éste á media voz—Ah! Luis debe partir mañana; y su ausencia á la hora de nuestra union habria sido para mí dolorosa y de mal agüero.

No tuve tiempo para responder; porque Inés se apoderó de mi mano, mi padre de la de Enrique, y nos llevaron al pié del altar.

Un momento despues, querida mia, tu amiga era la esposa del mas bello, noble, valiente y codiciado de los hombres; y como te dije en el prólogo de esta

nueva faz de mi existencia, entre ese nombre emblemático de Rosa—Aura ha venido á colocarse otro ; no cual un punto de separacion, sino como un lazo de amor . . . . .

Aprovechando un momento de tumulto entre los convidados, ocasionado por el cambio de decoracion, he pedido permiso á Enrique para venir á escribirte dos renglones.

Rosa, ¡le he pedido permiso! Qué deliciosas palabras! Tengo un señor! pertenezco en cuerpo y alma á un dueño!

Ah! quién es la nécia que compadece á la muger esclavizada en Oriente?

No le es necesario, para ver á su amado levantar los ojos? Y no es ya eso un símbolo de vasallage?

Sin embargo, Inés ama á Luis, y las miradas que le dedica, en vez de elevarse descienden . . . . Oh! qué altanera, qué irónica la que fijaba en él, durante la ceremonia! cómo lo hacia palidecer . . . !

Bah! preocupada siempre de Inés y sus misterios! qué me importan? ¿por qué he de querer escudriñarlos? ¿Será qué la aborrezco? No, que es la hermana de Enrique y quiero amarla . . . .

Me llaman! Los convidados están á la mesa, y el almuerzo va á comenzar . . . . Hé allí á Enrique . . . . Viene á buscarme.

Dejo un momento la pluma para correr hácia él.

Luego volveré á tí. Quiero asociarte á todas mis horas en este venturoso dia . . . . .

Cuántos besos vale la noticia que voy á darte, Rosa mia! Dentro de tres dias marcharemos todos para Islay á esperar el paso del vapor que nos llevará á Lima, esa encantada mansion.

*Dove è gioia e amor e vita,*  
aureola de esa bella reina de las flores, que es la mitad de mi alma!

La cuestion se discutió en la mesa. Enrique no queria separarse de su amigo; mi padre no queria apartarse de su hija. Qué hacer?

Propúsose el arbitraje. Los votos recayeron en un anciano del valle.

—Qué decides?—le preguntaron.

—Marchaos juntos—respondió, con tan viva alegría de todos nosotros, que espontáneamente llenamos nuestras copas y bebimos á la salud del árbitro.

La copa de Inés permaneció vacia.

Llenóla ella á su vez; y poniéndose en pié—Caballeros—dijo, con una graciosa reverencia—bebo á vuestra salud, celebrando la merced que vais á otorgarme.

Y apuró la copa.

—Hable la bella princesa!—respondió mi padre, con picaresca seriedad—díganos el mas imposible

de sus deseos ; que, á fe de caballero andante, sabré llevarlo á cabo, con la lanza y con la espada—Y —añadió, paseando en torno una inimitable mirada de reojo —¡ desgraciado el duende ó follon que se atreva á contrariarlo !

—Y bien, noble caballero—repuso Inés, con el sentido acento de una doncella menesterosa—antes de arrancarme de estos valles amados, dadme el plazo de tres dias para ir cual la hija de Jephthe, á llorarlos con mis compañeras, en la cumbre de las montañas.

Y tendió con regio ademán su abanico de nácar, que mi padre besó, jurando obediencia.

Tres dias aun! . . . pero ah! qué dias, Rosa mia. Sentada á los piés de Enrique, su mano entre las mias, mi cabeza recostada en su rodilla, contemplándolo, escuchándolo, admirándolo. O bien, paseando juntos, bajo la fronda de los olivos, mi mano apoyada en su hombro ; su brazo en torno á mi cuerpo ; ó bien de pié ante el piano, uniendo nuestras voces en un himno de amor !

Ah ! nunca hasta ahora habia conocido la inmensa dicha de ser bella. Con qué sensacion de celeste felicidad *siento* la mirada de Enrique detenerse sobre mi frente, en mis ojos, en mis lábios !

Sin embargo, cosa estraña! esos instantes de fruicion infinita, parécenme de una prolongacion eterna. Será que el alma humana no ha sido



formada para la dicha, y que el dolor sea su verdadero elemento?

Vivimos envueltos en una atmósfera luminosa que nos deslumbra, y nada percibimos mas allá del uno del otro. Ah! si se pudiera vivir siempre así!

Ay! nó, por desgracia! Hé ahí que el propietario de la vecina hacienda ha invitado á Enrique para una cacería de leopardos. Mi padre debe organizar la batida, y mañana, víspera de nuestra marcha á Islay, partirán estos señores al amanecer para emplear el dia entero en seguir la pista, alcanzar y matar media docena de estas fieras, que vagan por la noche en torno á los rebaños.

Doce horas sin verlo! Una eternidad!

Inés, que desde ayer ha comenzado la fantástica romería de la hija de Jephte, acaba de llegar trayendo un tesoro de flores silvestres, en guirnaldas, collares, brazaletes, pendientes y lazos.

—Te debo una indemnizacion—me ha dicho, poniendo sus manos sobre mis hombros, y mirándome con sus bellos ojos medios cerrados.

—Indemnizacion de qué?—la he preguntado.

—Toma! de estos tres dias de retardo que robo á los abrazos de Rosa.

—La mejor indemnizacion que puedes ofrecerme, es quedarte conmigo mañana que estaré sola hasta la noche.

—Al contrario, quiero llevarte á un sitio misterioso donde harás un estraño conocimiento . . . . ¿ Crees tú en adivinos?

—No; pero desearía ver uno.

—Pues eso es precisamente lo que puedo ofrecerte.

—Un adivino? . . . . uno de esos que leen el porvenir?

—Ciertamente.

—Podrá decirme el mio?

—Como está escrito en el libro eterno.

He saltado de gozo. Rosa mia, quiero ver á ese ser extraordinario! quiero preguntarle de tí, de Enrique, de mí.

Inés me ha encargado el secreto respecto á la visita que hemos de hacer mañana—Por qué—ha añadido riendo—esos caballeros son espíritus fuertes, y se burlarian de nosotras. . . . .

Enrique me pide esta carta; porque el correo está pronto, y va á partir.

Ciérrola y me despido de tí con un beso, hasta la vista.

Desde aquí estoy viendo á Luis, que se pasea á lo largo de la galería. Ah! por qué está tan pálido y triste? Siempre que formulo esta pregunta, pienso en la belleza soberana de Inés, y en su mirada altanera y desdeñosa.

## XII

**El áspid entre las flores**

Expléndida alborada — exclamó el coronel, contemplando el sol que comenzaba á levantarse entre las ligeras nieblas de la mañana—Señores, en marcha! Tendremos un hermoso día.

Y la alegre cabalgata partió seguida de sus perros, en gozosa algazara, perdiéndose luego en los recodos de las quebradas sombreadas de matorrales, donde tienen su guarida los leopardos.

Bello era, en efecto, aquel día, uno de los últimos de febrero. Los árboles agobiados con el peso de sus frutos, inclinaban las vencidas ramas sobre los floridos setos; rebaños de blancas ovejas y pintadas vacas pacían mezcladas la tupida grama de los prados; las cigarras chillaban entre la yerba, y bandadas de aves cruzaban cantando, el azul purísimo del cielo.

Dos jóvenes vestidas de blanco y cubierta la cabeza con graciosos sombreritos, aparecieron de repente, como para completar la belleza del paisaje.

Cogidas del brazo y platicando á media voz, seguían un sendero que serpeaba á la vera de un arroyo, entre matas de salvia y morados heliotropos, que ellas cosechaban formando ramilletes matizados

con anémonas rojas para adornar su seno, el ala de sus sombreritos, y hasta los regazados volantes de sus faldas, riendo, triscando, deteniéndose á mirar una flor, un insecto, el vuelo de una ave . . . .

—Ah!—pensaba la una—cómo pude sospechar de traicion y de maldad á esta alma tan sencilla y pura ! ¿por qué culpable preocupacion me resisto á amarla? qué injusticia!

Y abrazaba con efusion, y besaba á su compañera.

Pero si hubiese podido sorprender la mirada furtiva que de vez en cuando arrojaba esta sobre ella, se habria estremecido de horror, y hubiera huido espantada.

En tanto, bajo la influencia de aquel hermoso dia, su corazon se abria á la confianza, y reía, y charlaba, mezclando sus risas con melodiosos cantos.

—Las doce ! querida Inés—exclamó, deteniéndose derepente para mirar el sol que estaba en mitad de su carrera— « No de solo pan vive el hombre, » dice el lindo axioma que en este momento se realiza en mí. Sí; no de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra de Dios : es decir, de amor : es decir, de alegría : es decir, de felicidad.

—¡ Ay de mí ! yo no soy tan etérea como tú, mi querida Aura ; yo necesito pan, por que tengo hambre !

—Me precipitas de las nubes con tu terrenal

apetito, ó hija de la materia! Pero, ¿cómo contentarlo, si no es con el rocío de la mañana?

—Oh! yo diviso algo mas sólido que ese alimento de silfos. ¿Qué dices de aquellos rojos higos? y esos aterciopelados melocotones? qué dulce jugo guardarán entre su dorada corteza esas naranjas tardías que ostenta entre sus verdes hojas el árbol del Eden!

Y riendo á carcajadas del culteranismo de su lenguaje abalanzáronse á los árboles cuyas ramas pendían fuera de los setos, y las despojaban de sus sazonadas frutas.

—Inés! — exclamó Aura, mostrando á su compañera las sombras de los árboles que comenzaban á estenderse en largas siluetas—el dia declina. ¿Réstanos mucho camino hasta la misteriosa huaca?

—Una media milla de pintoresco sendero entre olivos y peñascos.

—Dios mio! llegaremos de noche!

—La hora de los magos empieza con las primeras estrellas.

—Y qué dirá Enrique, si no me encuentra en casa? Los cazadores regresarán á las cinco.

—No lo creas. La caza del leopardo es de emboscada nocturna. A esta hora están eligiendo puestos; y la batida comenzará al caer la noche. Así, tenemos á nuestra disposicion largas horas para

escalar aquellas empinadas colinas, dar una ojeada al mar, y llegar en tiempo á la morada del mago.

—Ah! cuánto me tarda la hora de conocer á ese extraño personaje!

—Puedo asegurar que nada perderás en la espera.

Cuando la última luz del día acababa de extinguirse en occidente, las dos errantes peregrinas, atravesando una hondonada profunda, llegaron á un sitio agreste donde, al abrigo de dos peñascos, ocultábase una huaca.

Daba entrada á ella una abertura circular, semejante á la boca de un antro.

Inés la mostró con un ademán á su compañera, invitándole á seguirla.

Aura retrocedió asustada.

—Cobarde!—exclamó aquella asiendo su mano—  
Cómo podrás, entónces, saber los decretos del destino?

Y la arrastró en pos suyo al interior de la huaca.

En el fondo de aquel antro de forma circular, abovedado como un horno, y alumbrado por una lámpara de rojiza llama, que pendía de lo alto, hallábase acurrucado un ser indefinible, cuyo rostro desaparecía entre un gorro piramidal, y las enmarañadas guedejas de una inmensa barba gris que cubría una parte de su cuerpo,—¿qué vienen á

buscar aquí las hijas de las ciudades?—exclamó con voz cavernosa, á vista de las jóvenes.

—El secreto del destino — respondió Inés, acercándose á él seguida de Aura, que temblaba como la hoja en el árbol.

Yo nada quiero preguntar á ese númen inexorable; pero hé aquí mi compañera, que desea averiguar lo que en sus arcanos guarda para ella y los objetos de su amor.

—Temeridad! si tienes valor para escucharlo, acércate para que yo lo lea en tu frente.

Y le señalaba un banco de piedra que estaba delante de él, donde Inés hizo sentar á la trémula joven; que vió con espanto entre aquella masa de barbas, brillar dos ojos ardientes fijando en ella, con tenaz fijeza, una mirada sombría, fascinadora, que hirió su frente, hizo palpitar sus sienes, y cayó sobre sus párpados como un peso mortal; quiso hablar, y la voz se anudó en su garganta; quiso huir, y sintió sus miembros paralizados por una extraña postracion. Bien pronto, un inmenso aniquilamiento invadió su cuerpo, oscureció su espíritu y la dejó muda, inanimada, impresa en el semblante y en la actitud, la solemne inmovilidad de una estatua.

El ente extraordinario cuya mirada realizara

aquel prodijio, arrojando la toca y la barba que lo encubria, fué á caer á los piés de Inés.

Era Bruno, el sonámbulo de la hondonada, el ser misterioso que habia ofrecido su puñal y su vida.

—Héla ahí bajo mi influencia—díjola mostrando á la pobre Aura, pálida é inmóvil—¿qué es lo que quieres de ella?

—¡Vengarme!

Bruno palideció; y la mirada de adoracion que fijaba en su amada tornóse sombría.

—¡Ah!—dijo—yo habia jurado á aquel que me dió, y perfeccionó en mí esta ciencia milagrosa, no emplearla jamás para el mal.

—¿*Es necesario matar? Aquí está mi puñal!*—  
¿quién me dijo esas palabras?

—Yo!

—Y bien! quiero vengarme!

—Vengarte de esta mujer? será acaso tu rival? amarías á otro? . . . . Ah! nómbralo, por tu vida! y verás luego tu venganza satisfecha!

Y en los ojos de Bruno brilló una llama siniestra.

Inés sonrió á un mal pensamiento que desechó luego; y estrechando la mano á Bruno:

—Sí! le dijo—me robó el amor de mi hermano; y quiero recobrarlo quitándoselo á mi vez. Entonces, cuando me hayas vengado, seré tuya para siempre.



Bruno se levantó radioso, terrible.

—Ordena!—exclamó — dí, qué crimen es necesario para apresurar esa hora de ventura?

Inés puso un pliego de papel y un lápiz sobre las rodillas de Aura; y arrancando de su cartera una página, dióselas á Bruno, que despues de leerla, se acercó á esta, y fijó en su frente una profunda mirada.

—Aura!—dijo, tocando la mano fria é inerte de la jóven.

Aura se estremeció.

—Aura!

—Te escucho—respondió con voz débil.

—Duermes?

—Sí.

—Con el sueño magnético?

—Lúcido?

—Sí.

—Lee esta carta. — Y puso ante los párpados cerrados de Aura la página que Inés habia arrancado de su cartera.

La sonámbula leyó automáticamente, sin inflección alguna en la voz:

— Luis! yo no puedo soportar por mas tiempo el horrible tormento que me impones! fingir amor á un hombre que aborrezco! disimular! mentir á todas horas! Ah! nuestros cortos momentos de

ventura no pueden compensar el horror de este sufrimiento! . . . .

Bruno levantó la mano.

La sonámbula se interrumpió.

—Copia esa carta!—díjola, con un ademán de autoridad.

Aura hizo un brusco movimiento de repulsa, exclamando con esfuerzo—No!

—Copia esa carta! repitió él alzando la mano sobre la cabeza de la sonámbula, que pálida la frente, el semblante desencajado, dilatados los párpados y brotando gruesas lágrimas que se mezclaban con el sudor que bañaba su rostro, copia sin detenerse, aquella larga página, y despues, soltando el lápiz, dejó caer los brazos ajitada de violentas convulsiones.

Los ojos de Inés brillaron con un gozo diabólico al apoderarse de aquel papel, que guardó preciosamente en su seno . . . .

Cuando Aura despertó, hallábase en los brazos de Inés, sentada en el tronco de un olivo, á la vera del vergel que rodeaba su casa.

—Confiesa, querida—díjola esta riendo—que te has conducido hoy como un muchacho mal criado! ¡Dormirse en las barbas del mago! El pobre hombre perdió todo su latin, y se vió muy apurado. Por dicha llegaron otros en demanda del destino;

entre ellos un moceton, que tomándote en sus brazos y á mí en el anca de su caballo, nos ha traído hasta aquí. Felizmente nuestros cazadores no han regresado todavía. Ah! pero no tardarán ya. Vamos á hacerles servir una cena digna de las hazañas del dia.

Aura se sentia débil, quebrantada y sin fuerzas para contrarestar la charla de su compañera, y probarle que habia sido un síncope y no sueño el accidente de la huaca.

Aquella noche en medio á la alegre cena que terminó la jornada, Inés se tornó de repente abstraída y meditabunda.

—En que piensa la bella hija de Jephthe—exclamó el coronel.—¿Es en esa cualidad divina que iba á llorar en la cima de la montaña?

La picante interpelacion hizo ruborizar á Inés, pero no la desconcertó.

—Pues era precisamente un pasage bíblico lo que en este momento me preocupaba—repuso, llenando maquinalmente su copa.—Estaba pensando en esa terrible ley del talion, con que plugo á Moises atajar los desmanes de su pueblo « ojo por ojo! diente por diente! » Maria su hermana que tambien pretendió lejislar, pudo hacer esta adicion á ese artículo del tremendo código: Honra por honra.

Y apurando la copa, envolvió á Aura y á Luis en una rápida mirada.

### XIII

#### **Bajo el [guante la garra**

Cuán triste es partir de Lima, cualquiera que sea el motivo que de ella nos aleja, aunque este motivo tenga en perspectiva la felicidad!

Cuesta tanto abandonar esta blanda vida de dulces hábitos, poética para todas las edades, donde la niñez tiene esquisitas golosinas, maravillosos juguetes; la juventud, el panorama y la realización de los mas deliciosos ensueños; la vejez, el benéfico influjo de una primavera eterna; y donde las penas mismas del corazon pierden parte de su rudeza al suave calor de este arrebolado cielo!

Partid; y á cualquier país donde lleveis vuestros pasos, preguntad á sus moradores, desde la canadense hasta el argentino; desde el hijo del Lautaro hasta el del Amazonas; y los electrizareis con esta sola palabra—Lima.

Y vos, si la habeis habitado, no importa en qué latitud hayais nacido, la amareis como se ama á la patria.

Pero si es triste la partida, cuán alegre es el regreso!

Desde que la nave dobla el cabo de San Lorenzo percíbese un suave ambiente, embalsamado con el perfume del suche y del chirimoyo, entre cuya verde fronda vense blanquear á lo lejos las torres de la encantada metrópoli, que se desea volver á ver, con todos los anhelos del alma.

Divisándola así, un grupo de viajeros, hallábase sobre la toldilla del vapor Santiago, en tanto que este echaba el ancla en la rada del Callao.

—Ah! quién pudiera penetrar esa cortina de verdura que me oculta á Lima, y . . . .

—Y á tu amada Rosa, Aura mia.

—¿Quién es Rosa?

—Una querida compañera de infancia, padre mio.

—Nunca la ví entre tus amigas.

—Ahora la verás, y espero que aprenderás á amarla.—Y tú, mi bella Inés?—¿No es verdad que serás también su amiga?

—Dios me libre de poner en ella el menor de mis afectos!—Si tú absorves todos los suyos ¿qué podía reservar para mí?

—Ya lo veremos! veremos si puedes defenderte de esa gracia seductora . . . . Dios mio! cuánto tardan esos botes!—No llegarán nunca!

—Hélos aquí. Enrique, da la mano á tu esposa; yo acepto el brazo de Luis y que el coronel abra la marcha.

Y los viajeros bajaron alegres la escalera y ganaron el bote que los dejó muy luego sobre las gradas del muelle, cubiertas en ese momento de jente, en la espera de los pasajeros.

—Apresurémonos! que el tren va á partir, exclamaba Aura, asida al brazo de su marido, y corriendo hácia la estacion.

El coronel reia de aquella impaciencia, contento al ver la alegría de su hija.

—Con qué es verdad que me abandonas, idolatrado Luis?—dijo de pronto Inés, fijando en el jóven sus adormecidos ojos—Oh! qué horrible ingratitud! Dí: te negó algo, nunca, mi amor?

Sorprendido con aquella brusca interpelacion,

—Vos lo habeis querido!—comenzaba este á decir; pero sus ojos encontraron una mirada tan irónica y burlona, que enmudeció. Inés soltó una carcajada.

—Calla, pérfido!—le dijo, parodiando una voz sentimental—qué puedes alegar en tu defensa? Házme arrebatado el corazon que me dieras. Osarías negarlo? . . . . Ah! ah! ah! qué compungido estás! No te inquietes, dueño mio, que yo sé donde encontrar ese corazon rebelde, ah! sí! yo sé donde encontrarlo.

Luis se estremeció; y el frio del terror penetró en su alma.

En ese momento, sonó el pito de prevencion, y

los viajeros corrieron al tren, que humeaba, listo á partir.

Ocupados los coches, y en el momento en que el convoy se ponía en marcha, una muger vestida de negro, y cubierto el rostro con un tupido velo, vino á sentarse al lado de Aura y cogió furtivamente su mano.

—Rosa!—exclamó Aura, en un arrebató de gozo. Y quiso echarse en los brazos de su amiga. Esta contuvo aquel movimiento, sujetando la mano que tenía entre las suyas.

—Silencio!—le dijo—guárdate de pronunciar mi nombre; porque ahora mas que nunca, Aura mia, estamos separadas.

Reprimida en la expansion de su gozo, Aura prorumpió en llanto, bajando sobre su rostro el velo para ocultarlo.

—Dios mio!—decía, llorando—que es lo que viene á destruir mis proyectos de felicidad completa? Habla, Rosa mia, ¿ qué ha sucedido ?

—Tu padre ha descubierto en Arequipa una conspiracion que el mio encabezaba. Muchas prisiones han sido hechas; muchos han perecido en la fuga; pero á mi padre, sin duda por que su muerte habria atraído grandes venganzas, y su existencia en el país es tan temida, á causa de la influencia que ejerce en las masas, hánse contentado con enviarlo al

extrangero. Sin embargo, esta lenidad, con el jefe de una conspiracion severamente castigada, ha escitado murmuraciones que justificaria nuestra amistad. Ya ves, querida mia, que como antes, es forzoso ocultar el afecto que nos une.

Aura lloraba en silencio, estrechando la mano de su amiga. La pobre niña sentia su corazon destrozado. Entre ella y esa querida compañera de la infancia, veía alzarse siempre la eterna enemistad de sus padres.

—¿Porqué lloras?—la decia Rosa.—No hemos sido tan felices con nuestro oculto cariño? ¿Por qué no lo seremos ahora? Oh! ya verás que existencia de dicha nos vamos á formar! Las tempestades políticas son nublados de verano: todo ello pasará luego; mi padre volverá y . . . nuestra dicha no tendrá fin, como decia la madre prelada cuando nos hablaba del cielo—concluyó la generosa jóven finjiendo, para alentar á su amiga, una alegría de que estaba léjos su corazon.

Aura sonrió á ese bello mirage que secó sus lágrimas, y abrió de nuevo su alma á la dicha.

—Hijos míos—dijo el coronel, cuando hubieron desembarcado en la estacion de Lima—al daros el uno al otro, guardé la esperanza de que no habiamos de separarnos. Querriais defraudarla? dejaríais solo á vuestro anciano padre?



Aura dirigió á su esposo una mirada suplicante.

—Decídelo tú, hermana—dijo éste, volviéndose á Inés. Consentirás en venir á habitar con nosotros la casa de mi segundo padre?

—El coronel, que se ha declarado mi caballero—respondió ella, con su habitual expresion de broma—hará cumplir mi voluntad, cuando declare que, hallándome en los veintiun años, edad de mayoría, quiero emanciparme del *yugo fraternal*, y habitar y mandar en la casa de mis padres.

—Por dolorosa que para mí sea esa resolucion,—repuso en el mismo tono el coronel—tengo de inclinarme ante la soberana voluntad que la formula.

Aura sintió á pesar suyo un movimiento de gozo. Sus ojos acostumbrados á hablar con los de su amiga, buscáronla entre la multitud; pero ella habia desaparecido.

Mas, ya, durante el trayecto, ambas habian forjado magníficos proyectos para el porvenir; proyectos que Aura debia realizar mas allá de sus esperanzas.

Inés fué á establecerse en la suntuosa morada de sus abuelos, reedificada y embellecida con todo lo que pueden dar el arte y el oro. El coronel instaló á sus hijos en el principal de su elegante casa, guardando para sí los altos.

Al siguiente dia, Aura recorria su casa, entregada á una estraña preocupacion. Observaba la disposicion

de las habitaciones, medía las paredes, calculaba los espacios. Habríase dicho que remedaba á un arquitecto levantando el plano de algun edificio, ó á un sitiador en busca del paraje para abrir una brecha. Luego sonrió, y batió las manos con alegría, y corriendo al piano, tocó un aire de triunfo.

En ese momento llegaba Enrique.

—Que trozo de tanta bravura, alma mia! diríase que celebras todas las victorias del mundo.

—No es verdad, amado mio! Es que estoy tan contenta! qué elegante, que comfortable es nuestra habitacion! Ah! nada es tan bello como mi cuarto. Aquí está el piano; allí, delante de la ventana el caballete, al lado del costurero. Y estos preciosos cuadros! y esta linda alfombra! y ese reclinatorio de ébano y terciopelo color de grana! . . . .

—Mucho mas bello y comfortable sería si le diéramos un apéndice.

—Qué quiéres decir?

—Creo que esta línea de cuartos es paralela á otra que abre sobre la calle . . . .

—Ah! ni pensarlo!—exclamó Aura palideciendo. Hablas de hacer una *reja* de la vecina tienda?

—Precisamente.

—Imposible! Hábitala hace diez años un viejo soldado asistente de mi padre, que me cuidó y llevó

en brazos cuando era niña. Ah! nunca consentiria que se le arrojara de allí.

—Tienes razon, querida mia. Yo ignoraba todo eso. Asi, no se hable mas de ello.

« Si me hubieras visto palidecer como una criminal —escribia Aura á Rosa—al engañar á Enrique, defendiendo ese local, objeto de nuestro gran proyecto! qué turbacion! que remordimientos! Pero tú lo quieres. Así sea! »

« Por mucho que te cueste, Aura mia—contestábale Rosa—asi habia de ser. Si te amo mas que á mi vida, tambien amo mi orgullo, que me prohíbe tu vista aun ante la presencia de tu esposo. »

—Huachalla, mi viejo amigo—dijo Aura—entrando furtivamente en el cuarto del soldado—vengo á pedirte un servicio.

—Hable, mi niña ¿ qué quiere ?

—Ya sabes cuanto nos amamos Rosa y yo.

—Amor secreto. Siempre ocultándose una del padre de la otra.

—Y bien! nuestras desgracias no han acabado; y ahora mas que nunca, el destino nos aparta . . . .

Un camarada de Huachalla interrumpió esta plática. El viejo soldado quiso despedirlo; pero se opuso, y continuó la conversacion en voz baja.

—Crees tú que este medio inocente de ver á mi amiga no es contrario á mis deberes de hija y de

esposa? Tú eres anciano, y puedes decirlo. Habla.

—Vosotras no podeis ya reuniros, ni en el templo, ni en el paseo, ni en vuestras casas. Dónde os vereis sino aquí?

—Gracias! mi buen Huachalla! exclamó la jóven, abrazando al viejo soldado, radiante de gozo.

Dos dias despues, la tienda del antiguo asistente hallábase dividida por un tabique, y en la pared del fondo habia una puertecita que comunicaba con el cuarto de Aura, oculta bajo el dorado marco de un cuadro.

## I

### **La sombra del pasado**

Lahora del almuerzo habia reunido en la siguiente mañana al coronel con sus hijos.

Enrique estaba triste, Aura llorosa. En la mesa habia un asiento vacio: el de Luis, que acababa de embarcarse de regreso á Europa.

—¿Qué mosca le pica hoy al viejo Huachalla?— dijo el coronel, riendo para alegrar la comida.— ¿No se diria que él tambien se da á las suntuosidades de la época?—Esta mañana hacia colocar una linda farolita de cristales azules en el techo de su cuarto, querrá volver á casarse?

—El fué siempre elegante y primoroso, presuróse

á replicar Aura. Creo que ha logrado hacer economías; y ¿en qué emplearlas mejor que en asear su habitacion, y darle luz; aunque no fuera sino para alumbrar sus venerandos mostachos?

El coronel rió del dicho de su hija; hablóse de otra cosa, y la farola quedó olvidada.

Pero en verdad, lo que esta alumbraba no era el cano bigote del viejo soldado, sino un precioso oratorio tapizado de raso blanco, sobre cuyo altar, profusamente adornado de las mas esquisitas flores, una urna de plata encerraba una bella estatua de la Vírgen.

Delante del altar habia dos reclinatorios donde Aura y Rosa, venian á prosternarse para elevar sus almas á Dios, en una misma plegaria.

Despues, sentada la una al lado de la otra, á los piés de la sagrada imágen, entrelazadas las manos, y contemplándose con acendrado cariño, charlaban alegres, dando recuerdos al pasado, programas al presente, esperanzas al porvenir; como en el tiempo en que niñas todavía, y el alma llena de fantásticas aspiraciones, habitaban los cláustros de Belen.

La presencia de su amiga ahuyentó del alma de Aura los estraños terrores que la atormentaban. Cerca de ella, sentíase fuerte, y nada temia.

Sin embargo, de vez en cuando, sorprendia

en los ojos de Inés miradas furtivas que la hacían estremecer.

—Ríe de mí! decía entonces á Rosa—¿No es verdad que soy una visionaria?

Pero esta callaba, y su rostro tornábase sombrío.

## II

### Presentimiento

Un día, Rosa llegó temprano á la cita del oratorio. Traía en la mano un número de «El Comercio», de cuya crónica leyó á su amiga el artículo siguiente:

—«En el concierto que tuvo lugar anoche en los salones de la señora S., un coro de hermosas acompañaba á dos bellísimas jóvenes de la alta sociedad, en la mas interesante escena de una de las obras maestras del repertorio italiano. Ambas hicieron prodigios de gracia, sentimiento y vocalización; pero la encantadora Inés R., hubo de ceder el triunfo á su incomparable cuñada.»

—Qué injusticia!—exclamó Aura—Inés estuvo admirable; y si nuestro duo mereció aplausos, fué por ella.

Rosa guardó silencio.

—En qué piensas?—la dijo Aura.

—Estoy, como David, preguntando á mi alma porqué está triste.

—Busquemos la repuesta de tu alma en el primer epígrafe de este libro.

Y abriéndolo buscó el capítulo primero.

« Presentimientos! »

¶ Esta era la sola frase que formaba el epígrafe.

Al leerla, las dos jóvenes se abrazaron, y cayendo de rodillas oraron con fervor.

### III

#### Una adición

Cuando Inés leyó el artículo publicado en la crónica de « El Comercio, » su linda boca se entreabrió con una hechicera sonrisa iluminada por dos hileras de perlas. Pero si Aura hubiera visto esa sonrisa, habríala aterrado mas que el siniestro epígrafe.

Inés escribió ese dia á una amiga suya residente en Paris:

« Si vieras la deliciosa existencia que llevo en esta encantada Lima, cuyo nombre suena á tu oido como el de la Hisphan de las Mil y una Noches. »

« La fortuna, empeñada en mimarme, ha realizado

mas allá de mis desvarios esa vida fantástica que yo me divertía en soñar.

« Habito, sola y dueña de mi destino, el antiguo solar de mis abuelos, convertido ahora en un elegante palacio ornamentado con todas las suntuosidades del arte. Rodéame cuanto de esquisito la Europa y el Asia producen para el refinamiento de los goces. Mis banquetes y *soirées* son renombrados por su riqueza, primor y buen gusto; así como las partidas de campo que organizo, ora á las riberas del mar, ora á los vergeles de un lindo pueblecito que como Belleville y Passy está unido á la ciudad.

« En mis cabalgatas, sígueme lo mas florido de nuestros jóvenes caballeros; corremos como beduinos y hacemos prodijios de equitacion.

« ¿Recuerdas que en Belen me llamaban la Adriana negra? Pues nunca como ahora merecí este nombre. Bella, rica, independiente, nada me falta, ni aun el amor salvaje y titánico de un Djalma de ojos negros, rasgados, centellantes; rizada cabellera de ébano, y la altiva frente morena como el crepúsculo. Ah! ¡por qué no tengo tambien los excéntricos gustos de la bella de los rizos de oro, para saborear el acre perfume de ese amor agreste!

« Que el romanticismo me perdone: yo he caido en



la vulgaridad de preferir el amor acicalado de un inglés.

«Guárdate de preguntarme si correspondo ese amor. No se ama sino una vez; y mi amor se transformó en otro sentimiento asaz amargo, pero durable.

«Adios, bella ninfa del poético Sena.

«Cuento volver pronto á sus populosas orillas, y reaparecer en las recepciones magníficas de las Tullerías, para continuar en mis lecciones al emperador; aun que ahora no me preguntará ya como se dice en castellano—*Je te vengerai* sino—*Je ne t'aime plus*.

#### OTRA VEZ, ADIOS!

«Ah! dicen que las mujeres encierran en la adición el pensamiento capital. Pero hé aquí una, cuyo objeto es de lo mas insignificante.

«Tú sabes qué amor desenfrenado inspiró mi hermano á la escéntrica embajadora de A . . . . Pues bien, yo creo que esta pasión lo ha seguido á este lado de los mares. Hélo visto muchas veces recibir cartas de una fisonomía altamente aristocrática.

«Así era una que el cartero trajo ayer, en ausencia de Enrique.

«Al verla una oleada inmensa de curiosidad me arrastró fuera de los límites de la delicadeza y la

discrecion deseaba conocer el estilo amoroso— epístolas de aquella aturdida ; tenia en mis manos la carta ; hallábame sola. Breve : abrí aquella misiva.

«Qué decepcion ! Era del banquero de mi hermano, y le hablaba del alza y baja de los fondos.

«No me atrevo á confesar este pecadillo, que espero redimirás tú, dando á la estafeta de Paris la carta en cuestion, que te envió bajo una cubierta enteramente igual á la anterior.

«Tengo para tí dos pajecitos negros que harán furor en Paris.—Adios. »

Inés no quiso confiar á nadie esta carta ; llévola al correo, y cuando la hubo arrojado en el buzón, la misma hechicera sonrisa entreabrió sus rosados lábios.

#### IV

##### **El canto del Cisne**

Desde ese dia Inés volvióse para Aura mas tierna y solícita que nunca. Visitábala todos los dias, y la colmaba de caricias y atenciones.

Aura se hallaba abrumada de remordimientos ; pero cuando quería devolver aquellas caricias sentíase el corazon frio y el labio mudo.

Corría á acusarse á Rosa ; pero ésta al escuchar

el nombre de Inés, volvíase meditabunda y sombría.

Así, poco á poco, y tácitamente, las dos amigas, acabaron por excluir de sus pláticas toda alusion á Inés.

Arrullada por dos dulcísimos sentimientos: la amistad y el amor, Aura veía deslizarse sus dias como rosados celages en un cielo de verano. Su vida era un dorado ensueño, un celeste mirage. Asombrada de tanta felicidad, preguntábase qué habia hecho para merecerla. Y sus ojos derramaban dulces lágrimas; y el corazon penetrado de gratitud, elevábase á Dios en ardientes aspiraciones.

Una noche, poseida de estos místicos pensamientos, espresábalos en improvisadas melodías que sus ágiles dedos arrancaban al piano.

De repente sus ojos encontraron la partitura de Otelu abierta sobre el pupitre en la romanza del *Sauce*.

Atraida insensiblemente por la dulzura infinita de este sublime trozo, Aura cantó, primero á media voz, despues con todo el entusiasmo de su alma :

*Asisa al pié d'un salice.*

Al dar la última nota de aquel doliente canto, la puerta se abrió lentamente, y un hombre pálido, ceñudo, ríjido, penetró en el cuarto. Traía apretado

un papel en su crispada mano; y mas que un ser viviente parecia una vision de otro mundo.

Aura pudo apenas reconocer en él á su esposo; y asustada del estado en que lo veía, corrió á echarse en sus brazos. Severo y silencioso rechazóla él y señalándole una silla—Sentaos le dijo y escuchad.

La pobre Aura, aturdida, espantada, dudando si soñaba ó estaba loca, sentóse maquinalmente y se quedó mirando con aire atónito á su marido. Este, siempre en el mismo terrible silencio, acercó una mesa, puso en ella recado de escribir; y estendiendo ante los ojos de su esposa el papel que tenia en la mano—Leed!—dijo.

La jóven obedeció; y con voz monótoma, cual si no comprendiese aquello que leía, comenzó:

« Luis! yo no puedo soportar por mas tiempo el tormento que me impones: tormento horrible! finjir amor á un hombre que aborrezco! disimular! mentir á todas horas! . . . . Ah! nuestros cortos momentos de ventura no pueden compensar el horror de este sufrimiento . . . . »

Aura se interrumpió de repente; y el espanto se pintó en sus ojos.

—Mi letra!—exclamó y cayó sin sentido.

Enrique, pálido é inmóvil, esperó.

La misma terrible emoción que habia anonadado

á la desventurada jóven, volvióla á la vida. Alzó la cabeza, que habia caído, inerte, sobre la mesa; pasó la mano por su frente, y exhalando un suspiro de alivio—¡Era un sueño!—exclamó— Pero luego dió un grito y se cubrió el rostro con las manos.

Sus ojos habian encontrado los de Enrique fijos en ella con expresion inexorable.

En ese momento un criado llamó á la puerta, anunciando al coronel.

—Padre mio!—murmuró Aura, con dolorido ecento. Su esposo la interrumpió; y con voz severa:

—¿Qué juzgais—la dijo de lo expuesto por ese mudo acusador que delata la infamia de una esposa culpable?

Abrumada por aquel tremendo cargo que no la era dado recusar; desalentada ante la actitud impasible de su juez, cuya mirada se fijaba en ella inflexible y fria, la desventurada respondió con triste y pasiva resignacion:

—Hay pruebas que nada es bastante á desmentir ni aun la voz de la inocencia. Así, aquel sobre quien pesa una prueba tal, debe morir!

En tanto que ella hablaba, él escribia sobre la página en blanco de aquella terrible carta.

—Firmad!—le dijo, presentándole el papel.

Aura leyó sus propias palabras, reproducidas en forma de sentencia.

Entonces la misma sensacion de desaliento que se las dictara, hízola tomar la pluma, y escribir su nombre.

El coronel oyó derepente un grito sordo, que erizó sus cabellos, heló su sangre, y lo arrojó contra aquella puerta.

Enrique, pálido, y como Cain, sapilcada la frente con gotas rojas de terrible significacion, apareció de súbito en el umbral.

—He sido juez y verdugo—dijo cediendo el paso al coronel—juzgamde á vuestra vez, señor, y decidid en mi causa—¡plegue á Dios que me encontreis culpable!

El coronel se precipitó en el cuarto.

Oyóse luego un grito ahogado, grito de dolor inmensurable, seguido de un lúgubre silencio, interrumpido al fin, por una imprecacion.

El padre habia encontrado á su hija muerta, atravesado el pecho con un puñal, y abierta delante de ella la funesta carta.

El coronel salió con el semblante lívido y brillando en sus ojos una sombría indignacion.

—Id con Dios!—dijo, dirijiéndose á su yerno. Estábais en vuestro derecho! . . . Alejaos! pero, en nombre del honor, silencio!

## V

**Mas allá de la muerte**

El coronel cerró cuidadosamente aquel fúnebre cuarto, y se guardó la llave. Luego, llamando en su auxilio la fortaleza de su alma, serenó el semblante, dió al labio una sonrisa, y fué á presentarse en todos los sitios que solia frecuentar: el club, el palacio, el teatro. Discutió, rió, bromeó y habló de la repentina partida de sus hijos á Europa, de donde se dirijian á Egipto para llegar á tiempo de presenciar la apertura del istmo de Suez.

De vez en cuando, el desventurado introducía furtivamente la mano al seno, y destrozaba su pecho, para que el dolor físico neutralizára el sufrimiento del alma.

Al siguiente dia, los diarios publicaban la despedida de Enrique R., y su esposa, que pedian órdenes para Europa.

Al leerla, Rosa palideció, y el papel se escapó de sus manos.

Sin darse tiempo ni para cambiar de traje, corrió al oratorio.

Huachalla triste y pensativo, estaba sentado en el umbral de su puerta.

—Cómo!—exclamó viendo llegar á la jóven tú también ignorabas la inesperada nueva? Aura ha partido!

—Lo sé—respondió lacónicamente Rosa; pero déjame entrar.

La jóven abrió la puertecilla del tabique y entró en el pequeño santuario, desierto y silencioso.

Rosa experimentó una impresion de dolor terrible, cual si se destrozaran sus entrañas; y llamó á su amiga con voz angustiosa.

El mismo silencio. Ningun éco se despertó para responderle.

Presas el alma de extraños terrores, Rosa levantó el picaporte, y abriendo la puerta oculta de tras el dorado cuadro, penetró en el cuarto de Aura.

Mas no bien hubo atravesado el umbral, exhaló un grito y cayó sin sentido.

Cuánto tiempo estuvo allí caída en tierra, inmóvil y fria como el cadáver de su amiga?

Un largo sollozo fué su primer síntoma de vida.

Alzóse trabajosamente sobre sus rodillas y se arrastró hasta donde yacía aquella á quien tanto amára.

Recostada en el respaldo de la silla donde la habia asaltado la muerte, Aura parecia dormir.

A vista de aquel bello rostro pálido y los hermosos ojos cerrados para siempre, un sentimiento de



rabia salvaje se apoderó de Rosa, y le restituyó su fuerza.

Alzóse del suelo, y estrechando entre sus brazos el cuerpo inanimado de su amiga tendió entonces una mirada, como si buscara á su matador.

La carta fatal se ofreció entonces á sus ojos.

A su vista, todo lo comprendió. Rosa, antes de ver la luz, habia llorado en el seno de su madre; y por tanto, poseía el don de percepcion.

—¡Inés!—exclamó; y en ese nombre su dolor amontonó todas las execraciones.

Besó la frente y las mejillas pálidas de Aura; lavó su herida, peinó sus largos cabellos y abrazando otra vez el yerto cadáver,—hasta luego—le dijo, como otras veces; y salió llevándose la carta.

Al oscurecer de aquella noche, el coronel envió fuera con diferentes pretextos á todos sus criados. Cuando hubo quedado solo, aprestó su carruaje; colocó en el fondo el cadáver de su hija, y disfrazado con la librea del cochero, saltó al pescante, y tomando el campo de Maravillas, atravesó la portada y se dirigió al cementerio.

Llegado á las primeras tapias del fúnebre recinto, el coronel se detuvo; dejó el pescante y acercándose á una puertecita estrecha y baja que daba entrada al campo santo, apoyó el hombro contra las maderas del postigo y dándole un empujón, rompió la

cerradura y la abrió. Hecho esto volvió hácia el coche y tomando en brazos el cadáver de su hija, internóse entre las sombrías avenidas de cipreses.

Detrás de él, deslizábase, con callados pasos una mujer que oculta entre unas matas de higuera cerca de aquella puerta, esperaba desde la entrada de la noche.

El coronel fué hácia un rincon donde habian amontonado varios instrumentos; cojió un pico y una lampa, y abrió una fosa donde dió á su hija ignorada sepultura.

Cuando hubo echado sobre sus restos la última paletada de tierra, sin hacer sobre aquel triste sepulcro la señal de la cruz; sin darle ni una mirada, ni una plegaria, impasible y silencioso, alejóse con ríjidos pasos.

La luz del alba encontró á la mujer que se introdujera furtiva, en pos del coronel, de rodillas al lado de la tumba.

Aquella mujer era Rosa.

## VI

### **El punto de honor**

Cuando el coronel entró á su casa cumplida la fúnebre tarea, sintióse devorado de fiebre y casi

moribundo ; pero lejos de tomar ni un momento de reposo, aterrado á la idea de que el delirio viniera á arrancarle su terrible secreto, hízose fuerte contra el mal y lo venció.

Hizo mas: desterró de la mente y del corazon al recuerdo de su hija, y cuando apesar suyo, la dulce imágen le aparecia, rechazábala indignado, oponiéndole los rencores implacables de la honra y del orgullo.

Empeñado en olvidar, dióse á viajes, á estudios, á ejercicios militares ; á todas las distracciones, en fin, que su edad y su rango le permitian.

## VII

### **La Intuicion del ódio**

Inés lo habia todo adivinado. La desaparicion de los esposos, la lúgubre alegría del coronel, y una cesion de todos sus bienes, que su hermano la envió de Panamá, no la dejaron ya nada por saber respecto al terrible desenlace preparado por ella.

Al abrir el pliego, que contenia solo el acta de donacion, Inés sonrió con su encantadora sonrisa ; y volviéndose á un bello jóven de raza sajona, que sentado al lado suyo le contemplaba con amor. Querido Wesley—le dijo—la hora de nuestra

felicidad se acerca. Un obstáculo de menos y seré vuestra.

—Oh! amada mia—exclamó el jóven, con apasionado acento—¿qué es necesario hacer para apresurar esa hora de ventura? Dónde existe ese obstáculo? nómbrale y yo lo venceré.

—Mi hermano tiene esa mision. Cuán bueno es mi hermano! Sabeis que acaba de hacerme inmensamente rica? En otro tiempo esta circunstancia habríame sido completamente indiferente; pero desde que me amais. . . .

—Ah! ¡siempre ese lenguaje ceremonioso!

—Y bien, Edgardo mio, desde que tú me amas, desde que yo te amo, doime á soñar contigo en las delicias de una vida nómada, errante y suntuosa á la vez, al traves de los mares, y de los lejanos continentes habitando hoy un palacio en Paris; mañana un kiosko á las orillas del Bósforo; otro dia un alcázar en la fantástica Bagdad. . . . Dí: ¿no te sonrie esta variada existencia, óh hijo de la excéntrica Albion?

—Ah! exclamó Edgardo, besando la blanca manita tendida hácia él—Cuán hermoso es ese sueño de tu poética fantasía! Place por sí solo á mi gusto, de suyo aventurero. Cuál será realizado contigo!

En ese momento trajeron á Inés una carta. Encerrábala un sobre tosco, y llevaba un timbre que

turbó visiblemente á la novia de Wesley. Pero, disimulando su emocion—¿Permite mi amado señor? —dijo con su deliciosa sonrisa. Y abrió aquella carta.

Una mano impaciente, estrujando la pluma, habia trazado en ella estas palabras que hicieron palidecer á Inés:

—« Tú que conoces la violencia de mi carácter y la inmensidad de mi amor, debes comprender que tu ausencia es la muerte, y mi espera el infierno.

Y bien! piensa que te amo y espero. . . . »

Inés hizo un violento esfuerzo para llamar la serenidad á su frente.

—Pobre querida chica! exclamó Esta hija de los campos se ha prendado de mi con un cariño verdaderamente salvaje, y quiere á todo trance venir á reunirse conmigo, abandonando á sus padres, y desafiando el ridículo que aquí la aguarda. Amaríasme tú, Edgardo, con tanta abnegacion.

—Ruégote que pongas á prueba mi amor.

—Oh! tiempo de sobra tengo para probarlo con el hierro y con el fuego . . . . como á los antiguos mártires—añadió, mirando contenta en un espejo, el rosado tinte que habia reemplazado su palidez.

## VIII

**Mas allá de la muerte**

—Jesus! en el principal están penando!

—Ah! lo has oído tú, también! Y me llamaban visionario, cuando te dije que había visto la otra noche un bulto negro atravesar el salón.

—Anoche estaban llorando en el cuarto de la señorita.

—Como no, si el señor se empeña en tenerlo todo cerrado. Aunque no fuera sino para sacudir. Cuando la niña vuelva encontrará un quintal de polvo en cada mueble.

—Sacudir? No entrara yo allí ni aunque lo mandara el papa. Yo no quiero caerme muerto.

Así hablaban una noche, en la cocina, los criados del coronel.

Huachalla callaba. Él sabía qué alma en pena era la que lloraba. Rosa había guardado siempre la llave del oratorio; y, con asombro el viejo soldado, en vez de esperar tranquila el regreso de su amiga, venía todas las noches enlutada y llorosa á vagar gimiendo en su desierta morada.

## IX

**Allende los mares**

Un día los diarios de París trajeron á Lima la relación de un suceso que derramó el dolor en los altos círculos sociales.

« Un duelo misterioso »—decía *La Patrie* en su crónica—« ha tenido lugar ayer en el bosque de Boulogne. Hé aquí el hecho, referido por el único testigo que ha podido dar alguna luz sobre este extraño acontecimiento.

Anoche, el jóven y distinguido Luis S. secretario de la Legación Peruana, asistía al baile que el embajador de Persia daba en su magnífico palacio. En tanto que el jóven americano se entregaba al placer de aquella brillante fiesta, un desconocido se presenta en su casa. Recíbelo su ayuda de cámara. Pregunta á este por su amo. Al saber en donde se encontraba, pidió al ayuda de cámara que lo acompañara para trasmitirle un aviso.

El criado lo siguió hasta su coche, donde el incognito lo mandó tomar asiento al lado de un hombre, al parecer criado suyo.

Llegados á la embajada de Persia, el desconocido dió al ayuda de cámara una tarjeta para su amo ;

tarjeta que el criado no pudo leer por que iba encerrada en una cubierta inscripta para aquel.

El criado la entregó á un oficial de la embajada.

Poco, momentos despues, el jóven secretario se precipitaba en el coche, gozoso, risueño, tendiendo los brazos al desconocido.

Pero este ceñudo y silencioso presentóle dos pistolas.

Y el ayuda de cámara creyó entender estas palabras dichas en español, idioma que el criado no conocia.

—Hé aquí el abrazo que debe reunirnos.

El semblante del secretario expresó, primero asombro, despues dolor; y su lábio murmuró un nombre. Despues, ambos guardaron profundo silencio.

El cochero instruido de antemano por su amo, del sitio donde debia llevarlos, condújolos al bosque de Boulogne.

Los dos adversarios se colocaron á un paso de distancia apoyada el arma del uno en el pecho del otro. El desconocido pidió una seña. Dióla su criado, y la siguió una detonacion.

LUIS S. habia caido muerto. Su contrario estaba en pié: Luis no habia disparado su arma.

El desconocido cogió la pistola cargada de entre la mano yerta del cadáver; aplicóla á su propio pecho,



y cayó á su vez, atravesado de una bala su corazon.

El criado del incógnito tomó en sus brazos el cuerpo inanimado de su amo, y lo colocó en el coche, que partió á galope y desapareció.

El cadáver del jóven secretario fué conducido á su casa, sin que la Policia haya podido descubrir huella alguna del de su misterioso adversario. »

Dos personas solamente sabian quien fué el matador de Luis.

Inés y el coronel.

Inés lo adivinó; y la palidez del crimen subió por primera vez á su frente; y por vez primera el terror del delito penetró en su alma. Tuvo miedo de su soledad; miedo supersticioso, y escribió á Welsley—  
« El obstáculo que impedia nuestra union ha desaparecido; y ahora puedo ser tuya. »

El coronel recibió una carta datada en Paris y que contenia estas líneas:

« Al primer naufragio que tenga lugar en el Mediterráneo, los diarios de Paris anunciarán entre los nombres de los que hayan perecido los de Enrique R. y su bella esposa, que regresaban de Egipto. Vivid en paz. Desde mañana una tumba ignorada guardará para siempre nuestro secreto. »

## X

**La deuda de sangre**

La elegante casa de Inés hallábase una noche brillantemente iluminada ; sus salones llenos de una escogida concurrencia. Numerosos criados, vestidos de ricas libreas, circulaban entre los convidados ofreciéndoles esquisitos refrescos. El suelo estaba sembrado de flores, el aire saturado de perfumes. Las jóvenes vestían blancos cendales, las señoras costosas galas; los hombres el frac negro de rigurosa etiqueta. Un grande acontecimiento, el acontecimiento capital iba á tener lugar esa noche: Inés daba su mano al bello, rico y espiritual Edgardo Welsley.

Ocho preciosas jóvenes amigas de la novia hacían los honores de la fiesta en tanto que esta se aprestaba para hacer su entrada en el salón, donde la esperaban, el sacerdote, el esposo y los testigos agrupados entorno á un altar improvisado, cubierto de flores y ricas telas.

Sola en su retrete, Inés daba la última ojeada á su elegantísimo tocado compuesto de rizos, brillantes y azahares. Estaba tan bella, que no se cansaba de contemplar, su imágen, reproducida en el espejo; y le enviaba sonrisas y adoraciones.

De repente exhaló un grito.

Detrás su corona de novia, Inés vió surgir dos ojos negros llameantes, terribles, que la miraban con expresion siniestra.

—¡ Bruno !—exclamó aterrada ante la inesperada vision.

—Sí!—respondió este, Bruno, á quien no esperabas, enteramente olvidada de tus promesas.

—¡ Oh Dios! qué me quieres pues?

—Vengo á reclamar el precio de mi crimen: tu amor!

—¿ Desgraciado, ignoras que en este momento voy á dar mi mano á otro?

—Desgraciada! ignoras que yo no lo permitiré?

—Infame! sal de aquí, ó mando á mis criados que te arrojen.

—Perjura! ¡ vas á seguirme!

—¡ Edgardo! socorro!—gritó espantada Inés.

—Quieres darte á otro? Pues muere!

Y Bruno hundió su puñal en el pecho de la jóven bañando en sangre su blanco vestido de novia.

Inés cayó sin poder dar un ay: el puñal de Bruno le habia atravesado el corazon.

Consumado el crimen, Bruno, en vez de huir, esperó.

Los convidados, atraidos allí por los gritos de Inés,

encontraron al asesino sentado tranquilamente al lado de su víctima.

Como el coronel, como Rosa, como Enrique, él también guardó su parte en el secreto de aquel fúnebre drama; y preguntado por los motivos que lo llevarán á perpetrar aquel horrible asesinato, declaró que había asaltado á la novia con el objeto de robarla sus diamantes, y que resistiéndose ella á entregárselos, la mató.

Y sus labios selláronse sobre esta declaración durante el largo tiempo que, cargado de cadenas, permaneció en el fondo de un calabozo.

## XI

### **La voz del alma**

Apoyado en la rara energía que le era característica, el coronel había logrado serenar su alma, y dar una marcha normal á su solitaria existencia. Cerró su corazón como un sepulcro; sellólo con la fría lápida del orgullo, y vivió solo de las áridas combinaciones de la cabeza. Huía de toda tierna reminiscencia, de todo dulce sentimiento, y comparándolo con los tormentos que había sufrido, hallábase bien con aquel marasmo del alma.

Un día sin embargo, el corazón habló mas alto que

el orgullo, y se sobrepuso á las vanas combinaciones de la cabeza.

El coronel atravesaba el puente una tarde, á la caída del día. El sol se ocultaba entre las enrojecidas nubes de occidente; y el cielo y la tierra tomaban ese tinte melancólico, tan propicio á las suaves emociones.

De repente, el coronel se detuvo, con la mirada fija en lontananza.

Sus ojos habian divisado el cementerio, cuya bóveda destacábase blanca sobre la oscura fronda de los cipreses.

A esa vista, el coronel sintió desgarrársele el corazón, y un hondo sollozo resonó en su pecho.

De lo alto de aquella lejana cúpula, diez y ocho años de ventura le sonrieron con la dulce sonrisa de su hija.

Vióla niña, vióla jóven, vióla muerta . . . . Pero vió tambien ante su cuerpo inanimado aquella carta fatal; y huyó espantado, llorando, maldiciendo y contemplando, destruido en un momento el edificio de helada tranquilidad que alzará en torno de su alma.

## XII

### **La revelacion**

Al entrar á su casa, el coronel encontró, esperándolo, á un oficial perteneciente á la guardia de

la cárcel. Venia á darle parte del deseo que un reo condenado manifestaba de verlo para hacerle una declaracion.

El coronel lo siguió.

Llegado á Carceletas, el coronel fué introducido al calabozo donde yacía el sentenciado esperando su traslacion al antro formidable donde moririan quince años de su vida.

Larga fué la plática del reo, interrumpida de vez en cuando por el coronel con sollozos é imprecaciones.

—Matadme!—díjole el reo, al terminar aquella conferencia—Por eso he querido haceros esta revelacion.

—No!—respondió el coronel—que te debo la inmensa felicidad de poder llorar á mi hija.

El coronel salió con el dolor pintado en el semblante; pero la frente iluminada con la aureola de una santa alegría.

De allí, sus pasos se encaminaron al cementerio; y cuando penetró en el sagrado recinto llevaba henchido el corazon de un sentimiento dulcísimo, mezclado de amor y de esperanza.

Al acercarse al sitio donde sepultó á su hija el coronel, vió con asombro que sobre aquella escondida tumba se alzaba un mausoleo de mármol coronado

de una bella estátua de alabastro, de una identidad tan pasmosa, que suplía al epitafio.

Apoyada la cabeza en el pedestal, una bella jóven enlutada, elevados al cielo sus ojos, oraba en muda plegaria.

El coronel cayó de rodillas ante aquella mujer y ante la imágen de su hija.

A su vista, la jóven se turbó, y una espresion de dolor y de resentimiento pintóse en su semblante.

—Angel del cielo!—exclamó el coronel—tú, que vienes á velar el sepulcro que yo abandonaba, dime tu nombre para amarlo y bendecirlo.

—Fuí su amiga, juré amarla mas allá de la muerte, y cumplo mi promesa.

—Tu nombre! tu nombre!

—Soy la hija de aquel á quien vos llamais vuestro enemigo, y que gime en el destierro. . . . .

. . . . .

Un dia, á la hora en que la luna se alza, blanqueando los mármoles y ennegreciendo los cipreces, dos ancianos y una jóven de rodillas ante el sepulcro de Aura, oraban, con las manos entrelazadas, en señal de reconciliacion.





# EL POZO DEL YOCCI

---

A MARIA PATRICK

Cuando al escribir estas líneas, te las dediqué, Mary, lejos estaba de imaginar que cuando las publicára, traicionados los vínculos que nos unian, y la probidad del mas noble de los sentimientos, esta dedicatoria habia de ser para tí un sangriento reproche. Que Dios te perdone, Mary, como te perdona el corazon que destrozaste sin piedad.

## I

**El abra de Tumbaya**

Mediaba el año de 1814. La libertad sud-americana habia cumplido su primer lustro de existencia entre combates y victorias; era ya un hecho: tenia ejércitos guiados por heroicos paladines, y desde las orillas del Desaguadero, hasta la ciudadela de Tucuman, nuestro suelo era un vasto palenque, humeante, tumultuoso, ensangrentado, que el valor incansable de nuestros padres, disputaba palmo á palmo, al valor no menos incansable de sus opresores.

En aquel divorcio de un mundo nuevo, que queria vivir de su jóven existencia, y de un mundo añejo, que pretendia encadenarlo á la suya, decrepita y caduca; en ese inmenso desquiciamiento de creencias y de instituciones, todos los intereses estaban encontrados, los vínculos disueltos; y en el seno de las familias ardia la misma discordia que en los campos de batalla.

A los primeros écos del clarin de Mayo, los jóvenes habian corrido á alistarse bajo la bandera de los libres. Los viejos, apegados á sus tradiciones, volvian los ojos hácia España; y temiendo

contaminarse al contacto del suelo rebelde que pisaban, recogían sus tesoros, y se alejaban desheredando á sus hijos insurgentes y dejándoles por único patrimonio una eterna maldición.

Vióseles, á centenares, arrastrando consigo el resto de sus familias, vagar errantes, siguiendo los ejércitos realistas en sus peligrosas etapas al través de fríjidos climas, ó marcharse á la Península, dejándolas abandonadas entre hostiles pueblos del alto Perú.

De esos tristes peregrinos, cuán pocos volvieron á ver el suelo hermoso de su patria. Dispersos, como los hijos de Abraham, moran en todas las latitudes; y en las regiones mas remotas, encontrareis con frecuencia, bajo una cabellera cana dos ojos negros que han robado su fuego al sol de la Pampa, y una voz, de acento inolvidable traerá á vuestra mente el radiante mirage de esa tierra amada de Dios.

Sin embargo, los que á ella regresaron, en fuerza del tiempo y de los acontecimientos, vinieron tristes y devorados de tedio.

Pensaron hallar en sus hogares la dicha de la juventud, y encontraron, solo, un doloroso tesoro de recuerdos.

Al ponerse el sol de una tarde de octubre, tibia y perfumada, una columna, compuesta de un

escuadron y dos batallones, subia la quebrada de Leon, mágico pensil que desde la tablada de Jujuy, se extiende, en un espacio de nueve leguas, hasta las mineras rocas de El Volcan.

Era aquella fuerza la retaguardia de las aguerridas tropas que, victoriosas en Vilcapujio, invadieron segunda vez el territorio argentino, y que retrocediendo ante las improvisadas huestes de San Martin, se retiraban, sino en desorden, llevando, al menos, vergüenza y escarmiento.

En pos de la columna, y cubriendo todos los senderos de la quebrada, venia una numerosa caravana compuesta de ginetes, bagajes y literas.

Era la emigracion realista.

Eran los godos, que se alejaban murmurando con rencor el *judica me Deus*; mientras obcecados por una culpable ceguedad, arrastraban á sus hijas, coros de hermosas vírgenes, hácia aquella gente *non sancta*, entre la cual tantas fueron profanadas.

Numerosas falanges de guerrilleros patriotas coronaban las alturas de uno y otro lado de la quebrada, flanqueando al enemigo con un vivo y sostenido fuego.

Los realistas rujian de cólera ante la imposibilidad de responder á esa mortífera despedida de adversarios, que, ocultos entre los bosques que cubren nuestras montañas, los fusilaban á mansalva,

acompañando sus descargas alegres y prolongados hurras.

En fin, diezmados, y pasando sobre los sangrientos cadáveres de sus compañeros, los españoles llegaron á la boca de la quebrada. Los cerros, en aquel parage, apartándose á derecha é izquierda, forman un vasto anfiteatro cortado al norte por el Abra de Tumbaya, honda brecha, abierta por la ola hirviente del volcan que le dió su nombre. Figura una ancha puerta, que, cerrando el risueño valle de Jujuí, dá entrada á un país árido y desolado, verdadera Tebaida, donde acaba toda vejetacion. Enormes grupos de rocas cenicientas se alzan en confuso desorden sobre valles estrechos, sembrados de piedras y de salitrosos musgos. Nunca el canto de una ave alegró esos yermos barridos por el cierzo y los helados vendabales; y cada uno de aquellos grises y pelados riscos, parece una letra, parte integrante del fúnebre *lasciate ogni speranza* de la terrible leyenda.

La columna realista atravesó el solemne paso.

Siguiola el inmenso convoy de emigrados, que al trasponerlos, volvieron una dolorosa mirada hácia la hermosa patria que dejaban.

Nosotros tambien, un dia de eterno luto, paramos en esa puerta fatal, y al contemplar los floridos valles que era forzoso abandonar, y los dédalos de

peñascos sombríos que al otro lado nos aguardaban, invocamos la muerte . . . . Y despues . . . . despues, la alegría y la dicha volvieron; y perdido nuestro eden, bastonos el cielo azul; y encontramos poesía en aquellos peñascos, y los amamos como una segunda patria. ¿En qué terreno, por árido que sea, no te arraigas, corazon humano?

Guerreros y peregrinos, atravesada el Abra, desfilaron á lo largo de los fragosos senderos, y se alejaron, confundiéndose luego con la bruma del crepúsculo . . . . para perderse despues en ese huracan de balas y de metralla que, durante catorce años, barrió Sud-América del setentrion al mediodia.

## II

### **El vivac**

Las sombras han sucedido al dia, y á su bélico tumulto la plácida calma de la noche.

En el fondo de la quebrada, á la orilla izquierda del rio de Leon, una línea de fogatas eleva sus rojas llamas bajo el ramaje florido de los duraznos. Es el campamento de los guerrilleros patriotas.

Allí, centenares de hombres de razas, costumbres y creencias diversas, unidos por el sentimiento nacional, guerrean juntos; partiendo la misma vida

de azares y de peligros; y en aquel momento, sentados en torno de la misma lumbre, reunidas en pabellones sus heterogéneas armas, y mezclando sus dialectos, se abandonan á las turbulentas pláticas del vivac.

Allí se encuentran, al acicalado bonaerense; el rudo morador de la pampa; el cordobés de tez cobriza y dorados cabellos; y el huraño habitante de los yermos de Santiago, que se alimenta de algarrobas y miel silvestre; y el poético tucumano, que suspende su lecho á las ramas del limonero; y los pueblos que moran sobre las faldas andinas; y los que beben las azules aguas del Salado, y los tostados hijos del Bracho, que cabalgan sobre las alas veloces del avestruz; y el gaucho fronterizo, que arranca su elegante coturno al jarrete de los potros.

—Qué flaco está el rancho, sargento Contreras— exclamó un mulato salteño, dirigiéndose á cierto hombron de rostro bronceado y ondulosa cabellera, mientras revolvía un churrasco en las brasas del hogar—Nadie diría que hoy hemos matado tanto gallego de mochila repleta.

—Y llevando un convoy de víveres frescos, que no había mas que pedir.

—¡Al diablo el comandante Heredia y su fuego de flanco! Otra cosa habría sido, si mandara cargar

por retaguardia: ni un sarraceno pasara el Abra para ir á contar el cuento. Que no hubiese hecho cada uno como el capitan Teodoro: desobedecer y atacar!

—Pobre capitan Teodoro! tan valiente y tan buen mozo!

—Hubiéralo yo seguido, si me encuentro cerca de él.

—Yo me hallaba entonces á la otra banda del rio, encaramado en la copa de una ceiba vaciando sobre aquellos diablos la carga de mi fusil; y ví al capitan arrojarse, espada en mano, al centro de la columna. Caramba! hubo un fiero remolino! estocada por aquí, mandoble por allà . . . . Luego sonaron casi á un tiempo cuatro tiros, y . . . . todo se acabó . . . . ya solo ví un caballo que huia espantado rio abajo.

—Yo hacia fuego, acurrucado en el hueco de un tronco, y ví al pobre capitan caer atravesado de balas. Por mas señas que de una litera salió un grito que me partió el corazon. Fué una voz de mujer: de seguro era algo de él.

—O del oficial godo que mató del primer hachazo. Pulsos tenia el capitan Teodoro! . . . . y eso que no llegaba á veinte años.

—Teodoro! ¿Por qué no llevaba apellido?

—Quién sabe!



—Yo lo sé: porque su padre es un gallego ricacho y testaduro, que le achacaba á delito el servir en nuestras filas, y lo habia desheredado, y hasta quitádole el nombre.

—No importa! asi, Teodoro á secas, era un valiente soldado. ¡Malhaya la mano que le mató! No le pido mas á Dios, sino el consuelo de ponerle á tiro de mi cuchillo.

—¿Dónde cayó el capitan?

—En la angostura del rio, mas allá de los cinco alisos, al salir á la altura de los sauces. El mayor Peralta fué ya en busca de su cuerpo.

—¡Hum! Quién sabe si podrá encontrarlo!

A esa hora, el sol no se habia puesto; y una pandilla de cóndores revoloteaba en el aire. Esos diablos en un momento despabilaban el cadáver de un cristiano . . . .

—¿Quién vive!—gritó á lo lejos la voz de un centinela.

—La Patria!

—¿Qué gente?

—Soldado.

Y un ginete, llevando en brazos un cadáver, entró en el recinto del campamento.

—Por aquí, Peralta—gritó un hombre, saliendo de la única tienda que habia en el campamento.

—Logró V. encontrarlo?

—Sí, comandante—respondió, con voz sorda, el otro: aquí está!

El comandante recibió en sus brazos el cadáver y lo condujo á la tienda, donde lo acostaron sobre una capa de grana bordada de oro, despojo que, al principio de la campaña, habia el comandante Heredia tomado al enemigo.

—Hé ahí, á donde conduce un ardimiento imprudente—exclamó el gefe dando una mirada de dolor al rostro ensangrentado del muerto—Pobre Teodoro! acometió una locura, que ni aun sus veinte años podian escusar: arrojó inútil y temerario, que lo ha llevado á la muerte! ¡Se habria dicho que la buscaba!

—Sí—respondió aquel que habia traído el cadáver—fué á su encuentro: pero así lo exigia el deber. No se compare V. con él, comandante. El alma de V. es reflexiva, fria y reside en la cabeza: la suya moraba en el corazon.

—Locos!—murmuraba Heredia, abandonando la tienda, convertida en capilla ardiente—locos! traer á esta guerra sagrada el imprudente arrojó de un torneo, es robar á la patria la flor de sus campeones. Cuántos valientes mas contarán nuestras filas con algunas calaveradas menos!

—El cumplimiento de un deber! repetia Peralta, solo ya con el cadáver de su amigo—el cumplimiento

de un deber: hé ahí lo único que yo sé, noble amigo, del trájico desenlace de tu historia; pero tu fin ha sido grande y glorioso. Duerme en paz!

Y sentándose en una piedra, ocultó el rostro entre las manos y se hundió en dolorosa meditacion, en tanto que los rumores del campamento se extinguian, sucediéndoles el canto del buho y el aullido de los chacales, que no lejos de allí destrozaban los sangrientos miembros de los muertos.

### III

#### **El punto de honor**

Pocos dias antes de aquel en que tuvieron lugar los sucesos mencionados arriba, al promediar una noche de primavera, tibia y resplandeciente de estrellas, dos ginetes vadeaban el rio de Arias, raudal límpido, que se desliza encerrado entre dos floridas márgenes perfumadas con setos de rosas, y en cuyos remansos, las hermosas hijas de Salta, van á zambullirse y triscar como las ninfas de la fábula, abandonando á la onda sus largas cabelleras.

Profundo silencio reinaba ahora en estos parages, y solo se oía el zumbiar de los insectos nocturnos, y el manso murmullo de la corriente rompiéndose entre los guijarros.

Ganada la opuesta orilla, los dos caminantes subieron el barranco, ocultaron sus cabalgaduras entre la fronda de un matorral, y se internaron en el tenebroso paisaje, siguiendo con precaucion los senderos que conducian á la ciudad, que al frente, y á corta distancia, se destacaba en vagas siluetas al misterioso claro-oscuro de la noche.

Salta, la heroica, ocupada momentáneamente por tropas realistas, y circuida, casi asediada, por los guerrilleros patriotas, yacía, sino dormida, tétrica y silenciosa. De su seno se elevaba de minuto en minuto, como los gemidos de una pesadilla, el alerta inquieto de los centinelas españoles, contestado á lo lejos por las amenazantes imprecaciones de los patriotas, cuyos fuegos brillaban en la falda del San Bernardo, y sobre las alturas de Castañares.

Llegados al frente de la quinta Isasmendi, uno de los dos viajeros detuvo por el brazo á su compañero.

—Hénos aquí—le dijo—á la entrada de la ciudad.

En el corto plazo de dos horas, ambos tenemos que cumplir, en parages diversos, tú una órden del comandante, yo un anhelo del corazon. Es la una. A las tres me encontrarás en este sitio. Separémonos.

—Cómo! no vienes conmigo? Yo creía que habias pedido licencia para acompañarme en la

difícil misión de decidir á ese avaro Salas á que suelte los cordones de su bolsa para equipar nuestra gente.

—No: otro motivo me trae: motivo inaceptable para el comandante, y quizá para tí mismo, querido Peralta; por eso te hice de ello un misterio.

—Anhelos del corazón! Algun amorcillo de la infancia. Claro está! Dejaste Salta á los doce años; pasaste siete en los claústros de la universidad cordobesa; los dejaste para servir en el ejército y hoy vuelves por primera vez á la ciudad natal. . . . Ah! Teodoro! tú me sacrificas á una muñeca de escuela! Yo contaba con tu elocuencia para destruir los horribles argumentos de aquel tacaño. ¿Qué puedo decir á ese maldito enterrador de tesoros, para determinarlos á exhumar uno de ellos? Me dará un no redondo: y yo no llevo eso al comandante.

—Nada mas fácil que persuadir á Salas: recuérdale su hijo Alberto, que prisionero en Vilcapujio, yace cargado de cadenas en la Casamatas del Callao. Hé ahí un poderoso estímulo para ablandar su avaricia.

—Tienes razón! ni siquiera había pensado en ello. Sea! . . . . Pero . . . . Teodoro! . . . .  
Dónde vas?

—Al oírte, se diría que te interesa mucho saberlo.

—Inmensamente. Escucha. Bajo esas bóvedas que blanquean en las tinieblas, duermen ó velan algunas docenas de bellos ojos que tienen cautiva mi alma.

Este exordio ¿no te revela el recelo de tener un rival, y la necesidad de tranquilizar al amigo que te pregunta—Dónde vas?

—A casa de mi padre—respondió el interrogado, sonriendo tristemente.

—¡A casa de tu padre, que te ha maldecido y cerrado sus puertas porque sigues la bandera de los libres!

—Aunque injusta, me inclino ante esa cólera, y no pretendo desafiarla. Dios, en la equidad de sus juicios, acordará á cada uno de nosotros, la parte de indulgencia que merece: al uno como americano, al otro como español.

Pero hay en esa casa, vedada para mí, un ser querido, una hermana que deseo abrazar; hay un sitio vacío por la muerte, donde anhelo prosternarme y llorar antes que mi padre, decidido á emigrar á la Península, me haya arrebatado la una y enagenado el otro. Esta llave de una puerta escusada del jardín, que yo llevé conmigo, como un recuerdo, me abrirá paso á ese recinto sagrado, donde voy á

introducirme como un ladrón, en busca de un tesoro de recuerdos.

—Perdóname, querido Teodoro! perdona á este incorregible calavera las lijerezas que viene á mezclar á los dolores de tu alma . . . .

—Incansable charlada; ¿olvidas que el tiempo no vuelve?

—Tienes razón! A las tres te encuentro aquí?

—Si así no fuere, ruégote que no me aguardes: vuelve solo al campamento.

Y aquellos dos hombres separarónse y tomando rumbo distinto, el uno siguió adelante y se internó en las revueltas callejuelas de la Banda, el otro torciendo á la derecha, se dirigió hácia la parte meridional de la ciudad, costeó el Tagarete durante algunos minutos; atravesólo por el arco derruido de un puente, y entró en una calle flanqueada por un lado de fachadas góticas; por el otro de altas tapias sobre las cuales desbordaba la exhuberante vegetación de esos románticos jardines, que tanta poesía derraman en las vetustas casas de Salta.

Recatando el rostro, la espada y el azul uniforme de los patriotas bajo el embozo de su capa de viaje, el jóven se deslizaba á la sombra de los muros, con el rápido paso del que conoce su camino, deteniéndose tan solo, para absorber en suspiros el ambiente perfumado de la noche.

La rama de un jazmin, que descolgaba sus blancas flores sobre la calle, rozó al paso el ala de su sombrero.

A este contacto el jóven patriota levantó la cabeza y paseó una triste mirada por los grupos de árboles que descollaban en oscuras masas al otro lado del muro.

—Hé ahí el vergel que plantaron tus manos, madre querida! murmuró con doloroso acento, hé ahí las flores que tanto amabas. Ah! deja un momento la mansion celeste y mezclándote á su deliciosa esencia, ven á acariciar la frente de tu hijo proscrito y maldecido.

Calló; y apartando los enmarañados festones de lianas que tapizaban las paredes, buscó á tientas, y encontró una puerta que se dispuso á abrir, con la llave que habia mostrado á su compañero.

Pero en el momento que la introducía en la cerradura, la puerta se abrió y en su vacío oscuro de dibujó una sombra.

Dos exclamaciones partieron á la vez.

—¡Un hombre saliendo á esta hora de la casa donde Isabel habita!

—¡Un hombre que pretende entrar á la morada de Isabel!

—¿Quién eres tú que osas cerrarme el paso?

Dijo furioso el uno.



—Soy su amante: ya ves que tengo derecho para impedirlo—respondió con aplomo el otro.

—Yo soy su hermano y tengo el derecho de matarte! rujió el jóven patriota, arrojándose sobre su contrario y haciéndolo retroceder hasta el interior del jardin.

—En guardia! infame profanador de mi honra—continuó, arrojando su embozo, defiéndete; porque de aquí, no saldrás sino muerto ó pasando sobre mí cadáver.

—Mátame—respondió el otro—pero sabe que amo á tu hermana y que iba á ser su esposo, tan luego que la severa disciplina de campaña me permitiese demandar su mano.

Y desembarazándose de la capa que lo cubria presentóle su pecho sobre el que se cruzaban los alamares de un rico uniforme color de grana.

—Ah! exclamó el patriota, paseando sobre su contrario una mirada de odio; eras un godo! Bendito sea Dios, que me trae á tiempo de evitar, matándote, tu alianza, mas vergonzosa que la misma deshonra!

Y los aceros se cruzaron.

La espada del patriota atacaba con furia; la del realista ceñíase á una extricta defensa.

—¡Quién vive!—gritó derepente una voz de acento español; y al mismo tiempo, las culatas de

muchos fusiles descansaron con fracaso en el umbral de la puerta. Era una patrulla.

—Hermano de Isabel ! no huyo : te salvo—dijo en voz baja el realista, ganando la puerta, que cerró tras sí.

El jóven patriota exhaló un rugido, y se arrojó sobre la puerta, procurando abrirla. Esfuerzos vanos : el español habia dado dos vueltas de llave.

Desesperado, mirando en torno con ojos chispeantes de ira, apercibió las ramas trepadoras del jazmin, y se avalanzó á ellas.

Pero en el momento que dejaba el suelo, dos brazos roderon sus rodillas con fuerza convulsiva.

Volvióse colérico, y vió á sus piés una figura blanca, pálida y desmelenada, que le tendia las manos en angustioso silencio.

—Qué me quíeres tú, ser desgraciado ? exclamó el jóven—vil capricho de un godo, suelta ! yo no te conozco, si no es para maldecirte.

Y rechazándola con desprecio, asióse al ramaje, escaló el muro y saltó á la calle. Pero esta hallábase desierta : su enemigo habia desaparecido.

Una lágrima de rábida surcó la mejilla del jóven patriota.

—Infame sarraceno—exclamó —yo te sabré encontrar para arrancarte la vida, aunque te ocultes en las entrañas del infierno !

Y sombrío, silencioso, sin dar siquiera una mirada á esa casa donde venia en busca de tiernas emociones, alejóse á largos pasos y se perdió en la noche.

Poco despues, en la quebrada de Leon, teniendo por testigos un millar de héroes, el jóven patriota cumplió su voto: buscó y mató á su adversario entre las filas mismas de los suyos, y á los ojos de aquella cuya deshonra iba á vengar. Cercado de enemigos, vendióles caro su vida: pero cayó, en fin, atravesado por las balas realistas al lado de las víctimas que acababa de sacrificar.

Peralta recojió su cuerpo y lo sepultó en el cementerio de Santa Bárbara, recinto fúnebre situado á la vera del rio Chico, entre los perfumados jardines de Jujuy. Un grupo de adelfas cubre su tumba, embalsamándola con la deliciosa esencia de sus rosadas flores. Quien escribe estas líneas, sentóse á su sombra un dia de dolorosa memoria . . .

#### IV

##### **El barro de Adan**

Cinco lustros habian pasado sobre aquellos dias de sacrificios y de gloria. El mismo escenario se

ofrece á nuestras miradas; pero cuán diferente el drama que en él se representa.

Los héroes de la independencia, una vez coronada con el triunfo de su generosa idea; conquistada la libertad, antes que pensar en cimentarla, uniendo sus esfuerzos, estraviáronse en celosas querellas; y arrastrando á la jóven generacion en pos de sus errores, devastaron con guerras fratricidas la patria que redimieran con su sangre. Olvidados de su antigua enseña: Union y fraternidad, divididos por ruines intereses, volviéronse odio por odio, exterminio por exterminio. Un nombre, un título, el color de una bandera pusieron muchas veces en sus manos el arma de Cain, que ellos ensangrentaron sin remordimiento, oscureciendo con dias luctuosos la hermosa alborada de la libertad.

El cáliz amargo de la ingratitud apurado á largos tragos, dió muerte al gran Bolivar, Sucre, Córdoba, Dorrego, Salaverry, cayeron asesinados ó sentenciados por sus antiguos hermanos de armas; La-Mar, Arenales, Gorriti habian muerto en el destierro; y en el momento que tenian lugar los sucesos que vamos á referir, los paladines de Pichincha y Ayacucho, y los de Salta y Tucuman, separados por una doble línea de fortificaciones, enviábanse mortales saludos, anhelando, impacientes, la hora de llegar á las manos.

¿Qué motivaba aquella contienda entre bolivianos y argentinos? Un trozo de tierra que juntos arrancaran en otro tiempo al enemigo. Dueños de inmensas y fértiles regiones, abandonadas á las fieras, dispútanse á sangre y fuego un rincón semi-salvaje, aislado por las moles inaccesibles de los Andes.

Dos campeones de la guerra sagrada mandaban ahora los ejércitos beligerantes: Felipe Braun y Alejandro Heredia.

El uno, teniente del protector de la confederación Perú-boliviana, seide, el otro, del feroz dictador de la confederación argentina, cada uno de ellos hacía la guerra al uso del poder que servían. Este lanceaba á sus prisioneros: aquel los enviaba al interior de Bolivia, de donde los hacían marchar al Perú para ser enrolados al ejército; y atravesaba la frontera, Braun procuraba mantenerse en la prudente reserva prescrita en su plan de campaña: Heredia, al contrario, aplaudía, celebrando con fiestas y ascensos al temerario vandalismo á que se abandonaban con frecuencia los jefes de su vanguardia, que seguidos de algunos soldados, y extraviando caminos, ayudados de la noche, burlaban la vigilancia del enemigo y se introducían en el territorio boliviano, arrasándolo con furiosos *malones*, como llamaban ellos al pillage que en tales ocasiones ejercían sobre personas

y bienes, regresando cargados de botin á su campamento, donde eran recibidos con gritos de alegría.

Estos atrevidos golpes de mano que envolvian en sí un sangriento ultrage, llenaban de indignacion al ejército boliviano, sobre todo á los oficiales jóvenes, que, contenidos á pesar suyo por la helada calma de Braun, envidiaban con venenoso despecho la salvaje libertad concedida á la audacia de sus enemigos.

## V

### **La fuga**

Una noche, en el consejo de guerra, exasperados por su forzada inaccion, sublevábase contra las restricciones que el jefe imponia á su ardoroso coraje. Un nuevo insulto inferido en la persona de un cura anciano y venerable, habia venido á colmar la medida de su cólera; los argentinos, en una de sus nocturnas invasiones lo arrebataron del templo mismo de su parroquia, á pocas leguas del ejército, mientras que rodeado de sus feligreses imploraba para todos los hombres, la paz y la concordia.

Tratábase de vengar este agravio ; y el consejo en un voto unánime pedia esta satisfaccion, agoviando á Braun con muestras de profundo descontento.

—Qué quereis?—decíales el antiguo veterano— ¿puedo yo algo contra las decisiones inapelables del supremo poder? Hoy mismo, un correo de gabinete me ha traído órdenes apremiantes á este respecto. El protector quiere regularizar la guerra en la esperanza de un pronto arreglo que le permita reconcentrar todas sus fuerzas en el Perú, para hacer frente á la poderosa cruzada que en este momento se organiza en Chile. ¿Cómo realizar aquella idea si devolvemos al enemigo escándalo por escándalo? Convenid pues en que las represalias en tales circunstancias, serian un hecho impolítico, absurdo. Además . . . .

—Ah! general— exclamó un oficial interrumpiéndolo —no era asi como V. y el mismo cuya autoridad invoca, hacian la guerra allá, cuando la sangre de la juventud corria por sus venas. Por Dios, cuánta paciencia dán los años!

—Ella es su único privilejio, comandante Castro— respondió Braun, sonriendo á ese juvenil arranque con su calma alemana—Oh! si supieran aguardar los que atraviesan la florida edad de la vida, no tan solo tendrian el mundo á sus piés; lo soliviarían en sus manos . . . .

En ese momento la voz del centinela profirió un enérgico atrás! y casi al mismo tiempo un hombre jadeante de cansancio, y cubierto de polvo, se

precipitó en la tienda pasando sobre el arma que aquel cruzaba para detenerlo. Quien así infringía, á riesgo de su vida, la severa consigna de campaña, era un mensajero del corregidor de *La Quiaca*, pueblo situado á diez minutos de la línea divisoria de ambas repúblicas: traía el aviso de que una fuerza enemiga, introduciéndose dispersa, por diferentes puntos en el territorio boliviano, había asaltado la hacienda del gobernador de Moraya, saqueádola, entregádola á las llamas, y huido, llevándose prisioneros al propietario y su hija, la doncella mas linda de la comarca.

—Lucía!—exclamó el comandante Castro, entre la explosion de gritos airados que estalló al oír esta nueva; y una veintena de adalides encabezados por él se arrojó en tumulto á la puerta de la tienda para correr hácia los potreros donde pastaban las caballadas del ejército.

Braun les cerró el paso.

—Deteneos! — gritó — ¿Dónde vais? Qué pretendéis hacer? Correr tras esos bandoleros? Qué locura! ¿Sabeis siquiera el camino que llevan en ese laberinto de quebradas donde en cada recodo encontraríais una emboscada en que pereceríais sin gloria, y sin alcanzar vuestro objeto?

A estas palabras, los oficiales se detuvieron vacilantes. Castro palideció de indignacion, y se



adelantó, solo hácia el viejo guerrero.—Paso! exclamó con acento breve y resuelto—paso! mi general, porque es forzoso que yo persiga á esos bandoleros, que los alcance y los extermine, vive Dios, ó que deje en sus manos mi vida. ¿Sabe V. quienes son los cautivos que á esta hora arrastran en pos suya, atados quizá á la cola de sus potros? Los seres que mas amo en este mundo; mi padre adoptivo, su hija, mi desposada, la elejida de mi corazon. Cada minuto que pase es un crimen para mí; un peligro mas para ellos . . . Paso, general!

—Hola, gritó Braun, con severo acento volviéndose á la guardia—detened á ese hombre; conduzcásele á su tienda y que se le guarde con centinela de vista.

En cuanto á Vds., señores—continuó, dirijiéndose á los demás revoltosos—exíjoles la promesa de renunciar á esa locura, y reservar su valentía para las numerosas batallas que tendremos que dar hasta que hayamos dado cima á la grandiosa obra de la confederacion Perú-boliviana.

Forzado á ceder, Castro entregó su espada; pero murmurando con voz sorda:

—Tanto mejor!

Sus camaradas otorgaron tambien la promesa exigida y se retiraron cabizbajos, y al parecer resignados.

Cuando Braun hubo quedado solo con su secretario y el mensajero, volvióse á aquel, riendo con una risa silenciosa.

—Qué dice V. de esto, señor diplomata? No es cierto que el mismo Talleyrand me envidiaría este golpe de estrategia? Y esos muchachos se quejarán todavía! A todos ellos los he puesto en el punto que deseaban: es decir en el disparadero; al uno bajo la fuerza que sabe romper; á los otros en el lazo que saben desatar. En cuanto á mí, móvil de esos complicados resortes, pero, sujeto á las prescripciones de agena voluntad, réstame un rol: el de espectador: sí: pero expectador de los resultados deseados de mi propia obra, que diablo! Venga V., doctor. Y tú—añadió volviéndose al mensajero vé á decir al corregidor, que mañana á esta hora el gobernador de Moraya y su bella hija estarán en nuestro campamento . . . . .

—Ves esa bolsa?—dijo, de pronto, Fernando de Castro, acercándose al centinela que lo guardaba con ocho hombres y un oficial, dormidos en ese momento á la puerta de la tienda, ves que está llena? Mira lo que contiene.

—Oro!—murmuró el centinela.

—Es tuyo, si me dejas salir de aquí . . . . Ves esto? —añadió mostrándole un puñal— Es para

atravesarte el corazon si dás una voz, ó haces el menor movimiento. Elije.

El soldado dejó caer su arma y quedó inmóvil.

—Bien! Hé aquí tu oro: guárdalo, y entrégame tus manos; porque tu resignacion es como la mia de ahora há poco, de todo punto falsa.

En un momento el jóven agarrotó al centinela púsole una mordaza, y huyó por una abertura, que su puñal hizo en un lienzo de la tienda.

La noche era oscura: pero al dudoso resplandor de las estrellas Fernando divisó á espaldas de una tapia un grupo de hombres al parecer en acecho.

—Amigos ó enemigos, se dijo,—vamos á ellos.

Eran sus compañeros, que lo recibieron murmurando en voz baja gozosas aclamaciones.

—Y ahora, Fernando—dijo uno de ellos—nos llamarás todavía tontos, cuando acabamos de interpretar tan maravillosamente el puñado de tierra con que has cegado al general?

—Oh! — ahora si que estás verdaderamente estúpido, Avila. ¿Podia traducirse de otro modo mi conducta? . . . Pero en que fruslerías nos detenemos! Vamos á buscar nuestros caballos.

—Están prontos allá en el fondo de aquel barranco. Todos son nuestros caballos de estimacion . . .

—Por dicha, cuéntase entre ellos mi volador?

—No lo oyes?

Relinchaba en ese momento un caballo en lo hondo del barranco indicado.

—Oh! . . . . gracias, amigos! Esto se llama tener á mas de talento, corazon . . . .

Pocos instantes despues Braun oculto con su secretario á la vuelta de una roca, vió desfilas veinte ginetes que se internaron en los tortuosos senderos de una quebrada, corriendo como sombras, sin despertar rumor alguno. Fernando y sus compañeros habian envuelto en lienzos los cascos de sus caballos para apagar el ruido de sus pasos.

## VI

### **El eter de Dios**

El general se quedó inmóvil, fijos los ojos en la sombría quebrada: y el secretario le oyó murmurar entre dos suspiros—Juventud! juventud! paraíso alumbrado por tres soles de mágica luz: el amor, la fe y la esperanza, que nunca abandonan tu cielo! . . . . ah! porque eres tan corta! . . . .

Estaba cerca de mediar la noche, que era oscura, aun que en la cima de las montañas comenzaba á blanquear la azulada claridad que precede á la salida de la luna.

De aquel lado y por senderos de atajo, un grupo

de ginetes entre los que ondeaban los velos y las luengas faldas de dos amazonas, bajaban al fresco vallecito del Tilcara.

Eran seis y montaban magníficos caballos, cuyo brio refrenaban para igualar su paso al de cuatro hombres que llevaban al centro conduciendo una silla de manos.

El silencio profundo que reinaba en aquellos parages, la sombra de los peñascos y el prestigio de la hora, impresionaban, al parecer, el ánimo de los viajeros, que caminaban en actitud meditabunda.

Las dos amazonas, asidas de las manos, callaban tambien; pero el mutismo de dos mugeres reunidas es un fenómeno de la naturaleza de los meteoros: no puede prolongarse un minuto.

—Aura!—dijo la una á media voz.

—Juana! respondió la otra en el mismo tono.

—En qué piensas, alma mia? De seguro en Aguilar?

—En él siempre: mas en este momento pensaba en la dicha de verte á mi lado, que de veras me parece un sueño.

—No es cierto? Bah! mi escapada tiene algo de novelesco.

—Y tanto! te confieso francamente que mientras caminaba, hace un cuarto de hora, entre las sombras,

custodiada solo por mis dos pajes y llevando al lado á mi madre enferma, imaginábame una princesa errante; y la fantasía se llevaba tras sí mi pobre cuerpecillo, y ambas íbamos á parar allá á las edades pasadas; y nos plantábamos en una de esas encrucijadas, en la espera de un Amadís para demandarle un don. Pero hé aquí que quien se aparece es una dama que vestida de negro y cabalgando en un corcel del mismo color, viene asistida de dos caballeros con espada al cinto y el yelmo *cristino* en la cabeza. Se acerca, llega, alza su velo, cae en mis brazos. Es Juana! Juana la jóven y bella esposa del general en gefe de un ejército en campaña, traspassando de incógnito su línea de fortificaciones para internarse en lugares que el enemigo vá á ocupar de un momento á otro . . . . Ah! tu leyenda ha echado por tierra la mia. Un poeta haria de ella un bellissimo romance. . . .

—Pues no!

—Y caería á tus piés si yo le dijera todo, si le dijera que desafiaste esos peligros solo por ir en busca de una amiga, á dónde? á las agrestes soledades de Ituya.

—Eso y mas te debe mi corazon, Aura querida. Pésame haberte encontrado de regreso. Habríame sido tan grato ocultarme contigo en esas misteriosas hondonadas . . . . por que ay! no es solo tu amor

el objeto de mi peregrinacion ; y tu poeta si habia de completar mi drama, tendria que dar en él cavida al despecho.

—El despecho! No te comprendo.

—Y sin embargo sabes todos los secretos de mi corazon!

—Dios mio! Te preocuparán todavía esas injustas sospechas?

—Oh! pero ahora son profunda certidumbre.

—Visiones! hermosa mia.

—Escucha y juzga. Cuando procuraba acallar en mi espíritu esas alarmas que te parecian quiméricas, pero que me llegaban en los rumores del pueblo, esa voz de la verdad, el mismo Alejandro vino á justificarlas de un modo irrecusable.

Anunció que iba á marchar al ejército, ordenó los preparativos, y acercándose á mí en extremo cariñoso dióme el abrazo de despedida.

Aquella ternura inusitada hace tiempo, parecióme sospechosa; pero el corazon de la muger acoge tan confiado el bien!

Quiero acompañarte! exclamé, seducida por la halagüeña prespectiva de mostrarme en aquellos sitios vedados para las mugeres, al lado del hombre cuyo desamor me echaba en cara con insolencia.

Heredia acogió mi deseo con visible contrariedad, y le opuso toda suerte de obstáculos; pero vió, sin

duda nublarse mi frente, y como culpado, hubo de ceder porque temió.

—Ves como antes que delinquiera lo estabas ya acriminando?

—Escucha todavía y verás.

Con gran frialdad me dió su consentimiento, no para acompañarlo, sino para que fuera á reunirme á él algunos dias despues . . . . Comprendes, Aura? Rehusaba mi compañía porque deseaba la de Fausta Belmonte, que desapareció de su casa, del paseo, del baño, de todos los lugares donde la liviana santiagueña arrastra sus escándalos.

Adivinándolo todo, y arrebatada de indignacion, no esperé el dia señalado por Alejandro para emprender mi marcha; y acompañada de una pequeña escolta, partí sobre este bello *Tenebroso* que acaba de prestarme el servicio mas importante que caballo hizo á su dueño: me ha puesto en menos de veinte horas á vista del campamento.

La mirada con que acompañó su saludo un oficial que encontré de paso á Salta en comision, me dió tanto en que pensar, que dejando en Jujú la escolta, y cubriéndome el rostro con un antifaz, seguí sola mi camino.

Ya de lo alto de una colina habia divisado la línea de atrincheramientos, cuando al entrar en un camino hondo me encontré frente á frente con el coronel



Peralta, y un oficial que lo acompañaba, nada menos que el nuevo edecan de Heredia, ese porteño Esquivel que ves ahí.

Peralta que reconoció á Tenebroso, palideció de tan estraña manera que todo me lo reveló.

Valida del antifaz que llevaba, pasé ante ellos sin hablarlos, y poniendo á galope mi caballo, muy luego llegué á una altura que dominaba el campamento.

En la vasta llanura que se estendia á mis piés, Alejandro pasaba revista al ejército, que en ese momento ejecutaba vistosas evoluciones.

En la falda de la altura donde yo me hallaba oculta tras de un pedrusco, el general rodeado de su estado mayor tenia al lado una muger vestida de una suntuosa amazona color de grana y bordada de oro . . . . Adivinas quién era?

—¡ Ella !

Ella! . . . . la infame que no solo me roba el amor de mi marido, sino hasta los colores con que yo sola tengo derecho á engalanarme! . . . . Tu que me llamas visionaria, ¿qué dices á estas *visiones*?

Aura inclinó la cabeza.

—Como tú, yo tambien doblé la frente avergonzada de mí misma ; y llorando de rábía, eché adelante mi caballo y lo hize correr sin saber que direccion

tomaba. El instinto mas que la voluntad me llevaba hácia tí.

Sin que de ello me apercibiera, Peralta y Esquivel me habian dado alcance, y me venian escoltando.

Ah! que enojosa es la presencia de testigos cuando llevamos en el rostro el rubor de un ultraje. Cada mirada, por benévola que sea, nos parece una sangrienta burla; y en la frase mas afectuosa creemos sentir la punta acerada del desprecio.

Mientras la esposa de Heredia hablaba, su compañera, con la frente entre las manos, la escuchaba meditabunda.

—Aura! te he entristecido esponiendo á tus ojos la tempestuosa atmósfera conyugal, que pronto vá á ser la tuya! . . . .

Háblame : tu voz disipará las nubes que oscurecen mi alma.

—Ah! murmuró la jóven, con profundo abatimiento —yo creía que nada podría turbar la serenidad radiosa de dos séres unidos por Dios, en el amor infinito, en una sola existencia.

—Yo tambien acaricié esa deliciosa utopía, y creí eterno el amor de Alejandro. Pero un dia, entre él y yo se alzó como un muro de bronce, la influencia fatal de esa muger; y la desconfianza, el odio y una perpétua alarma se deslizaron en mi corazon, y lo

habitan, y no han dejado en él un solo sentimiento sano . . . .

—Mentira ! ¿ Y el que nos une ?

Juana llevó á sus lábios la mano de la jóven.

—Ahora querida ! . . . . Sí, en ese oasis fresco y apacible donde gusta refugiarse mi alma en las borrascas que la devastan. Ah ! cuán grato me habria sido vagar contigo oculta en esos apartados valles, de los que se cuentan estrañas concejas. ¿ Por qué fatalidad te encuentro de regreso ? ¿ No fuiste en busca de aquel viejo empírico que debia restituir la salud á la madre ?

La jóven palideció.

—No es un empírico—dijo con voz profundamente conmovida—es un génio misterioso, que oculto en un cuerpo informe, conoce el pasado y lee en el porvenir. Vive en un antro, sobre el borde de un precipicio, acompañado solo de una águila que tiene allí su nido.

Un grupo de coposos molles oculta la entrada de ese retiro agreste, donde se llega costeano horribles despeñaderos.

Cuando, llevando apoyada en mis hombros á mi madre, entré en aquella caverna, la escena que se presentó á mis ojos me pareció el desvarío de un sueño ; y me fué necesario pulsar los latidos de mi corazon para persuadirme de la realidad.

En el centro de la cueva y delante de una hoguera alimentada con yerbas secas que exhalaban acres y estraños aromas, hallábase posado el busto de un hombre cuyos miembros atléticos tenían el color y los dorados reflejos del bronce.

Una larga cabellera cana y una barba del mismo color, contrastaban con la negra y juvenil mirada de unos ojos profundos y huraños como los de una ave que anidaba á su lado.

Aquel torso de poderosa musculatura, truncado de repente, como al golpe de un martillo, parecía tallado en la peña rojiza que le daba asiento y semejaba á esos ídolos de las pagodas indias, esculpidas en el granito de sus altares. La llama de la hoguera prestaba tal verdad á esta fantasía, que el movimiento de aquellos párpados, y el alentar de aquel pecho parecían un prodigio inherente á los misterios del antro.

El ser estraño que contemplábamos, detenidas con medroso asombro á la entrada de la cueva, tenía delante de un monton de hojas de colores, formas y dimensiones diversas, y que pertenecían á todos los árboles de la creacion, desde el ombú de la Pampa, hasta el tara de la sierra; desde el cocotero del Ecuador, hasta el pino de las nieves. Pero esas hojas estaban frescas, recientemente arrancadas de sus ramas.

Tomábalas él en puñados cogidos al acaso; las estraía una á una de su mano cerrada, y las arrojaba al fuego, examinando con atencion la flama que producian, y aspirando el perfume que exhalaban . . . .

—Dios mio! exclamó Juana, con esa mezcla de ligereza y sentimentalismo que la caracterizaban.

—Cuánto he perdido! Una caverna! un monstruo! los ritos de un culto misterioso! . . . . qué motivos de distraccion para mi pena! . . . .

—La mirada, á la vez reposada y penetrante de esos ojos sombreados de espesas cejas blancas, alzó de repente y se fijó en nosotros.

En ese momento, de entre el puñado de yerbas que ocultaba su mano izquierda y que extraia la derecha, salió una hoja de ciprés.

Una espresion de bondad mezclada de dolor se pintó en aquel semblante; desarrugó su frente, vagó en sus ojos, y se detuvo en sus lábios, convirtiéndose en una triste sonrisa. Arrojó la hoja al fuego, y nos llamó con una seña.

Hizo sentar á mi madre en un trozo de roca, y volviéndose á mi que doblaba ante él la rodilla poseida de una emocion pavorosa—Sé lo que vienes á pedirme, bella niña, dijo con una voz armoniosa y grave como el tañido de una campana—leo en tu corazon: confias y esperas. Mas sabe que la ciencia

humana no alcanza á hacer *un cabello blanco ó negro*, ni á devolver su sávia al árbol herido por el rayo.

—Qué!—exclamé llorando—tú que has hecho tantas maravillas, no restituirás á mi madre la salud perdida? Mírala: ningun mal la aqueja, sino es ese extraño aniquilamiento que acrece cada dia, sin causa conocida!

—Tu madre no morirá de él, sino de otra dolencia, que le ha traído esta, y que acabará por ahogarla. Esa dolencia reside en el alma, y se llama *dolor maternal*.

—Te engañas!—exclamé—Yo la idolatro; hasta hoy la he consagrado mi vida, y ella está contenta de mi. ¿No es verdad, madre mia?

Pero al volverme hácia ella, víla palidecer y caer desmayada en mis brazos.

—Socorro!—exclamé—En nombre del cielo, tú que eres un sábio, dale la vida! . . . . No ves que se muere?

—Al contrario, repuso él, estendiendo su mano cobriza y arrugada sobre la cabeza de mi madre, y posándola en la frente helada—al contrario: ahora reposa. Cuántas veces, en el insomnio de sus eternas noches ha invocado esos síncope, que hunden el espíritu en los limbos del olvido! Créeme: déjala unos instantes aun, en ese letargo de que despertará para sufrir. El único bien que puedo darla, es la

facultad de llamar y prolongar al grado de su voluntad ese anodamiento que para ella es la felicidad.

Hablando así, tomó de su seno una redoma de plata cuidadosamente cerrada; la abrió y me mandó aspirar el perfume que encerraba.

Pero apenas tomé la redoma en mis manos, sentí un aroma á la vez suave y penetrante que se difundió en la atmósfera, invadió mi cerebro y dió un color azulado á todos los objetos que me rodeaban.

Vílos luego alejarse hasta los últimos límites del horizonte, y perderse en una bruma oscura que se extendió lentamente, llegó á mi, y me envolvió como un vapor tibio y enervante.

Un bienestar inefable se derramó en todo mi ser, que me pareció arrebatado de la tierra, meciéndose en las ondas vaporosas de un eter rosado y diáfano. ¿Dormía? velaba? disvariaba?

Un soplo que llegó á mi rostro, ténue y frio, disipó aquel arrobamiento; y me hallé de pié y en la misma actitud que tenia al recibir la redoma. Pero esta se encontraba en manos de mi madre, á quien el viejo decia:

—A los males del alma, la muerte ó el olvido.

Y señalaba la redoma que mi madre apretaba con su pecho con devoto fervor:

—En cuanto á tí, niña, añadió, suavizando con una espresion de piedad el fulgor de sus ojos—no

te diré: vete en paz, porque desde hoy la paz habrá huido de tu alma; pero si te digo; aléjate y no vuelvas; porque la sombra que quieres iluminar, oculta abismos que te darán el vértigo del espanto.

Y el viejo indio, inmóvil como la roca que le daba asiento, nos siguió con una dolorosa mirada hasta que hubimos dejado la cueva.

El acento de la jóven se habia vuelto tan triste, que su compañera, á pesar de su picante turbulencia, escuchaba esta fantástica historia en un profundo silencio.

—Al trasponer el grupo de molles que ocultaban la caverna, continuó la jóven—mi madre aspiró con ansia el aire puro de la montaña; suspiró como aliviada de un grave peso, y sus piés, antes débiles y tardos, marcharon con lijereza y seguridad sobre el borde escarpado de los precipicios. De vez en cuando deteníase para mirar la misteriosa redoma que llevaba escondida en su seno, y una sonrisa de esperanza vagaba en sus lábios. En el corto espacio de una hora, aquel cuerpo desfallecido se habia transfigurado.

Pero esta animacion, ese alivio que yo habia venido á buscar para ella, y que habría pagado á precio de mi vida, derramaban ahora en mi alma una dolorosa inquietud; por que comprendí que los



producía la esperanza de substraerse por unas horas de anonadamiento á ese martirio desconocido de que habia hablado el viejo de la caverna, y que yo buscaba en mi propia conciencia, sin encontrar mas que amor y consagracion.

—Yo lo sabré—dije abrumada por la mas dolorosa de las dudas: la duda de sí mismo—yo lo sabré; y destrozaré mi corazon si hay en él algun sentimiento que pueda causarte pena, madre querida!

Anoche, cuando todo callaba en el profundo valle de Iruga levantéme de la cama donde me acosté vestida, y recatando mis pasos, fuí á espiar el sueño de mi madre.

Encontréla reclinada en los cojines de un divan, inmóvil y al parecer en el mas tranquilo reposo. En sus lábios y en sus ojos entreabiertos vagaba una dulce sonrisa, y sobre sus mejillas se extendia el rosado tinte de la salud que hacia tiempo habia huido de ellas.

Toqué su frente que estaba fresca, incliné mi oido sobre su pecho que se alzaba en suaves aspiraciones bajo sus manos cruzadas que estrechaban la redoma del viejo de la montaña.

Cuán feliz parecia en aquel sueño que semejaba al éxtasis—Y sin embargo—decia yo con amargura, hé ahí tu rostro enflaquecido, tus manos transparentes,

tus ojos cóncavos y rodeados de un círculo azulado. ¿Cuál es ese dolor maternal de que habló aquel viejo, y que pesa todo sobre la cabeza de tu hija única? ¡oh! yo lo sabré.

Y sola, y caminando á tientas entre las tinieblas, dirijí mis pasos á la montaña.

Atravesé el valle, subí la áspera falda y costeeé el precipicio en cuyas paredes se abria el antro del misterioso viejo.

Al penetrar entre el grupo de molles, el ala poderosa de una ave rozó mi frente, y me arrancó un grito que repitió á lo léjos una voz cavernosa. Era el éco.

Encontré al viejo inmóvil en el mismo sitio, delante de la hoguera; pero ahora leia á la rojiza luz de la llama un libro inmenso cubierto de caracteres estraños.

—¿Qué me quieres? exclamó, alzando los ojos del libro y fijándolos en mí con una mirada severa. Aléjate, vé á correr sobre el sendero que se alza ante tí y no pretendas mirar los abismos que cubre.

—Aunque sepa morir le respondí, quiero saber.

El viejo me contempló con una espresion de piedad.

—Qué quieres saber? me dijo, con la frente contraida por una penosa emocion.

Ignoras que ciencia y dolor son sinónimos en el libro de la vida. Aléjate! Unos pocos días felices son mucho en el destino humano. ¿Por qué quieres abreviarlos?

—Tú mismo lo has dicho: la paz había huido hoy para siempre de mi alma. Y bien ¡sea! Descúbreme ese horizonte desconocido, donde rujen las tempestades que envolverán mi vida. Quiero contemplarlo.

—Sondar! inquirir! saber! . . . . Cumple, pues, ese anhelo funesto que perdió á tu raza! Mira.

—Y alzando con una mano un enorme trozo de roca, hízome inclinar con la otra sobre el hueco que aquella dejaba, concavidad oscura en cuyo fondo brillaba á la luz de la hoguera un charco de agua negra y profunda.

—¿*Qui vez?* articuló una voz que me pareció venir de las bóvedas sinuosas de la caverna. Y yo, palpitante, subyugada por un poder desconocido, respondí—Nada, sino un resplandor rojizo que oscila entre las tinieblas.

—Es un lago de sangre que separa el pasado del presente—repuso la voz—Mira!

Oí el chillido de una águila, y sentí el viento de sus alas; pero la caverna estaba desierta: el viejo había desaparecido; y solo escuché la voz que decía—¡Salud, reina del eter! Qué me traes? ¡Ah! si:

hé ahí las hojas que contienen la savia de todas las zonas, y cuya combinacion tiene el poder de evocar el espectro del porvenir. Mira.

La caverna se iluminó con una luz compuesta de los colores del prisma; un humo denso, acre y penetrante llenó los ámbitos dividiéndose en grupos estraños, que alumbrados por la fantástica luz que se desprendia de la hoguera tomaron de repente la apariencia de un paisage. En una lontananza sombría, alzábase una montaña cubierta de frondas. Blanqueaban á sus piés cúpulas de una ciudad; en su falda, á la vera de un manantial, un pozo negro y profundo.

—Niña—exclamó Juana interrumpiendo á su compañera—¿no se diria que estabas viendo la campiña de Salta? La ciudad, el cerro de San Bernardo, su verde falda, y el pozo del Yocci, de pavorosa fama, con el que las nodrizas nos hacen tanto miedo.

—Miraba yo todo esto—continuó la jóven—como al traves del vapor oscilante que se exhala de la boca de un horno.

De súbito vibró en el aire una voz desconocida, pero que conmovió mi corazon como un acento familiar y querido. Hízola callar una horrible imprecacion á que siguió un gemido: y allá en el fondo del pozo sobre el que una estraña fascinacion

me tenia inclinada, ví mi propia imágen, envuelta en el velo de las desposadas, pero pálida, yerta, y el pecho rasgado por una ancha herida . . . .

El águila dió un chillido lúgubre; el viento de sus alas apagó la llama de la hoguera, y las tinieblas se estendieron sobre la caverna . . . .

La sensacion de un inmenso cansancio me despertó de repente. Encontréme recostada en mi cama, los pies magullados, los vestidos en girones y llevando enganchadas todavia las espinas de las zarzas. La cucarda federal habíase desprendido de mi cotilla y sus lazos rojos caían sobre mi falda blanca como dos hilos de sangre.

¿Qué habia pasado en mi aquella noche? ¿Un desvario? ¿Una realidad?

La voz de mi madre que me llamaba, cambió el curso á mi preocupacion. ¿Cuál era ese dolor que aquejaba su alma, ese dolor cuya causa habia yo ido á averiguar del anciano de la montaña, y cuya investigacion, dejándome en las mismas tinieblas, habia envuelto mi espíritu en un caos de dudas y de terrores?

Encontré á mi madre con el semblante animado, ligera, llena de vida. Sonrióse con dulzura; pero cuando iba á preguntarla lo que significaban las misteriosas palabras del indio, selló mis lábios con un beso, y me mandó que ordenara los preparativos

para nuestro inmediato regreso, pues en la noche habia llegado el aviso de la aproximacion de una fuerza boliviana que venia llamada por los caudillos de una conjuracion que se organizaba en Iruya.

Esta mañana, cuando dejábamos el valle, siguiendo un sendero extraviado divisé á lo lejos el despeñadero y el grupo de molles que oculta la boca del antro. Un bulto negro estaba inmóvil sobre la copa de aquellos árboles. Era el águila de la caverna, que ha poco tendió su vuelo sobre nuestras cabezas en inmensos círculos dando chillidos roncós que repetia el éco de las peñas.

—¡Esto si es una leyenda, una leyenda maravillosa! exclamó Juana. ¡Dios mio! ¡cuánto he perdido! ¿por qué vine tan tarde? Yo no habria ido á pedir á aquel sabio el secreto del porvenir, habríale demandado el poder de castigar: un haz de rayos para mi mano!

—Querida mia, en vano pretendes chancear: tu mano está húmeda y helada.

—Es de cólera. ¡Oh! yo iré un dia en busca de ese hombre, y si algo le pido que me devele, es como acaban las perfidias, las traiciones á la fe jurada al pié del altar! . . . .

—¿No siente V. tentaciones de imitar ese cuchicheo mugeril? dijo de pronto el coronel Peralta á su joven compañero.

—Sí á fe, mi coronel, pero parecíame V. tan ensimismado!

—Recuerdos ligados á estos parages que en otro tiempo recorrí tantas veces en pos del enemigo.

—Bien pronto habremos de hallarlos en las mismas condiciones.

—¡En las mismas condiciones! oh! no: aquella era una guerra santa; esta es una guerra fratricida. ¿Qué hay de comun entre la una y la otra?

—Es verdad, perdone V., coronel: no ha sido mi intencion comparar con nada aquella época gloriosa. La respeto, la venero, y para no profanar con ligerezas su ínclita memoria, llevemos nuestra sigilosa plática á otro terreno . . . . Quién es pues esta jóven tan gallarda? Su rostro, que la noche me oculta, debe ser divino, si corresponde á su talle encantador.

—Es una flor exótica, trasplantada á nuestro suelo por una de esas bellas fugitivas que la abandonaron en pos del pendon de los leones—respondió Peralta, cuyo tema favorito era la crónica de aquel tiempo—El padre de esta muchacha, oficial superior en el ejército realista y muerto en Ayacucho era un noble, cuyo título tiene una historia interesante.

El rey Fernando VII, que era dado á los juegos de fuerza, sobresalía en el de la barra; y no se

encontraba en todos sus reinos quien pudiera igualarlo.

Un dia vinieron á decirle que en las cercanías de Pamplona habia un pastor de tanta fuerza en aquel ejercicio, que habia derrotado no solo á los jugadores de la comarca, sino á todos los que de largas distancias, atraidos por su fama, venian á desafiarlo.

—Que me lo traigan!—exclamó Fernando; y en la misma hora partieron correos en busca del pastor, que fué traído á la corte y presentado al rey.

Era un jóven de bello rostro, apuesto, fornido y de porte arrogante, que holló con desenfado el pavimento del alcazar, cual si fuera el umbral de su choza, y miró al príncipe con un aire de potencia á potencia.

Colocado en el real palenque, rió de las maneras académicas de su augusto rival; y comenzada la partida la barra del pastor dejó muy atrás la barra del monarca. Declarado su triunfo, el vencedor terció de nuevo el zurrón y empuñó su cayado; el vencido se lo arrancó de las manos.

—Te has medido con tu rey—le dijo—y no puedes ya ser un villano. Conde la Barra, eres noble y caballero. Primo—continuó, volviéndose al duque de Alba—cálzale la espuela de oro.

Pero el pastor supo realzar al Conde; y despues



de Enrique IV ningun Borbon dió tanta honra á su blason y su espada.

Vino á América ocupando un alto puesto en el ejército español, y dió la corona de condesa á una hermosa hija de Salta y de un sarraceno testarudo, que arrastró á su familia tras las tropas de Pezuela, pasando sobre el cadáver de su propio hijo; porque en ese nido de godos floreció un héroe de patriotismo . . . . Teodoro . . . .

El jóven interlocutor de Peralta aprovechó de la emocion que cortó la voz á este, para decir:

—Pues yo declaro á la hija del pastor no solo digna de las *barras* de su escudo, sino del trono de Isabel, por su gentil apostura y la regia destreza con que lleva ese brioso caballo.

—Poco á poco, amigo mio! no gaste V. su pólvora en salvas para celebrar el triunfo de otro.

—Y quién es ese dichoso mortal?

—Aguilar, el coronel á la moda, el favorito del general, el héroe de *chiripá*.

—Añada V. en justicia, mi coronel: el mas valiente de los valientes hijos de Corrientes. Placiérame poder amar á esa jóven para tener un rival como él.

En ese momento la luna asomando sobre la cima de las montañas iluminó el paisaje y la caravana.

—Ah! exclamó el oficial—esta Aura gentil era

la *Estrella de Salta*, esa bellísima Aurelia que nos deslumbró en el baile con que la generala festejó nuestro arribo trayendo la division de Tucuman. Yo la ví solo un momento; pues á las doce de la noche partí para Jujuí en comision. Justamente en ese momento bailaba con Aguilar, y los danzantes se detenian para contemplar aquella hermosa pareja: él con su traje oriental; ella vestida de gazas blancas y color de rosa, coronada de flores y su rubia cabellera rizada y ondulante como una nube dorada.

—Note V. ahora el contraste que esa belleza de cabellos blondos y de azules ojos, forma con la hermosura morena, ardiente y espresiva de la generala.

—Tiene unos ojos de llama y unos bucles negros que parecen ensortijados por el sol de Africa.

—Cuán viva es! y á vueltas de su lijereza unos arranques de pasion que los envidiaria una pantera.

—Esta tarde, por ejemplo . . . .

—Silencio! . . . .

—Qué pálida está nuestra ama!—dijo uno de los pages al otro, señalando con los ojos la silla de manos, cuyas cortinas entreabiertas por la brisa dejaban ver un rostro demacrado, cubierto de una palidez mortal pero cuyas facciones finas y de una

correccion académica habian conservado los restos de una grande belleza.

La frente blanca y de ahuecadas sienes se reclinaba con abandono en la mullida pluma de un cojin, plegándose de vez en cuando como á la influencia de un ensueño doloroso.

Descansando en el cojin á la altura de la mejilla una mano blanca y trasparente como la cera, apretaba entre sus dedos una redoma de plata.

—¡Ah!—continuó el criado con pesaroso acento —por mas que uno quiere engañarse, en fuerza del cariño, ahí está la verdad, que le salta á los ojos para romperla el corazon.

—Esto viene de muy lejos—repuso el otro: moviendo tristemente la cabeza. Desde que vió matar á su hermano, el ama no ha tenido un dia bueno, por mas que la fortuna se empeñaba en darle todos los bienes. Rica y casada con un hombre de título y de caudal, que la amaba, recorrió las suntuosas comarcas del Perú, triste siempre; y atravesaba esas ciudades de los cuentos maravillosos: Chuquisaca, Potosí, Cuzco, Lima, como un alma en pena, mirando sin ver.

Apenas, si cuando nació la niña, un poco de alegria vino á visitarle; yaun entónces mismo, muchas veces, mientras le daba el pecho, la ví llorar apartando

los ojos de la inocente criatura, como si le pesara alimentarla . . . .

En ese momento, la caravana saliendo de una estrecha cañada que seguía hacía rato, se halló de repente en el valle de Jilcara.

—Hé ahí el sitio donde deshicimos á los estremeños—gritó de pronto Peralta, arrebatado de entusiasmo; y su mano señalaba el cauce seco y pedregoso de un torrente encerrado en un recodo del Valle. En esa hondonada les dimos una carga tan violenta que ni uno solo escapó; y antes que pudieran reconocerse, nuestras lanzas los clavaban contra las peñas.

Un gemido doloroso respondió á estas palabras.

—Mi madre!—exclamó la jóven rubia; y adelantando su caballo inclinóse hácia la silla de manos.

—Duerme—dijo, cuando hubo tocado la frente de la enferma.

—Sin embargo, por profundo que sea su sueño, percibe cuanto se habla en torno suyo; y si es algo que puede causarle pena, llora y suspira como ahora.

—Mal haya el eterno hablador y sus historias rancias!—dijo la vivísima morena con un enojo cómico—Que no permitiera Dios á esos pobres entremeños aparecer de improviso, armados de punta

en blanco, á pedirle la cuenta de su agujereada piel.

## VI

### **El Cange**

En el mismo instante, como evocados por las palabras de Juana, veinte ginetes bien montados y armados de pistolas y espadas, salieron de repente de la hondonada que señalaba Peralta, y antes que este y su compañero (exactamente como aconteció á los estremeños) pudieran reconocerse, los envolvieron, los desarmaron, ligaron á la espalda sus manos, apesar de su rabia, y los ataron inmóviles sobre sus propios caballos.

Juana se adelantó resueltamente hácia el jefe del misterioso escuadron.

—¿Con qué derecho os atreveis á poner la mano sobre hombres libres que llevan su camino?

—Contais por nada el derecho de represalias?— respondió este con una voz que hizo estremecer á Aurelia, sin que pudiera acordarse donde la habia oído otra vez; y por una estraña coincidencia, allá en el fondo de la silla de manos, una fuerte emocion sacudió el cuerpo desfallecido de la enferma, y un débil grito se exhaló de su pecho, y sus párpados cerrados se agitaron.

—Yo deploro, señora—continuó el jefe—deploro profundamente la necesidad que me obliga á usar de descortesía y aun de rigor con séres por quienes mi respeto es un verdadero culto.

—Cobardes!—exclamaron á la vez Peralta y su jóven compañero, haciendo esfuerzos para romper sus ligaduras.

—Una mordaza á esos hombres—dijo el gefe volviéndose á los suyos—Y en cuanto á las señoras, ruégolas que nos sigan sin intentar resistencia.

—Dios mio! ¿y mi madre?—gritó Aurelia, arrojándose del caballo y corriendo á colocarse delante de la enferma.

El gefe se conmovió á pesar suyo. Echó pié á tierra y se acercó á la jóven.

Entonces por primera vez ambos se miraron.

Dios solo conoce el misterio de esas simpatías repentinas, atraccion invencible que arrebatá el alma en un acento, en una mirada, y obligó á la jóven y al desconocido á llevar la mano al corazon para interrogarlo.

—Comandante Castro, gritó uno de aquellos hombres—un desfile en la altura!—y señaló el barranco que se alzaba á pico sobre el cauce del torrente.

En efecto, al borde del precipicio desfilaba un destacamento equipado de armas mixtas que brillaban

á la luz de la luna. Al centro iba un hombre desarmado y cabisbajo, seguido de una muger. Reconocíasele en un vestido blanco y la larga cabellera que descendía flotante de su cabeza desnuda.

—Son ellos! exclamó el comandante—he ahí Lucia; he ahí su padre. Compañeros, diez hombres para guardar á los prisioneros, y el resto conmigo, á escalar esta muralla.

—Quién vive! gritó de lo alto una voz sonora, que arrancó á Aurelia un grito de alegría.

—Bolivia y su gente, en busca de los incendiarios —respondió el comandante Castro. A esa voz, la muger vestida de blanco intentó arrojarse al precipicio; pero la detuvo el hombre que iba detrás.

—Fuego! gritó la voz que habia dado el quién vive!

—Deteneos en nombre del cielo—exclamó Aurelia —Estoy prisionera con mi madre y . . . .

—Y la esposa del general Heredia—dijo Juana acabando la frase—Querido Aguilar, no añada V. una onza de plomo á nuestra pesante malaventura.

Cuando Juana decia estas palabras, oyóse un ruido semejante al derrumbe de un peñasco; y entre una nube de polvo, cayó mas bien que apareció, un ginete con espada en mano, montado en un fogoso corcel, vestido con un traje pintoresco, bello,

magestuoso, terrible, que mirando en torno con ojos centellantes, se arrojó al centro del grupo, erizado de espadas desnudas, que lo amenazaban, procurando llegar al sitio donde se hallaban las prisioneras.

Castro le salió al encuentro—Nadie ose tocar á ese hombre--dijo volviéndose á sus compañeros—es mio.

—Ah! eres tú el jefe de esos raptores?—interrogó el uno.

—¡Ah! eres tú el jefe de esos bandoleros?—repuso el otro; y las espadas se cruzaron.

Aurelia se arrojó entre ellos y los separó.

—Qué vais á hacer! exclamó—Mataros? Qué locura! La muerte de Aguilar, señor, continuó volviendo hácia Castro su dulce mirada—seria la sentencia de aquellos que viene V. á salvar. En cuanto á la del jefe de la fuerza que nos tiene en su poder, no te diré que seria inmediatamente seguida de la tuya, Aguilar: tú no temes la muerte, pero ¿querriais dejarme sola en este mundo donde nos espera la dicha en ese nido de flores que tú sabes?

Aguilar, subyugado por esas seductoras imágenes bajó su espada, y dijo con un acento tierno que contrastaba con su belicoso porte:



—Pues lo quieres, amada de mi corazón, sea.  
¿Qué debo hacer?

Aurelia volvió hacia Castro una mirada suplicante. El joven ahogó un suspiro, bajó también ante ella su espada, y murmuró con una voz tan baja que solo la oyó el corazón de Aurelia:

—Pues lo quieres, ángel del cielo, cúmplase tu voluntad!

—Gracias, valientes caballeros—exclamó la joven, tendiéndoles las manos con una expresión tan afectuosa para ambos, que algo parecido á una sombra cruzó por las negras pupilas de Aguilar.

—Y bien!—continuó la joven, las leyes de la guerra permiten á los prisioneros la esperanza de la libertad por medio del cange: cambiad pues los nuestros y separémonos amigos y felices.

Pocos momentos después los dos destacamentos se reunieron, y efectuando el cange, los unos subieron la cuesta de *Oquia*; los otros descendieron á lo largo del valle para tomar el hondo camino que conduce á *Ornillos*; no sin que los negros ojos del comandante Castro se volvieran con frecuencia para buscar unos ojos azules que le enviaban una sonrisa. Por eso, sin duda, los de la bella hija del gobernador de Moraya, se bajaron para no levantarse más . . . . .

## VII

**Tinieblas**

Cuando las dos partidas enemigas se perdieron de vista, Aurelia sintió una emoción penosa; algo indefinible, desconocido, que llevó á su alma una estraña duda. Miró á Aguilar, y lo vió sombrío; volvióse á Juana, y la mirada de esta tenía una expresión que aumentó su propia perplejidad; fué á refugiarse cerca de su madre y la encontró despierta, incorporada pero pálida y absorta en una mirada que sus grandes ojos fijaban con ánsia en el camino que dejaban atrás.

## VIII

**Revelacion**

El general Braun había cumplido la promesa hecha al correjidor de *La Quiaca*. El gobernador de Moraya y su linda hija escoltados por sus audaces libertadores entraban al siguiente día en el campamento boliviano.

La severidad de la disciplina ordenaba al general castigar la falta que con tanta astucia había él mismo provocado. En consecuencia, arrestó á los culpables

y los sometió á juicio; pero el gobernador y su hija pidieron la libertad con ruegos tan apremiantes, que le dieron la oportunidad inapreciable para el coronamiento de su obra, de perdonar el crimen en gracia del resultado.

Lucía partió aquella tarde con su padre, y este pidió á Fernando que los acompañase á Moraya. El jóven no habia tenido ocasion de hablar á solas con su prometida: ella las habia cuidadosamente evitado. Por lo demás, su voz, ó la espresion de su semblante conservaban siempre la dulzura afectuosa que usara con el que debia ser su esposo. Nadie habia percibido en ella el menor cambio: nadie sino Fernando.

El jóven no podia darse cuenta de lo que sentia su alma: estaba descontento de sí mismo, y anhelaba llegar, con la esperanza de encontrar en esa casa donde träscurrieron los dias de su infancia; donde nació su amor por Lucía, los recuerdos de un pasado que á pesar suyo veía palidecer. Pero aquella morada, que antes era para él un eden de amor, parecióle ahora fria como un hogar apagado. Un astro se habia alzado en el cielo de su destino, y habia eclipsado el que antes lo alumbraba.

El gobernador, entrando en el cuarto seguido de su hija, vino á interrumpir aquel penoso desvarío.

—Fernando, le dijo, ha llegado la hora de una

revelacion que influirá inmensamente en tu existencia y que retardé hasta hoy, por motivos que te explicaré y que tu encontrarás justos. He querido que la presencie Lucia, por que vá á cambiar por completo el destino de ambos.

Sentóse en frente del jóven, hizo sentar al lado á su hija y prosiguió:

—De la historia de tu pasado, solo conoces la escena dolorosa de aquella noche en que una muger enlutada, cubierta con un velo y llevando en sus brazos un recién nacido, llamó á la puerta del pobre labrador de Jalina; y arrojándose á sus piés le pidió amparo para aquella pobre criatura que habia venido al mundo entre la deshonor y la orfandad; y alejándose sollozante, desesperada, volvía cada noche á deshoras para llorar, abrazada de su hijo, hasta que un dia desapareció para no volver mas.

—Sí — respondió Fernando, profundamente conmovido, ese niño era yo: y ese labrador eras tú, buen padre, tú que me rodeaste de cuidados y de cariño; que buscaste una esposa para darme una madre: que me enseñaste el amor al trabajo, el horror del vicio y la excelencia de la virtud; y no bastando á tu bondad tantos beneficios vas á darme esta bella y noble compañera.

Los ojos y los labios de Lucia enviaron al joven una dulce y pálida sonrisa.

—En todo eso, hijo mio, repuso el anciano—dí un inmenso gozo á mi corazon ; pero tú ignoras que desde que tu madre te puso en mis brazos he hecho á tu dicha, dia á dia, un inmenso sacrificio. ¿ Sabes cuál ? Dejarte ignorar que eras rico.

Desde muy temprano reconocí en tí un espíritu soñador que gustaba vivir en las regiones de lo ideal. Dar pábulo á esa propension es abrir la puerta al ocio. Hícete pues un misterio del tesoro que tu madre me confió para tí; eché sobre mis hombros la pesada responsabilidad de tu porvenir y me consagré al cuidado de tus intereses. Todo cuanto me has visto acumular con tan codicioso anhelo, era tuyo, era para tí.

Hé ahí el estado actual de tu fortuna, continuó el anciano, estendiendo sobre la mesa en que se apoyaba Fernando un legajo voluminoso. La inmensa riqueza, la riqueza proverbial del gobernador de Moraya, es tuya, tuya exclusivamente.

—Es de Lucía, padre mio, exclamó Fernando, estrechando en sus brazos al anciano. Yo poseo un tesoro : mi espada que me abrirá, lo espero, un ancho camino en el mundo.

—Y yo que voy á abandonarlo, nada necesito, nada deseo, nada quiero sino es la paz y el olvido

—respondió la jóven. Y tendiendo á Fernando una mano fria—Adios! hermano mio—dijo con acento doloroso pero firme. Un abismo nos separará bien pronto, pero allá en el asilo donde voy á pedir un refugio contra los dolores de la vida, pensaré siempre en tí, y mi espíritu jamás te abandonará. Y dejando absortos al jóven y al anciano, Lucía imprimió sus lábios pálidos en la frente del uno y en la mano del otro y se alejó.

Dos dias mas tarde Lucía partió para Chuquisaca á tomar el velo en el convento de las carmelitas.

## IX

### **La conspiracion**

—Caballero de las aventuradas empresas—dijo un dia Braun al comandante Castro—Vaya una mision del gusto de V.!

—Ordenes de ese género no las haga V. esperar, mi general, respondió Fernando con estraños latidos de corazon.

—Lea V. esa comunicacion recibida hoy.

—Los descontentos nos llaman, y en Salta se trama una conspiracion! Qué dicha! Mi general, ¿qué debo hacer?

—Marchar allá de incógnito, ponerse de acuerdo

con los dos caudillos, y el día señalado, obrar de frente, encabezar el movimiento.

—¡Por Dios, general, ordéneme V. partir ahora mismo.

—Hum ! comandante Castro! comandante Castro! ó mucho me engaño, ó los bellos ojos de aquellas prisioneras le están tocando llamada . . . . En fin, es V. tan feliz que, en efecto, parece que es necesario que parta V. ahora mismo . . . .

Partir! llegar! buscarla! hallarla! ¿Corazon, podrás resistir esa ola inmensa de felicidad? . . .

Volvamos una vez mas á esa blanca ciudad que emboscada en perfumadas frondas se alza al pié del *San Bernardo*. Veinticuatro años han pasado y siempre es la misma; con sus casas magníficas pero vetustas, rodeada de jardines, sus atrios sombreados de vides cargadas de racimos y sus moriscas azoteas dibujándose en el azul del eter. La noche tiende sobre ella su velo salpicado de estrellas y le dá un aspecto fantástico; pero á la apacible tranquilidad de su recinto han sucedido el fragor de las armas y el sonido marcial de los clarines.

Nuevos refuerzos de tropas enviadas por Rosas al ejército del Norte, habian entrado en Salta aquella tarde; y Heredia, trayendo consigo á Aguilar y á otros dos de los mas valientes jefes, avisado por

datos ciertos de una conspiración tramada en la ciudad en connivencia con Braun, y ramificada entre las tropas mismas que llegaban, había dejado el campamento para venir á recibirlos, con la esperanza de descubrirla y sofocarla á tiempo.

Deslizándose á favor de la sombra y del tumulto, un hombre que acababa de echar pié á tierra en una casa derruida donde era al parecer aguardado, el rostro oculto entre el embozo de la capa y el ala del sombrero, atravesó el puente del colegio, bajó la calle de Cebrian y se detuvo en la esquina de la plaza.

—Cuartel de la Merced, dijo, consultando un papel, que contenia, sin duda, señas de algunos puntos en una ciudad desconocida. A las nueve los nuestros relevan la guardia. Cuartel de San Bernardo, prosiguió. Nada hecho todavía en ese cuerpo que tiene á raya la severa vijilancia de Aguilar, su coronel . . . .

El embozado ahogó un suspiro que era mas bien una sorda imprecación, y continuó.

—Nuestro agente se compromete, sin embargo, á comprar sus clases, y ganarlo á las once de esta noche. Son las siete. Dos horas, añadió con una voz en que parecian vibrar las fibras mas íntimas del corazón—dos horas para buscar los medios de



verla y dar el alma en ese corto espacio, un mundo de felicidad. Vamos!

Atravesó el frente meridional de la ciudad, siguió á lo largo aquella misma calle que en otro tiempo vino á buscar otro hombre, como él ahora, nocturno y furtivo.

Pero en vez de detenerse ante la puertecita oculta por la fronda, y que dió entrada al antiguo guerrillero, el incógnito dobló el ángulo de la calle, entró en otra, flanqueada de elevados edificios y se encontró ante la fachada de una casa de aspecto secular, pero ostentando por todas partes una bella arquitectura.

El embozado se detuvo ante el espectáculo estraño que se ofreció á sus ojos.

En el átrio de aquella casa dos hileras de hombres vestidos de ceremonia tenían en las manos cirios, y las puertas abiertas de los salones lujosamente iluminados dejaban oír de tiempo en tiempo, en el interior, el tañido de las campanillas del santuario.

Un sudor frio inundó las sienes del desconocido.

Abrióse paso entre la multitud, y mezclándose á ella, penetró hasta las cámaras interiores de aquella suntuosa morada.

Un gemido de dolor y de rábía se escapó de su pecho.

¿Qué vió?

Al pié de un lecho donde yacía una muger morimunda se hallaban arrodillados el general Heredia y su esposa, teniendo entre ellos y en la misma actitud al coronel Aguilar, y á aquella bellísima Aurelia que el entusiasta oficialito porteño llamó la estrella de Salta.

Sus azules ojos estaban bañados de lágrimas, y vestida de blanco y el largo velo prendido entre los rizos de su cabellera blonda, parecia una vision celestial.

A la cabecera del lecho, en un altar cubierto de flores, un sacerdote preparaba el óleo santo, para ungir á la enferma que con la mirada fija en la jóven parecia absorta en un hondo pensamiento.

En el fondo de la cámara, los criados de la casa prosternados, oraban llorando.

—Ah!—decia uno de estos, al que estaba á su lado—qué hora para bendecir un matrimonio!

—El ama lo habia retardado hasta ahora sin duda por la invencible repugnancia que le inspiró siempre este coronel Aguilar á quien la niña idolatra: pero el temor de dejarla sola ha podido mas que la aversion.

—Por mi, nuestra ama tenia razon. Ese hombre, que de cierto es muy buen mozo, tiene á mis ojos un no se qué en el semblante . . . . Y sobre todo, gefe

cruel con el soldado, malo debe ser. ¡Estas niñas que todo lo ven color de gloria . . . .

Concluida la lúgubre ceremonia de la *extrema unción*, el sacerdote cogió sobre el ara una corona de azucenas, púsola en la blonda cabeza de la novia, y juntó su mano á la de Aguilar, hizo las solemnes demandas y los unió para siempre.

## X

### **El lecho de muerte**

Una sorda imprecacion respondió á las palabras del sacerdote. Aurelia la escuchó, y la vision misteriosa de la caverna de Iruya se alzó en su mente. Espantada, tendió una furtiva mirada en torno, y sus ojos se encontraron con los del desconocido . . . .

En ese momento sintióse en el salon inmediato un rumor confuso de voces y de armas; y al mismo tiempo, el coronel Peralta, lanzándose de repente en medio de la cámara, seguido de algunos soldados—Hé ahí el agente de Braun, gritó, señalando al desconocido—hé ahí el gefe de la conspiracion que debia estallar esta noche. Prendedle!

Heredia y Aguilar desenvainaron sus espadas: pero el incógnito arrojando su embozo, empuñó la suya, y veloz como el pensamiento, blandióla en todos los sentidos, hirió á Peralta, abrióse paso y se arrojó á fuera.

Aguilar fijó en su esposa una mirada sombría y siguió al fugitivo.

A la vista del desconocido, cercado de enemigos y amenazado de muerte, Aurelia iba á arrojarse delante para defenderlo; pero una mirada que dirigió al lecho de su madre, la detuvo.

La morimunda incorporada, casi de pié, los ojos fijos en el incógnito y tendiendo hácia él sus brazos, hacia vanos esfuerzos para pronunciar una palabra que su lengua helada no podia articular; y cuando lo vió desaparecer entre las espadas flameantes que amenazaban su pecho, exhaló un hondo gemido y cayó desplomada en los brazos de su hija, á tiempo que Esquivel, el jóven edecan de Heredia, entraba trayendo al general el aviso de que Fernando de Castro, agente de Braun y jefe de la conspiracion que se acababa de sofocar habia sido aprehendido.

En los ojos de Heredia brilló un rayo de gozo cruel, que al siguiente dia tuvo una sangrienta traduccion en numerosos y atroces suplicios.

Entre tanto, ordenó que se encadenase al prisionero y se le encerrase en uno de los calabozos del cuartel de San Bernardo, mientras se reunia el consejo de guerra que debia juzgarlo. Y sonriendo de un modo siniestro al dar esa órden, ofreció el brazo á su muger, y se retiró.

Juana quiso quedarse con Aurelia; pero esta le pidió la dejara sola con su madre. Abrazóla tiernamente, la despidió, y vino á postrarse á la cabecera del lecho.

La moribunda estrechó la mano de su hija entre las suyas húmedas y heladas, y le pidió por señas recado de escribir. Habia perdido el habla. Aurelia bañada en lágrimas le obedeció.

La enferma atrajo á sí la cabeza de la jóven, posó en su frente los lábios yertos ya por la proximidad de la agonía, y le hizo señas de que se alejara é hiciera acercar al sacerdote.

Aurelia cedió su puesto, á pesar suyo, al ministro de Dios, y fué á encerrarse en su cuarto. Arrodillada ante el lecho nupcial, vacío y siniestro como un catafalco la jóven apoyó en él su frente coronada de flores, pero pálida y fria y se hundió en un desvarío doloroso.

El sonido de un timbre la arrancó bruscamente á aquel estado extraño, entre el delirio y la plegaria. Alzóse anhelante, y corrió al cuarto de la enferma. Pero al pasar el umbral dió un grito y cayó de rodillas.

Sobre aquel lecho donde pocos momentos antes la habia despedido con una caricia, su madre yacía inmóvil y el rostro oculto bajo los pliegues del sudario.

El sacerdote, de pié á la cabecera del lecho mortuario, con una mano le mostró el cielo; con la otra le entregó una carta cerrada y sellada con las armas de su casa . . . . . Algunas horas despues, á la luz de los cirios que ardian en una capilla ardiente, Aurelia, sentada á la cabecera del féretro de su madre, abria con mano trémula aquella carta, y ponía en ella sus ojos . . . .

En la noche de ese dia, Juana, la linda esposa del general Heredia, sola en su retrete, hallábase recostada en los cogines de un divan.

La negligencia de su actitud, contrastaba singularmente con la espresion de su rostro que revelaba una violenta lucha interior.

Una de sus manos jugaba distraida con los rizos de su cabellera, y la otra sostenia un libro cerrado, en el que apoyaba su linda cabeza, como si cansada de buscar algo en sus páginas, lo pidiera á su ardiente imaginacion.

Una mano discreta llamó suavemente en los cristales forrados de tafetan rosado que formaban la puerta.

—Quién está ahí—preguntó Juana, fingiendo una voz soñolienta y cerrados los ojos.

—Una muger encubierta desea hablar á la señora—dijo un criado entreabriendo la puerta.

A la palabra *encubierta*, los hermosos ojos de

Juana se abrieron en todo su magnífico grandor. Una ola inmensa de curiosidad ahogó en su mente las ideas que la preocupaban y sacudiendo su postracion, alzóse ligera, exclamando con la novelería de una niña—Una muger encubierta! Hazla entrar al momento!

Y sin tener paciencia para esperar, corrió al encuentro de la desconocida.

Pero al pasar el dintel de la puerta, una muger enlutada, y cubierta con un tupido velo se echó en sus brazos, la hizo retroceder, cerró tras sí la puerta y volviéndose á Juana, se descubrió.

—Aura! tú aquí! . . . . cuando . . . . cuando el cadáver de tu madre se halla tendido aun en la casa mortuoria! . . . . Angel mio, ¿qué nueva desgracia ha caido sobre tí? . . . . Habla!

Aurelia pálida, temblorosa, tendió en torno una mirada rápida y acercándose á la esposa de Heredia, estrechó convulsivamente su mano y la dijo con voz breve:

—Vengo á reclamar el cumplimiento de una promesa, Juana! Te acuerdas el dia que me conociste?

—Ah! ¿podría acaso olvidarlo, oh! mi ángel tutelar? Mi hijo se ahogaba en el profundo remanso de Montoya. Nadie se atrevía á socorrer al pobre niño; y yo mesando mis cabellos, lloraba desesperada

debatíendome entre los brazos de los que me impedían arrojarme en pos suya al terrible remolino.

Tú llegaste entónces; y saltando veloz de tu carruaje, vestida de gasa, coronada de flores, te arrojaste valerosamente al agua, y lo arrancaste de una muerte cierta.

Y yo me eché á tus piés, y te dije, abrazando tus rodillas—Si tú ó alguna persona que ames necesitais mi vida, pídemela y te la daré con gozo.

—Y bien! vida por vida: yo salvé á tu hijo: salva tu, en nombre suyo á Fernando de Castro.

—Al conspirador boliviano! — exclamó Juana fijando en la jóven una mirada de reproche—Ignoras acaso que en el acta de la revolucion que encabezaba se habia jurado la muerte de mi esposo y la del tuyo?

—Lo sé; y no obstante, vengo á decirte: cumple tu palabra!

En los ojos de Juana brilló un destello de picaresca ironía.

—Ah!—dijo—yo lo adiviné aquella noche en la primera mirada que fijaste en ese hombre: lo amas!

Aurelia miró de frente á su amiga y respondió con voz firme—Sí, lo amo!

—Lo amas, y eres la esposa de Aguilar! Desdichada!



—Lo amo—repitió la jóven, lo amo; pero mira mi frente levantada: reparas en ella la sombra del rubor?

—No, que resplandece como la aureola de un arcángel, exclamó Juana, besando con efusion la frente pura de su amiga.

—Sí: fia en la naturaleza del sentimiento que me trae cerca de tí . . . . Pero, en nombre del cielo, no perdamos tiempo! Las horas pasan y el momento fatal se acerca. El consejo de guerra ha pronunciado la sentencia, Heredia la ha confirmado, y Aguilar está encargado de ejecutarla.

—El Consejo! Heredia! Aguilar!—exclamó Juana con desaliento, peñascos inaccesibles á los embates de mi seduccion! Dios mio! ¿qué podré yo hacer contra sus decisiones?

—Lo ignoro. Sé únicamente que me hiciste una promesa y que debes cumplirla.

—La cumpliré aun á costa de mi vida, ángel salvador de mi hijo.

—Pues ten presente que espero. Y Aurelia cruzó los brazos sobre el pecho y se quedó inmóvil y silenciosa.

—Diablo! diablo! murmuró Juana, cambiando de tono y dejándose llevar de la genial viveza que ni en los momentos mas críticos la abandonaba—diablo, que sin cesar me aconsejas los celos, el ódio, los

deseos de venganza, inspírame, pues, algo bueno !  
. . . . por ejemplo, la manera de desempeñar el juramento que reclama esta linda chica, aplicado á tan tremendo asunto . . . . La voluntad de Heredia es omnipotente; pero ah! qué soy yo para Heredia! . . . . Si fuera Fausta, oh! ya seria otra cosa ! . . .

Y en los negros ojos de Juana brilló una centella de cólera.

—Ama mia! dijo una voz de muger al otro lado de la puerta.

—*Rafa*, gritó Juana, saliendo al encuentro de la que llegaba. *Rafa* entró.

Era una de esas bellas mulatas cordobesas de esbeltas formas, de lánguidos ojos azules, y entre cuyos dorados cabellos parecia sonreir eternamente el sol argentino.

—Cuanto has tardado hoy, *Rafa*. Te espero con tanta impaciencia ! . . . . Y sin embargo el corazon se estremece á la idea de los nuevos golpes que cada dia le traes . . . . Hoy, por ejemplo leo en tus ojos un dolor mas sobre los que destrozan mi alma hace tiempo. No obstante, habla! dilo todo y luego, que me matas de impaciencia !

## XI

**La espía**

Juana estaba pálida y en sus ojos habia la ansiedad dolorosa del que á la vez anhelaba y teme. La mulata sentada á sus piés, dijo, mirando recelosa á Aurelia, que habia cubierto de nuevo su rostro con el velo—Puedo hablar?

—Habla! repitió la esposa de Heredia—háblame de esa muger, que se ha vuelto la idea fija de mis dias, la pesadilla de mis noches. Está con ella Alejandro?

—Al anochecer, partieron ambos para Castañares, donde ella dará mañana un banquete á sus parciales . . . . Pero yo comienzo por el fin . . . .

Escuche mi ama, continuó la mulata en voz baja, aun que ello va á causarle mucha pena.

—Cuando hay rabia en el corazon, nada temas de la pena. Habla!

—Ayer estaba ella en su retrete, acostada sobre un monton de cogines de terciopelo granate. Por supuesto, como siempre vestida de blanco, llevaba ahora una bata de gasa trasparente, de escote y mangas perdidas, que la dejaban descubiertos los brazos, el seno y los hombros. Tenia en las manos

un album que se entretenia en hojear entonando un trozo de ópera.

Yo arreglaba su cuarto en la pieza inmediata y la estaba mirando, oculta entre las cortinas de la puerta.

El general entró y se sentó en un taburete á sus piés.

—Qué! le dijo ella ¿se entra asi, como el Sultan en casa de su amada, sin dignarse preguntarla como está?

—Es inútil: héla ahí siempre bella y seductora —Y cojiendo los extremos rizados de la cabellera, que como la de toda santiagueña, es tan abundante y larga. . . . .

Juana hundió una mano crispada en sus negros cabellos.

—Ay! duéleme apesarar á mi ama, pero ella me manda hablar!

—Habla!

—El general llevó á los lábios aquellos rizos.

—Sacrilego!—exclamó ella, recogiendo las ondas de su cabellera con fingido enojo—ignoras que los poetas se han consagrado á su culto y dádoles himnos y altares?

—Qué canten! repuso él riendo, el ídolo es mio, que canten! Y á su vez se puso á hojear el album.

—No obstante, añadió, yo envidio esa divina facultad de espresar en melodías el entusiasmo del alma.

—Qué no diera yo por ver ahí, bajo un pensamiento suyo, el nombre de Alejandro Heredia!

—Y bien, dijo el general, alargando el brazo y tomando una pluma de un escritorio que allí cerca habia—el génio ha llenado este libro con tus alabanzas; el poder solo necesita una línea en lo bajo de esta página blanca para trazar un talisman que te hará soberana absoluta desde la ciudadela de Tucuman hasta las orillas del Tumusla.

Y en lo bajo de la página en blanco, el general escribió su nombre.

Juana hirió el suelo con su lindo pié, y sus ojos brillaron entre las negras pestañas con un resplandor siniestro. Rafa continuó:

—Fausta miró aquella firma con un aire de desden.

—Ah! dijo, moviendo tristemente la cabeza ¿qué podré yo hacer de esta arma de dos filos que pones en mi mano? Aunque cercada de enemigos, no quiero volver mal por mal. Sufro por tí: esto me consuela de todo!

—Y hay quien te mire, quien te oíga, y no caiga á tus piés!—exclamó el general doblando una

rodilla, y besando la estremidad del zapato de raso blanco que asomaba entre la falda . . . .

—Basta! exclamó la esposa de Heredia, con voz trémula—Rafa, necesito ese libro : vé á traérmelo y vuelve al momento . . . . Por qué tardas? vete!

—Aun hay mas, mi ama!

—Lo estás oyendo, corazon? Endurécete y escucha todavia!

—Fausta sonrió tiernamente al general y añadió entre un mohin y un suspiro.

—Sin embargo, te confieso, mi bizarro Alejandro . . . . Qué nombre tan bello es el tuyo: Alejandro! . . . . Qué iba á decirte yo? . . . . Ah! . . . que entre esos enemigos hay uno de quien estoy perdidamente enamorada . . . .

El rojo de la cólera invadió visiblemente el rostro del general, que fijó en Fausta una mirada feroz.

Ella se reclinó en su hombro; levantó hácia él sus ojos con zalamería y le dijo en voz baja:

—Sabes quién es, Alejandro? Nunca adivinarias ese rival, ni querrias dármelo, tal vez. Es un cierto tenebroso que tú conoces bien. Dizque corre como el viento. Ah! yo deseara que él y tu bayo nos llevara en una sola carrera mas allá de este mundo por los espacios desconocidos, donde la fantasía crea, en dorados sueños, la mansion del amor libre y eterno . . . . Ah! héme aquí, como

siempre, cuando estoy á tu lado, Alejandro, en las regiones de lo sublime. Miedo tengo del vertiginoso descenso hasta las caballerizas donde retoza el objeto de mi anhelo.

—Es tuyo—la dijo el general! . . . .

Tenebroso! gritó Juana, antes que la mulata hubiera repetido las últimas palabras de su marido—Tenebroso, mi veloz caballo, el lindo potro que yo robé, seducida por su belleza, de las yeguas salvages! . . . .

—Hace cuatro horas que se halla en la caballeriza de Fausta.

—Ah! exclamó Juana con voz sombría . . . . y condenan la venganza, cuando el agravio se apodera de ella! . . . . Yo mataré á esa muger.

—Juana, qué dices?—murmuró Aurelia, alzándose trémula del divan.

—Aura ¡ah! perdona, alma mia? habia olvidado tu presencia!

Pero hablando así, la frente de Juana se iluminó de repente con un gozo siniestro y volviéndose á la mulata:

—Rafa—la dijo—me amas?

—Qué si la amo, me pregunta mi ama! exclamó la mulata, contemplando á Juana con adoracion—Valdria tanto preguntar si la tierra ama al sol; ó los ángeles aman á Dios. Ah! quien me arrancó

á la espantosa barbárie de aquel amo que me condenaba diariamente á ese suplicio inaudito: los brazos de un tirano y los azotes de un verdugo? Quién me dió la libertad, ese bien de los bienes? Oh! ama!—continuó la mulata, cayendo á los piés de Juana, y elevando hácia ella sus bellos ojos, radiantes de entusiasmo, á V. me debo en cuerpo y alma, y mi mas ardiente deseo es hallar la ocasion de hacer, por agradarla, algun grande sacrificio.

Mi ama quiso que yo fuera una espía cerca de Fausta Belmon: y me hizo su criada favorita para acercarme á ella, para ser manera de contar los suspiros de su pecho, los latidos de su corazon; y cerré mi alma á sus caricias para aborrecerla con el odio de mi ama. Yo sé que esto es malo, que es criminal. Tanto mejor! así habré hecho algo en su servicio; y si un dia mi ama me dice—Rafa, has vivido bastante, muere: Rafa morirá contenta á sus piés.

## XII

### **Abnegacion**

—Pues bien, Rafa, necesito comenzar contra esa muger una venganza tenaz, encarnizada, dia por dia, hora por hora; y devolverle el cáliz de dolor y de humillacion que me hace beber tanto tiempo.



—Mande mi ama, respondió con fervor, ¿qué quiere de su esclava? Hé aquí mi puñal: diga una palabra, y atravesaré el corazón á su enemiga.

—No: la muerte no me vengaría de ella. Morir amada! . . . . una apoteosis! No: yo quiero que llore como yo he llorado; que pase como yo noches de desesperado insomnio: que la rabia seque su corazón y consuma su belleza como ha consumido la mía.

Hoy comienzo; y para ello ordénote que me traigas ese álbum en este momento; y que sacando á Tenebroso de las caballerizas de la santiagueña, lo coloques en algún sitio solitario, ensillado y pronto para recibir un jinete. Sobre todo, vuelve luego. La mulata se alzó de los pies de Juana y desapareció.

Aurelia se volvió en silencio hácia esta y le mostró el reloj que señalaba las diez.

—Un instante, hermosa, la dijo Juana—un instante y verás cumplida mi promesa . . . . y yo . . . . principiada mi venganza! añadió con voz sorda.

Rafa no tardó en volver, trayendo un libro que puso en las impacientes manos de Juana. Era uno de esos magníficos *Kepseak* en que el grabado inglés ostenta sus maravillas. Los dedos convulsos que lo abrieron recorrían con febril ansiedad las doradas páginas, estropeando impiamente los tesoros de arte y de talento que las enriquecían.

—Arcadia! exclamó de repente Juana, ante una graciosa viñeta que representaba una escena pastoril en un lindo *cottage*—Arcadia! nuestra hacienda! Infame! osa poner mi casa, el hogar de la esposa, el solar hereditario del hijo, entre sus vergonzosos trofeos de cortesana!

Héla ahí, continuó, mirando con saña el retrato de una muger hermosísima; héla ahí. La impudencia de su mirada, y su cínica sonrisa están diciendo que es ella.

Al pié de ese retrato habia versos magníficos de Ascasubi, llevando por epígrafe esta frase de Jorje Sand respecto de una muger:

« Soberbia como la mar, brava como una borrasca »

—Y sin embargo, continuó Juana, abarcando con una severa mirada la bella composicion, lo mas sublime sobre la tierra, despues de la virtud, el genio, viene con gusto á prosternarse ante esos ídolos de cieno, sin temor de enlodar sus blancas alas!

Y dobló desdeñosamente la página.

La siguiente, contenia una firma en blanco que Juana leyó sin pestañar, muda é inmóvil y el lábio contraído por una sonrisa convulsiva.

--Ahora lo *veredes!* exclamó, sacudiendo la cabeza con amarga burla, la picaresca morena. Yo te haré *sentir* el uso de esa firma en la que ponias tu honor,

y hasta la vida de tu esposa á merced de una aventurera.

Y arrancando la página, sentóse á un bufete, y escribió sobre ella dos líneas con la mano izquierda.

—Hé aquí la vida que me pides, Aura mia, dijo, tendiendo el papel á Aurelia que lo tomó presurosa —héla ahí; pero á mi vez te impongo una condicion.

—Cuál? habla pronto!

—¿La otorgas?

—Aunque me cueste la vida.

—Y bien, héla aquí.

Mientras así hablaba, Juana había tomado de su guarda-ropa un vestido de gasa blanca y trasparente, un velo y un bornuz del mismo color, y con ligereza asombrosa, despojaba á Aurelia de sus lúgubres ropas y la revestía con aquella magnífica gala.

—Juana, tu me impones una profanacion. . . . Esta mundana librea para el duelo de mi alma!

—Yo te lo ruego, Aura mia . . . . Además exijo de tí que al presentar esta orden al jefe de la guardia que custodia al prisionero, lleves el rostro así cubierto.

Y Juana bajó el velo sobre el rostro de su amiga . . . .

—Comprendo, murmuraba Aurelia, marchando veloz á lo largo de las calles desiertas, á esa hora silenciosa.

¡Pobre Juana! los celos han oscurecido tu alma noble y hermosa. Hoy quieres vengarte y mañana te arrepentirás amargamente de haberte vengado. No, no será así, no. Yo lo echaré todo sobre mi y ahorraré el remordimiento á tu hermoso corazón, ya tan desgarrado!

Y en tanto que Juana recorría el cuarto con agitados pasos, sonriendo á la perspectiva de una venganza próxima que saboreaba de antemano con la amarga sensualidad del odio, la animosa joven marchaba con ademán severo á acometer su peligrosa empresa. Una grande luz había brillado en su alma y disipado las dudas que la atormentaban; y ahora caminaba segura llevando por guía la conciencia.

Así subió las calles que en suave pendiente conducen á San Bernardo, situado al pié de la montaña de este nombre.

El antiguo monasterio, convertido en cuartel, se alzaba al frente, imponente y silencioso, dibujando su negra mole en el azul del cielo. De tiempo en tiempo elevábase de su recinto, como los chillidos de una ave nocturna, el agudo alerta de los centinelas colocados en las torres y bóvedas del vetusto edificio.

Aurelia llamó resueltamente á la puerta del cuartel y pidió hablar al jefe de la guardia.

El oficial que, en razon de su rigurosa consigna, velaba de pié y la mano en la espada al otro lado de la puerta, mandó abrir.

Sus ojos encontraron en el umbral, iluminada por los rayos de la luna, una muger de gallarda figura vestida toda de blanco y el rostro oculto bajo los pliegues de su velo.

La encubierta dió hácia él un paso y le alargó un papel.

El oficial la examinó con una rápida ojeada, y cogió el papel, murmurando—Ese escéntrico atavio! esta mezcla de arrojo y de misterio . . . . Es ella! vendrá á rondar al general. Cuéntanse tantas rarezas de esta hechicera! . . . . Es ella . . . .

Pero el curso de sus reflexiones cambió bruscamente al leer el papel que tenia en la mano. Restregóse los ojos, y no fiando en la luz de la luna, se acercó para leerlo de nuevo á la luz del farol del cuerpo de guardia.

—No hay duda! exclamó—la órden es breve, terminante, como todas las del general Heredia . . . . Pero que tremenda responsabilidad! . . . . ¿Y si el general se halla . . . . así . . . . El es dado á lo espirituoso; y . . . . mas de una vez ha sucedido que . . . . Señora, el coronel Aguilar, jefe de dia

se halla aquí. (Aurelia tembló) Deseára conferenciar con él antes de entregar al prisionero.

—Imposible! la órden misma que acaba usted de leer lo prohíbe, vedando toda intervencion.

—Es verdad.

Y el oficial desapareció entre las arcadas del cláustro. A una seña que al alejarse hizo al cabo de guardia, éste habia apagado el farol; y el cuartel yacía en profundas tinieblas. Aurelia palpitante de zozobra contaba los minutos por los latidos de su corazón; pero no aguardó largo rato. Entre la oscuridad vió luego venir dos hombres cogidos por el brazo. El uno era el oficial de guardia, el otro Fernando Castro.

El oficial puso la mano del prisionero en la de su libertadora, y los acompañó hasta la calle. Luego, inclinándose al oído de aquel, díjole con un acento que apesar suyo revelaba honda envidia :

—Confíese V., comandante, que es violenta á no poder mas la transicion . . . . pardiez . . . . de esa barra de platinas á esos bellísimos brazos que de tal manera hacen perder la chaveta al general.

Aquellas palabras dichas á la intencion de la muger encubierta, recordaron á Aurelia lo que la angustiosa espera de esa hora la hiciera olvidar: el rol que la venganza de Juana queria imponerla.

El rubor de la vergüenza ardió en su frente y

acercándose al oficial que iba ya á cerrar la puerta, apartó el velo que la disfrazaba y le mostró su rostro. En seguida cubriéndose de nuevo, arrastró consigo al prisionero, dejando yerto de asombro al oficial de guardia, que exclamó con terror—La esposa del coronel!

El prisionero fijó una mirada en su libertadora y deteniéndose de repente—En vano te ocultas, criatura celestial, la dijo, el corazon te ha adivinado desde que tu mano tocó la mia.

—En nombre del cielo,—Fernando, alejémonos de estos sitios donde cada minuto es para tí la muerte, la muerte de cuyas garras he venido á arrebatarte á riesgo de mi vida, á riesgo de mi honra . . . . por que ya sé, oh! tú á quien he amado desde la primera mirada, ya sé que nombre dar á ese sentimiento invencible que me lleva á tí.

—Amor! exclamó el prisionero, que sin darse de ello cuenta, seguia el rápido paso de su guia, con el oido y el corazon pendientes de aquellas suaves palabras que llegaban como olas de fuego al fondo de su alma.

—Dónde estamos? dijo de pronto Aurelia deteniéndose falta de aliento.

—En la falda del cerro, al lado del pozo del Yocci, dijo la mulata, que los seguia á lo léjos. Aurelia se estremeció: la sombra de un recuerdo terrible

cruzó su mente. Sin embargo dominando su terror tendió una mirada en torno.

En un recodo formado por una barranca y un grupo de algarrobos alzábase el brocal y los pilares en cal y canto de uno de esos pozos artesianos que tanto abundan en las cercanías de la ciudad. Un caballo magnífico, negro como el ébano estaba atado por la brida á uno de los pilares del pozo, y piafaba impaciente hollando la tierra cubierta en ese parage de menuda yerba.

—Ahí está Tenebroso—añadió Rafa—ensillado y listo espera á su ginete que demasiado ha tardado ya.

Y la mulata se alejó.

### XIII

#### **El sacrificio**

—Hé aquí todo propicio para la fuga, dijo Aurelia volviéndose á su compañero, que la estaba contemplando con una ardiente miraba: la hora, el silencio, un buen caballo: ¿por qué tardas? Huyo!

—Huir! huir sin tí! separarnos cuando nos une el amor.

—Desventurado! exclamó Aurelia, retrocediendo



espantada ante aquella revelacion: no pronuncies esa palabra : entre nosotros dos es un sacrilejio.

—Ah ! replicó él, asiendo con ademan impetuoso la mano de la jóven : ¿ qué nombre das tú que sabes como se llama el sentimiento que te inspiro, qué nombre das al sublime arrojó con que llevada de ese sentimiento has desafiado tantos peligros para salvarme ? qué nombre das á ese dulce *tú* que derrama en mi corazon un mar de delicias ? Y esa tierna mirada que estás fijando en mis ojos ¿ qué se llama ? Llámase amor !

Y enlazó á Amelia con sus brazos. La jóven rechazó horrorizada aquel brazo. Una luz terrible iluminó su mente. En el inocente abandono de sentimiento puro, ella misma habia dado la imágen de la verdad al funesto error que ofuscaba el alma del proscrito y lo sostenia en aquellos sitios donde lo amenazaba la muerte.

—Madre ! murmuró, perdon ! otros ojos que los míos van á leer el secreto de tu vida : pero yo sé que me apruebas desde el cielo, por que lo vés, madre mia : no hay otro medio de salvarlo.

Y acercándose á Fernando fijó en él una tierna y dolorosa mirada, y le dijo, alargándole un papel:

—Quieres conocer la naturaleza del sentimiento que nos une en un lazo tan estrecho, y mas dulce que

el del amor? Lee! y besa mi frente, caigamos de rodillas, oremos juntos, y parte!

El jóven tomó el papel con mano ansiosa y lo desdobló á la luz de la luna.

Pero á medida que leía, su frente se tornada pálida, en sus ojos se pintó el espanto, y sus cabellos se erizaron.

—Era mi hermana! exclamó en una esplosion de dolor y de cólera. Oh! continuó, arrojando lejos de sí aquel papel; yo iré á buscarte mas allá de este mundo, mujer cruel, que, esclava del orgullo humano, abandonaste impía al hijo de tu oprobio para ornar con la aureola de la virtud tu frente mancillada; que, alejando al hermano de la hermana, eres causa de que el amor santo que debió unirlos, se convirtiese en un sentimiento criminal, en una fuente de eterno dolor: yo iré á buscarte hasta en el infierno mismo, para decirte: Maldita seas!

Y el proscrito saltando sobre el veloz caballo, desapareció.

Al escuchar esa horrible maldicion, Aurelia exhaló un grito y se apoyó desfallecida en uno de los pilares del pozo.

Las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu estaban agotadas; una estraña oscuridad inundó su mente y la dejó en un estado que participaba del síncope y de la vigilia.

Una mano que se posó en su hombro la despertó de repente del enagenamiento en que yacía.

Aguilar pálido, sombrío, terrible estaba delante de ella.

—No has podido engañarme, pérfida, exclamó con voz sorda, fijando en su esposa una siniestra mirada; yo sabia que amabas al conspirador boliviano desde aquella noche que estuviste en poder suyo. Y lo negabas! y tu frente se coloreaba con la indignacion de la virtud, mientras hollando tu honor y el mio, te preparabas á sustraerlo al castigo que le espera. Qué has hecho de él? Habla! No es tu esposo el que está delante de tí, es un juez que vá á pronunciar tu sentencia y ejecutarla.

¿Qué has hecho del conspirador? Habla!

—Lo he salvado, respondió Aurelia; pero el sentimiento que me guiaba no era culpable, Aguilar: era un afecto puro, santo, yo te lo juro.

—Pruébalo! Ah! yo daría mi alma por creerlo! Y una lágrima surcó su pálida mejilla, y con una voz impregnada de dolor y de rabia, repetía: pruébalo!

—Y si no me es dado probarlo sino con un juramento, ¿me creerás Aguilar?

—Ya ves que mentas!

De súbito, Aurelia dió un grito y se precipitó sobre un objeto que ocultó en su pecho.

Era el papel que arrojó Fernando y que yacía en tierra olvidado.

Aguilar lo vió.

—Qué encierra ese papel? Necesito verlo!

—Mi secreto! . . . . jamás!

Aguilar fuera de sí se arrojó á su muger y sugetando sus manos con una de las suyas :

—Me darás ese papel?—gritó.

Aurelia hizo un supremo esfuerzo, se desasíó de sus manos, y exclamó con energía :

—Aguilar, mátame, pero no me pidas este papel!

Entonces hubo una lucha, corta, pero atroz, encarnizada, horrible, entre el sér fuerte y el sér débil, entre la fuerza física y la fuerza sublime de una voluntad enérgica. • Aguilar hizo esfuerzos inútiles para arrancar aquel papel de entre los dedos crispados de Aurelia que lo retenian como una tenaza de hierro.

—Me darás ese papel—repitió Aguilar ciego de cólera.

—No!

—No?

—Nó, mil veces nó . . . .

La voz de Aurelia se perdió en un sordo gemido. El puñal de Aguilar se habia hundido en su seno.

El asesino se hizo dueño de aquella carta precio de su crimen ; y con la sangre fria de una celosa

rabia satisfecha, desciñóse la faja roja que contenia sus armas, ató con ella una piedra al cuello á su víctima y la arrojó al pozo.

Y luego desplegando el papel que apretaba su convulsa mano, lo espuso al rayo de la luna y leyó . . . .

De repente, la palidez de la cólera dió lugar á la palidez del espanto. Una nube sangrienta oscureció sus ojos; su corazon cesó de latir, y su lengua helada balbuceó con acento desesperado—¡Era su hermano !

Tres dias despues, el general Heredia, paseando con algunas señoras en los bosquecillos floridos de San Bernardo, encontró sentado sobre una roca un hombre pálido y sombrío, con los vestidos en desórden, la cabeza descubierta y la mirada fija:

—Es un loco !—dijeron las señoras, agrupándose medrosas detrás del general.

—No—dijo Heredia, reconociéndolo—es el esposo ultrajado de la infame que abandonando hasta el cadáver insepulto de su madre, ha huido con el conspirador boliviano.

Aquellas palabras despertaron á Aguilar de la enagenacion en que yacía. Las ideas vagas que en oleadas ardientes se entrechocaban en un cerebro, tomaron de pronto una fijeza terrible. Midió con un solo pensamiento la enormidad de su crimen

y sus fatales consecuencias. No solo habia asesinado á su esposa, ocultando su delito, la habia deshonrado. Un remordimiento profundo, un dolor sin nombre invadieron su alma; y corriendo hácia el general, sus lábios se abrieron ya para acusarse y justificar á Aurelia; pero dirijiendo una segunda mirada al fondo de su conciencia, se vió tan horrible, que por la primera vez de su vida, tuvo miedo y calló.

Desde aquel dia su valor se convirtió en ferocidad; su dolor en una rabia insaciable contra la humanidad entera.

En las batallas, en los combates de guerrilla, y en los frecuentes motines militares de aquella época, Aguilar jamás daba cuartel; mataba sin piedad; se bañaba con placer en la sangre de sus víctimas, y contemplaba con avidez sus agonias.

El desdichado queria olvidar, queria sepultar en un abismo de atrocidades el recuerdo de su crimen. Vana esperanza! sobre la sangre de los bolivianos y de los soldados rebeldes, veía aparecer otra sangre que clamaba contra él; y entre los gritos de los combatientes y los clamores de los moribundos, oía siempre elevarse un sordo gemido, siguiéndose luego el ruido de un cuerpo que cae en el agua!

Entonces, hundiendo las espuelas en los flancos de su caballo, huía de aquel sitio creyendo huir del implacable recuerdo; y atravesaba los llanos, los

bosques y las montañas, corriendo, corriendo siempre hasta que su caballo sin fuerza, exánime, caía bajo de él. Y los pastores de aquellas comarcas que entre las tinieblas veían pasar al sombrío jinete, como una exhalación en la fantástica velocidad de su carrera, hacían, temerosos, la señal de la cruz y recitaban sus más devotas plegarias, creyendo que era el demonio de la noche.

## XV

### **La derrota**

Un día, á la cabeza de su regimiento, Aguilar se encontró haciendo parte de un ejército formado en batalla sobre el llano que se entiende á la falda del Montenegro. Al frente en el extremo opuesto de la llanura, estendíase la línea del ejército boliviano.

Siempre sediento de sangre, Aguilar entretenía su impaciencia señalando con la vista el número de sus víctimas, en tanto que sonara la deseada señal del combate, que no se hizo esperar mucho tiempo.

Entonces, los antiguos hermanos de armas bajo el lábaro azul de la libertad, separados por el odio fraticida de partido, enarbolando los unos el negro estandarte de la confederación argentina, los otros el tricolor de la confederación Perú-boliviana, enseñas de degeneración é ignominia, se arrojaron

unos sobre otros como tigres hambrientos, haciendo luego de aquel campo un lago de sangre sembrado de cadáveres.

En lo mas encarnizado del combate, Aguilar divisó un hombre que con la espada desnuda y destilando sangre, atravesaba como el rayo los batallones argentinos, dejando en pos suya la muerte y el espanto.

En el aspecto de aquel hombre habia algo de fantástico propio á aumentar el terror que inspiraba su arrojo. Montaba un caballo negro como la noche, y su ancha capa del mismo color flotaba á su espalda al agrado del viento, como las alas de la fatalidad.

Aguilar vió cejar á los suyos ante aquel formidable guerrero ; y arrojándose á él, alcanzóle al momento en que retiraba la espada humeante del pecho de un enemigo, y lo atravesó con la suya.

El incógnito volvió sobre él como un tigre ; pero las fuerzas le faltaron de repente ; el acero se escapó de su mano, estendió los brazos, y su cuerpo inanimado se deslizó del caballo, que siguió su rápido curso y desapareció.

Aguilar, fiel á su bárbara costumbre, se inclinó sobre el arzon para contemplar su víctima. Pero al fijarse en el rostro del cadáver, sus ojos se dilataron de horror y sus cabellos se erizaron.

—Fernando de Castro !!—exclamó, inmóvil en



medio á los torbellinos de humo que lo envolvian— Fernando de Castro! repetia. Y una voz lúgubre se elevó desde el fondo de su alma, gritándole— Asesino de la hermana! matador del hermano! maldito seas! maldito! maldito!

De súbito, una inmensa oleada de fugitivos chocó contra él y lo arrastró lejos del campo de batalla. En vano Aguilar, ciego de rabia y deseando matar y morir, cerraba el paso á sus soldados y los heria sin misericordia; apesar de sus esfuerzos unidos á los otros gefes, el ejército entero se desbandó, y los argentinos, por vez primera huyeron ante sus enemigos.

## XV

### **La voz de la conciencia**

Poco tiempo despues, uno de los dos colosos que pesaban sobre la parte meridional de la América latina cayó en Ancasch, y la paz con Bolivia se restableció.

Aguilar, encadenado apesar suyo á la vida y á la inaccion, encontró intolerable la vista de los sitios, testigos de su crimen, y huyendo de Salta, refugióse en el seno tumultuoso de la Metrópoli.

Muy luego, convertido en seide de Rosas, y capitaneando la Mazhorca, espantó á Buenos Aires

con la crueldad de sus hechos. Pero la sangre del asesinato, como la sangre del combate, no podía embriagarlo; y sobre los horrores del presente flotaba siempre el recuerdo del pasado, fatal, imborrable, eterno.

Desesperado, procurando escapar al delirio de la locura que comenzaba á invadirlo, Aguilar se arrojó en el seno del vicio. Repartió su vida entre el juego, el vino y las mugeres; llamó á las puertas de la orgía; hizo pacto con el escándalo, y formándose una corte con los esclavos del libertinage, reinó en ella con un poder absoluto.

Ningun bebedor se atrevia á luchar con él; los jugadores temblaban cuando veian en su mano los dados, porque estos jamás tenían para el azar; y la muger que obtenia una sola de sus miradas, caía para siempre á sus piés.

Pero entre los vapores de la orgía como entre el humo de la pólvora, veía siempre levantarse la pálida sombra de Aurelia; en medio á las báquicas canciones, un éco lejano remedaba su último gemido.

Entonces, arrebatado por un extraño frenesí entregábase á furiosos excesos, rompía, destrozaba cuanto se le ponía delante: apuraba sin resultado el opio y los licores espirituosos; asía por la garganta á la mas bella de sus compañeras de

disolucion, estrechábala en sus brazos hasta ahogarla y ensangrentaba sus lábios con rabiosos besos. Y aquellas mugeres, gastadas por el vicio, ávidas de emociones, y fascinadas por el misterioso ascendiente de ese hombre á quien creían un ser sobrenatural, sufrían con placer, y se disputaban la tortura que él se dignaba imponerla.

## XVI

**El juicio de Dios**

Una noche que en alegre algazara y entre la multitud de sus ébrios amigos, salía de uno de esos prolongados banquetes, Aguilar sintió una mano fría apoyarse en su brazo. Volvióse, y vió á su lado una muger vestida de blanco y el rostro oculto bajo un largo velo.

—Cuál de ellas eres, mi bella disfrazada,—la dijo alegremente—Margarita? . . . Julia? . . . Tránsito? . . . . Pepa? . . . .

Silencio . . . . Ninguna repuesta se hizo oír bajo el misterioso velo; y solo las voces discordantes de las nombradas chillaron acá, allá y acullá—Qué me quieres, hermoso Aguilar, me llamas?—Aquí estoy Aguilar.

—Pues bien!—continuó él—quien quiera que

seas; juro que no te arrepentirás de haberme elegido por tu caballero; y aunque habitaras una cuadra mas allá del otro mundo, yo te llevaré en mis brazos, si tus piesecitos se cansan de caminar.

—Quién es el temerario que habla de esa tierra á las doce de la noche?—gritó una graciosa morena, ocultándose entre alegre y asustada, bajo la capa de su compañero.

—A las doce de la noche, y con el *pampero* encima—replicó otro.

—Es Aguilar, que vá requebrando á su espada, cual si fuera una muger, dijo riendo á carcajadas un comandante de alabarderos; señores, hurra! el rey de los bebedores se emborrachó por fin. ¡Hurra!

Aguilar oyó á lo lejos las alegres voces de sus compañeros que se iban cantando con alegre bulla, mientras la misteriosa dama enlazado el brazo al suyo en un contacto impalpable, cruzaba la ciudad, dejaba atrás los campos y atravesaba los espinos con un paso rápido, que poco á poco fué convirtiéndose en un soplo impetuoso; y entre las ráfagas sombrías del huracan, Aguilar divisaba los llanos, los bosques y las montañas huyendo con celeridad vertiginosa . . .

De repente, las blancas cúpulas de una ciudad se alzan en el horizonte; se acercan, llegan . . . . . Aguilar y su guia atraviesan sus calles. . . . . Un

puente está allí delante . . . . un puente que él no habia pasado desde una época de funesta memoria. Quiere detenerse: quiere retroceder, pero siente que su brazo está soldado al de la silenciosa dama, que cada vez mas vaporosa lo arrastró consigo á un rápido torbellino, al borde mismo de un pozo que él veia sin cesar, así en el sueño como en el desvelo.

Y Aguilar vió con espanto que el largo ropage de su compañera tomaba una forma transparente y vaga, ora semejante al blanco sendal de una desposada, ora al rayo de la luna sobre los vapores de un lago; y la brisa de la noche replegando el velo de niebla que la cubría, dejó ver la figura pálida de una muger que sonrió tristemente á Aguilar, mostrándole su seno rasgado por una ancha herida; y una voz parecida al gemido del viento llevó á su oido estas palabras:

—Héme aquí, esposo mio! héme aquí, no rozagante y bella como al pié del altar, sinó pálida y fria cual me puso tu primer beso . . . . Míralo: sangre todavía; pero tú amas la sangre y su vista te regocijará. Oh! ven! Mis manos están heladas; yo quiero calentarlas en tu pecho. Ven! Cuanto tiempo me has dejado sola en el lecho nupcial! Yo te echo de ménos á mi lado, y quiero dormir en tus brazos el eterno sueño! Ven!

Aguilar mudo de terror quiso huir: pero de

repente se sintió envuelto en el velo azulado del fantasma. Unos labios yertos ahogaron en su boca un grito de espanto y un helado brazo estrechó su cuerpo, que rodó, precipitado en la negra profundidad del pozo.

FIN DEL TOMO PRIMERO



# ÍNDICE DEL TOMO PRIMERO

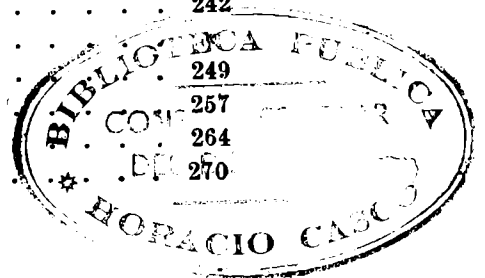
	Pájina
Prospecto . . . . .	5
Prólogo. . . . .	9

## PEREGRINACIONES DE UNA ALMA TRISTE

I	—Una visita inesperada . . . . .	17
II	—La Fuga . . . . .	19
III	—La Partida. . . . .	31
IV	—Cuan bello es vivir. . . . .	37
V	—Una ciudad encantada. . . . .	40
VI	—Un drama íntimo. . . . .	46
VII	—La patria. . . . .	63
VIII	—La vuelta al hogar . . . . .	70
I	—Un drama y un idilio. . . . .	137
II	—El desheredado . . . . .	149
III	—Las miserias de una madre . . . . .	154
IV	—El Tesoro . . . . .	160
	—El voto de expiacion . . . . .	161
V	—La vida campestre . . . . .	165
VI	—Las riberas del Bermejo . . . . .	168
VII	—Una venganza. . . . .	174
VIII	—Desastres . . . . .	186
IX	—Dolencias del corazon . . . . .	189
X	—La esclava. . . . .	199
XI	—La cautiva. . . . .	204
XII	—Los frutos de la guerra . . . . .	207
XIII	—La nueva Hécuba . . . . .	214
XIV	—Decepcion . . . . .	219
XV	—Los bárbaros del siglo XIX . . . . .	222
XVI	—Costumbres primitivas . . . . .	229

## JUEZ Y VERDUGO

I	—Las lomas de Tambo . . . . .	242
II	—Ojeada al fondo del alma . . . . .	249
III	—El miraje del pasado (Aura á Rosa). . . . .	257
IV	—El despertar del corazon (Aura á Rosa). . . . .	264
V	—Angel y demonio (Aura á Rosa). . . . .	270
VI	—Flores y abismos (Aura á Rosa). . . . .	270



201/1274

	Página
VII —Un Pária . . . . .	276
VIII —Al través del espacio . . . . .	277
IX —Confidencias (Aura á Rosa) . . . . .	282
X —Un esfuge (Aura á Rosa) . . . . .	290
XI —De sorpresa en sorpresa (Aura á Rosa) . . . . .	296
XII —El áspid entre las flores . . . . .	303
XIII —Bajo el guante la garra . . . . .	312
I —La sombra del pasado. . . . .	320
II —Presentimientos . . . . .	322
III —Una adición . . . . .	323
IV —El canto del cisne . . . . .	326
V —Mas allá de la muerte. . . . .	331
VI —El punto de honor . . . . .	334
VII —La intuición del ódio . . . . .	335
VIII —Mas allá de la muerte. . . . .	338
IX —Allende los mares . . . . .	339
X —La deuda de sangre. . . . .	342
XI —La voz del alma . . . . .	344
XII —La revelación. . . . .	345

## EL POZO DEL YOCCI

A Maria Patrick . . . . .	349
I —El abra del Tumbaya. . . . .	350
II —El vivac . . . . .	354
III —El punto de honor. . . . .	359
IV —El barro de Adan . . . . .	367
V —La fuga . . . . .	370
VI —El eter de Dios. . . . .	376
—El Cange . . . . .	401
VII —Tinieblas . . . . .	406
VIII —Revelación. . . . .	«
IX —La conspiración. . . . .	410
X —El lecho de muerte . . . . .	415
XI —La espia . . . . .	423
XII —Abnegación . . . . .	428
XIII —El sacrificio . . . . .	436
XIV —La derrota. . . . .	443
XV —La voz de la conciencia. . . . .	445
XVI —El juicio de Dios. . . . .	447





